00101854

BOMBAY BRANCH
OF THE
ROYAL ASIATIC SOCIETY
TOWN HALL, BOMBAY.

Digitized with financial assistance from the
Government of Maharashtra
on 09 July, 2016

COLECCION
DE LAS OBRAS SUELTAS,
ASSI EN PROSA, COMO EN VERSO,

DE 101854

D. FREY LOPE FELIX DE VEGA CARPIO,
DEL HABITO DE SAN JUAN.
TOMO IX.

PP B-3

...*Quod tentabam dicere versus erat.*
Ovid. Trist. lib. iv. El. x. v. 26.

PP 3

CON LAS LICENCIAS NECESSARIAS.

EN MADRID: Año de M. DCC. LXXVII.
En la Imprenta de Don Antonio de Sancha:
En la Aduana vieja, donde se hallará.

God
Spa 862.3
Veg | col
00101854

PROLOGO
DEL EDITOR
A ESTE TOMO Y SIGUIENTE.

UNa de las Obras mas raras y apreciables del celebre LOPE es sin duda la VEGA DEL PARNASSO, y la ultima de las que destinó a la luz publica; aunque no tuvo el gusto de gozarla impressa, pues segun afirma el Maestro JOSEPH DE VALDIVIESSO, cuyo merito no es desconocido en el Parnasso Español, al tiempo mismo que estaba escribiendo * la aprobacion que precede a este volumen, acaeció el fallecimiento del principe de los Poetas de aquella edad, que hasta su muerte fue canoro, pues leemos, que

¶ 2 el

* La fecha de esta Aprobacion es de 26 de Agosto de 1635, otro dia despues de la muerte de LOPE sucedida a los 73 de su edad.

el dia antes de caer enfermo compuso la *Selva Moral* intitulada el *Siglo de Oro*, y el *Soneto* a cierto caballero Portugués puesto a su continuacion, que son los ultimos cantos, con que se despidió de las Musas y de la vida este cisne inmortal, a quien con mas propriedad, que él al Portugués, podemos aplicarle aquellos sus ultimos versos, que parece los dejó escritos de proposito para su proprio Epitaphio: *

Voraz el tiempo con la diestra ayrada
no hay imperio mortal que no consuma;
pero la vida de tu heroica suma
es alma ilustremente reservada.
Mas ¡hai! que quando mas enriqueciste
la patria, que su artifice te llama,
por la segunda vida que le diste,
Ciprés funesto tu laurel enrama,
si bien ganaste en lo que mas perdiste,
pues quando mueres tú, nace tu fama.

Esto cabalmente se verificó en

LO-

* Tom. IX. pag. 10.

LOPE, cuyo elogio solo puede celebrarle su misma pluma, con que se hizo a sí y a tantos inmortales.

Mucho debemos a Luis de Usategui, yerno de nuestro Autor, por haver enriquecido la Republica literaria con el inestimable thesoro de esta coleccion, que dió al publico en Madrid en la imprenta del Reyno año de M. DC. XXXVII. en I tomo en 4. que ahora para mayor comodidad se ha dividido en II partes; y no menos al Licenciado JOSEPH ORTIZ DE VILLENA, por haver instado al Autor a que juntasse los versos, de que se compone, * *que andaban en fragmentos por haverse impresso pocos en diversos tiempos, como escritos a diferentes propositos, copiandole muchos de los que no estaban impressos, y dandole los que no*

* Son palabras del mismo ORTIZ en el Prologo al tom. IX. pag. *

no tenia por cumplir con los deseos de los aficionados a sus Obras. Con efecto la presente coleccion merece bien el titulo que se le adaptó de VEGA DEL PARNASSO, con alusion al nombre del Autor y a los frutos de su floridissimo ingenio: pues no se halla en toda ella sino una hermosa variedad, que divierte el animo, y le convida por todas partes con nuevos y suavissimos deleytes. Las composiciones que adornan esta *Vega* son de varios generos, Dramaticas, Lyricas, Bucolicas &c. Quando se habla de Dramas escritos en el siglo passado y en parte de este, luego sale al encuentro la desconfianza, no digo de que sean perfectos, sino que ni aun tolerables; pues apenas hallamos algunos que no se assemejen al monstruo, que pinta HORACIO al principio de su *Arte Poetica*; y esto no solo se verifica en los que se han escrito en España, mas tam-

bien

bien en los que otras naciones han producido, ya sea que sus Autores despreciassen voluntariamente las reglas del Theatro, por tener mas ancho campo para amontonar quanto les sugeria su imaginacion, ya que se viessen precisados a condescender con el mal gusto que reynaba en el vulgo, a quien mas agradan comunmente lances intrincados, y hechos maravillosos y varios, sin orden ni concierto, que una regularidad juiciosa ajustada a los preceptos del arte. Sin embargo LOPE que los entendia muy bien, y conocia los defectos en que incurria, se mostró mas observante de las leyes del Drama en las ocho *Comedias* incluidas en estos dos volumenes: de las que hablaremos mas de proposito en otro lugar. En algunas guarda las unidades, que son el alma deste genero de Poesia; en otras sigue desde el principio hasta el fin el

caracter de las personas, y en todas se admira una invencion ingeniosissima (en que nuestros Poetas dejaron muy atrás la de los Griegos y Latinos) y la elegancia, pureza y fluidez de estilo, que era tan familiar a nuestro Autor.

En lo Lyrico fue tan feliz LOPE, que apenas se hallará quien pueda disputarle la preferencia: lo que se lee en estos dos volumenes, que puede reducirse a esta classe, tiene muy bien acreditado su alto aprecio. *El Siglo de Oro, Silva moral*, contiene una graciosissima descripcion de aquella feliz edad, imitada de lo mejor que della nos dejaron escrito los Poetas antiguos.

La Cancion *al Nacimiento del Principe* DON PHELIPE, hijo de PHELIPE III y de la Reyna Doña MARGARITA DE AUSTRIA, sucedido en Valladolid a 8 de Abril, de 1605 parece se compuso con motivo de haver convidado con pre-

premios la ciudad de Toledo a los amantes de las Musas a que cantassen la dicha de haver dado el cielo a España tan heroico Principe. Comienza LOPE hablando del origen de las letras, de la utilidad que dellas ha redundado al genero humano; passa despues a recomendar la dignidad de la Poesia, y el honor con que han sido venerados sus professores: y ultimamente se introduce en las alabanzas de la Imperial Toledo, que tuvo el buen pensamiento de hacer celebrar *

En prosa y verso
al Padre heroico, a la divina Madre,
y al Infante retrato de tal Padre.

La Cancion escrita por LOPE en nombre de la Congregacion de los Sacerdotes naturales de Madrid a su Protector el Infante D. FERNANDO DE AUSTRIA, Cardenal de la S. R. I. tie-

* Tom. IX. pag. 117.

ne toda la grandeza que correspondia a la majestad del sujeto: lo mismo debe decirse de la otra *A la venida de Italia a España del Duque de Osuna*, que puede servir de prueba de estilo sublime, y de que LOPE sabia diestramente acomodar a cada assunto el que le correspondia.

Los *Versos a la primera fiesta del Palacio nuevo*, donde se describen unos Torneos, abundan de hermosas imagenes, de floridas comparaciones, y de cierta vehemencia que representa los objetos al vivo. En una de sus estrophas hallo traducido con la misma gracia que tiene en su original, aquel tan celebrado disticho del principe de los poetas Latinos, y que agradó tanto al Emperador Augusto, que procuró premiar a su Autor con su acostumbrada munificencia. Dice pues assi:

Noc-

Nocte pluit tota, redeunt spectacula mane:
Divisum imperium cum Iove Cæsar habet:

y la traduccion: *

Toda la noche llueve,
vuelve los espectaculos la Aurora,
porque el invicto Cesar ha tenido
con Jupiter su imperio dividido.

Vease ahora como la lengua Española es capaz de admitir los mismos adornos, precision y grandeza que la Latina, si se maneja por una mano diestra, y no por los que por no poseerla con perfeccion, no conocen sus quilates, ni procuran cultivarla, como merece, y lo hicieron con la suya los Griegos y Latinos.

En el *Huerto deshecho* dirigido a Don Luis de Haro, pinta nuestro Autor un huerto antes lozano y pomposo con sus flores y frutos, y lleno de fragrancia, pero despues reducido a un mi-

* Tom. IX. pag. 239.

misero esqueleto por la inclemencia del cielo. Yo creo que LOPE bajo la alegoria del huertecillo quiso darnos a entender el poco favor que havia alcanzado su grande ingenio de los que le conocian y debian premiarle, y la poca esperanza de mejorar de fortuna; que en los Poetas las mas veces suele ser adversa. Esto se hará mas verisimil, si se atiende a las frequentes y claras alusiones que hace a su infeliz estado comparandose con un huerto deshecho: y assi entre otras razones llenas de energia, donayre y agudeza le dice: *

Consuelate conmigo,
que despues de dos años pretendiente
los servicios no digo,
que fuera memorial impertinente:
basta que sepas tú que me pareces,
pues que te pierdes mas, quanto mas creces.

As-

* Tom. IX. pag. 378.

Aspero torbellino
armado de rigores y venganzas
subitamente vino
a deshojar mis verdes esperanzas,
haciendo el suelo alfombra de colores
tantas hojas escritas, como flores.

Mas abajo representa lo inutil que le havia sido el haver manejado las armas desde la edad de 15 años, diciendo: *

Ni mi fortuna muda
ver en tres lustros de mi edad primera
con la espada desnuda
al bravo Portugués en la Tercera,
ni despues en las naves Españolas
del mar Inglés los puertos y las olas:

assi que el estudio havia sido **

Fatal preludio
del sucesso infeliz de mi esperanza,
pues que dimos los dos en tantas sumas
tú al suelo flores, y yo al viento plumas.

Estos mismos versos, que he trahido para confirmar mi opinion, pueden ser-

* Tom. IX. pag. 379. ** Tom. IX. pag. 380.

servir al mismo tiempo de exemplo de las hermosas figuras que adornan este *metro Lyrico*, lleno de agudas sentencias, y de sales satiricos, pero que sin embargo de ser justas las quejas del escritor, no exceden los limites de su modestia.

Los versos *a Don Agustin Collado del Hierro*, se hicieron para el libro de las *Grandezas de Granada*. El Autor usa con mucha gracia de los equivocos que le subministraban naturalmente los nombres de *Granada* y *Collado*, como quando dice: *

Tu pluma a darle viene
tantos diamantes, como granos tiene,
que solo fuera hallada
en tan fertil Collado *tal* Granada.

Es verdad que, como dice el Canonigo BARTHOLOME LEONARDO DE ARGENSOLA, uno de nuestros mejores Poetas:

El

* Tom. IX. pag. 384.

El jugar del vocablo es triste seta;

y que en la antiguedad hay pocos exemplos desta especie; pero usandose con oportunidad y moderacion, no hay duda que dan al verso mucha hermosura, especialmente en nuestra lengua, que tiene el genio mas proporcionado para admitir estas gracias, que en otras fueran ridiculeces y fealdades.

El *Elogio en la muerte de Juan Blas de Castro*, musico de la Capilla Real, se dirige a celebrar la habilidad de este en un arte que tiene mucha correspondencia con la Poesia; parece que este y nuestro Autor havian sido muy amigos desde sus primeros años, como se entiende de aquellos dulces versos: *

Estabamos los dos entretenidos,
yo dando a tus acentos mis oidos,
y tú dandome a mí numeros graves,

qual

* Tom. IX. pag. 387.

qual suele con envidia de las aves
dar licion Philomena a las corrientes
de arroyuelos discipulos y fuentes,
sin ver que un mismo fin juntar procura
el Alva clara con la noche escura.

La *Oracion* que LOPE hizo *en el certamen en los Recoletos Agustinos*, quando se celebró la translacion del SANTISSIMO SACRAMENTO al altar mayor, respira por todas partes piedad y ternura; assi como una justa indignacion contra la nacion Hebrea los *Sentimientos a los Agravios de* CHRISTO *nuestro bien*, donde leemos que por haver intentado sacrilegamente un Judio renovar las llagas y azotes del Salvador, sucedió el milagroso portento, que será mejor traher con palabras del Autor: *

Mas el cordero hermoso, que las penas
aun parece que siente enamorado,
despues de cultivado
produce de las venas

car-

* Tom. X. pag. 27.

cardenos lirios, rosas carmesies
por fuentes de jacintos y rubies.
Y por entretener su pecho helado,
que no para que dél se atemorize,
¿Porqué me hieres, *dice*
como al cruel soldado?
para advertirle en tanto desconcierto,
que es mas que un bofeton matar un muerto.

Está dirigida esta excelente pieza al Principe BALTHASAR, a quien exhorta a la venganza con esta sublime estropha: *

Desde luego aprended a ser defensa
de la Iglesia de Dios, Principe Hispano,
alzad la tierna mano
y reprimid su ofensa:
causa es de Dios, y vuestro zelo arguya,
que hará la vuestra, como hareis la suya.

Las *Canciones* a SAN FRANCISCO DE BORJA, a SAN PEDRO NOLASCO y a SAN JUAN DE DIOS basta decir, que tienen toda la majestad y grandeza, con que LOPE sabia desempeñar los

¶¶¶ as-

* Tom. X. pag. 17.

assuntos sagrados, en que se excedió a sí mismo.

La *Isagoge a los Reales Estudios*, es por muchos titulos apreciable, pues trata de los que fundó y dotó el Rey Don Phelipe IV en el Colegio Imperial, describe los oficios de cada uno, los Maestros que se propusieron para cada enseñanza, y los assuntos, que escogieron para dar principio a ellas. Con este motivo discurre por el ancho campo de ellas nuestro Poeta, mostrando su inmensa erudicion y exquisito gusto. En la EGLOGA A CLAUDIO hace mencion de esta composicion diciendo: *

Y quando la Sagrada Compañia
fundaba sus estudios, las Lecciones
de tan altos varones
canté con osadia,
y al gran Pastor las consagré de Acuña,
que el cayado mayor de Luso empuña.

Y

* Tom. IX. pag. 366.

Y estos mismos Estudios son los que ha renovado nuestro Augusto Monarcha DON CARLOS III. arreglandolos con su singular prudencia con tanto acierto, y eligiendo tales sujetos para las enseñanzas, que no pueden dejar de esperarse insignes progressos en gloria desta Nacion.

La *Oracion de Don Antonio de Otero y Lanoye*, se escribió a nombre de este por LOPE para dar principio a las conclusiones que tuvo delante del Rey, a quien recomienda sus estudios.

La *Pyra sacra en la muerte de* DON GONZALO FERNANDEZ DE CORDOVA escrita en octavas merece colocarse al lado de las mejores composiciones funebres, que se leen en nuestra lengua, por la sublimidad del estilo, majestad del verso y acertado uso de las figuras. La descripcion que se hace de los Geroglyphicos, de que estaba adornado

el Tumulo, es ingeniosissima, y la narracion de las hazañas y virtudes de un heróe verdaderamente digno de la mayor alabanza, llena de todos los adornos del arte.

El haverse incluido ya en los tomos antecedentes alguna *Egloga* de nuestro autor puede escusarnos ahora hablar de las contenidas en este y el siguiente, por tener ya bien acreditada su habilidad y destreza en este genero de verso: sin embargo no debemos passar por alto, que las presentes merecen el primer lugar entre las de nuestro LOPE, y no son inferiores a las demas que se leen en nuestra lengua. Con todo esso no intentamos persuadir, que estan exentas de algunos defectos; pues en la Poesia pastoral, que es una especie de poema dramatico, se han quebrantado en estos ultimos tiempos las reglas, que nos dejaron para la imitacion sus mejores maestros, THEOCRITO

en-

entre los Griegos, y VIRGILIO entre los Latinos. Lo cierto es que la Poesia pastoral no es otra cosa, mas que una imitacion de la accion de un pastor, o de qualquiera considerado bajo deste caracter. Su forma es dramatica o narrativa, o compuesta de ambas: la fabula sencilla, las costumbres ni muy cultas, ni demasiado rusticas: los pensamientos llanos, la expression humilde, pero pura; limpia, pero florida; en una palabra, la fabula, costumbres, pensamientos y expressiones deben respirar una natural sencillez, propria de la que se supone en los pastores de las primeras edades del mundo, a quienes se atribuye este genero de diversion poetica: a que debe añadirse la brevedad y delicadeza, * con que se consigue hacer una pieza natural y deleytosa, que es el fin que se propone la Egloga.

To-

* Renato Rapin *de Carm. Pastorali.*

Todas estas perfecciones supo unir nuestro LOPE; y si alguno nos opusiere que tal qual vez se desvia dellas; pudieramos escusarle con el exemplo de THEOCRITO y VIRGILIO, que no siempre guardaron las reglas de la Poesia pastoral (aunque el ultimo fue mas circunspecto en su observancia) pues tratan assuntos, que no son proprios de pastores, les atribuyen discursos, que exceden su capacidad, y usan no pocas veces de estilo sublime y metaphorico: todo muy distante del proposito de este genero de Poema.

En la pag. 335. del tom. IX se lee la EGLOGA A CLAUDIO, en que sin duda intervino alguna equivocacion del editor, pues esta pieza nada tiene de bucolico, y es regular que su autor no le huviesse dado semejante titulo, y que la palabra *Egloga* se introduxesse por inadvertencia. Esta pieza que con EL SIGLO DE ORO y la *Egloga* AMARYLIS

se

se imprimieron en el *Parnasso Españól* tom. III es una de las mas preciosas que nos dejó LOPE, pues en ella da cuenta a Claudio de los exercicios de su juventud, que primero fueron en la milicia, y despues la desamparó abrazando el estado del matrimonio, y ultimamente el Eclesiastico.

Passa luego a tratar de sus estudios, que a la verdad debieron de ser bien continuos, pues sin embargo de las ocupaciones militares, y las demás que tuvo, ya casado, ya sacerdote, que no serian pocas, computados los dias de su vida con los pliegos que escribió, salian cinco destos en cada uno: como él mismo lo dice: *

Huviera sido yo de algun provecho,
si tuviera Mecenas mi fortuna,
mas fue tan importuna,
que gobernó mi pluma a mi despecho,
tanto que sale, ¡qué mortal porfia!
a cinco pliegos de mi vida el dia.

Des-

* Tom. IX. pag. 360.

Despues hace nuestro Autor la enumeracion de sus obras, y hablando de las *Comicas* que tenia escritas no duda decir que su numero era infinito, añadiendo en confirmacion desta verdad, y para mayor admiracion de los lectores: *

Mil y quinientas Fabulas admira,
que la mayor del numero parece,
verdad que desmerece
por parecer mentira,
pues mas de ciento en horas veintiquatro
passaron de las Musas al Theatro.

A

* Tom. IX. pag. 368. LOPE aqui solo menciona mil y quinientas *fabulas* o *Comedias*; pero esta pieza la escribió sin duda antes de imprimir su *Dorotea* (de la que habla como inedita) que vió la luz publica el año de 1632; y como sobrevivió hasta el de 1635, pudo llevar el numero de sus Comedias hasta el de 1800, que pone el Maestro Juan Perez de Montalvan en los *Elogios* a nuestro autor y *Fama postuma*. Y para que no se crea que es ponderacion el numero de Comedias, que se atribuye a LOPE, traheré el testimonio de un sujeto tan integro y desapassionado, como fue MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, quien hablando del progresso de las *Comedias* en el prologo a las suyas, dice: *Entró luego el mons-*

truo

A la verdad de ninguno de los grandes ingenios, que produxo la antiguedad leemos cosa semejante. La lastima es que muchas de las Comedias de LOPE quedaron sin imprimirse, pues hasta ahora no se ha podido juntar el numero que aqui se señala, o porque algunas salieron con nombre ageno, como el Autor lo dá a entender en varias partes, o porque otras, que no vieron la luz publica, se las havrán apropriado despues los que no tienen escrupulo de vestirse de galas agenas. Lo mismo tal vez podrá decirse de otras obras, que quedaron

¶¶¶¶ ma-

truo de naturaleza, el gran LOPE DE VEGA, *y alzóse con la monarchia Comica, avasalló y puso debajo de su jurisdiccion a todos los farsantes: llenó el mundo de Comedias proprias felices y bien razonadas; y tantas, que passan de diez mil pliegos los que tiene escritos, y todas (que es una de las mayores cosas que puede decirse) las ha visto representar, u oido decir por lo menos, que las han representado. Y si alguno (que hay muchos) ha querido entrar a la parte, todos juntos no llegan en lo que han escrito, a la mitad de lo que él solo.*

manuscritas, cuyo numero era tan crecido, segun expressa el Autor a Claudio: *

Que no es minima parte, aunque es excesso,
de lo que está por imprimir lo impresso.

Ojala los eruditos contribuyan con lo que tengan manuscrito de nuestro Autor, para enriquecer quanto sea possible la edicion de este **

Poeta insigne, a cuyo verso o prosa
ninguno le aventaja, ni aun le llega.

LA

* Tom. IX. pag. 369.
** Cervantes en el *Viage del Parnasso.* cap. 2.

LA VEGA DEL PARNASSO,

PARTE I,

POR EL PHENIX DE ESPAÑA

FREY LOPE FELIX DE VEGA CARPIO,

DEL HABITO DE SAN JUAN,

PROCURADOR FISCAL
DE LA CAMARA APOSTOLICA.

DIRIGIDA

AL EXCELENTISSIMO SEÑOR
DON LUIS FERNANDEZ DE CORDOVA,
CARDONA Y ARAGON, DUQUE
DE SESSA, &c.

OBRAS
CONTENIDAS EN ESTA PRIMERA PARTE
DE LA VEGA DEL PARNASSO.

El Siglo de Oro. pag. 1.
Comedia, el Guante de Doña Blanca. pag. 11.
Versos al Nacimiento del Principe. pag. 105.
Egloga Panegyrica al Epigrama del Serenissimo Infante Don Carlos. pag. 118.
Cancion, al Serenissimo Señor Infante Don Fernando de Austria, Cardenal de Roma, y Protector de la Congregacion de los Sacerdotes naturales de Madrid. pag. 130.
Comedia, la Mayor virtud de un Rey. pag. 140.
Ver-

VERSOS a la primera fiesta DEL PALACIO NUEVO. pag. 236.
A la venida de Italia a España del DUQUE DE OSUNA. pag. 245.
ELISIO, EGLOGA en la muerte del R. P. M. ORTENSIO FELIX PARAVICINO. pag. 250.
COMEDIA DE LAS BIZARRIAS DE BELISA. pag. 263.
EGLOGA A CLAUDIO. pag. 355.
HUERTO DESHECHO. pag. 373.
A DON AGUSTIN COLLADO DEL HIERRO. pag. 382.
A la muerte de JUAN BLAS DE CASTRO. pag. 385.
COMEDIA, PORFIANDO VENCE AMOR. pag. 391.

AL EXCELENTISSIMO SEÑOR DON LUIS FERNANDEZ DE CORDOVA,

CARDONA Y ARAGON, DUQUE DE SESSA, DE BAENA Y DE SOMA, CONDE DE CABRA, PALAMOS Y OLIVITO, VIZCONDE DE INAJAR, SEÑOR DE LAS BARONIAS DEL BELPUCHE, LIÑOLA Y CALONGE, GRAN ALMIRANTE DE NAPOLES, Y CAPITAN GENERAL DEL MAR DE AQUEL REYNO, COMENDADOR DE BEDMAR Y ALBAÑEZ, DEL ORDEN Y CABALLERIA DE SANTIAGO, &c.

LA aficion que V. Excelencia ha mostrado siempre a los escritos de FREY LOPE FELIX DE VEGA CARPIO, mi señor, y las mercedes que en su vida recibió de essas generosas manos, y honras en su muerte, que por

ser

ser tantas y tan notorias al mundo no las refiero; me obligan a que dedique a V. Excelencia la Vega del Parnasso, en reconocimiento de las muchas obligaciones que yo y mi casa tenemos a V. Excelencia, para que amparandolas con su grandeza, las lean con mas gusto los afectos a su dueño. Nuestro Señor guarde a V. Excelencia como deseo.

Criado de V. Excelencia

Luis de Usategui.

APRO-

APROBACION.

EN este libro, que me remitió el señor Licenciado Don Lorenzo de Iturrizarra, Vicario general en esta Corte, y escribió Frey Lope de Vega Carpio, no hallo cosa no ajustada a la verdad Catholica de nuestra sagrada Religion, ni a las mas recatadas costumbres. Intitulase La Vega del Parnasso, y pudiera, el Parnasso desta Vega; porque a su amenidad elegante se han reducido las Musas con sus instrumentos, voces, agudezas y dulzuras, acreditando sus influencias y afluencias en la mayor pluma de las edades: pero suspendo la mia, porque tal vez, que en semejantes aprobaciones quiso espaciarse deudora a sus alabanzas, me las reprehendió justamente, quizá porque ningunas pueden ser iguales a sus merecimientos. Consuelome que no me puede mortificar en que no le dé la mayor, diciendo que es de Frey Lope de Vega Carpio. Permitaseme este parenthesis para decir, que estando escribiendo esta aprobacion, nos le arrebató el cielo con retorno repetido de pesames de toda la Corte, con ternura piadosa de los ingenios bien intencionados, con soledad desconsolada de los Theatros, y con sentimiento general de todos, porque de todos era admiracion, por el primero ingenio, y por el ingenio mas dueño de las Musas. Su pérdida juzgo irreparable aun a vista de las plumas, que mas remontadas con ilustre vanaglo-

ria vuelan por nuestra España. Dios que se ostentó tan Dios en este varon grande, le corone con guirnalda inmarcessible de la inmortalidad del arbol de la vida. Quien pide la licencia la merece. Este es mi parecer, salvo, &c. En Madrid a 26 de Agosto M. DC. XXXV.

El M. Joseph de Valdiviesso.

EL

EL LICENCIADO JOSEPH ORTIZ DE VILLENA,

A LOS AFICIONADOS DE FREY LOPE FELIX DE VEGA CARPIO.

PEdian tantas personas estos versos de Lope, que andaban en fragmentos, por haverse impresso pocos en diversos tiempos, como escritos a diversos propositos, y siendo lo que con mas estudio se conoce entre sus lyricos, que me pareció, quando era vivo, pedirle que los juntasse, copiandole muchos de los que no estaban impressos, y dandole los que no tenia, por cumplir con los deseos de los aficionados a sus obras. Y porque le viniesse mejor el nombre a la Vega del Parnasso, se añadieron las mejores Comedias que ha compuesto, porque como en las Vegas hay tanta variedad de plantas, arboles y flores, assi pudiessen entretenerse los que la leyeren en tan diversos generos de Poesias: y no siendo menos conforme a su nombre el titulo del libro. Y porque no se cansen en subir al monte, hallando mas cerca las fuentes de Hipocrene y Helicona, aunque ya su dificultad (merced de la fertilidad de los tiempos) se vé tan trillada y facil, que en este no huviera dicho Garcilasso:

A la cumbre dificil de Helicona:

Ni Ovidio en el primero de su *Metam.*

Mons ubi verticibus petit arduus astra duobus
Nomine Parnassus.

Y Mantuano,

Quæ fugit ardua in alti Parnassi iuga.

De

De suerte que la subida al monte es dificil, si se considera en el fin, que es el laurel de la eternidad, y facil al juicio de los que en esta edad engañados de terminos escuros y inauditos, en vez de aumentarla y ennoblecerla, infaman y destruyen nuestra lengua: assi dixo FERNANDO DE HERRERA en el Comento a GARCILASSO.

Que nuestra lengua arribaria a la cumbre,
que la Griega y Latina, si nosotros
con impiedad no la desamparassemos.

Y mas adelante alabando sus versos de GARCILASSO, que son todos ilustrados de claridad, y en esta razon prosigue: Que las Musas escogiessen esta lengua de Garcilasso, siempre que hablaren Castellano.

Bien sé que es dar vozes al viento y que me diran:

¿Abluis Aethiopem quid frustra?

Porque con quatro voces peregrinas y algunos desaforados hyperboles (gran fiesta del ignorante vulgo) se sueñan muchos haver llegado a la infinita majestad del arte. Estos versos de LOPE salen a luz de su misma claridad, quando estaban tan cerca de perderse por la poca estimacion, en que él viviendo tuvo quanto escribia, humildad que a no haver sido en su naturaleza virtud, huviera sido en su desconfianza digna de reprehension. Y si desto se disgustáre la calumnia o la multitud, no importa, que los mismos versos del libro, que el Ilustrissimo señor DON RODRIGO DE ACUÑA, meritissimo Arzobispo de Lisboa, en una carta llama *claridad conceptuosa*, responderan por sí.

EL

EL SIGLO DE ORO.

ADVERTENCIA A LOS LECTORES.

PArece que quando este cisne divino espiraba, con mas melodia y sonora voz cantaba, para suspender a todos con la dulce harmonia de sus versos, pues el dia antes que le diesse la enfermedad, hizo con tanta elegancia y eloquencia esta *Silva Moral al Siglo de Oro*, y el *Soneto* que va impresso tras ella, a la muerte de un Caballero Portugués, en que parece, que pronosticó despues de su muerte en lo que havia de estimarse hombre tan eminente e insigne, como fue. Advierta el Lector, que fueron los ultimos versos que compuso este Soneto.

EL SIGLO DE ORO

SILVA MORAL

FAbrica de la inmensa architectura
deste mundo inferior, que el hombre imita,
pues como punto indivisible encierra
de su circunferencia la hermosura,
y copióse la tierra
de quanto en ella habita
con tantos peregrinos ornamentos,
llenos los tres primeros elementos
de peces, fieras y aves, que vivian
de toda ley exentos,
si bien al hombre en paz reconócian,
aun no palido el oro,
porque nadie buscaba su thesoro,
y el diamante tan bruto, aunque brillante,
que mas era peñasco que diamante,
los arboles sembrados de colores,
y los prados de flores,
buscando los arroyos sonorosos
en arenosas calles
por las obliquas señas de los valles
los rios caudalosos,
y sobervios los rios
entre bosques sombrios
vestidos de cristales transparentes,
sin volver la cabeza a ver sus fuentes,
anhelando a Oceanos

per-

perdiendo en él sus pensamientos vanos,
y sin temor alguno
de verse el tridentifero Neptuno
oprimido del peso de las naves,
abriendo sendas por sus ondas graves
los hijos de los montes!
excelsos pinos y labradas hayas
para passar por varios horizontes
a las remotas playas
de climas abrasados,
frigidos o templados:
ni el caballo animoso relinchaba
al son de la trompeta,
ni la cerviz sujeta
al yugo el tardo buey el campo araba,
que sin romper la cara de la tierra,
con natural impulso producia
quanto su pecho generoso encierra,
que como en la primera edad vivia
con desorden florida y balbuciente
daba prodigamente
con fertil abundancia
al mundo su riqueza,
porque como muger naturaleza
es mas hermosa en la primera infancia,
no haciendo distincion de tiempo alguno
daban flores Vertuno
con diferentes frutas primitivas,
las parras y pacificas olivas,
y la Dodonea encina, por la rubia
Ceres, que no tenia
necessidad de lluvia,

y de su misma caña renacia
matizando los prados de violetas,
de rosas y de candidas mosquetas,
no de otra suerte, que la alfombra pinta
el Thracio con la seda de colores
en cada rueda de labor distinta
Arabicos caracteres y flores,
que la naturaleza aun no pensaba,
que al arte su pinzel perficionaba.
A la parte Oriental Euro tendia
las alas vagorosas,
el Austro y Mediodia,
y Boreas fiera a las distantes Osas
por el Septentrion temor ponia:
el Sol por sus dorados paralelos
comenzaba el camino de los cielos,
que por no diestra del calor la copia
blanca Alemania, fue negra Ethiopia,
cuya Ecliptica de oro no sabia
el nombre de los signos, que tenia,
ni en su campo pensó, que espigas de oro
paciera el Aries, y rumiára el Toro.
La casta Luna en su argentado plaustro
no se mostraba al Austro
lluviosa, alternativas las dos puntas,
una a la tierra, y otra al claro cielo,
sino pidiendo con las manos juntas
calor al sol para su eterno hielo,
sin temer el piloto en los confines
del vasto mar astrologos delphines,
que pacifico Rey de su elemento
se imaginaba superior al viento.

Los

Los hombres por las selvas discurrian
amando solo el dueño que tenian,
sin interes, sin zelos.
¡O dulces tiempos, o piadosos cielos!
alli no adulteraba la hermosura
el marfil de su candida figura,
ni la fingida nieve,
y el bastardo carmin daban al arte
lo que naturaleza no se atreve,
ni a Venus bella en conjuncion de Marte
al cielo el sol zeloso descubria,
ni en Chipre se vendia
amor artificial: ¡o SIGLO DE ORO
de nuestra humana vida desengaño,
si vieras tanto engaño,
tan poca fe, tan barbaro decoro!
Todo era amor suave, honesto y puro,
todo limpio y seguro,
tanto que parecia
una misma harmonia
la del cielo y el suelo,
que aspiraba a juntarse con el cielo.
En este tiempo de los altos coros
hermosa Virgen con Real ornato
bajó a la tierra, que adoró el retrato
de Jupiter divino, y por los poros
de sus fertiles venas
vertió blancos razimos de azucenas,
y las fuentes sonoras
provocaban las aves
a canciones suaves
en las del verde Abril frescas auroras,

que

que del son de las aguas aprendieron
quantos despues chromaticos supieron.
Venía una castissima Doncella
vestida de una túnica esplendente,
sembrada de otras muchas, siendo estrella,
y una corona en la espaciosa frente,
cuya labor y auriferos espacios
ocupaban jacintos y topacios.
Los cothurnos con lazos carmesíes
forjaban esmeraldas y rubies,
que descubria el zephyro suave
de la fimbria talar con pompa grave
un ardiente crysolito la planta
para estamparla en tierra pura y santa.
No sale de otra suerte por el cielo
con frente de marfil y pies de hielo
la candida mañana,
guarneciendo de plata sobre grana
la capa de zaphyros
de las sombras somniferos retiros,
y volviendo de inmensas pesadumbres
refluxos a sus mismas claridades
de montes y ciudades,
cupulas altas de gigantes cumbres,
a la noche tenía
en negro empeño hasta el futuro dia.
Los hombres admirados
de ver tanta hermosura,
preguntaron quién era,
no haviendo visto por los tres estados
del ayre exhalacion tan viva y pura,
ni pajaro tan raro, que pudiera

ceñir la frente de tan rica esphera,
ni dar tales assombros,
resplandecer sus hombros
con alas de oro, plumas de diamantes
no conocidos antes:
y aun presumir la admiracion pudiera,
que el sol bajaba de su ardiente esphera
a vivir con los hombres, como Apolo,
viendose arriba, como sol, tan solo.
Entonces de sí misma esclarecida
la hermosa Reyna a su piadoso ruego,
por una rosa de rubí partida
en el jardin Angelico nacida:
Yo soy, les dixo, la Verdad, y luego
como dormida en celestial sossiego,
quedó la tierra en paz, que alegre tuvo
mientras con ella la verdad estuvo,
que quanto en ella vive,
su misma luz y claridad recibe:
pero felicidad tan soberana
poco duró por la sobervia humana,
porque en países de diversos nombres,
por quanto el mar abraza
en esta universal del mundo plaza,
el numero creciendo de los hombres,
desvanecido el suelo
presumió desquiciar la puerta al cielo,
y haviendo ya ciudades
y fabricas de inmensos edificios,
con armas en los altos frontispicios
comenzaron con barbaras crueldades,
interesses, envidias, injusticias,

los adulterios, logros y codicias,
los robos, homicidios y desgracias.
Y no contentos ya de Aristocracias
emprendieron llegar a Monarquias,
la purpura engendró las tyranias:
nació la guerra en brazos de la muerte,
los campos dividieron fuerza, o suerte,
dispuso la traycion el blanco azero
para verter su propria sangre humana,
y fue la envidia el agressor primero,
y procedió la ingratitud villana
del mismo bien a tantos vicios madre,
infame hija de tan noble padre:
bañó la ley la pluma
en pura sangre para tanta suma,
que excede su papel todas las ciencias,
tales son las humanas diferencias.
Pero por ser los parrafos primeros,
y ser los hombres, como libres, fieros,
no siendo obedecidas
quitaron las haciendas y las vidas
a sus proprios hermanos y vecinos,
y hicieron las venganzas desatinos,
porque dormidos los jüeces sabios,
castiga el ofendido sus agravios.
Robaban las doncellas generosas
para amigas, a titulo de esposas,
traydores a su amigo,
y todo se quedaba sin castigo,
que muchos que temieron,
por no perder las varas, las torcieron,
y muchos que tomaron,

pen-

pensando enderezallas las quebraron.
O favor de los Reyes:
del sol reciben rayos las estrellas,
telas de araña llaman a las leyes,
el pequeño animal se queda en ellas,
y el fuerte las quebranta.
Hai del señor que sus vasallos deja
al cielo remitir la justa queja:
viendo pues la divina Verdad santa
la tierra en tal estado,
el rico idolatrado,
el pobre miserable,
a quien ni aun el morir es favorable,
mientras mas voces dá, menos oído,
el sabio aborrecido,
escuchado y premiado el lisongero,
vencedor el dinero,
Joseph vendido por el proprio hermano,
lástima y burla del estado humano,
y entre la confusion de tanto estruendo
Democrito riendo,
Heraclito llorando,
la muerte no temida,
y para el sueño de tan breve vida
el hombre edificando,
ignorando la ley de la partida
con presuroso vuelo
subióse en hombros de sí misma al cielo.

A LA MUERTE

DE UN CABALLERO PORTUGUES

SONETO.

LIsboa por el Griego edificada,
ya de ser phenix inmortal presuma,
pues debe mas a tu divina pluma,
docto Gabriel, que a su famosa espada.
Voraz el tiempo con la diestra ayrada
no hay imperio mortal que no consuma:
pero la vida de tu heroyca suma
es alma ilustremente reservada.
Mas hai! que quando mas enriqueciste
la patria, que su artifice te llama,
por la segunda vida que le diste,
Cipres funesto tu laurel enrama,
si bien ganaste en lo que mas perdiste,
pues quando mueres tú, nace tu fama.

EL

EL GUANTE DE DOÑA BLANCA.

COMEDIA FAMOSA, DE LOPE DE VEGA CARPIO.

Hablan en ella las personas siguientes:

D. Juan de Mendoza.
Brito.
Doña Blanca.
Julia.
Nuño de Andrada.
Mendo, *criado*.
El Rey D. Dionis.
D. Pedro de Atayde.
Doña Leonor.
Tofiño, *escudero*.

ACTO PRIMERO.

Sale Don Juan de Mendoza de camino, y Brito.

Brito. Mas parabienes te doy,
que tiene estrellas el cielo,
aunque del notable agravio
tengo justo sentimiento.
Dejasteme en Portugal,
quando pudo mi deseo
ver a Castilla contigo.

D. Juan.

D. Juan. Fuera mi mayor contento
llevarte en mi compañia,
pero de mi ausencia el miedo
fue causa que te dejasse
en Lisboa, no sabiendo,
que Nuño fuera a Aragon,
de quien tengo justos zelos.
Brito. Luego que de aqui partiste
a pedir al Rey Don Pedro
su hija, partió Don Nuño.
D. Juan. A mi fortuna agradezco,
que no quedasse en Lisboa,
que aunque, como sabes, tengo
favores de Doña Blanca,
ni en mí, ni en ella, ni en ellos
puedo ausente confiarme,
pena de loco, o de necio.
¿Tuviste dicha de hablarla
alguna vez? Brito. Quando quiero,
con la capa del donayre
todo el palacio penetro.
Seguro estás de su parte,
ella te quiere en extremo,
y con el mismo aborrece
a Nuño. D. Juan. ¡Milagro nuevo!
Si le favorece el Rey,
que mira con tal desprecio
todas mis acciones, Brito,
pues ninguna cosa intento
en que acierte a darle gusto:
el titulo que pretendo
tengo ya por impossible.

Bri-

Brito. Qien pretende, estame atento,
tres cosas ha de tener.
D. Juan. ¿Qué son? qué yá las espero.
Brito. Son diligencia y paciencia,
y poco merecimiento.
D. Juan. Todas pienso que me faltan.
Brito. Hoy te dará por lo menos
de las paces confirmadas
con Castilla el justo premio:
pero Doña Blanca passa
de su quarto al aposento
de la Infanta, o se la hurtaron
mis ojos a tus deseos.
Llega, ¿de qué estás turbado?
D. Juan. Del peregrino sucesso,
que amor y temor el alma
entre fuego y hielo han puesto.
Brito. Pues parece Portugués
en lo tierno y lo discreto.
D. Juan. Lo discreto se me olvida,
y de lo tierno me acuerdo.
Brito. Llega, que ya passá, llega.

Salen Doña Blanca y Julia.

D. Juan. Aquí, mi señora, un cuerpo,
que fue sin alma a Castilla,
y en un mes siglos eternos
vivió sin vida, que ausente
fue lo mismo que estar muerto,
viene a Portugal por ella.
D. Bl. No quiero, si yo la tengo,

darosla, que no es razon,
que tengais lo que no es vuestro.
¿Cómo venis? D. Juan. Como fui.
¿Y vos cómo estais? D. Bl. No puedo
deciros cómo me he visto,
pues os lo dice, que os veo.
D. Juan. Temo vuestra discrecion,
y vuestra hermosura temo,
que si aquella hablando mata,
esta callando me ha muerto.
¿Qué os preguntaré de mí?
D. Bl. Que todos mis pensamientos
me llevastes a Castilla.
D. Juan. De los mios os prometo,
que allá no llevé ninguno,
que todos se me perdieron
al salir de Portugal.
D. Bl. Perdonadme, porque creo,
que ya se viste la Infanta.
D. Juan. Dadome ha notables zelos
el corazon de essa joya,
que está en fin en vuestro pecho.
D. Bl. Pues tomad el corazon,
porque sossegueis el vuestro.

Dale un corazon de diamantes, y vase.

Brito. Yo no vengo de Castilla,
señora Julia, ni quiero
corazon de oro. Julia. Ni yo
le quiero dar el que tengo. *Vase.*
Brito. Ahora verás, que ha sido

to-

todo lo que dixe, cierto.
D. JUAN. ¿Hablé bien? BRITO. No, sino mal,
pues que llegaste muy necio,
diciendo a lo sacristan,
que venias por el cuerpo.
D. JUAN. Por el alma dixe, Brito.
BRITO. Cuerpo, señor, no es requiebro
para dama de palacio.
D. JUAN. Poco logré mi contento:
Nuño dicen que ha venido,
y haz cuenta, que sin remedio
desembarca en mi temor
toda una flota de zelos.

Salen Nuño de Andrada de camino, y Mendo.

MENDO. Don Juan vino de Castilla.
NUÑO. Ya tengo por mal aguero
ser, al entrar en palacio,
la primer cosa que veo.
MENDO. Hablale, que ya te ha visto.
NUÑO. Si él me ha visto, quando llego,
¿por qué no ha venido a hablarme?
BRITO. Señor, ¿de qué estás suspenso?
Nuño de Andrada te ha visto,
hablale. D. JUAN. ¿No eres mas necio?
Si él entra, y yo estoy aquí,
y no llegamos a un tiempo
a hablarnos, ¿no ves, que ya
él fuera mas, y yo menos?
NUÑO. ¿Qué hay, Mendo, de Doña Blanca?
MENDO. Mucho mal.

Nu-

Nuño. ¿Mucho? no entiendo
cómo puede ser, estando
ausente Don Juan. Mendo. Yo pienso,
que os ha de vencer a entrambos
un nuevo galan por nuevo:
Nuño. ¿Quién? Mendo. Presumo que el Rey,
aunque no lo sé de cierto.
Nuño. ¿Quando me envia a Aragon
a tratar su casamiento,
sirve el Rey a Doña Blanca?
Mendo. ¿Esso te parece excesso?
¿no sabes sus bizarrias?
verdad es; que no lo tengo
por cierto. Nuño. El viene.

Sale el Rey, Don Pedro de Atayde, y acompañamiento.

D. Ped. Hoy tendrá
dos embajadas a un tiempo
vuestra Alteza.
Rey. Y son ambas
todo el fin de mi deseo.

Llegan D. Juan y Nuño, cada uno por su parte.

D. Juan. Ya, Dionis invictissimo, confirma
el Castellano Rey la paz contigo:
este el despacho fue y esta su firma
en fe de ser tu verdadero amigo.
Nuño. Ya, generoso Principe, se afirma
(como verás por esta, y soy testigo)

el Rey Aragonés, en que tú seas
quien entre tantos a Isabel posseas.
Tu fama adora, tu valor prefiere
al Aguila Imperial, a la Lis de oro,
vecino te anticipa, y yerno quiere.

REY. De tan grande servicio el premio ignoro.
¿Es hermosa Isabel? NUÑO. Sino se infiere
de su fama, señor, piensa en el coro
Angelico, y de allí forma una idea,
que igual en todo a su hermosura sea:
que despues de vencer con su belleza
quanto la antiguedad unico admira,
adorna su Real naturaleza
tanta virtud, que a ser divina aspira.

REY. ¿Pedro dejó por mí tanta grandeza,
que hasta del mismo Imperio se retira?
muy obligado estoy: veré estas cartas,
para que vistas, por mi esposa partas.
Con titulo de Conde irás honrado,
amigo Nuño, quando tiempo sea.

D. PED. ¿Cómo a D. Juan, señor, no le has premiado,
si la paz de Castilla se desea?

REY. Si es en esto su Rey interessado,
premie al Embajador, quando le vea:
yo, Nuño, a tí, que casamientos haces,
y a quien le está mejor, pague las paces.
Haganse fiestas, mascaras, torneos,
y arda en luces Lisboa, porque sea
notorio a tierra y mar, que en mis deseos,
lo que al Cesar negó, D. Pedro emplea:
Donde juntan eternos hymeneos,
el Tajo y el Oceano se vea

otra tanta ciudad, y retratada
en lienzos de cristal la Indiana armada.
O Nuño, ¿quién pudiera hacerme el gusto,
que recibo de tí, sino tu mano?
poco premio te doy, pero muy justo,
por la bella Isabel, Angel humano:
Ya ni el lirio Francés, ni el cetro Augusto
compiten con el orbe Lusitano,
pues hoy, amor, a un lazo eterno inclinas
las barras de oro y las sagradas Quinas. *Vase*

D. Juan. No sé cómo fue possible
reportarme en tanto agravio.

Brito. Siempre fue el silencio sabio,
y la paciencia invencible.

D. Juan. ¿Qué paciencia puede haver
donde no vale el valor?

Brito. Mira que te oyen, señor,
y hay quien se pueda ofender.

D. Juan. Porque me escuche lo digo,
Nuño, sin razon premiado.

Nuño. El premio, que el Rey me ha dado,
y quanto hiciere conmigo,
señor Don Juan de Mendoza,
es en Don Nuño de Andrada
merced tan bien empleada,
por los titulos que goza
de su sangre y su valor,
no por lo que el Rey le dá,
que ningun Noble dirá,
que en él lo estará mejor.
Y admirame que digais,
que sin razon me ha premiado:

pues

pues sin ella haveis mostrado,
que mas que el premio, envidiais
el haverlo merecido.

D. JUAN. Yo, señor Nuño, pudiera
responderos, si aqui fuera
al respeto permitido:
pero no pudiendo ser,
solo digo, que me agravio
de que el Rey prudente y sabio
tanto se pueda ofender
de mi fortuna, o de mí,
que con servirle del modo
que veis, se canse de todo,
y todo lo pague assi.
¿Quándo efectos de mi pluma,
o de mi espada escuchó
con gusto? ¿o quizá que yo
de alguna dellas presuma?
¿Quándo de cosa que hiciesse,
su Alteza gusto mostró?
¿quándo mi amor le sirvió,
que premio alguno tuviesse?
¿Quándo aun de solo un donayre
bien dicho me hicieron dueño,
que no le oyesse con ceño,
y con torcido desayre?
¿Quándo merecí tener,
como otros tienen, lugar,
quando se humana a tratar
cosas de gusto y placer?
¿Quándo en guerra, o paz mi voto
fue importante, ni discreto?

¿quándo de ningun secreto
fue conmigo manirroto?
Pero si disculpa alguna
puede mi agravio tener,
su virtud no puede ser,
sino mi adversa fortuna.
Nuño. A que su Alteza no os dé
el merecido lugar,
no tengo que replicar:
pero yo responderé,
a lo que vos me obligais,
luego que salga de aqui.
D. Juan. Sea luego. Nuño. Sea por mí.
D. Juan. Pues salid. Nuño. Voy.

Sale el Rey.

Rey. ¿Dónde vais?
Nuño. Donde vos mandais, señor.
Rey. Ya conozco lo que ha sido,
y a no lo haver entendido,
lo viera en vuestro color.
D. Juan. Señor. Rey. Basta con que os mando
que esto cesse. D. Juan. Será assi.
Rey. Vos, Nuño, dejadme aqui
con Don Juan. Brito. Estoy temblando.

Vanse Nuño y Mendo.

Rey. Don Juan. D. Juan. Señor.
Rey. Yo he sabido,
sin lo que ahora escuché,

las

las quejas de vuestra fe
y lealtad contra mi olvido.
Andais por toda Lisboa
contando vuestros agravios;
cosa que en los hombres sabios
mas causa ofensa, que loa.
Decis que no os quiero bien,
y que en nada me agradais:
vuestra fortuna culpais,
y mi mal gusto tambien.
Pero estais muy engañado,
que por agradarme en todo
os trato de aqueste modo,
que si os huviera mostrado
amor en las ocasiones,
fuera daros enemigos,
cuidados, penas, testigos
de todas vuestras acciones.
Pero si es vuestra opinion
tan grave peso admitir,
y os atreveis a sufrir
la envidia y murmuracion;
desde hoy seremos amigos,
pero despues no os quejeis,
quando cercado os halleis
de cuidados y enemigos.
Por esso dejo a mis buenos
de los no tales atras,
porque a los que quiero mas,
siempre favorezco menos. *Vase.*

D. JUAN. Suspenso quedo. BRITO. ¿Por qué?
que yo parabien te doy,

pues todo un Reyno desde hoy
sobre tus hombros se ve?
D. Juan. Necio, conciertan estrellas
el amor, la fuerza no;
que nunca nadie llegó
a grande lugar sin ellas.
Si bien esto se concede,
no quitando al alvedrio
aquel libre señorio,
con que sujetarlas puede. *Vanse.*

Salen Doña Leonor y Doña Blanca.

D. Leo. Ofendes, Blanca, mi amor,
en negarme la verdad.
D. Bl. Mal juzgas de mi amistad
con essa duda, Leonor.
D. Leo. ¿Qué desengaño mayor,
que esconder tu entendimiento
del mio tu pensamiento?
que a pensamiento escondido,
el que despues le ha entendido,
no debe agradecimiento.
D. Bl. Si yo quisiera a Don Juan,
¿de quién mejor me fiára,
pues mis zelos escusára,
sabiendo que es tu galan?
Otros cuidados me dan
estas tristezas, Leonor.
D. Leo. Si yo sé que son de amor,
¿para qué me niegas quien
venció, Blanca, tu desden,

y tu passado rigor?
Si yo te digo, que adoro
a Don Juan, y que sí sé
que le quieres, dejaré
la empresa por tu decoro:
¿qué causa, que yo la ignoro,
a tal silencio te obliga,
siendo tu mayor amiga?

D. Bl. ¿Por qué preguntas zelosa,
quando quieres, que otra cosa
de lo que piensas, te diga?
Un relox alguna vez
que el desconcierto le inquieta,
suele apuntar la saeta
a la una, y dar las diez:
tú assi con essa altivez
de tus zelosos desvelos,
haciendo los zelos cielos,
por saber lo que hay en mí,
apuntas buen zelo aquí,
y darás despues mil zelos.
Un vaso tras de otro viene
en una noria, y entrega
parte del agua el que llega,
donde su termino tiene:
pero luego se previene
a volver por mas: tú vas
desta suerte, y vuelta das,
pues no havrás, parando aquí,
tus zelos dejado en mí,
quando volverás por mas.
Yo, Leonor, quiero, y no puedo
de-

decir a quien quiero bien,
esto basta, y que tambien
me obligan respeto y miedo.
Tú, deshaciendo el enredo
de tus zelos mal pensados,
sigue tus bien empleados
pensamientos sin desvelos;
y de quien no te dá zelos,
no quieras saber cuidados.
D. Leo. Oye. D. Blanca. ¿Qué?
D. Leo. Doyme a entender,
que quieres al Rey. D. Blanca. Pues dí,
¿no es obligacion en mí?
¿qué cosa puedo yo hacer
tan justa, como querer
al Rey? D. Leo. Pues sigue tu intento,
que el tratado casamiento
aun no tiene execucion,
que si él te tiene aficion,
no es vano tu pensamiento.
Muchas veces ha mezclado
en Castilla y Portugal
la vasalla y la Real
sangre la razon de estado,
o el amor; y yo he pensado,
aunque es tu silencio injusto,
que no te mira sin gusto.
D. Bl. Nunca yo pude obligar
mi pensamiento a pensar
en lo que no fuesse justo.
Verdad es, que el pensamiento
de una muger principal

de-

debe, aunque sea desigual,
aspirar a casamiento:
pero nada desto intento,
porque quien los rayos mira
del sol, y a su luz aspira,
en su dorada grandeza
examina su flaqueza,
y su presuncion retira.
No quiero yo persuadirme
a ser tan loca, Leonor,
que pueda en su resplandor
beber luces, y arder firme:
su esposa en su sol se afirme.

D. Leo. Bien pudiera tu belleza
y gracia, D. Blanca. Con mas llaneza,
Leonor, hablemos las dos. *Vase.*

D. Leo. Hai Blanca, guardete Dios,
para que te llame Alteza.

Sale el Rey con Don Juan.

Rey. Recoged essos papeles,
y despacharé las cartas,
pues que ya somos amigos:
y no os parezca la entrada
de mi servicio dificil,
que aunque es a los hombros carga,
pienso que os será ligera,
si el premio ayuda a llevarla.

D. Juan. Señor, mi lealtad y fe
os darán presto fianzas,
aunque vos por bizarria

me admitis a vuestra gracia,
de las obras, y el deseo,
con que a serviros me llama,
mas es amor, que el imperio.

Vase Don Juan.

Rey. Leonor. D. Leo. Señor.
Rey. ¿Aquí estabas?
D. Leo. Mirabamos desde aqui
estos jardines yo y Blanca,
donde son las flores peces,
los quadros ondas saladas,
los arboles son navios,
cuyas maromas y jarcias,
sin ver jamas primavera,
parecen brazos y ramas:
fuése, y dejóme estar sola,
que la musica y el agua
aumentan la pena al triste.
Rey. Pienso que no tiene dama,
como Blanca, Portugal:
dime, Leonor, ¿no te agrada
su entendimiento?
D. Leo. De suerte
es su hermosura, que iguala
las Helenas y Lucrecias,
unas libres, y otras castas.
Su talle, brio y asseo
son el alma de sus galas,
no como en otras mugeres,
que son las galas el alma,

y alabo tu discrecion.

REY. ¿Cómo?

D. LEO. Que si me agrada
su entendimiento preguntas,
siendo su hermosura tanta:
porque como esta se ve,
y aquel se trata, no hablas
de lo que se ve á los ojos,
como de cosa tan clara.
Aqui me dixo, despues
de persuadida y rogada,
que era la luz de sus ojos
vuestra Alteza.

REY. Tú me engañas,
por saber mi pensamiento.

D. LEO. No se logre mi esperanza,
si te miento en lo que digo.

REY. Puesto que los Reyes andan
mas vestidos de lisonjas,
que de la purpura sacra,
quiero pagarte, Leonor,
aunque pienso que me engañas,
con dos premios la mentira,
con que alientas mi esperanza.
Sea el primero, fiarte
mi pensamiento, que estaba
oculto en lo mas secreto
de los retiros del alma.
A tu eleccion queda el otro,
si tengo dadas fianzas
de quien soy a todo el mundo,
para cumplir mi palabra.

D. Leo. Bizarro Dionis (que quiero
como en el vulgo te llaman,
obligar tu gentileza)
yo amo tambien, si amas:
yo quiero tambien, si quieres:
yo aguardo tambien, si aguardas.
No hay oro en Tibar, no hay perlas
en el Sur, no hay esmeraldas
en Persia, en Zeylan rubies,
ni diamantes en Arabia,
que estime amor, sino solo
gozar la persona amada.
No puedo con mas favor
salir, señor, de tu casa,
que casada con Don Juan
de Mendoza.

Rey. Leonor, basta,
a mi me importa zeloso,
que como pretendes, salgas:
vete, que yo le hablaré.

D. Leo. El cielo, señor te haga
del Imperio del Oriente;
y en el mar de Taprobana
carguen tus naves tributos
conducidos a sus playas
de elephantes de Ethiopia,
a donde lleguen tus armas. *Vase Leonor.*

Sale Don Juan.

D. Juan. Reconocido, gran señor, el Moro,
que vino a verte a Ceuta, quando hiciste
el

el Africa temblar, cuyo thesoro
por feudo humilde de tus pies pusiste,
donde la fama ya las alas de oro
de varias plumas inmortales viste,
haciendo libre al discurrir el orbe,
que ni monte, ni mar su vuelo estorbe;
diez caballos Alarabes te envia,
que el mismo carro de Phaethon respete,
cuyos jaezes le labró Buxia,
y frenos y azicates Tafilete:
por el Codon, que no hay en Berberia,
encintan perlas, crines y copete,
y al modo de ginetes Andaluces,
plumas de Oran los vuelven abestruces.
No queda alfombra de los montes claros,
ni cuero de Azamor, de ambar teñido,
ni adarga de ante a prueba de reparos,
que en su Marruecos la sepulte olvido:
y como a España se conducen raros,
dos leones tan fieros han trahido, (ra,
que aunque en imagen los contempla y mi-
parece que el del cielo se retira.

REY. Erró, Don Juan, en enviar el Moro
por novedad a Portugal leones,
que aqui todos lo son, y cada poro
mas fieras que sus barbaras regiones:
envieme diamantes, plata y oro,
que viven por acá tantos Sansones,
tantos valientes Hercules altivos,
que se sabrán comer leones vivos.
Tengo que hablaros, no hay lugar ahora;
Mendoza, en cosa que me importa, quanto
a

a vos satisfacer quien os adora,
que por ella empeñé credito tanto.
D. Juan. Quanto mas vuestra hechura se mejora,
y yo de mi bajeza me adelanto,
tanto, señor, valdré para serviros.
Rey. Venid despues, que tengo que deciros. *Vanse*

Salen Brito y Doña Blanca.

Brito. Despues que endiosado vive,
no hay quien alcanzarle pueda.
D. Bl. No está tan alta la rueda,
que mas que de burlas prive.
Brito. Principio quieren las cosas,
por lo menos no te pesa.
D. Bl. Quien quererle bien confiessa
con prendas tan amorosas,
¿cómo no se ha de alegrar?
Brito. ¡O quánto el secreto importa!
D. Bl. ¡Qué mal amor se reporta
en el placer y pesar!
que si el Rey viene a saber.
que nos tenemos amor,
ni hay disculpa a su rigor,
ni defensa a su poder.
¿Pero cómo entraste aqui?
Brito. Una dueña me parió,
que esta licencia me dió,
de quien, como vés, nací
parlero y entremetido.
D. Bl. ¿Qué hace en esta ocasion
tu dueño? Brito. Tu corazon

le

le tiene desvanecido:
todo es versos y Sonetos.

D. Bl. No enseñe ninguno al Rey.

Brito. Secreto es la primer ley
de los amantes discretos.
Por pagarte el corazon
una joya quiere hacer:
pero no acierta a poner
al intento execucion.
Yo le digo, que pues es
corazon prenda de amantes,
haga una alma de diamantes,
que ofrezca, Blanca, a tus pies.
Que todos los tres lugares
a donde las almas van,
en tí los tendrá Don Juan,
quando en el mote repares.
El purgatorio en desvelos
de sus deseos y antojos,
el cielo en tus bellos ojos,
como el infierno en tus zelos.

D.ª Bl. Mejor le dixeras, Brito,
que escusando los diamantes,
porque en llanezas de amantes
es el interes delito,
me diera el alma sin ellos:
porque en el cielo de amor
entran las almas mejor
sin diamantes, que con ellos.

Brito. Pensé que me preguntáras,
que cómo no te escribia:
y un papel que te trahia,

guardé, porque en él me habláras:
pero pues no mereció
tu cuidado en esta parte,
quiero los conceptos darte,
que en él Don Juan te escribió.
D. Bl. Erraste en la dilacion,
muestra. Brito. Lee.

Dale un papel.

D. Bl. Ya no puedo,
que viene Leonor. Brito. Esconde
el papel. D. Blanca. Matame a zelos.

Sale Doña Leonor.

D. Leo. Si estabas con el Mercurio
de Don Juan, ¿qué sentimiento,
Blanca, havias de tener
del alboroto que han hecho
los leones Africanos,
que envió el Rey de Marruecos
al invencible Dionis?
D. Bl. Con el buen entendimiento
de Brito me entretenia.
D. Leo. Las Infantas van a verlos,
ven, que no será razon,
que en tal fiesta te echen menos.
D. Bl. Aun el descansar contigo,
Brito, de mis pensamientos,
esta enemiga me quita:
vamos, Leonor. D. Leo. Di a tu dueño,
que

embajador de mentiras,
que aqui te hablaron mis zelos.

D.ª Bl. Brito, no le digas nada,
que te mataré. *Vanse las dos.*

Brito. Parezco
a aquel sabio que tenia
dos mugeres por lo menos,
que la una le queria
quitar los blancos cabellos,
y la otra mas zelosa
le repelaba los negros,
con que vino a quedar calvo.

Sale Tofiño, escudero.

Tofiño. ¿Yo leones? ni aun por sueños,
vayase sola mi ama,
sea su galan brazero,
que no pienso acompañarla
por quanto vale este Reyno.

Brito. ¿Qué es esto, señor Tofiño?

Tofiño. O, Brito, perdido vengo
de miedo de los leones,
que aun quando en las salas veo
los que están en los tapizes,
me voy apartando dellos.
¿Leones? ¿soy yo Propheta?

Brito. No son tan bravos, ni fieros,
que yo en un Amphitheatro
ví un leon, que andaba huyendo
de un toro Español. Tofiño. Sería
la causa, ver por momentos

gente, porque hace el trato
humilde lo mas sobervio.

Brito. Bien dices, que una doncella
mas osca, que un toro nuevo,
a pocos dias casada
habla, escucha y pierde el miedo.

Tofiño. Por ventura esse leon
estaba, Brito, a esse tiempo
con la quartana: mas dime,
¿no te admira un Moro necio,
que anda entre ellos con un palo,
y que le obedecen ellos?
Mira, Brito, no me espanto,
que haya en el mundo arrieros,
barrenderos, coge-trapos,
ni zapateros de viejo,
ganapanes, aguadores,
cura-potras, busca-yernos,
ni que haya mugeres que echen
melecinas por dineros:
pero leoneros, es cosa
que pierdo el entendimiento.
¿Dar de azotes a un leon?
¿y decir, passa aqui perro,
por la mula de Bethlem,
que son locos, ó hechiceros.

Brito. ¿Esso te espanta, si hay
quien dome potros, y aquellos
que danzan en las maromas,
que son peligros mas ciertos?
¿qué mas necedad, que andar
toda la vida esgrimiendo,

te-

teniendo solos dos ojos?
¿o qué peligro más cierto,
que andar con una casada
de amores por largo tiempo,
si el marido y la muger
no van horros en el juego?

Den voces dentro.

¿Pero qué voces son estas?

TOFIÑO. Soltadose ha, yo soy muerto.

BRITO. Que no es nada. TOFIÑO. ¿Cómo no,
si todos los caballeros
van a defender las damas?

BRITO. Estaos quedo. TOFIÑO. ¿Cómo puedo?
soy flojo de orina, Brito.

BRITO. ¿Portugués, y decis esso?
implica contradiccion.

TOFIÑO. No implica sino griguiescos.

BRITO. ¡Qué hombre para la guerra
de Africa! no tengais miedo,
que yo estoy aqui temblando.

TOFIÑO. Sin que jureis os lo creo.

Sale Don Juan con la capa a un lado, y la mano en el puño de la espada.

D. JUAN Sola de mi valor será la empresa.

BRITO. ¿Don Juan descolorido y dando voces?
¿Dónde, señor?

D. JUAN. Que sean dos me pesa:
abre esta puerta, o romperéla a cozes.

Sale por la otra parte D. Nuño de la misma suerte.

Nuño. Esto ha de hacer quien mi valor professa.
Abre: Don Nuño soy, ¿no me conoces?
abre, leonero, presto.
D. Juan. Abre, leonero,
primero vine, y he de entrar primero.
Nuño. Despues que yo los haya muerto, y lleve,
señor D. Juan, el guante a Doña Blanca,
entrar podreis mejor, si amor os mueve.
Tofiño. Notable necedad. Brito. La puerta arranca.
D. Juan. ¿Quién es aquel que a mi valor se atreve?
porque no sola con la espada blanca,
mas con la bayna que la cubre. Nu. Quedo,
que os mataré, D Juan, con solo el miedo.
D. Juan. Dandome el que teneis, será bastante.
Dejad que corte yo sus fieros cuellos,
o en vos, D. Nuño, si os poneis delante,
ensayaré lo que he de hacer en ellos.
Nuño. Yo he de llevar a Doña Blanca el guante,
y hacer el timbre de mis armas dellos,
si fuera todo el Portugal leoneras,
y en ellas toda el Africa de fieras.
D. Juan. Ya no será, Don Nuño, valentia,
pues solo de temor de mis razones,
llegando a conocer, que yo queria
entrar, ya estaran muertos los leones:
pero si no lo están, que ser podria,
alabo sus valientes corazones,
aunque será mas cierto, que el leonero
no les ha dicho, que matarlos quiero.

Nu-

Nuño. Don Juan, yo soy Andrada.
D. Juan. Y yo, Don Nuño,
soy Don Juan de Mendoza.
Nuño. La que ciño,
en sangre Alarbe de la punta al puño
publíca toda el Africa que tiño.
D. Juan. Ahora os lo dirá la que yo empuño,
que es Marte mi valor, si amor es niño.
Nuño. Si haveis de huir, no prevengais reparos.
D. Juan. Leon os fingiré para mataros.

Al querer sacar las espadas salen el Rey y Don Pedro de Atayde.

Rey. Envidio tanto valor,
y de manera me mueve,
caballeros, esta empresa,
que dejaria, si fuesse
possible, que no lo es,
el ser de ser Rey por verme
capaz de intentar la gloria
de tan heroycos laureles.
Yo os pusiera, caballeros,
en paz, si pudiera hacerme
igual de vuestra fortuna.
D. Ped. Vuestra Alteza se sossiegue,
que el animo belicoso
no es menester que le muestre,
siendo ya tan conocido,
en iguales accidentes,
pues sabe, que contradicen
divinas y humanas leyes,

que

que se aventure la vida
de quien todo un Reyno pende.
Rey. Derriba mi sufrimiento
el corazon impaciente,
apartando á la razon.
D.Ped. Si ya vuestra Alteza tiene
muerto en Africa un leon
a lanzadas, ¿qué pretende?
Rey. Sacar quisiera este guante,
para que de mí dixessen
las historias esta hazaña.
Que los Castellanos suelen
alabar de un caballero,
que (como aqui nos sucede)
sacó un guante, que su dama
dejó cautelosamente
caer entre dos leones
por probarle. D.Pedro. No conviene,
señor, imitar su hazaña,
que esse Fidalgo valiente
le dió un bofeton despues,
y mi hija no merece,
que alguna mano en el mundo
mi honor y su rostro afrente,
porque de su honestidad
ninguno presumir puede,
que con cautela dejasse
caer el guante: y si quiere,
invictissimo señor,
vuestra Alteza, que yo entre,
no me estorvarán las canas,
que los filos ensangriente

en

en las Africanas fieras,
para que despues le diesse
no bofeton, sino abrazos
por la ocasion que me ofrece
de hacer tan famosa hazaña.

D. JUAN. Señor, aunque justamente
acometer esta empresa
tan gran caballero puede,
yo haré, que la substituya
en mi edad, si me concede
vuestra Alteza este favor.

NUÑO. Qualquiera de los presentes,
invicto Dionis, podrá
serviros, mas si prefiere
vuestra Alteza mi deseo,
que lo que merece emprende,
yo pondré el guante en sus manos.

REY. Generosos Portugueses,
todos lo sois, y yo soy
el Rey de nacion tan fuerte:
pero pues no se permite
este peligro a los Reyes,
ninguno quiero que pueda
hacer lo que yo no hiciere.
Si el mundo llama al leon
Rey de las fieras silvestres,
de Rey a Rey fuera justo
ver quien se rinde, o quien vence.

BRITO. Escuchad, Dionis heroico,
de Brito un arbitrio breve
para sacar este guante.

REY. Di, veamos. BRITO. Que se encierren
los

los leones, y yo solo
sin voces, armas y gente
pondré el guante en vuestras manos.

Rey. Notable hazaña prometes:
tu consejo es el mejor;
mas solo quiero que llegue
el leonero, y me le trayga.

Vanse todos, y quedan Don Juan y Brito.

D. Juan. Triste estoy.
Brito. ¿Qué te parece
del arbitrio que le dí?
D. Juan. Tus disparates me ofenden,
y mis desdichas me cansan.
Brito. Alaba, señor, tu suerte,
que si entráras.

Sale Doña Blanca en lo alto.

D. Bl. A, Don Juan.
D. Juan. ¿Sois vos, señora?
D. Bl. Suceden
unas desdichas a otras.
Al leer secretamente
vuestro papel, Leonor vino,
y yo, porque no le viesse,
metíle dentro del guante,
que con alborozo alegre
me quité, para romper
la nema, ¡hai triste! de suerte
que sino puede cobrarse,

an-

antes que a las manos llegue
del Rey, los dos nos perdimos. *Vase.*
D. JUAN. Aguarda, señora.
BRITO. Fuése. D. JUAN. ¿Qué haré?
BRITO. Saber si le han dado
al Rey. D. JUAN. Si mi amor entiende,
haz cuenta, Brito, que a Blanca
Don Juan de Mendoza pierde.
Y si la pierdo, el remedio
será, que a la muerte apele:
mas son tantas mis desdichas,
que aun no me querrá la muerte.

ACTO SEGUNDO.

Salen Doña Blanca y Doña Leonor.

D. LEO. ¿De qué, Blanca, estás corrida?
D. BL. ¿No me tengo de correr?
D. LEO. ¿Quándo se corrió muger
por celebrada y querida?
D. BL. ¿Pues no lo tengo de estar
de causar tanto alboroto
en la Corte? D. LEO. De mi voto
no pudiste imaginar
mas invencion para hacer
prueba de uno y otro amante,
si no fue acaso, que el guante
se te pudiesse caer:
que te ha de dar esta hazaña
mayor fama en Portugal,
que a quien del Indio Oriental

truxo el primer oro a España.
D. Bl. ¿Tu malicia no repara
en que era necia invencion,
que a quien tuviera aficion,
honra y vida aventurára?
honra en no bajar por él,
vida, pues morir pudiera,
cosa que a mis ojos fuera
espectaculo cruel.
D. Leo. Ya dieron al Rey el guante,
y entrára por él su Alteza,
a ser menos la nobleza
que se le puso delante.
Mira si debes amor
al Rey. D. Blan. No hiciera por mí
lo que dices, porque allí
habló su invicto valor:
que es tanta su bizarria
y gallarda presuncion,
que aun no quiere, que un leon
compita su valentia.
De quien hace tal conceto,
que en su casa no tuviera
Rey que con él compitiera,
a no tenerle sujeto.
D. Leo. Ha mandado celebrar
el guante. D. Blan. ¿Cómo?
D. Leo. Escribiendo
versos, y aun él mismo, entiendo,
y tú los has de juzgar.
D. Bl. ¿Yo Leonor? D. Leo. Porque presuma
quien no la vió celebrada

por

por victoria de la espada,
que lo ha de ser de la pluma.
Y tú, que la causa diste,
quando el guante caer dejaste,
si la espada no premiaste,
laurel de la pluma fuiste.
Por esso el gusto restaura,
que finges, Blanca, perder,
gloriosa de que has de ser
otra celebrada Laura.
Que con esto no hay persona
alta ni humilde en palacio,
sin tomar en breve espacio
postas al monte Helicona.
Van tambien cargadas naves,
que al llegar Phebo al Ocaso,
surgirán en el Parnasso:
que es, Blanca, sino lo sabes,
el Rey Dionis el primero,
que en España en lengua propia
hizo versos, cuya copia
mostrarte esta noche quiero.
Mira tú si es justa ley,
que premies al inventor
de los versos? D. BLAN. ¿Yo, Leonor?
desde aqui le doy al Rey.

Salen el Rey y Don Juan.

REY. Esto responded, Don Juan,
al de Castilla. D. BLAN. El Rey viene.

Vase Don Juan.

 LEO.

D.Leo. Gallarda presencia tiene.
D. Bl. Qué bizarro y qué galan,
que me le pintan tus zelos;
y no es menester, Leonor,
porque yo le tengo amor.
D.Leo. Guarden tu vida los cielos.
Rey. Discreta Leonor, ¿qué hacias
con Blanca? D. Leo. Hablaba de tí.
Rey. ¿De mí? D. Leo. Si señor. Rey. ¿De mí
en qué materia podias?
D.Leo. Pues vuestra Alteza ha venido,
de Blanca se informará,
y agradecerme podrá,
que buena tercera hê sido,
que, yo, que de mas estoy,
y he visto su pensamiento,
por cumplir el mandamiento
de no estorvarás, me voy. *Vase.*
Rey. Huelgo que hayamos quedado
solos. D. Blan. ¿Puedo a vuestra Alteza
servir en algo? Rey. Belleza
cruel el cielo te ha dado:
no vengo contigo airado,
sino con mi mala estrella,
pues que reynando por ella,
no reyno en tu voluntad:
assi amor la majestad
con pie divino atropella.
Dieronme, Blanca, tu guante,
y quiso mi loco amor,
que le perdiesse el temor,
y le calzasse arrogante:
mas

mas por donde algun diamante
rompió el telliz celestial
de tu azucena real,
no sé qué blanco miré,
y en la bayna reparé
de tu espada de cristal.
¿Quién se assoma, dixe, aquí,
donde su dueño no está?
y parecióme, que allá
me respondieron assí:
Tenganse a Blanca, y en mí
fue novedad, que prevenga
justicia al Rey, vaya o venga,
pues suele ser justa ley
el decir tenganse al Rey,
pero no que el Rey se tenga.
Finalmente quise ver
quien substituyó tyrano
cinco rayos de tu mano
contra mi Real poder:
y qual la suele poner
el que la perdiz buscaba
en el nido, en que criaba,
sobre algun aspid cruel:
mordióme el alma un papel
que dentro del guante estaba.
Bien pienso que pudo ser
ver, el que el guante trahia
el papel, mas no osaria
ver lo que un Rey ha de ver:
ni el papel quiso al caer,
el guante apartando, verse,
ni

ni en el ayre suspenderse;
que lo que ha de dar pesar,
siempre se suele guardar
del peligro de perderse.
Saquéle en fin, y leído
con temor apresurado,
mas me mató declarado,
que me mataba escondido:
assi está descolorido
el que lee algun papel
de desafio cruel,
las venas alborotadas,
que le parecen espadas
quantas letras hay en él.
Dime, Blanca, ¿quién ha sido
quien te escribió estas razones?
D. Bl. Saliendo a ver los leones
la Infanta, un page atrevido
me le dió, bien prevenido
para el engaño, diciendo,
que era de mi prima, y viendo
la letra apenas, señor,
vino a llamarme Leonor
entre su confuso estruendo.
Yo, porque no me culpára
de lo que estaba ignorante,
hice escritorio del guante:
porque hablando verdad clara,
él quise que le guardára
para volverle a leer,
que esto de ver y saber,
y mas si se mira amada,

aun-

aunque no le importe nada,
es condicion de muger.
Y con esto vuestra Alteza
me dé licencia, señor,
que son verguenza y temor,
efectos de su grandeza.

REY. Quando toma la belleza
el imperio, no hay poder
que se le pueda oponer:
vete, Blanca; pero mira,

Vase Doña Blanca.

que no hay tan diestra mentira,
que no se venga a saber.

Sale Don Juan.

D. JUAN. Mal me va de pensamiento:
¿tanto tiempo el Rey con Blanca?

REY. ¿Es Mendoza? D. JUAN. Sí señor,
que para daros aguarda
memoriales y consultas.

REY. De essos cuidados descansa
tal vez el entendimiento,
que no son bronces las almas,
con divertir la memoria;
porque no por otra causa
tocaba Alexandro lyra,
quando dejaba las armas.
Y fuera desto, Don Juan,
el amistad no se paga

con dar trabajos a quien
el amigo quiere y ama.
No os quiero tan fatigado,
pues Castilla no embaraza
con guerra nuestro Consejo,
y Aragon de espacio trata
la venida de Isabel:
el Africa feudataria
reconoce el señorio:
la India las naves carga
de oro y blancas margaritas,
dos hijos del Sol y el Alva.
Y assi en el ocio presente
quiero que sepais, que alcanza
la jurisdiccion de amor
a los mayores Monarcas.
Esto es mas que los negocios,
que mi gobierno os encarga,
pues descubir los defectos
es la sujecion mas llana.
En fin, Don Juan de Mendoza,
yo quiero bien una dama,
y le escribo este papel:
y porque no es bien que vaya
de mi letra, el trasladarle
tengo por cosa acertada,
porque papeles han dado
a quien su descuido engaña,
mas pesares, que razones,
mas desdichas, que palabras.
Escribid, que aqui os espero.

Dale el papel.

D. Juan.

D. JUAN. Haré, señor, lo que mandas.
Vive Dios que es el papel *Aparte.*
del guante de Doña Blanca,
y que es la mayor industria,
que pudo ser inventada
para conferir las letras.
No en valde el mundo te alaba,
o Rey, o ingenio divino.

Ponese a escribir.

REY. Si aqueste de amores anda
con Blanca, dirá la letra,
si a si mismo le traslada,
que ha tan poco que me sirve,
y son las formas tan varias
de las letras de papeles,
y negocios que despachan,
que aun no conozco la suya
entre diferencias tantas.
D. JUAN. Ya, señor, le trasladé.
REY. Mostrad, ¡invencion estraña!
¿Cómo, Don Juan, la haveis hecho
tan descompassada y larga?
D. JUAN. Aguardaba vuestra Alteza,
y fue la prisa la causa.
REY. Probados quedan mis zelos,
que este no diferenciára
la letra, a no ser la suya
esta misma que traslada.
No direis, Don Juan, ahora,
que no soy amigo vuestro,

 pues

pues que toda el alma os muestro,
porque esta ingrata señora
reyna en ella, como yo
en Portugal. D. Juan. Vuestros pies
beso mil veces. Rey. El es. *Aparte.*
¿Ya no os quejais? D. Juan. Señor, no.
Rey. ¿Quereis mas de mí?
D. Juan. No fuera, señor,
quejarme razon.
Rey. Para mas confirmacion
de mi amor, Don Juan, quisiera
casaros hoy de mi mano
con la dama que servis.
D. Juan. Zelos, invicto Dionis,
os han engañado en vano
de alguno, que por ventura
trata desta pretension.
Rey. Leonor os ama, y no son
sus partes y su hermosura
para no estimarlas tanto.
D. Juan. Trato casarme, señor,
en Castilla, y que Leonor
os lo haya dicho me espanto.
Rey. ¿En Castilla vos, con quién?
D. Juan. Es del Marqués de Villena
sobrina la bella Helena,
que ya es mi Troya tambien;
y assi me dareis lugar
para poderos servir,
pues será justo escribir
que se deje de tratar.
Rey. Idos con Dios. D. Juan. ¡O papel
siem-

siempre terrible enemigo! *Vase.*

Rey. Mal me va con este amigo,
deshacerme quiero del.

Sale Brito.

Brito. Buscando a Don Juan mi dueño,
con el mismo Rey he dado,
¡o imagen del mismo Dios!
¿qué mucho que turbes tanto?
Vuelvome a salir quedito,
como si fuera pisando
sobre cabezas de niños.

Rey. ¿Quién es?

Brito. Yo soy, que me ensayo
a andar sobre la maroma.

Rey. Vuelve, vuelve.

Brito. Passo a passo
voy como saludador
por barras de fuego entrando.

Rey. ¿Qué hay de nuevo por la villa?

Brito. Esto mismo que en palacio:
todos escriben al guante:
pues tú, ingenio soberano,
tambien quieres competir
contigo mismo. Rey. ¿Qué tantos
escriben? Brito. Toda Lisboa
de manera se ha enguantado,
que a ser guantes los Sonetos,
cubrieran del sol los rayos.
Mas la misma diferencia,
que hay en los guantes, hallamos

en los Sonetos tambien,
mas todos son guantes blancos.
Rey. La sutileza te envidio,
aunque lo dixiste acaso,
pues guantes blancos, por ser
de Blanca, está bien pensado:
toma este diamante, Brito.
Brito. Beso tus Reales manos.
¿Qué valdrá, señor? Rey. Ser mio.
Brito. ¡Bien dicho! y assi le pago
con volverle a vuestra Alteza.
Rey. Necedad y desacato.
Brito. ¿Por qué? Rey. Porque como Rey
te he dado tres mil ducados,
y quieres tú hacer lo mismo,
siendo de Don Juan criado.
Brito. ¿Tres mil este gusanillo
del sol? ¿este sol enano?
¿esta centella del sol?
¿este retal de sus rayos?
¿este ojuelo brillador
de Castellana con manto?
¿epitome de la luz,
y pedacillo quebrado
del orinal de la luna?
¿este tres mil? ¡malos años!
mas los quisiera en veintenes,
que es como tener guardado
un familiar en redoma:
¿y qué mayor desengaño,
que ser en polvos veneno?
Oro, señor, oro santo,

que nunca pierde el valor,
porque es su valor tan claro,
que hasta para hablar con Dios
decimos siempre que oramos.
Myrrha, encienso y oro a Dios
los tres Reyes presentaron,
y no diamantes, con ser
de tierra en que nacen tantos.

REY. Muestra, y darétele en oro.

BRITO. Despues que me le hayas dado,
que es facil cosa olvidarte
entre negocios tan altos.

REY. ¿Pues no te fias de un Rey?

BRITO. Diréte por qué lo hago,
que deteniendo el dinero,
puedo decir entre tanto
una necedad, que sea
ocasion para no darlo:
que los gustos de los Reyes
para los sujetos bajos
son un cristal de Venecia:
harto os he dicho, miradlo.

REY. Ahora bien, ¿qué harás del oro?

BRITO. En comprar libros le gasto.

REY. ¿Libros? ¿y si tienes hijos?

BRITO. Si son hombres, enseñarlos
a que vayan a serviros
con las armas en la mano:
si mugeres, vos, señor,
que sois Christiano Alexandro,
me dareis con que las case,
pues estudiante y soldado

os ha servido mi amor.
Rey. Ahora bien, Brito, volvamos
a tratar de nuestro guante.
Brito. Digo, señor, que entre tantos
hay como guantes, Sonetos:
de ambar los altos y claros,
de jazmines los floridos,
y de polvillos los bajos.
Hay Sonetos de gamuza,
mas que Mendozas, hurtados,
y bordados de Milan,
con los aforros de raso.
Hay Sonetazos de lana
para pastores del campo,
y blancos, sin decir nada,
porque se quedan en blanco.
Hay tambien guantes de perro,
que muerden satirizando:
y de Ingalaterra en nueces,
porque son versos cifrados,
que llaman de reboltillo,
del vulgo excelente plato.
Hay Sonetones de nutra
con estupendos vocablos,
a quien llama la ironia
cultos, por mal cultivados.
Rey. ¿Y tú has escrito? Brito. Allá tengo
mis catorce, que el Parnasso
para todos está abierto.
Rey. ¿Y quién juzgas, que de tantos
llevará el laurel? Brito. Señor,
tu ingenio aparte dejando,
el

el que tú favorecieres,
que ningun ingenio raro
lo fue sin favor del Rey.
Mira a Virgilio, que estando
en vil pobreza, le hizo
divino el favor de Octavio.

REY. Llamame a Blanca.

RRITO. Ella viene.

REY. Pues salte allá fuera. BRITO. ¡Malo!
las palabras de los Reyes
tempestades llamó un sabio,
que quando se oyen los truenos,
ya han hecho efecto los rayos. *Vase.*

Sale Doña Blanca.

D. BL. Turbada llego a tús pies. *Cae.*

REY. Por esso te doy las manos.

D. BL. Perdone el guante tu Alteza.

REY. Ya le tengo perdonado;
no lo que dentro venía.

D. BL. Desgraciada en guantes ando,
todos caen en leones.

REY. ¿Tan bravo soy? D. BLAN. Lo bizarro
llamo braveza, señor,
que en lo demas no eres bravo.

REY. Caiste, Blanca, en fin.

D. BL. Si me levanta
tu mano poderosa,
diré que mi caida fue dichosa.

REY. Blanca, ya no soy parte,
aunque te dé la mano, a levantarte,
con

con ser quien soy: tal fue tu desvario
contrario al poder mio,
despues que supe, que el papel del guante
fue de tu loco amante,
fue de quien ya tu entendimiento goza,
fue Don Juan de Mendoza.
El parabien te doy del justo empleo:
pero si tu deseo
se paga, como entiendo, de lo escrito,
verás que solicito
con él tu gusto; si verdad me dices.

D. Bl. Amante contradices,
lo que Rey me concedes generoso,
efectos de zeloso,
por saber la verdad, fingir olvido.

Rey. No soy zeloso yo, soy ofendido.

D. Bl. ¿De quién, señor?

Rey. ¿De quién? de tus desdenes:
D. Juan está escuchando, ¡ha zelos necios!

Aparte.

¡o amor juego de niños! ¿que cubierto
de la antepuerta de la quadra, incierto
de que le puedo ver, esté escuchando?
Quiero, dissimulando,
irme, y dejarle entrar, porque escondido,
tambien escuche de su amor mi olvido,
como él me escucha ahora,
que amor con estos juegos enamora.
Ya se esconde, ya trueca los desvelos,
ya vuelve, y dice, que es amor, y es zelos,
que todas sus zelosas vanidades *Vase el*
deseos son de averiguar verdades. *Rey.*

D. Bl.

D. BL. El Rey se fue enojado.
¡O amor, todo temor, todo cuidado!
ni sin tí, ni contigo
puede vivir el mundo.

Sale Don Juan.

D. JUAN. Y yo testigo,
hermosa Blanca, de peligros tales.
¡Hai infeliz de mí, que a tantos males
me sujetó mi suerte,
que es el menor la perezosa muerte!
Oí quanto ha passado,
ya sabe, que mi amor te dá cuidado:
¿pues cómo un poderoso
sufrirá competencia?
pareceme forzoso
poner mi vida en manos de mi ausencia.
El Africa me mate, y las ardientes
arenas de la Libya me sepulten,
o en espumosas ondas las crecientes
del mar mi cuerpo oculten
atravesado de pintada flecha
del Alarbe desnudo.
D. BL. El Rey, Don Juan, sospecha
tu amor, que del papel entender pudo;
mas no sabiendo el mio,
pareceme tu ausencia desvario,
que el Rey no sabe lo que yo te adoro.

El Rey detras del paño.

REY. Si lo estoy escuchando, no lo ignoro.
D. JUAN. Hai, Blanca, que el poder enamorado

 no

no ha de hallar impossible a su cuidado,
y mas de tí zeloso.

Rey. ¿En qué soy poderoso, (do?
pues no venzo al poder, que me ha venci-

D. Juan. Hoy, Blanca, te he perdido;
por lo menos será impossible hablarte.

D. Bl. ¿Luego puede ser parte
el Rey, ni el mundo? Rey. Declaróse todo.

D. Bl. Pudiendo buscar modo
para vernos de noche con secreto.

Rey. Ni amor con vista, ni galan discreto:
pues quando me escuchaba, y se encubria,
debiera prevenir, que yo podria
estar oculto, y escucharle atento.

D. Juan. Blanca, si amor es todo entendimiento,
dime, ¿qué industria y arte
me le dará, para que pueda hablarte?

D. Bl. Hay una puerta, que jamas abierta,
ya no parece puerta,
cubierta de rosales y jazmines,
detras destos jardines;
Julia me ha dicho, que el criado sabe
a quien pedir la llave.

D. Juan. ¿Querrála dar?

D. Bl. Como esso puede el oro.

Rey. ¡Qué bien guarda el decoro
de un palacio Real! ¡qué bajo estilo!

D. Bl. De la noche en el filo,
quando solo murmuren entre dientes
de perlas estas fuentes,
mis cuidados zelosos,
por Leonor fieros, y por tí dichosos,

y

y la celeste rueda
con ojos de diamante vernos pueda,
podrás venir, Don Juan, que cuidadosa
entre el jazmin y rosa
me hallarás escondida para abrirte.
No es menester decirte
la honestidad, con que has de estar conmigo,
siendo Julia testigo.

D. JUAN. La palabra te doy de no enojarte.
O cielos ¿en qué parte,
que quiero tanto bien agradecellas,
tiene amor sus estrellas?
zaphyro celestial suba amorosa
Venus a tu campaña luminosa,
y haréte de mi alma sacrificio.

REY. No quiero dar indicio,
por donde estos presuman que los veo,
pues tan necios publican su deseo,
de que nadie los oye satisfechos:
que son los Reyes hechos (bren,
del mismo sol, pues quando mas se encu-
por qualquiera lugar rayos descubren.

Vase el Rey.

D. BL. Vete, D. Juan, que juzgan los amantes
los años por instantes.

D. JUAN. Iréme, hermosa Blanca, agradecido,
obligado y rendido,
pues miran blandamente mis enojos
las dulces almas de tus bellos ojos:
mas no puedo, sino te vas primero.

D. Bl. Pues yo me voy, y donde digo espero. *Vase.*

D. Juan. Dichosa possession, dulce esperanza,
si tanto bien alcanza.
Allá me aguarda entre las rosas rosa,
si no, mi Blanca hermosa,
quando su nieve a tu belleza inclines,
aguardame jazmin entre jazmines.

Sale Brito.

Brito. ¿Estás ya mas bien templado?

D. Juan. Brito, haver visto el papel
el Rey, fue causa que dél
tuviesse fin mi cuidado.
Esta noche.. Brito. Di adelante.

D. Juan. Blanca y yo por un jardin
havemos de hablar. Brito. Tu fin
buscas, temerario amante.
Mira lo que intentas, mira
que el Rey es mozo, y galan
de Blanca, y que le tendran
sus zelos siempre a la mira,
y que te puede costar
la vida tan loca accion.

D. Juan. ¿Quándo amor de la razon
se ha dejado gobernar?
Demas de que no estaré
de suerte, que no me pueda
defender, quando suceda.

Brito. ¿Pues cómo estarás? D. Juan. No sé.

Brito. Ha, señor, ¿quántas burladas
confianzas de improviso,
antes de ver el aviso,

han

han sentido las espadas?
Pero en fin, si te sintiessen,
¿qué piensas hacer de tí?

D. JUAN. Darles por disculpa allí
la envidia que me tuviessen.

BRITO. Halló un marido ofendido
con su muger acostado
un galan, tan descuidado,
como si fuera el marido.
Era el caso a medio dia,
y el galan con el temor
de la espada y del rigor,
con que el marido venía,
sola la camisa puesta
salió a la calle, y corriendo
iba a la gente diciendo:
Fuera, que va sobre apuesta.
Desviabase la gente
hasta que el galan llegó
a su casa, en que ganó
la apuesta por diligente.
Tú, si el Rey te manifiesta,
la misma carrera, arranca,
y dí en camisa tan blanca:
Fuera, que va sobre apuesta.

D. JUAN. ¡Qué de necedades juntas!

BRITO. Mayor es la que tú intentas.

Salen el Rey, D. Nuño, Doña Blanca, Doña Leonor, Julia, y acompañamiento.

NUÑO. Hoy el palacio, señor,

se

se transforma en Academia.

Rey. Juntense los que han escrito,
y presida Blanca en ella
como la decima Musa.

Sientase el Rey, y ellas toman almohadas.

D. Bl. No lo mande vuestra Alteza,
pues es el divino Apolo;
que este Parnasso gobierna.

Rey. Llegad, pues haveis escrito,
Don Juan. D. Juan. Yo, señor, quisiera
que escusára mi ignorancia
vuestra celebrada ciencia.

D. Leo. Siempre, señor, fue costumbre
de Musicos y Poetas,
querer que todos les rueguen
lo que ellos mismos desean,
que Don Juan con mucho gusto
a Doña Blanca celebra.

D. Bl. Mejor su ingenio empleára
Don Juan, Leonor, en tus prendas,
que a ser guante de tu mano,
hiciera por excelencia
versos mas altos que el sol,
para que el laurel le dieras.

Rey. No haya mas, Blanca y Leonor,
que esta competencia es nuestra,
y no en prosa, sino en verso.

Brito. No viene Leonor contenta,
despues que al Rey respondiste
lo del Marqués de Villena.

D. Juan.

D. JUAN. Ya he conocido los zelos.
REY. Comenzad, Nuño.
NUÑO. Quisiera
ser un Virgilio, ser vos.
BRITO. Oye, que Nuño comienza.

NUÑ. Al signo de Leon de nueva estrella
quiso Blanca adornar, y fue bastante
dejar caer desde su cielo un guante,
la estrella no, que se quedó con ella.
Vistió su claro sol purpura bella,
su mano mas cristal, y todo amante
para tanto laurel vistió diamante,
determinado de morir por ella.
Nube era el guante, que ocultaba en vano
la nieve, que en las almas fuego llueve,
con que pensó templarse amor tyrano.
Pero burlóse, quando mas se atreve,
porque quitado el guante de la mano,
cayó la nube, y se quedó la nieve.

REY. Está bien imaginado:
diga Don Juan. D. JUAN. ¿Qué sobervia
de Phaethon a vuestro sol
hará, señor, competencia?

Si fue descuido, mi cuidado siente
no haver en mí vuestro descuido hallado:
si fue cuidado, mucho haveis fiado
de mi descuido, quando el vuestro miente.
Mas cuidado, o descuido, el accidente
no halló mi pensamiento descuidado,

si

si os ofreció la vida mi cuidado,
que no hay dificultad que amor no intente.
Probar con vuestro guante corazones
crueldad indigna fue de vuestros cielos,
o de mayor imperio presunciones.
Y si quisistes dar a amor desvelos,
para probarle, no busqueis leones,
que mas dificil fue cayendo en zelos.

REY. No se puede mejorar.
NUÑO. Esso podrá vuestra Alteza.
BRITO. ¿Podrá en tu Real Parnasso
un donado de Poetas
apearse de sí mismo?
REY. Lo mismo te da licencia.
BRITO. Oyga pues, y essos galanes,
y damas estén atentas,
un manojito de versos,
que en verdad que no me quedan
otros tantos. REY. Dí, veamos.
BRITO. Yo escribo en la propria lengua.

Cayóse un escarpin de la derecha
mano, que de la izquierda importa poco,
a la señora Blanca, y amor loco
a dos Fidálgos disparó la flecha.
Eranse dos leones en la estrecha
carcel, que ya lo fue de Africa el Zoco,
quando a sus puertas, que temblando toco,
bajan los dos el dia de la fecha.
Dixo el amor, que fue el amor bastante
para probar amantes corazones,

es-

estando el Rey de Portugal delante.
Y yo digo, que en tales ocasiones
oler al ambar fino pudo el guante,
mas nò de los Fidalgos los calzones.

Rey. Es como yo le esperaba.
D. Bl. Señor, quando ya comienza
el sol a mostrar sus rayos
por las orientales puertas,
todas las nubes se apartan.
Salid vos. Rey. Saldré por fuerza,
pues haveis sido mi Aurora,
o seré pajaro en ella,
que cante en vuestra alabanza.
D. Juan. Vive Dios, que se requiebran.
Brito. Aqui podemos decir:
Fuera, que va sobre apuesta.

Rey. Sobervio un guante, que se vió cordero,
porque cubrió feliz mano leona,
al sol se opuso, y de otro sol blasona,
que blanca Aurora le mostró primero.
Cayó del cielo, y discurrió ligero
desde la blanca nieve, que corona
al suelo esteril de la ardiente Zona,
entre leones, para ser tan fiero.
Alzóle amor, porque pensaba amante
volverle a Blanca, y dixole la Diosa
Venus: No se le vuelvas, ignorante;
No le cubras la mano poderosa,
pues mejor matarás quitado el guante
con cinco flechas de su mano hermosa.

D. Bl. Es vuestro.
Brito. Todo lo ha dicho
en una palabra cierta.
D. Leo. Bien puedes darle el laurel.
D. Bl. Señor, mande vuestra Alteza,
que se me entreguen escritos,
para que de espacio pueda
dar lugar a cada uno.
Que muchas cosas, que suenan
al oído con la gracia
que muchos las representan,
descubren despues mil faltas,
que escritas se consideran,
que entre leer y escuchar
hay notable diferencia,
que aunque son voces entrambas,
una es viva, y otra es muerta.
Rey. Es muy discreto juïcio: (*Levantase el Rey.*
la noche nos hace señas
para suspender las lyras:
id con Dios: tú aqui te queda,
Don Juan. D. Leo. Necia has andado,
haciendo a su Alteza ofensa,
sin premiarle por Don Juan.
D. Bl. Y tú en pensarlo mas necia.

Todos se van, y quedan el Rey, D. Juan y Brito.

Rey. ¿Don Juan? D. Juan. Señor.
Rey. Triste quedo.
D. Juan. La causa es justa, pues fuera
razon que os premiára Blanca.

Rey.

REY. Dejemos de hablar en ella,
y a las once estad aqui
con Brito, espada y rodela,
porque he de hablar a una dama. *Vase.*

D. JUAN. ¿Hay desdicha como esta?

BRITO. Antes es dicha. D. JUAN. ¿Por qué,
si me quita que no vea
a Blanca a la misma hora?

BRITO. Por esso tu dicha es cierta,
pues te escusa de peligro.

D. JUAN. Pluguiera a Dios que perdiera
mil vidas, como llegára,
Brito, solamente a verla. *Vanse.*

Salen Don Nuño y Mendo de noche.

NUÑO. Para ponerle el Rey por bizarria
a Don Juan de Mendoza, amigo Mendo,
en el puesto que yo tener solia,
mucho crece el favor, mucho me ofendo.

MENDO. Suele una dama, que un galan queria,
con otro, a quien estaba aborreciendo,
casar forzada, y el desden vencido,
al que dejó galan, querer marido.
Assi tratado, aunque por fuerza fuesse,
de Don Juan el valor, sucederia,
que el Rey, como te amó, te aborreciesse,
amando a quien primero aborrecia.

NUÑO. No es esto, Mendo, porque a mí me pese,
que no hay mas atrevida tyrania,
que contra humanas y divinas leyes
hacer violencia al gusto de los Reyes;

pero porque he pensado, que ha trocado
Don Juan el ser amante en ser tercero.

Mendo. ¡Mal pensamiento de un Fidalgo honrado!
Estás zeloso, perdonarte quiero:
lo mejor de un Poeta es lo borrado,
no lo mas limpio, que pensó primero:
y assi ha venido a ser en tus desvelos
lo limpio amor, y lo borrado zelos.
Habla con Blanca, escucha de su boca
el desden, o el favor. Nu. No soy bastante,
temor detiene, quanto amor provoca.

Mendo. Pues, Nuño, el que ha de ser dichoso amante
en quatro cosas essenciales toca,
que ha de tener el buen representante,
que son, para salir con su porfia,
accion, memoria, lengua y osadia.
Pendiente al hombro de la noche helada
sobre la tierra cuelga el manto obscuro,
y la noche de nube rebozada
es centinela del celeste muro:
y yo no he visto, Nuño, desvelada
amanecer Aurora en cristal puro
en essas rejas: llega, mira, y llama,
que a cobarde galan no hay tierna dama.

Nuño. No fio de mi dicha buen sucesso,
mas llegaré por tí. Men. Llega, suspira.

Sale el Rey de noche, Don Juan y Brito.

Rey. No te parezca la fineza excesso,
que el mas prudente con amor delira.

D. Juan. Quando me prevenias, te confiesso

que

que otra cosa pensé: llega, habla, mira,
que estimó en mucho haverme confiado
tu secreto, tu amor y tu cuidado.
¿Mas no podré saber quién es la dama?

REY. Essa no es parte que al amigo toca,
pór ser respeto de su honesta fama.

MENDO. Galanes vienen. NUÑ. Blanca los provoca.

BRITO. Un hombre pienso que a las rejas llama,
la Musa Blanca por ventura invoca,
que ha hecho aqueste guante mas Poetas,
que el sol vapores, y la envidia tretas.

D. JUAN. Yo llego a saber quién es.

REY. Essó para mí se guarda.

D. JUAN. Conocerá a vuestra Alteza.

REY. ¿En qué, si ha de hablar la espada?

NUÑO. Este es el Rey. MENDO. Y Don Juan.

NUÑO. Pues si él viene a ver a Blanca,
voyme, porque den lugar
mis zelos a su esperanza.

Vanse Nuño y Mendo.

BRITO. El se fue, y anduvo bien,
que sino Brito le ensarta
como cuenta, y sin perdones.

REY. ¿Eres valiente? BRITO. O qué gracia,
llevando al Rey en el cuerpo.

REY. Que huyesse el hombre me espanta,
no sabiendo que era yo.

D. JUAN. Cómo el olor del leon basta,
para que las fieras huyan
del monte, por donde passa,

assi

assi dan tambien los Reyes
con lo divino del ambar
un respeto no entendido:
pero, señor, ¿cómo bajas
al muro de los jardines,
que por aqui no hay ventanas?

Rey. Aqui hay una puerta antigua,
que tienen siempre cerrada
los linteles de jazmines,
y de rosales las jambas:
esta me ha de abrir, Don Juan,
a media noche esta dama.
¿Serán ya las doce? D. Juan. ¡Hai cielos!

Rey. ¿Qué dices? D. Juan. Que serán dadas,
y cómo si lo serán, *Aparte.*
pues que las dan en el alma.

Rey. Retirate alli, yo llamo.

Brito. Señor, a la puerta llama
el Rey. D. Juan. Calla, que estoy muerto.

Sale Julia.

Julia. Ya estaba desesperada
de aguardar entre essas fuentes.
Mi señora Doña Blanca
dixome que te escondiesse,
señor, en estas retamas,
en tanto que con secreto
de Leonor se asseguraba.
Entra, y cerraré. Rey. Bien puedes.

Entranse los dos.

D. Juan. ¿Entro? Brito. ¿Pues esso dudabas,

es-

estando la puerta abierta?
D. JUAN. ¡Cosa prodigiosa! BRITO. ¡Estraña!
D. JUAN. Blanca al Rey la puerta abrió,
que para mí concertaba.
BRITO. Una vez los Athenienses
a Leontiquidas llamaban,
para que viesse un prodigio,
y era que un aspid estaba
todo revuelto a una llave
de un templo, y dixo en voz alta:
Athenienses, el prodigio
fuera, si la llave hallára
revuelta al aspid, que el aspid
naturalmente se enlaza.
Que el Rey entre, si le abrieron,
y que se revuelva Blanca
entre sus brazos, no es cosa,
Don Juan, prodigiosa y rara,
sino cosa natural:
luego sin causa te espantas.
D. JUAN. O maldito historiador:
vive el cielo, que te haga
con esta daga mas puerta,
que Blanca al Rey, que me mata.
Pero solo te perdono,
porque al aspid la comparas.
Estrellas, que veis escura
a Blanca, dosel de plata,
que os concertais en la noche
a cubrir maldades tantas,
exhalaciones huid,
bajad fulgurantes llamas

de los montes de zaphyros
a los valles de esmeraldas:
huye, intempestiva sombra,
de los alientos del Alva,
para que descubra el dia
los hurtos de mi esperanza.
Hacha de la noche, luna,
con la mas obscura capa
te emboza el rostro, pues dicen
que eres vergonzosa y casta:
Estoy por romper la puerta.
Brito. Detente, señor, no hagas
algun loco desatino
de que el Rey tome venganza.
D. Juan. ¿Atheniense del infierno
tú me estorvas? Brito. Sufre y calla,
que quien al poder se opone,
su misma espada le mata.
No es valor, ser temerario
un hombre; es necia arrogancia,
como los perros, que viendo
la luna creciente ladran.
D. Juan. ¿Y quieres tú que yo espere
hasta que le llame el Alva,
passando imaginaciones
de lo que con Blanca passa?
Esso no. Brito. Dices muy bien,
y assi es mejor que te vayas,
aunque se queje de tí,
pues no faltará mañana
para tu ausencia disculpa.
D. Juan. Vamos, si es que menos dañan

las

las desdichas desde lejos,
como en la guerra las balas.
Pero como la memoria
siempre a la honra acompaña;
si hay agravio, poco importa
estar lejos del que agravia.
Blanca a Dios, y diga el mundo;
que fue lastima y desgracia,
que tal mancha haya caido
en una cosa tan blanca.

ACTO TERCERO.

Salen Julia y Doña Blanca bizarra de noche.

JULIA. Estará desesperado
en las retamas Don Juan.
D. BL. No puedo mas, ¡que me dan
zelos de Leonor cuidado!
que parece que ha sabido,
como si pudiera ser,
no viendome recoger,
que está Don Juan escondido.
¿Has vuelto a verle, despues
que le abriste? JULIA. No señora.
D. BL. No sé si es luna o Aurora
este resplandor que ves.
JULIA. Lo que has esperado allá,
te hace parecer que es tarde.
D. BL. Tuvome Leonor cobarde,
mas ya recogida está.
¿Vengo bien en este traje?

Julia. La primavera parece
deste jardin, que floreces.

D. Bl. Pues ya no temo que baje
Leonor, ve Julia quedito,
y di que salga Don Juan,
que hasta las fuentes, que están
por esse ameno distrito,
pienso que estan murmurando
de mí. Julia. Voy. *Vase Julia.*

D. Bl. ¡O amor, engaño
dulce del alma, a qué estraño
error me vas despeñando!
Quien mas me puede culpar,
que es el Rey, a Don Juan quiere
tanto, como ya se infiere
de verle con él privar.
Luego sin entender viniesse
este error, disculpa ha sido
querer lo que él ha querido.

Sale el Rey embozado, y Julia.

Julia. Hasta que el secreto fuesse
deste secreto fiador,
no ha osado Blanca bajar
al jardin, por no obligar
a que la viesse Leonor.
Alli está junto a la fuente,
llegad, ¿de qué os rezelais?
o que es la Nympha pensais
de su parlera corriente.
Que aunque es famosa escultura

de marmol, es cierta cosa,
que es mas que la Nympha hermosa,
y no es para vós tan dura.

D. Bl. Bien venga el esposo mio,
bien venga el mejor Mendoza
de España el galan, que goza
mejor talle y mejor brio.
De muchas soy murmurada
por vos, Mendoza galan;
mas yo sé que no dirán,
que vivo mal empleada.
Que en esta eleccion dichosa
quise mas ser, y fue justo,
de todas por mi buen gusto
envidiada, que envidiosa.
¿Cómo no hablais? ¿por ventura
el tardarme ós ha enojado?
aun nó os pensaba embozado,
como hace la noche escura.
Que sois mi bien es muy cierto,
pues es cosa natural
venir descubierto el mal,
y siempre el bien encubierto.
O aguardais a que yo sea
sumiller de la cortina
de vuestro rostro. Rey. La indigna
mano deten, no me vea
por ella tu ciego error,
sino por la airada mia. *Descubrese.*

D. Bl. ¡Jesus! Rey. De tu alevosia
tomó venganza mi amor.

Julia. Hai, señora, que es su Alteza.

D. Bl. ¿Señor, vuestra Alteza aquí?
¿por dónde entró? Juan. Yo le abrí.

D. Bl. De mi turbada flaqueza,
desmayado corazon,
y debil fuerza no puedo
sacar mas voz, que del miedo
una breve exhalacion
al sol de su gran poder
injustamente ofendido:
muger soy, muger he sido,
fue propria accion de muger.

Rey. No fue la ofensa el error
de querer un hombre assi,
solo el despreciarme a mí
siente, Blanca, mi valor:
porque teniendote amor,
ninguna muger huviera,
que mas a Don Juan quisiera,
que me estimo yo por mí,
sin ser él, ser lo que fuí,
quando lo que soy no fuera.
Por lo que yo me preciaba,
el despreciarme sentia,
porque para mí tenia,
que sin ser quien soy bastaba:
galan, y no Rey te amaba,
pues que sobre Rey me dan
de bizarro y de galan
titulo: ¿por qué razon
fueron, Blanca, tu eleccion
los meritos de Don Juan?
Dirás tú, que un bajo espino

con

con silvestre fruto y flores
tiene meritos mayores,
que un alto laurel divino:
y es barbaro desatino
pensar, que no hay fruto en él,
que este mi Real laurel
eclipsar, Blanca, pudieras,
si entre mi sol te opusieras
y la luna de Isabel.
La corona soberana
de un Rey a un niño pusieron,
y una manzana, y se fueron
sus manos a la manzana:
naturaleza liviana,
y niña al fin heredaste,
y como muger erraste
la eleccion de tu persona,
pues dejaste la corona,
y la manzana tomaste.
Siguiendo engañada vas
passos de tu honor agenos,
que ser Rey en mí es lo menos,
siendo en el mundo lo mas:
sin esto culpada estás
en tan grande atrevimiento;
mas no tengo sentimiento,
aunque a tanto extremo passa,
del agravio de mi casa,
que solo el del alma siento.

D. Bl. Señor, si atencion me dais,
y culpada la merezco,
por ventura quedareis

de mi agravio satisfecho.
Vos sois, invicto Dionis,
el mas galan caballero
de Portugal, sin ser Rey,
y demas merecimientos.
Gallardo a pie y a caballo,
mas cuerdo, que lisongero
os llama bizarro el vulgo,
que no porque sois su dueño.
Vuestras liberales manos
hoy a vuestros pies han puesto
los Cesares y Alexandros,
uno Romano, otro Griego.
Sois valiente con los Moros,
y a lanzadas haveis muerto
leones en Ceuta, y sois
tan animoso y tan diestro,
que haveis con la espada blanca
hecho, el ser Rey encubriendo,
huir algunos Fidalgos,
que dicen que os conocieron,
por encubrir lo cobarde.
Danzais, cantais, haceis versos,
y todo con tal primor,
que a ser vuestro nacimiento
humilde, fuerades Rey
de galanes y de ingenios.
Y por vuestra vida misma,
sin obligacion del miedo,
que siempre me parecistes
mejor que Don Juan; mas viendo
que sois Rey, y soy vasalla,

apar-

aparto mi pensamiento
desta locura, juzgando
que amaros, y no quereros
era mejor, y emprender
por mi honor mi casamiento.
Confessada esta verdad,
vereis que no os tuve en menos,
sino que mi honor ha sido
para con vos mal tercero.
Que muchas cosas, que el gusto
tierno apetece, sobervio
las desbarata el amor,
que uno es mozo, y otro es viejo.
Y es cosa injusta, señor,
con tal padre y tales deudos
que se pierda en vuestros brazos,
y que mañana viniendo
vuestra esposa de Aragon,
queden afrentados ellos,
y yo sin honra y sin vos:
mirad pues prudente y cuerdo,
si fuera buena eleccion
ganaros, para perderos.
Pero pues fue mi desdicha,
que la puerta os haya abierto
por engaño esta criada,
y no puede haver remedio
contra la noche y la fuerza
de un poderoso deseo
(pues deçir aqui del Rey
es acercaros al pecho)
pague mi honor mi locura,

y pague un yerro otro yerro,
que hacer para desdichados
muerte, fue piedad del cielo. *Llora.*

Rey. ¡O lagrimas de muger,
polvora sorda sin truenos,
artilleria con agua,
que no con balas de fuego!
¿En fin, Blanca, mas galan
que el Mendoza te parezco,
sin lo de Rey? D. Blan. Sí señor.

Rey. ¿Qué soy mejor caballero
en todas acciones yo?

D. Bl. Sí señor. Rey. ¿Y que si quiero,
puedo a mi fuerza rendirte?

D. Bl. Sí señor. Rey. Pues si yo excedo
en todo al galan Mendoza,
¿qué vencimiento, qué Reyno,
como ser Rey de mí mismo?
Blanca a Dios, a Dios deseos:
Blanca se da por vencida,
y yo me doy por contento. *Vase el Rey.*

D. Bl. ¿Hay tan grande bizarria?

Julia. No ha salido por la puerta.

D. Bl. Arriba sube. Julia. ¿Si abierta
estará la galeria?

D. Bl. No importa, que él tiene llave.

Sale Doña Leonor.

Julia. Gente viene. D. Blan. ¡Qué temor!

D. Leo. No temais.

D. Bl. ¿Quién es? D. Leo. Leonor.

D. Bl.

D. Bl. Parezco en las ondas nave
del mar de mi pensamiento,
y tú el viento que la impeles.
D. Leo. Ya, Blanca, no te rezeles
de las ondas, ni del viento.
Tan segura es bien que vaya
llena de esperanzas tuyas,
que ya las ancoras suyas
muerden la arena a la playa.
De verte inquieta, lo estuve,
bajé al jardin, que no hay ley
en zelos, y ví, que el Rey
de hablarte a su quarto sube.
Desde la escalera ví
contigo un hombre, y pensé,
que era D. Juan. D. Blan. El Rey fue.
D. Leo. Puesto que al Rey conocí,
¿quién es? le dixe turbada,
y él despegando la voz
al pecho, passó veloz
como en siesta sossegada
manso viento por jardines,
que las alas transparentes
viste entre quadros y fuentes
del ambar de los jazmines.
De que tan contenta estoy,
por assegurar mis zelos,
que a tí, al amor, a los cielos
gracias, y alabanzas doy.
Quiero ser de aqui adelante
tu amiga con tal verdad,
que junte nuestra amistad

lazo de eterno diamante.
Prosiga pues la bonanza
de un desengaño tan cierto
mi navegacion al puerto
del cabo de mi esperanza.
Llamaré a Don Juan, si en tí
alguna tuvo algun dia,
diciendole, Blanca mia,
que con su Alteza te ví.
Con que el quererme y llamarme
suya por tan cierto tengo,
que a darme contigo vengo
el parabien de casarme.
¿En qué estás tan divertida?
D. Bl. Quando del clima Oriental
á vista de Portugal
nave se vió sumergida,
Y aligerando la hacienda,
la hambrienta boca le tapa
al mar con ella, y escapa
la vida sola por prenda
El mercader, y sentado
en algun peñasco solo,
enjuga al rayo de Apolo
la ropa que le ha quedado,
Como pajaro la pluma;
y la sepultura advierte,
que le labraba la muerte
entre marmoles de espuma,
Dice: (y alegre contrasta
la codicia, aunque le ofenda)
Allá quedarás hacienda,

que

que a mí la vida me basta.
Y assi yo digo al amor,
pues libre del Rey me veo:
Allá quedarás deseo,
que a mí me basta el honor.

Vase Doña Blanca y Julia.

D.Leo. Espera. D. Blan. No hay que esperar.
D.Leo. ¿Qué quiso Blanca decir?
mas ya de verme reir
el Alva quiere llorar.
Troquemos las dos aquí
efectos, pues algun dia
a estas horas se reía
de verme llorar a mí.
Flores, sus lagrimas bellas
recibid, pues os avisa,
que de envidia de mi risa
os quiere esmaltar con ellas.
De vuestros ojos los velos
cubrid de aljofares, flores,
que no es bien vestir colores,
despues de muertos mis zelos.
Sirvan las perlas de luto,
que viendo con Blanca al Rey,
mi esperanza a toda ley
ya no es flor, que toda es fruto.
Ya es mio Don Juan, ya ví
desengañada mi fé:
quise bien, sufrí, esperé:
victoria flores, vencí. *Vase.*

Sale Don Juan, y Brito.

D. Juan. ¿De qué sirve consolarme?
Dejame, Brito, ¿qué quieres?
Brito. Advierte. D. Juan. ¡Qué necio eres,
pues no me dejas matarme!
Brito. Señor, si vieras mudar
los polos, exes del cielo,
venir su maquina al suelo,
o cubrir al mundo el mar:
Si vieras passar un monte
desde Portugal a Roma,
o que sobre una maroma
danzaba un rhinóceronte:
Si vieras merecimientos
premiados, y la virtud
sin envidia, y en quietud
inmortal los elementos:
Si vieras que se alcanzó
sin favor dichoso estado:
si vieras hombre estimado
de la patria en que nació
(porque tan poco los honra,
exemplo la tuya y mia,
que dixo Dios, que no havia
Propheta en ella con honra)
fuera justa admiracion;
mas que la tengas de ver
que se mude una muger
por natural condicion,
es cosa para admirar.

D. Juan.

D. JUAN. ¿Cómo no, siendo discreta?
BRITO. Viendo poner la veleta
a una torre de un lugar
un sabio, que estaba atento,
la causa les preguntó,
y el maestro respondió:
Para conocer el viento.
Y él dixo: Ya que en la torre
veleta haveis menester,
con poner una muger
sabreis el viento que corre.
D. JUAN. Conozco, Brito, mi engaño,
pero en tanta obligacion
de nobleza, y discrecion,
¿quién vió tan vil desengaño?
¿No es Angel Blanca? BRITO. Sí es.
D. JUAN. ¿Pues cómo al viento la igualas?
BRITO. Nunca yo le ví las alas,
y muchas veces los pies.
Pero, señor, si en el cielo
un Angel, que Dios crió,
tan ingrato le salió,
que dió con él en el suelo,
Que era un espiritu alado,
no ha hecho contigo excesso,
un Angel de carne y huesso
con moño y con verdugado.
Trata de vengarte della,
y no seas necio, señor,
pues que te adora Leonor
no menos discreta y bella:
Que si toda enfermedad

con

con los contrarios se cura,
amor nò, que es mas segura
voluntad con voluntad.
Si allá el frio con calor,
y al calor le cura el frio,
aqui (y la experiencia fio)
se cura amor con amor.
Que vive Dios, que el dejar
caer el guante fue enredo
para conocerte el miedo,
y que te quiso probar.

D. Juan. ¿Està nò es Leonor?
Brito. La misma,
porque en viendote, señor,
no hay pajaro, que del nido
salga mas alegre al sol.

Sale Doña Leonòr.

D. Leo. ¿Tan de mañana en palacio,
galan Mendoza? D. Juan. Y si vos
sois mi sol, y haveis salido,
no es mucho que salga yo.
D. Leo. Si yo lo fuera, por veros
fuera la noche menor,
anticipando la luz,
y al tiempo el curso veloz,
aunque se agraviára el Rey,
que con Blanca la passó
en el jardin sin testigos.
D. Juan. No le envidiára mi amor,
si yo con vos la passára:

D.Leo. No lo creo. D.Juan. ¿Por qué no?
D.Leo. Porque teneis en Castilla
empeñado el corazon,
donde ví llena vuestra alma
de esperanza y de favor.
D.Juan. Que no hay Villena, señora,
que todo ha sido invencion,
nacida de un necio engaño:
vos sois mi verdad, vos sois
mi pensamiento, y el alma
de mis sentidos accion,
desde aquel guante, que necia
Blanca en la leonera echó
para aventurar mi vida.

Sale Doña Blanca al paño.

D.Bl. Qué buena conversacion.
Brito. Pegale ahora de tajo,
Don Juan, que del corredor
bajó Blanca, y os escucha,
que en agravios sin razon
un cintarazo de zelos
es la receta mejor.
D.Bl. ¡Estrañas son mis desdichas!
¿A qué muger sucedió,
que esperando lo que amaba
con secreto y sin temor,
se hallasse casi en los brazos
lo que nunca imaginó,
y viesse en otros su gusto?
¡qué desprecio, qué traicion!

D.Leo.

D.Leo. ¿En efecto al Rey diré,
que sois mio? D.Juan. Vuestro soy.
Brito. Pegala, que está perdida.
D.Leo. ¿Y no sois de Blanca? D.Juan. No.
D.Bl. No dixo; bien lo merece
mi desdicha, que no yo.
¿No sois de Blanca, Mendoza?
y sois de Leonor, ¡ha Dios!
Si esto una muger dixera,
¿qué dixeran de su honor?
siempre se quejan los hombres,
y ellos los traydores son.
Finalmente de casarse
están tratando los dos:
¿qué prueba de sufrimiento
vieron los cielos mayor?
Leonor, la Infanta te llama.
D.Leo. ¿Muy aprisa? D.Blan. Mucho.
D.Leo. A Dios gallardo Mendoza. *Vase Leonor.*
D.Juan. El cielo os guarde,
hermosa Leonor.
D.Bl. ¿Hermosa Leonor, Don Juan?
D.Juan. Siempre a mí me lo parece.
D.Bl. ¡Qué bien tu infamia merece
los favores que te dan!
¡qué buen amante y galan!
¿quándo se vió caballero,
que de galan a tercero
passasse tan bajamente?
pues nunca el mas insolente
llegó a mas que lisongero.
Para decir a su Alteza

por

por donde havia de entrar,
lo vienes a consultar
conmigo con tal bajeza?
¡qué buen ayre de nobleza!
¡qué fidalgo tan galante,
que quiso quitar un guante
a dos leones por fama,
y ahora pone a su dama
en los brazos de otro amante!
Esta sí que es valentia,
porque a fé, que es menester
para dar una muger
gran valor, grande osadia.
Del leon no se diria
a lo menos tal resabio,
injuria de hombre tan sabio,
pues, aunque animal, le abona
despedazar la leona
con el olor del agravio.
Engañoso el cazador
pone la liga en el ramo,
y no lejos el reclamo
del pajarillo cantor:
assi fue, Don Juan, tu amor,
que junto al jardin cantaba,
donde el Rey la liga armaba,
quando inocente le abriesse,
para que mi amor cayesse,
que por el ayre volaba.
Mas no lo sufriendo el cielo,
a quien la inocencia obliga,
el pajaro, ramo y liga
 jun-

juntos vinieron al suelo:
ahora tu falso zelo,
muy vano de su favor,
vuelve a la hermosa Leonor,
que es el leon de aquel guante,
cobarde, como arrogante,
y infame, como traydor.

D.Juan. Passo, Blanca, que no he sido
cobarde, traydor, ni infame,
ni dixe lo del jardin
al Rey, que tú loca y facil
hiciste, que me traxesse
consigo para guardarle,
porque viendole contigo,
pudiesse desengañarme.
El me traxo hasta la puerta,
tú le abriste, y me obligaste
a que hiciera un desatino,
a no estar Brito delante,
que a quien no matan afrentas,
no hay espada que le mate;
y por no passar de aqui....

D.Bl. Pues no passes adelante,
que si te viesse, Don Juan,
llorar siglos inmortales
la quinta essencia del alma,
no dudes, que las llamasse
lagrimas de crocodilo:
y si te viesse en dos partes
dividir el pecho, y viesse
de tu corazon mudable
los pensamientos escritos,

era impossible obligarme
a creer, que no dixiste
a tu Rey, fidalgo infame,
que viniesse por la puerta
del jardin para forzarme:
lo que no se executó,
porque en fin defensas tales
estan a cargo del cielo,
y el cielo supo librarme;
porque el testigo mayor
de toda exepcion no trahe
menos prueba que los ojos,
mira si es prueba bastante.
Con ella te ví tratar,
traydor Don Juan, de casarte,
llamarla hermosa Leonor,
y en él Leonor regalarte:
que quando la voz del nombre
se detiene en los finales,
dando en el alma los ecos,
se derriten los amantes.
Hoy pido licencia al Rey:
casa tengo y tengo padre:
Nuño de Andrada me quiere,
con Nuño quiero casarme.
Este sé, que es hombre firme,
no lisonjero cobarde,
no sirve al Rey con su dama,
sino con oficios graves.
Voime, aprendiendo de tí,
siendo firme, a ser mudable,
siendo prudente, a ser loca,

 sien-

siendo cera, a ser diamante,
siendo humilde, a ser sobervia,
siendo impossible, a ser facil,
siendo tuya, a ser agena,
y finalmente inconstante,
ser hoy Andrada, si ayer
fuy Mendoza por amarte.
Ni me mires, ni me nombres,
que solo para matarte
quisiera ser basilisco,
pero no para mirarte.
D.Juan. Señora. Brito. Señora.
D.Bl. Fuera. *Vase Doña Blanca.*
D.Juan. ¡Qué furia!
Brito. Sin arrojarme,
imita con los corderos
los piadosos elephantes,
que al passar, por no pisarlos,
rodean por otra parte.
D.Juan. Vive Dios, que he sospechado,
que está inocente.
Brito. Bien haces.
D.Juan. Milagro fue detenerme
en satisfacciones tales,
de no abrazarla mil veces.
Brito. Qué presto, ¡ha necios amantes!
Fue a la India con antojos
un corto de vista frayle:
vióle un Cazique de paz,
y como le preguntasse
a un criado, qué era aquello,
le dixo: Es señal, que trahen

los Grandes de Portugal;
y él para ser de los Grandes
unos le compró en mil pesos:
pero viendo menos que antes,
le rogó, que otros le diesse;
aunque mucho mas costassen;
y unos le vendió sin lunas,
y quitados los cristales,
con los cercos solamente
miraba por todas partes,
diciendo: Con estos veo,
sin reparar ignorante,
que via sin los antojos
con los ojos naturales.
Tú, señor, Indio de amor,
los antojos le compraste
de los zelos, con que ciego
viste sombras por verdades.
Y ahora, que las dos lunas
Blanca ha venido a quitarte,
lo que ves con proprios ojos,
quieres que antojos se llame.
Por mí compra con tu honor
tu agravio. D. JUAN. ¿Piensas que cae
esta afrenta en algun loco?
pues escuchame. BRITO. El Rey sale.

Sale el Rey.

REY. Qué bueno sois para guardar un puesto,
Mendoza amigo, pues salí al instante
para buscaros, y erades traspuesto:

¿mas

¿mas que un amigo Rey os debe un guante?

D. Juan. Llegó con gente algun traydor, dispuesto
a matarte, señor, tan arrogante,
que fue forzoso, por no ser oído,
retirarme de vos, sin ser vencido.
Volví despues, y os esperé animoso,
hasta que vino a matizar la Aurora
con pie de nieve y passo presuroso
el campo de los cielos, y el de Flora.

Rey. ¿Yo no os dixe, D. Juan, que era forzoso
seguir al valimiento la traydora
envidia? y que a quien yo mas bien queria,
mas lejos de mis cosas le tenia?

D. Juan. Señor, por fuerza soy vuestro valido,
con tanta claridad; si nos quejamos
de disfavor, o agravio recibido,
los Portugueses con el Rey hablamos.
¿Pero cómo, señor, favorecido
de la noche entre fuentes, flores, ramos,
dejastes essa dama, que tan presto
salistes a buscarme al mismo puesto?

Rey. Porque, para deciros como amigo,
Mendoza, la verdad, este concierto
hizo con quien amaba, y no conmigo,
y assi fue todo mi sucesso incierto:
turbóse en viendo, que quien soy le digo;
mas conociendo ya su desconcierto,
tales cosas me dixo, que podia
vencer, como su amor, su cortesia.
Yo entonces por ganar la eterna fama,
que tan alta virtud me prometia,
qual pajaro veloz de rama en rama,

an-

antes de amanecer buscaba el dia:
huyole el rostro, aunque el amor me llama,
que el deleyte delante me ponia;
y como tiene el alma luces puras,
topé con la virtud andando a escuras.
Travaron el valor y el apetito
guerra campal al pie de unos laureles,
quando ser Alexandro solicito,
y dar materia a plumas y a pinceles:
ya pues que la licencia le permito,
con tales azucenas y claveles
me la pintaba amor, que en ciego abismo
topaba con la sombra de mí mismo.
Assi las ondas de la mar rompidas,
en la arenosa playa dilatadas,
vuelven atrás, y de otras recibidas,
tornan a la ribera acrecentadas.
Ya estaban en sus brazos repetidas
las ansias de mi pecho enamoradas,
que ya volviendo atrás se deshacian,
pues mientras mas llegaban, mas volvian.
Al fin yo me vencí, y hice, Mendoza,
lo que en España Scipion, dejando
libre la dama, que el honor que goza
con lagrimas estaba celebrando:
la luna, que en su candida carroza
mi casta accion estaba contemplando,
apriesa retiró su lumbre pura,
porque no me incitasse su hermosura.

D. JUAN. Ha sido tan gran victoria,
Lusitano Scipion,
que obscureceis su blason,

y

y de Alexandro la gloria:
pero referir la historia,
y callar el apellido
de la dama, agravio ha sido
de la merced que me haceis.
Rey. Vos, Mendoza, le sabeis,
que yo le he puesto en olvido.
D. Juan. Si es quien yo pienso, y supiera
el vuestro mi loco amor,
bien cierto estareis, señor,
que con vos no compitiera:
mas yo la diré que os quiera,
si vos quereis.
Rey. No, Don Juan,
bien empleadas estan
las gracias de Blanca en vos.
D. Juan. Ya no puede ser por Dios.
Rey. ¿Pues qué rezelos os dan?
D. Juan. ¿No son muy justos rezelos
concertar, que en el jardin
la viesse, y ser vos en fin
dueño de tan altos zelos?
Rey. Esso no os cause desvelos,
que pues yo pude atreverme,
fue, que os escuché sin verme,
pero no pude vengarme,
que supo Blanca obligarme,
y yo, Mendoza, vencerme.
Volved á hablarla. D. Juan. Señor,
ya no puede ser. Rey. ¿Por qué?
D. Juan. Porque denantes la hablé
con mas libertad, que amor,

si-

sino es que vuestro favor
la desempeñe primero.

REY. Mirad, que sois caballero:
volved, Don Juan, por mi fama,
hasta dejaros la dama
no me hagais vuestro tercero.

D. JUAN. Esso que hicistes por vos,
en vuestra gloria resulta:
lo que mi amor os consulta,
esso nos toca a los dos.

REY. Yo la hablaré, mas por Dios,
que aunque sean los rigores
de Blanca buenos fiadores,
que no es discreto primor
hacer al competidor
tercero de los amores.

D. JUAN. La fianza, gran señor,
en vuestro valor está,
si de Blanca vistes ya
las lagrimas y el honor;
y sereis vos con mi amor,
con honra de los pinceles,
Alexandro con Apeles,
y Blanca será Campaspe,
ocupando bronce y jaspe
vuestros divinos laureles. *Vase.*

Sale Doña Blanca.

D. BL. Aunque con algun temor,
pero no sin confianza,
mas que en mi propria esperanza,

en vuestro invicto valor,
os vengo a pedir, señor,
una merced. Rey. No havrá cosa
a mi amor dificultosa,
ni pienso, que a mi poder,
como no viniesse a ser
impossible, Blanca hermosa:
que no creo, que presumas
pedir estrellas del cielo,
ni el Phenix unica al suelo,
que nace y muere en sus plumas:
mas si innumerables sumas
de oro, y diamantes pidieres,
haz cuenta que dueño eres
de quantas engendra el sol,
porque es blason Español
saber honrar las mugeres.
¿Qué quieres, Blanca? D. Bl. Licencia
para volverme a mi casa,
que mi viejo padre passa
con mucha pena mi ausencia.
Rey. ¿Es temor de mi presencia?
D. Bl. ¿Cómo puede ser temor,
haviendo visto, señor,
que sois de vos mismo Rey,
que es la mas obscura ley
de las que tiene el valor?
Rey. ¿Qué causa, Blanca, te obliga
a hacer tan nueva mudanza?
D. Bl. Mudar, señor, de esperanza,
pues esto basta que os diga.
Rey. ¿Son zelos de alguna amiga?

D.

D. BL. No señor, que son agravios.
REY. Con ellos hay pocos sabios:
perdiste, Blanca, el temor,
que calenturas de amor
presto salen a los labios.
Ahora bien, licencia doy,
porque negarte no es justo
cosa, que sea tu gusto.
D. BL. Sino lo juras, estoy
dudosa. REY. A fé de quien soy.
D. BL. Basta, tu palabra es
infalible. REY. Parte pues
a disponer tu partida:
mas venme a ver por tu vida
primero. D. BL. Beso tus pies. *Vase.*

Sale Don Nuño.

NUÑO. Ya, señor, está dispuesta
de la manera que mandas
la partida de Aragon.
REY. Conozco, Nuño de Andrada,
el amor con que servis,
y pues es tiempo que vayan
a Aragon por Isabel,
vos sereis desta jornada
el dueño, como es razon:
mirad si quereis que os haga
alguna merced primero.
NUÑO. La mayor de mi esperanza,
y mas facil para vos.
REY. ¿Cómo?
NUÑO. Que me deis a Blanca,

con que me doy por pagado
de quanto en consejos y armas
a mis mayores debeis.

Rey. Ahora, Don Nuño, acaba
de pedirme, que le diesse
licencia de irse a su casa:
de forma, que ya no corre
por cuenta mia el casarla;
sino de su padre, a quien
si la pedis, cosa es clara,
que se ha de honrar de teneros
por yerno.

Nuño. Yo voy a hablarla.

Rey. Y yo la hablaré tambien
antes que Blanca se parta. *Vase D. Nuño.*

Sale Doña Leonor.

D. Leo. Fuése Nuño: solo está.
Aunque la lengua embaraza
el tratar una muger
cosas, que terceros tratan,
vengo, señor, a pediros
favorezcais una causa
piadosa. Rey. ¿Cómo, Leonor?
que tengo muy obligada
la mia a vuestra persona.

D. Leo. Don Juan de Mendoza aguarda
solo que le deis licencia,
y que os la pida me manda
para casarnos los dos.

Rey. ¿Don Juan? mira que te engañas.

D. Leo. No engaño, señor, ni yo,

quan-

quando no me lo mandára,
fuera tan loca en querer
solicitar vuestra gracia,
que fuera tenerme en poco.

REY. Pues, Leonor, luego le llama,
y si él dice que te quiere,
una y mil veces te casa.

D. LEO. Beso tus pies: por él voy. *Vase D. Leonor.*

REY. ¿Qué invenciones, qué mudanzas
son estas? basta que hoy
soy el que casa y descasa.

Sale Brito.

BRITO. Aqui está su Alteza. REY. ¿Es Brito?

BRITO. Si señor. REY. Tú solo faltas:
¿vienes a casarte acaso?

BRITO. Quando tú me asseguráras
dos cosas, pudiera ser,
porque son muy necessarias.

REY. ¿Y son? BRITO. Que yo fuera sordo,
que es de notable importancia,
y mi muger fuera muda.

REY. Pues faciles son entrambas,
tú no queriendola oír,
y ella viendo que se cansa.

BRITO. Tengo un vecino, señor,
que es atambor de tu guarda,
y en hablando su muger
toca a rebato la caja.
Pero como viesse un dia,
que la caja no bastaba,

hi-

101854

hízola con los palotes
caja, y calló tres semanas.

Rey. Ahora bien, ¿a qué venias?

Brito. A una cosa bien estraña:
del anillo, que me diste,
dicen que es la piedra falsa.

Rey. ¿Tienesla ahí?

Brito. Si señor. Rey. Muestra;
en mí no es de importancia,
que sea falsa, o sea fina,
que estar en mi mano basta.

Brito. ¿Luego quedaste con ella?

Rey. Sí, necio, porque te engañan:
hoy te daran el dinero.

Brito. Yo le tomaré mañana.

Sale Don Juan.

D. Juan. Para trocar los sucessos
el amor a la esperanza,
siempre en venturas comienza,
y en desventuras acaba.
¡Qué bien me favoreciste,
gran señor, con Doña Blanca,
pues que le has dado licencia
para volverse a su casa!
Ella, y su padre Don Pedro
de Atayde, solo aguardan
besar tu mano y partirse:
Don Nuño los acompaña,
que es tu privado de veras,
que a mí, como me tratabas

de

de burlas, porque él la goze,
quisiste burlarme el alma.

REY. ¿A dónde están? D. JUAN. Juntos vienen
quien me estima y quien me agravia.

Salen Don Pedro de Atayde, Don Nuño, Doña Blanca, Doña Leonor y criados.

D. PED. No por mercedes, señor,
del servicio de la Infanta,
sino a besarte la mano
viene Blanca; y de mis canas
fia su remedio ya.

REY. Don Pedro, de que se vaya
Blanca, no es la culpa mia.

D. PED. Ya, señor, Nuño de Andrada
me la pide, dad licencia,
que con él quiero casarla.

REY. No es justo, que de palacio
sin premio, Don Pedro, salgas.
Luego que faltó la Orden
de los Templarios a España;
la de Christo instituí
para suplir tan gran falta,
de quien os hago Maestre:
y por cumplir la palabra,
que he dado a Blanca, y es justo,
de que se vaya a su casa,
y la de toda muger
la del marido se llama,
dadle la mano, Don Juan,
y a vuestra casa llevadla,

pues

pues que vos sois su marido,
con que sale mi palabra
de su empeño, pues la dí
de que se fuesse a su casa.
D. Leo. ¿Y la que me diste a mí?
Rey. Fue, si Don Juan confirmaba
lo que me dixiste. D. Juan. Yo
no pude partir el alma
como Leonor merecia.
D. Leo. Y está muy bien empleada.
D. Bl. Favor es, Leonor discreta.
D. Leo. En faltando la esperanza,
zelos se vuelven favores.
Rey. Leonor con Don Nuño parta
por mi Isabel a Aragon.
D. Leo. Yo, señor, ¿cómo? Rey. Casada.
Nuño. Yo lo tengo a gran merced.
Brito. ¿Y Brito nació en las malvas?
pero no quiero muger
de tu mano. Rey. ¿Por qué causa?
Brito. Porque pienso, que has de darme
piedras y mugeres falsas:
dame otra cosa, señor.
Rey. Aqui la Comedia acaba.
Brito. ¿Sin darme nada?
Rey. Pide perdon al Senado.
Brito. Eso basta.
D. Bl. Y yo en limosna por él
a caballeros y damas,
tomando para pedirle
el Guante de Doña Blanca.

AL

AL NACIMIENTO DEL PRINCIPE.

EL origen divino de las letras
en la reformacion del primer mundo
a los hijos de Seth hoy se atribuye,
que en las colunas de la luz y piedra
nos dejaron de Adan la ciencia infusa,
la una de las dos fue hallada en Syria,
que viene bien con lo que Plinio dice
en el septimo libro de su historia,
aunque las siete liberales Artes
en catorce colunas dicen otros,
que puso Zoroastres Rey de Batro.
Diodoro y Ciceron las atribuyen
a Mercurio, y assi le consagraban
las lenguas, como dél Cartario escribe
en su libro de *Imagenes de Dioses*.
Pero Herodoto y Hermolao Barbaro,
a Cadmo y a los hombres de Phenicia.
Esto disputa en su primero libro
Polydoro Virgilio, y en la vida
de Claudio Emperador Cornelio Tacito.
No sin razon la antiguedad queria,
que fuesse este principio de los dioses,
que sin duda de Dios tienen principio,
y assi se llama Dios *Alpha* y *Omega*.
Y en el nombre JEOVA divino suyo
se encierran las vocales justamente

no sin mysterio grande, pues leemos
en las divinas letras muchos nombres,
con los que encierran, y en las suyas cifran,
fuera de los Egypcios Hieroglyphicos,
de que escribió Pierio tanta copia.
¿Quién dirá pues su antiguedad divina?
¿quién su valor? ¿quién su provecho grande?
¿qué lengua contará sus alabanzas,
y el grado a que por ellas han venido
tantos famosos hombres en el mundo?
¿A quién no admira un celebre Aristoteles,
un Platon, un Homero y un Virgilio?
y en nuestro tiempo tantos hombres raros
desta ciudad y de su santa Iglesia:
que basta su dignissimo Arzobispo,
exemplo de virtud, como de letras,
Bernardo en nombre, en santidad Bernardo,
Ilefonso divino predicando,
Paulino dando, y enseñando Pablo.
¿Mas qué fuera del mundo sin las letras,
pues el archivo son de la memoria?
por ellas hoy la tienen los que viven,
y la tendrán los que despues vivieren
de tantas y tan celebres historias
desde el principio de la tierra y cielo,
pues comienza Moyses su sacro libro,
diciendo, que crió Dios en el principio
el cielo y tierra, y desde alli prosigue
hasta su tiempo; pero ya en el nuestro
muchas Chronographias han escrito
insignes hombres, por quien hoy sabemos
quanto passó desde el primero dia,
que

que el sol hizo su curso por la ecliptica,
movió la inteligencia aquellos cielos,
que arrebata veloz el primer mobil,
influyeron sus varias calidades
en las segundas las primeras causas,
y la tierra cubrió la negra noche
con la capa de sombras y de miedos,
descanso, horror, silencio, olvido y sueño,
acompañada de la luna palida,
crecedora de plantas y aguas libres,
como se advierte en los escritos celebres
de Nauclero y de Surio.
¿Qué guerra no se sabe por las letras
desde aquella primera de los Angeles
a las ultimas iras de los hombres?
Las leyes se conservan por las letras,
y la de Dios, que sobre todas vive.
Nuestra hermana salud se ampara en ellas,
y Dios manda, que demos honra al Medico.
Por ellas sabe un hombre lo que passa
en la region Antarctica, y responde
al que vive en Europa, el que está en Asia,
dignos son de loor sus inventores,
las Assyrias compuso Rhadamantho,
las Griegas Phenix, las Egypcias Anubis,
Carmenta las Latinas, y las nuestras
tienen aquella misma semejanza,
y assi nuestro dialecto la parece,
que del modo que hablamos, escribimos,
grande honor de la lengua Castellana,
que limó Garcilasso de la Vega,
hijo desta ciudad, a quien las leyes

dieron primer lugar en los vocablos,
si por dicha llegassen a disputa.
Mas no es tiempo de hacer largos discursos,
y mas en cosa tan notoria a todos.
Sea verdad que las famosas armas
han tenido con ellas muchas veces
grandes encuentros sobre qual merece
el primero lugar, pero en efecto,
aunque ha sido question controvertida,
nunca la vimos bien determinada.
Muchos en ellas ponen la nobleza,
mas que en la sangre, bien lo trata el Mucio
Justinopolitano, aunque resuelve
ser la virtud nobleza verdadera:
pero por competencia de las armas
las letras en sus grados hacen nobles.
Yo pienso que premiadas igualmente
con un mismo laurel de las dos puede
hacerse un hieroglyphico, pintando
las Aguilas de Cesar coronadas,
o aquellos rostros del Bifronte Jano,
que aquel antiguo symbolo, que muestra
un yelmo sobre un libro laureado,
declara bien esta amistad conforme.
Entre todos los generos de letras
parece que las cosas memorables
se remiten mejor a la Poesia,
porque ella como es metro y consonancia,
numero y harmonia, mueve, alegra,
deleyta, enseña, solemniza, extiende,
ilustra, canta, ensalza, sube, adorna
las cosas con diversas energias,

por-

porque *Canto*, es lo mismo que Poesia
segun Laercio, Estacio y Rhodigino.
Y no sin causa aconsejaba Socrates
a los de Grecia honrassen los Poetas,
porque en su mano el sabio les decia
que estaba el vituperio y la alabanza.
Un pintor retrató mal un Poeta
para vengarse de un pequeño agravio,
y el Poeta le hizo tales versos,
que voluntariamente se dió muerte,
no porque sean dignos de alabanza,
que antes ninguna cosa debe el Principe
desterrar de su Reyno, como a ingenios
que buscan honra en infamar la agena:
porque estos son como pintores viles,
que saben hacer arboles y flores,
mas no la majestad de las figuras:
y assi procuran fama con la plebe,
que llama sutilezas a las burlas,
y al ingenio, que escribe con tigeras,
igualan al que escribe con la pluma,
que lo malo es de todos entendido,
y siempre lo que es bueno, entienden pocos.
Pero volviendo a lo que dixo Socrates,
nunca fuera Neron tan fiero Principe,
si huviera sido a los Poetas blando,
pero dió muerte al Cordoves Lucano,
y al grande amigo de San Pablo Seneca.
Ni Octaviano Cesar fuera Augusto,
ni descendiera del Troyano Eneas,
sino huviera a Virgilio honrado tanto,
que este es el justo oficio del Poeta,

y

y digno de las plumas de la fama,
que puesto que Marcial tiene agudeza,
no le dan el lugar que a Homero y Publio,
porque quien vitupera, alli descubre
sus imaginaciones y bajezas,
como el que alaba, ensalza y engrandece,
muestra su grande y excelente espiritu.
No hay duda de que debe el mundo mucho
a los ingenios deste don divino
tan celebrado de Platon y Tulio,
defendiendo el honor de Archia Poeta.
Que dicha tuvo Achiles, en que Homero
escribiesse sus hechos, Alexandro
lo dice bien llorando en su sepulcro.
¡Qué nombre dió tan celebre el Petrarca
a Laura, pues primero que él se acabe,
se dejará la maquina del mundo!
Ni el que dió a su Beatriz el docto Dante,
y en los antiguos a su Lesbia Catulo,
Propercio a Cynthia, y a Corina Ovidio:
lo que merecen versos bien se prueba,
con que en sus obras santas muchos Santos
las acotan y trahen por momentos,
sin el lugar que tienen en la Iglesia
en tantos Hymnos y divinos Psalmos,
y Salomon en sus *Cantares* dulces
celebra los amores de la Esposa.
Pero ¿qué me detengo en cosas claras?
pues todos saben ya que las donzellas
en la segunda y triste guerra Punica
por las calles de Roma iban cantando
para aplacar la ira de los dioses,

ver-

versos del Griego Sophocles y Eurípides.
¿Quién duda que las cosas mas sublimes
conservan en el mundo los Poetas,
y que sacan los nombres del olvido
con sus picos de cysnes y sus plumas?
Solo restá saber si al nacimiento
de algun Principe heroico antiguamente
escribieron Poetas, mas ofrecese
Virgilio con la Egloga, que escribe
por el hijo famoso del gran Cesar,
cuyos versos hurtó de las Sybilas,
que aun es mas de notar, porque si quiso
Dios, que se celebrásse de su Hijo
el nacimiento muchos años antes
en versos de mugeres tan famosas,
y en otros mil lugares, que Esaías
le pronostica en sus sagrados versos,
¿quién duda que naciendo humanos Principes,
será justo alabarlos con los versos?
La Iglesia celebrando el claro dia,
en que nació su Esposo, todos saben
que canta versos, y que en dulces Hymnos
celebra el nacimiento de su Principe.
Toledo pues a imitacion tan alta
del mismo Dios y del Romano Cesar
en versos quiere celebrar el suyo,
que los Reyes son dioses de la tierra.
Celebra este dichoso Infante nuestro,
nacido para bien de la mas parte
del mundo, pues por tierra de Phelipe
se dá una vuelta al mar, sin que se toque
en tierra de otro, ni en orilla agena.

Al fin Toledo insigne, inclito, fuerte,
Toledo la Imperial, la ciudad noble,
la cabeza de España, aquella antigua
famosa Corte de los Reyes Godos,
que como el corazon es en el cuerpo
el centro, y el principio de la vida,
assi es Toledo corazon de España;
aquella que ilustraron tantos Reyes
con sus heroicas obras, y pudieron
santificar, con sangre y con milagros,
tantos patrones, que sus muros guardan;
aquella que jamas se vió vencida
de la sangrienta espada de los Moros,
y que la Fé de Christo sacrosanta
conservó con Muzarabes Christianos;
aquella que juntó tantos Concilios,
aquella que dió leyes, y que puso
medida, peso y vara a toda España,
aquella que en lealtad venció a Numancia,
y a Roma en los servicios de sus Reyes,
por quien le dieron tantas exenciones,
que mereció llamarse rica y franca;
aquella donde nacen los ingenios
mas divinos, que tiene todo el orbe,
los soldados mas fuertes y animosos,
mas nobles y gallardos caballeros,
y tan discretas, quanto hermosas damas;
aquella que gobiernan Senadores,
caballeros, patricios, ciudadanos
de tan alto valor, que merecieran
ser Consules de Roma al mismo lado
de Ausonio, Ciceron, Caton y Emilio:

agra-

Agradecida al bien, que Margarita,
nuestra señora y Reyna soberana,
le ha hecho en darle aquel heroyco Principe,
que guarde el cielo tan felices años,
que del antiguo Nestor passe el numero,
en muestras del contento, que ha tenido,
no solo en hacer fiestas, jugar cañas,
correr toros, hacer paseos y mascaras,
poner luces, enviar al cielo fuegos,
correos de las nuevas deste parto,
quiere mostrar su justo regozijo,
sino que la celebren y bendigan
las alabanzas de divinos versos,
para mayor memoria de que ofrece,
no las riquezas, que quisiera, al Principe,
a la madre sin par y al padre heroyco,
y al Duque felicissimo de Lerma,
honor de Sandoval, gloria de Roxas,
piedra, basa, pyramide, coluna,
en que estriva la machina famosa,
architectura de la madre España,
sino el alma comun de su nobleza,
a los padres por dueños, y al gran Duque,
porque le dió la venturosa nueva:
Que si tuviera el oro, que se saca
debajo de la linea, que divide
los dias y las noches igualmente,
o la plata del Tropico de Cancro,
que viene por la sierra de Capira
a las aguas, que azotan nuestras naves,
las tersas perlas de Cubagua fertil,
con los rubies de Zeylan famosos,

y diamantes de Ormuz y de Meliade,
los olores divinos, que Pancaya
espira de sus plantas aromaticas:
el ambar, que en el mar del Sur se cria,
y a las orillas fluctuando llega,
ora naturaleza le congele,
ora de las ballenas se distile:
la purpura, que Tyro vió en sus conchas,
antes que padeciesse tantas guerras:
las telas tersas de colores varias,
que con los prados en Abril compiten:
el platano, que dió Bithynio a Xerxes:
el thesoro de Minyas, o la ciencia,
con que oro fino fabricaba Arnaldo,
no hay duda, que a las plantas lo pusiera
del tierno niño, y su cabeza misma,
porque pisára su Imperial corona;
que los que te negassen, bello Infante,
lo que pudiesse darte algun aumento,
si aumento puede darte lo que es tuyo,
aquel castigo justo merecieran,
que dió Latona a los villanos barbaros,
que negaron al sol recien nacido
el agua, donde ahora se lamentan,
luego que esconde su cabeza hermosa,
con roncas voces entre junco y nea:
que si pudiera tu leal Toledo,
no dudes, que pusiera, no a las plantas
de tu divino padre, armado en blanco,
pero a los pies de tu dorada cuna,
donde parece, que te estan criando
la Magnanimidad, la Fortaleza,

la

la Religion, la Paz y la Justicia,
los Turcos de Asia, los Alarbes de Africa,
y los rebeldes al Pastor de Roma;
y assi, mientras no puede levantarla
sobre el hijo del sol, Oriental oro,
en racimos de perlas, y en las gomas,
que resucitan al purpureo phenix,
te ofrece versos, hymnos y cantares,
que de tu nacimiento al mundo obliguen
a perpetua memoria y alabanza,
y parezcan aqui lo que en cielo
el camino Galasio y Lactea via,
de la infancia de Jupiter memoria,
que durará mientras duráre el curso
de su trepidacion y movimiento.
Para lo qual ofrece a los ingenios
estrangeros y proprios premios justos,
pues que premiar con ellos y con palmas
es galardon debido a los Athletas,
que en la carrera desta justa insigne
mejor llegáren al laurel del palio:
que dar premios y honor a los Poetas,
cosa es notoria, que es costumbre antigua.
Virgilio, entrando a recitar un dia
sus versos dulces al Romano pueblo,
todo se levantó con grande aplauso,
y hizo reverencia a su Poeta,
a quien como al divino Julio Cesar
del nacimiento celebraba el dia.
Llegó a valer su hacienda por sus premios
docientas y cincuenta mil coronas;
y Octavia, desmayada en la dulzura,

con que escribió la muerte de Marcelo,
por cada verso que perdió de oírle
mil ducados le dió, veinte sestercios.
Al Español Poeta Silio Italico
hizo tres veces Domiciano Consul:
Antonino pagó un libro a Opiano,
y un escudo le dió por cada verso,
que fueron mas de veinte mil escudos,
a quien puso Cilicia estatua y cuenta,
Volaterrano su epitaphio funebre.
Un templo labró a Homero Ptolemeo,
y le hizo adorar entre sus Dioses.
A muchos Roma, Athenas y otras partes
les hicieron pyramides y estatuas
de jaspe, bronce, marmol, oro y porphydo.
Plinio lo escribe de Vestricio y de Accio,
uno Poeta heroyco y otro lyrico.
Luego debida cosa son los premios;
y assi Toledo los ofrece ahora
a los que en nuestra lengua Castellana
celebraren la bella Margarita,
recien parida del hermoso Infante,
esperanza de España, honor del mundo,
nieto del gran Phelipe, Rey Catholico,
y viznieto de Carlos, siempre Augusto,
a quien llamó la Italia Cesar Maximo,
del Primero Phelipe reviznieto,
gran sucessor de Maximiliano,
Augusto Emperador, hijo divino
de Federico, gloria de Alemania;
todo de sangre de Imperiales Cesares,
y probado en el sol, como hijo de aguilas,
que

que en siglo tan dichoso, que tenemos
dos Reyes santos en tan verdes años,
a quien el cielo da por sus virtudes
la paz universal de tantos Reynos,
con la de Ingalaterra y Francia, es justo
que las divinas letras tengan lauros,
y ellas celebren sus heroycos Principes,
y el que nació para milagros raros,
qüando murió la soberana vida,
que repara la nuestra con su muerte.
Gran fiesta para España y para el cielo,
tan grande, donde están PHILIPO y CARLOS,
que a darles a los dos la norabuena
han ido casi juntos desde Roma
dos tan grandes Pontifices al cielo.
Conviene pues para principio justo,
que sepais el cartel, que puso a todos
esta Imperial ciudad, famosos cysnes,
honra del Tajo, a quien espera el premio
del verde lauro y de la eterna fama,
que ya apercibe sus veloces alas,
para llevar en ellas a la corte
vuestros escritos, que despues volando
ha de llevar a las de muchos Principes,
passando el mar y el rico extremo Antarctico,
que se han de oír en la remota Lava,
y en la region extrema de Quircira;
y desde Sanderson al polo de Austria,
titulo desta perla MARGARITA,
que faltaba de España a la corona.
Oíd pues su alabanza en prosa y verso
al Padre heroyco, a la divina madre,
y al Infante, retrato de tal padre.

EGLO-

EGLOGA PANEGYRICA AL EPIGRAMA DEL SERENISSIMO INFANTE CARLOS. AL DUQUE DE MEDINA DE LAS TORRES.

SI del cuidado grave,
Principe generoso,
en el Abril de tus floridos años,
quando en ocio suave
el tiempo mas dichoso
a la misma razon permite engaños:
si de Reynos estraños
presidir a las leyes
concede algun espacio:
si del alto palacio,
Olympo a las deydades de los Reyes,
puede amoroso excesso
hacer que humilles, nuevo Atlante, el peso.
Oye del rudo canto,
o Ramiro Philipe,
glorioso de Guzman origen claro,
la debil voz en tanto,
que el coro de Aganipe
canta en feliz auspicio de tu amparo

al heroe Gundemaro,
y los claros varones
de los armiños blancos,
no Germanos, ni Francos,
ni Principes Normandos y Britones,
sino Guzmanes Godos,
todos leones, y Españoles todos.
Yace en la verde falda
de los montes de Europa
aquel castillo, eterna fortaleza,
que en mano de esmeralda,
como en dorada copa,
a España ofrece tu Real nobleza:
alli, como cabeza
del heroyco apellido,
ciñe los Coroneles
de armiños, y laureles,
y armado de valor contra el olvido,
reserva de su gloria
por siete siglos la inmortal memoria.
Tambien por las hazañas
del Alferez primero,
que de sangre y honor vistió su escudo,
por quien a las montañas
el Africano fiero
en tanta inundacion subir no pudo:
Toral, del Rey Bermudo
dadiva grande entonces,
al mismo tiempo admira;
que en quanto alcanza y mira,
ni estima jaspes, ni respeta bronces,
que tu grandeza ahora

con el sol de Phelipe ilustra y dora.
Virtud, que no fortuna,
de aquel olivo sacro,
de quien fuiste ascendiente, y de quien eres
hijo, sobre la luna
coloca simulacro,
y tú de tanto sol rayos adquieres.
¡O muerte, que prefieres
las edades mayores
a engaños juveniles,
en qué pocos Abriles
tendiste la guadaña por las flores,
una apenas nacida,
y otra al principio de su dulce vida!
Yo siempre agradecido
las memorias adoro
de aquella Excelentissima señora,
que con el pie ceñido
de eternos lazos de oro,
por campos de zaphir pisa la Aurora.
Assi canta, assi llora
el ruyseñor, que pierde
el dueño que tenia,
donde verle solia,
fingiendo parda pluma el ramo verde;
y yo quando te miro,
laurel de mi dolor, tambien suspiro.
Ahora puede solo
con Theocrita Musa
las selvas ofrecerte mi deseo.
Recibe, ilustre Apolo,
no la ofrenda, la escusa,

bu-

Bucolica del hispido Tegeo,
a honor del Semideo
CARLOS escribe Clio.
Aplica pues atento
el grave entêndimiento
al bajo son del instrumento mio,
cantarán dos pastores
a desdenes de amor versos de amores.

THYRSI. SILVIO.

THYRSI.

¿Qué tarde al monte de la villa vienes,
Silvio? ¿qué novedad te ha detenido,
que nunca tú sin ella te detienes?

SILVIO.

Thyrsi, mi condicion, que siempre ha sido
tratar en lo que toca a mi ganado,
ni me divierte, ni permite olvido.
Llevé, como otras veces, descuidado
dos cabritillos a vender, escritos
de blancas manchas en color dorado.

THYRSI.

¡Qué un pastor como tú venda cabritos!

SILVIO.

Quando salí del prado del aldea,
sus madres y ellos alternaban gritos:
mas si fueran del pecho de Amalthea,
con la necessidad no respetára
de Jupiter la candida Lactea.

THYRSI.

Quánto fuera mejor, que se ocupára

tu ingenio en escribir a los pastores
el tiempo en que mejor se siembra y ara:
quáles constelaciones las labores
favorecen del campo, que es gran falta
competir las espigas con las flores:
o cómo en prado, que mejor se esmalta,
ciudad de corcho formarán colmenas,
por mas seguridad sublime y alta:
o cómo cantará sus dulces penas
en estilo Calcidico el amante.

SILVIO.

Thyrsi, es desdicha no tener Mecenas:
quien le tuviere, de los campos cante,
o las hazañas del amor desnudo,
o las de Marte armado de diamante:
que yo como pastor grossero y rudo
iré a llevar el fruto de mis manos,
que ingenio sin favor, aunque hable, es mudo:
del rubio bozo a los cabellos canos
canté de amor, y en mas heroica lyra
los Reyes y los Dioses soberanos,
la fiera Alecto quando fuego espira,
la mar quando sobervia y turbulenta
a los arcos del sol arenas tira.
Mas ya que el disfavor me desalienta,
con mi ganado passaré los dias,
que ya perdí del numero la cuenta.

THYRSI.

¿Pues cómo por allá te detenias?

SILVIO.

Por escuchar de algunos cortesanos
no ya fragmentos de ignorancias mias,

sino

sino divinos versos, aunque humanos,
tan dulce para mi gustoso cebo,
que estatico medí los ayres vanos:
Epigrama de un inclito mancebo,
que pudiera vencer en desafio
a Adonis la belleza, el arco a Phebo.
¡O rompa ya el silencio el dolor mio
con dulce exclamacion! de Anarda amante
buscaba entre sus gracias su alvedrio.
Yo hurtando el eco al ayre circunstante
las razones bebí por el oído,
y a los aplausos atendí constante.
Daba el lector al verso igual sonido,
que si le falta accion, verás a Homero
en Marso Amazonída convertido.
Era la conclusion: *Ya desespero,*
pues si me quejo, tu rigor me mata,
y si callo mi mal, dos veces muero.

THYRSI.

Que le havia de abrir llave de plata,
y cerrarle despues con llave de oro,
dixo Damon, que de Epigramas trata.

SILVIO.

Las voces colocaba igual decoro,
y tales locuciones le vestian,
que le admitieron del Parnasso al coro.
Yo mientras que los versos aplaudian,
desamaba la dama, en quien iguales
bellezas y desdenes competian.

THYRSI.

Mal pruebas, Silvio, con razones tales
tenerle amor, pues de la misma suerte

estimarás sus bienes y sus males.

SILVIO.

Qual suele, Thyrsi, en la palestra fuerte,
theorica de Marte, negra espada
dividir entre dos fingida muerte,
y que sin conocerle aquel te agrada,
que por secreta inclinacion te mueva,
(si puede ser la inclinacion culpada)
o quando impelen por el ayre leve
opuestos en el juego de mas brio
con estrangero viento esphera breve;
que sin mas amistad que el alvedrio,
te inclina el uno dellos, no te assombre
si fue parte del cielo impulso mio:
pues luego que escuché su amado nombre,
propuse verle, que en materia ruda
la forma racional gobierna al hombre.
Ni hay alma de sí misma tan desnuda,
que deje de gozar su Monarchia,
por mas que viva en sus potencias muda.
Hai dixo, hermosa Anarda, qué porfia,
si es alma la verdad deste Epigrama,
¿de tanto Apolo Daphnes te desvia?
Pienso que envidias la divina rama,
porque a su frente tu laurel prometa,
y con su pluma dividir la fama,
que no pudieras tú, siendo discreta,
exercitar la ingratitud valiente
a tanto serenissimo Poeta.
Ni pudiera tan dulce y eloquente
quejarse el joven, y escucharle helado
frigido Scytha a su dolor presente:

por-

porque apenas le oyera desdeñado,
quando bajára de su cumbre altiva
en liquido cristal Alpe nevado.
¿Por qué respondes a su llanto esquiva,
y al prado apenas rigida señalas
del breve pie la planta fugitiva?
Pajarillo veloz el ayre escalas,
quando Augusta piedad remissa extiende
del Aguila Real las nobles alas.
No como humilde cazador te prende
con la liga mordaz, que en verde ramo
musica Philomena te pretende.
Dirás que está la muerte en el reclamo:
y he visto cierva yo dar en la flecha
(justo castigo) por huir del gamo.
Si ingenio, si hermosura no aprovecha,
ocioso el oro quedará corrido,
tú de diamantes y de perlas hecha.
De Malta el Valle, como tú florido,
es deste Mayoral, y el Lusitano
Tajo le espera de coral ceñido.
Tiene en el quarto cielo un sol hermano,
que adora el sol, quando del Indio viene,
y quando le sepulta el Oceano.
Mas quien todo se dió, ya no conviene
decir que es rico, si el amor responde,
que no tiene caudal quien no se tiene.
Hay una selva en Manzanares, donde
forma theatro un sitio deleytoso,
cuya alameda al sol la entrada esconde,
en quien con pompa y aparato hermoso
Bucolicas repiten los pastores

de

de algun Menalca, o Tityro famoso.
Y aqui le vi, porque escuchando amores
entretiene mejor la phantasia
quien vive de esperanzas y temores.
Con el divino Archipastor venía
sacro Phelipe, y inclito Fernando,
que firmeza de soles parecia.
¿No has visto, Thyrsi, los rosales, quando
una rosa se muestra medio abierta,
otra la verde carcel desatando,
y la mayor en tiempo, descubierta
la corona de nacar, que parece,
que en ella el Alva pura al sol despierta?
pues no menos hermosa, que enrogece
la purpura de Venus el Pangeo,
esta divina planta resplandece.
En viendo pues al Español Orpheo,
que ya los altos arboles anima,
espera el Estrymon, tiembla el Letheo,
y el Parnasso Castalido sublima,
dixe con mas valor, que entendimiento,
que todo es alma donde amor se estima:
Salve joven Austriaco, ornamento
y gloria de tu nombre soberano,
ya de la Parca y del olvido exento,
pues nuevo Cesar, con la propria mano
que vibrarás la espada fulminante,
terror del fiero Barbaro Africano:
assi la pluma dulce y elegante
tan docto regirás, que en gloria tuya
de su papel trasladará diamante.
No quando Apolo blandamente influya

con-

conceptos amorosos, Marte pierde
el genio heroico de la fuerza suya,
que alguna vez le vió la margen verde
del Cyprio mar, sin que del bronce el alma
de los brazos de Venus le recuerde.
Pues si le tuvo en amorosa calma
la hermosa hija de la blanca espuma,
dividan Marte y el amor la palma.
Ni es mucho que entre tanto amor presuma
poner en vez de venda la zelada
ceñida de laurel, monte de pluma.
No siempre por la esphera duplicada
corrija los caballos con la rienda
la estrella de oro en purpura bañada:
no siempre el generoso ardor pretenda,
que dentro de la margen polvorosa
reitere el curso por la misma senda:
ni siempre a fiera en selva, o en fragosa
montaña, quando olvida el Hipodromo,
tire con breve luz flecha fogosa,
o al retumbar de la respuesta, como
tiñe la hierba, mire huyendo el ciervo,
salpicada la piel de ardiente plomo.
Tal vez la pluma a la quietud reservo,
bien es llamar las Musas, quando el ocio
se cansa de atender vulgo protervo.
Assi le dixe, y desde alli negocio
volverme a nuestro monte, aunque los dias
igualaba en Abril el Equinocio.

THYRSI.

Silvio, con gran razon te detenias,
que no era bien que Apolo siempre humano
pe-

peregrinasse humildes gerarquias.
Tengamos este joven soberano
para defensa y honra de las Musas.

SILVIO.

¿Quién es aquel que yace allí?

THYRSI.

Montano.

SILVIO.

O viejo venturoso, que difusas
tus obras a pesar de envidias vanas
miras al polo contrapuesto infusas.

THYRSI.

Quando cantó las armas Castellanas
del Jerosolimita Alfonso nuestro,
rubias peynó las estudiosas canas,
la que al lado tambien miras siniestro,
que fuera de su patria el orbe aclama,
es la sonora lyra el arco diestro:
que como a mas rigor la edad le llama,
ya cysne de su fin, colgar previene
al templo del Honor y de la Fama.

SILVIO.

Dichoso quien murió quando la tiene.

Assi los dos pastores
del patrio Manzanares,
generoso Ramiro, discurrian,
en tanto que mayores
del Tormes y de Henares
a la inmortalidad sus versos fian.
Mas como ya caían
las sombras perezosas

de

de Guadarrama helado,
dejando el verde prado
se fueron por las selvas espaciosas:
y el sol pisando Occidentales rosas,
a ver tambien si alcanza
su natural mudanza,
por quanto el mar navega,
a donde el cetro de PHELIPE llega.

FREY LOPE FELIX DE VEGA CARPIO.

CANCION, QUE LA CONGREGACION DE LOS SACERDOTES NATURALES DE MADRID DEDICA AL SERENISSIMO SEÑOR DON FERNANDO DE AUSTRIA, INFANTE DE ESPAÑA, CARDENAL DE ROMA, SU PROTECTOR.

Piedra fundamental, arco divino,
en quien el architecto de los cielos
impuso la terrestre monarchia:
unica piedra del anillo Trino,
sol, que milita en orbes paralelos
al triumpho, en que jamás vió noche el dia:
clavero de quien fia
el Pontifice Christo su thesoro,
cuya llave dorada
esgrimes Cherubin en vez de espada
en la nueva ciudad de jaspes y oro,
que como esposa descendió del cielo:
vuelve los ojos a mi humilde zelo,
voz debil, corto ingenio, pluma inculta,

pues

pues en tu gloria accidental resulta.
Tú sacro, Serenissimo FERNANDO,
alto honor de la purpura de Roma,
de nuestra duracion feliz auspicio,
que como joven sol iluminando
la Aurora, que de tí principio toma,
exerces protector tàn regio oficio:
recibe en sacrificio,
si nacen de las almas los mayores,
esta, aunque humilde, ofrenda,
del esperado fruto imagen prenda,
como el altar las primitivas flores,
y escucha atento de tu luz infusas,
Sacerdotisas ya, las dulces Musas,
que en mayor ocasion para tu gloria
destinan versos a inmortal memoria.
La villa, que coronan tres PHELIPES,
sucessores del Aguila del Austro,
que baña en pura luz cielo sereno,
para que de sus hijos participes,
sagrada Roma, estrellas de su plaustro,
dos pastores te dió, que al siempre ameno
Tibre en su fertil seno
estampassen las fulgidas abarcas,
y a nosotros la gloria
de un Rey, que obtuvo la mayor victoria:
accion, que estremeció tantos Monarchas,
victoria, aunque passada, no creída:
a él gloria, al mundo fama, a España vida,
restituyendo al Africa el castigo,
desdicha, mas que culpa, de Rodrigo.
Madrid, ilustre madre en paz y en guerra,

fecunda oliva, fertiles produce
ramos de honor eternamente amena:
quales siguen las armas por la tierra,
donde el Numida barbaro conduce
su portatil ciudad de tiendas llena,
en cuya seca arena
yace feroz el Mauritano Atlante,
o al hielo intenso armados
de los rebeldes Belgas herizados:
quales las letras, que el dorado amante
corona de las hojas fugitivas,
al palio de Minerva sucessivas,
y en tanta multitud tan eminentes,
que le faltó laurel para sus frentes.
Destos al Sacerdocio dedicados
Christos de Dios, ungidos, gran linage
de Reyes, potestad tienen divina
para hacer, que a los azymos sagrados,
hostia incruenta a Dios, Dios de Dios baje,
cubriendo aquella candida cortina,
que a todo el cielo inclina,
alma, cuerpo, deydad y sangre santa,
sin poder dividirse:
inmensa dignidad, que preferirse
puede a los cielos, por grandeza tanta,
quanto es mayor bajalle, que tenelle,
y a su Padre santissimo ofrecelle;
pues pudiera sin él el cielo hallarse,
sino pudiera Dios bajar y estarse.
Estando pues lo mas ilustre y docto
considerando el infelice estado
de pobres Sacerdotes en la Corte:

tal

tal desvelado pretendiendo indocto;
tal en el pleyto sin favor, cansado
de verse en tanto mar perdido el norte;
tal de tan bajo porte,
que el oficio divino deshonora:
en una ñube de oro
en forma de Angel del celeste coro
la piedad retrató la blanca Aurora:
qual suele rosa, que el aljofar cria,
en los primeros atomos del dia
abrir el nacar del pimpollo frio
a los liquidos granos del rocio.

Una corta Dalmatica imitando
la hermosa confusion de las colores,
que pinta el sol al espirar el dia,
las historias divinas trasladando
sobre los quadros, que bordaban flores,
el Alba de jazmines descubria:
el sol se dividia
del cabello en dos polos, y bajaba
cada mitad lustrosa
en ondas de la nieve, de la hermosa
garganta, que en aljofares bañaba:
a cuya voz el Sacerdocio atento
enmudeció la vecindad del viento;
y despues su republica sonora
dos veces en un sol cantó al Aurora.

¿Podrá, dixo llorando, el grave Imperio
del Principe mas alto y poderoso
bajar del cielo a Dios? Será impossible.
¿Podrá llegar a tanto ministerio
el abrasado Cherubin fogoso,

que

que tiembla la deydad inaccessible?
¿Será jamás possible
al Angel de mas alta gerarquia
hacer que al Rey del cielo
candido cifre limitado velo?
¿Pues cómo la mayor soberania,
que a Dios desciende, quantas veces quiere,
desnudo vive, y miserable muere?
¿o se lamenta preso, y entre tanto
pierde el altar el sacrificio santo?
¿Es bien, si el mismo Dios una vez tuvo
para bajar del cielo al suelo escala,
previniendo mas Angeles, que passos,
y nunca al Sacerdote se detuvo,
pues el venir y la palabra iguala
al blanco Pan y a los dorados vasos,
que tan indignos casos
la fé sin obras en los hombres obre?
¡O grande, o inmenso abismo,
que al mismo Dios descienda de sí mismo
la prolacion de un Sacerdote pobre
en las palabras del postrero acento,
y que llegue, faltandole el sustento,
a que para passar su triste vida,
con dar a Dios en pan, por Dios le pida!
¿Qué falte sepultura venerable
a Christo muerto, y el honor debido
a las exequias, que ordenó su esposa?
Caso tan lastimoso y execrable,
o Sacerdotes, no le cubra olvido.
Instituid con alma generosa
Congregacion piadosa,

que

que al muerto entierre, y que socorra al vivo,
al perdido resista,
al preso libre, y al desnudo vista;
y con animo tierno y compassivo
esfuerze la virtud, destierre el ocio,
ilustrando el honor del Sacerdocio:
que aun el Christo de Dios, de Dios ungido,
assi es tratado, como está vestido.
El impio Sacerdote, que volviendo
los ojos a la sangre, que vertia,
con que la verde hierba purpuraba
misero caminante, que viniendo
a Jericó, desde la sacra Elia
herido de ladrones suspiraba,
mas timido passaba,
que si pintada tigre huviera visto;
y al caso lamentable
no menos el Levita enexorable.
¿Pues es justo que esté desnudo Christo,
y sangriento de espinas y de azotes
a los ojos de tantos sacerdotes?
que assi se ha de mirar quien llegar pudo
a tanta dignidad, si está desnudo,
No será ansi, que el inclito FERNANDO,
del Austriaco sol rayo Tercero,
imagen de PHELIPE y MARGARITA,
sus virtudes heroycas imitando,
su excelso nombre escribirá el primero.
Assi con letras de diamante escrita
en oro solicita
dejar de su piedad gloriosa fama,
por quien ya los pastores

del Tajo ofrecen a sus plantas flores,
y Archimandrita universal le aclama
el monte ilustre, cuyos pies sagrados
baña en cristal con atomos dorados,
a donde descendió la Virgen luna,
que fue del niño sol primera cuna.
Ya veo al ilustrissimo Zapata,
al general Inquisidor supremo,
al Cardenal de nuestra patria gloria,
que con su nombre esplendido dilata
al mas sublime del honor extremo
del vuestro al mundo la inmortal memoria,
sagrada a eterna historia:
y luego dignamente laureados
Maestros y Doctores,
dando la distincion de las colores
nombre a la facultad, lustre a los grados;
creciendo con igual correspondencia
la union de la virtud y de la ciencia,
que tiene sin virtud, que el oro esmalta,
ingenio de gentil a quien le falta.
Dixo, y parando del clavel sonoro,
quando juntó la grana de las hojas,
la dulce entre sus perlas melodia,
hurtó a la tierra los cothurnos de oro,
y por las nubes cardenas y rojas
miró las puertas donde nace el dia.
A la dulce harmonia
levantó la cabeza Manzanares
en la margen amena,
coronada de lirios y verbena:
mas ella, que las tunicas talares

al son compuso de las alas bellas,
los claros ayres esmaltó de estrellas,
sirviendo de instrumento un coro de aves,
dulces confusas, y sin arte graves.
Con esto dieron la primera forma
a la materia de tan grave intento,
y quedó por escrito instituida
Sacerdotal Congregacion, de forma
que sobre tan heroico fundamento
desde su infancia fue cobrando vida
y al Patron ofrecida,
cabeza de la Iglesia Militante,
con felices progressos,
que pronostican prosperos sucessos:
en su nave camina semejante
a la que desde lejos conducia
el Pan, que el cielo por su mano envia:
si bien en un instante baja al suelo
a palabras de Fé trigo del cielo.
Cargada pues de Sacerdotes corre,
de diamantes, zaphyros y espinelas,
bordados los manipulos y estolas.
El viento soberano la socorre
con blando soplo en las hinchadas velas
humillando los cercos de las olas.
No van las gabias solas,
que en la mayor la Tramontana estrella,
madre del sol divino,
el Reyno facilita cristalino,
porque juraron a la Reyna bella
de defender, que en ocasion ninguna
manchó lunar la siempre blanca luna,

que no pudo jamas, o Virgen santa,
dejar el aspid de temer tu planta.
En el baupres Lorenzo victorioso
del elemento mas voraz y activo
resiste al agua con su mismo fuego:
crece la tempestad del proceloso
mar de la emulacion, mas siempre vivo
el farol de la Fé vive en sossiego.
El labyrintho ciego
de las ondas deshacen blandamente
los Zephyros del aura,
que la piedad Sacerdotal restaura,
para que pueda con el corvo diente
morder el puerto de la margen santa,
quando mayores circulos levanta
el mar de aquella fiera siempre incierto,
por quien triunfó Joseph, si Abel fue muerto.
O tú divina Esther, a quien la mano
dió el Rey primero que cayesses, mira,
pues tu pura limpieza defendemos,
con dulces ojos, con semblante humano
nuestra Congregacion, y aliento inspira
en los que yá tu proteccion tenemos.
Y tú, por quien los remos
de la Romana barca Militante,
o Pescador divino,
abren seguro y prospero camino
por montes de cristal al navegante,
mira tus hijos, y pues preso fuiste,
imita al Angel, que en la carcel viste:
si bien a tu inocencia fue debido,
que tomasses apenas el vestido.

Y a mí, que no por meritos, por suerte
indigno me tocó, que no Mathias,
ser hoy los pies de Sacerdotes tantos,
infundeme valor, para que acierte,
desde aquellas ilustres Gerarquias,
que visten albas y purpureos mantos.
Los pensamientos santos
de tan piadosa caridad aumenta,
para que den exemplo
los Sacerdotes de tu santo templo,
sin que pueda la vista mas atenta
hallar en ellos mas que un santo zelo
de honrar su nombre, y caminar al cielo:
que no requiere, o es tenerle en vano,
divino oficio pensamiento humano.
Cancion, si por la causa merecieres
tocar del Serenissimo FERNANDO
la fimbria de la purpura sagrada,
no esperes mas laurel, ni verte esperes,
la majestad de tanto sol mirando,
en solio mas excelso colocada;
aunque viesses dorada
en la octava cortina de los cielos
tu siempre humilde lyra,
a donde su argentada imagen mira
de Leda el cysne entre zaphyros velos,
quanto es lugar mas claro y luz mas bella
el pie del sol, que la mayor estrella.

COMEDIA FAMOSA, DE LOPE DE VEGA CARPIO.

Hablan en ella las personas siguientes:

DON JUAN.
EL PRINCIPE DE PORTUGAL.
EL REY, *su padre.*
MENDO, *gracioso.*
SOL.
THEODORA, *Condesa.*
LEONOR.
RISELO.
DON SANCHO DE MENDOZA.
NUÑO, *caballero.*
TRISTAN, *caballero.*
LAIN, *criado.*
JUANA.
CONDESTABLE.
FERNANDO.
BARQUEROS.

JORNADA PRIMERA.

Salen de noche bizarros Nuño, Tristan, D. Juan de Castro, y el Principe de Portugal.

PRINC. Buen gusto y entendimiento,
que no se suelen juntar.

TRIS-

TRIST. De la gracia del hablar
suelen ser el fundamento.

NUÑO. Hablar mal y entender bien
implican contradiccion.

PRINC. Tan distintas cosas son,
que pocas veces se ven,
que el gusto no es entender,
sino gracia en el decir,
desenfado en discurrir,
y agudeza en responder,
que en conversaciones tales
el donayre y el primor
no suele ser el menor
de los dones naturales:
y assi es cosa mas segura
la discrecion y el buen ayre,
porque a veces el donayre
puede mas que la hermosura:
solo el llamarse Brianda
desta dama me cansó.

NUÑO. Por dicha el nombre tomó
del buen brio con que anda.

TRIST. Gran dicha es tener buen nombre.

PRINC. Y cómo, Tristan, si es buena:
porque hay nombre, que sin pena
no es possible que se nombre,
de cuyo efecto se saca,
que tiene el nombre valor.

NUÑO. Un Francés embajador,
que vino por Doña Urraca,
la Princesa Castellana,
por el nombre la dejó,

y a Doña Blanca llevó,
que era su segunda hermana.

TRIST. Nombres hay ocasionados
para decir mal, o bien,
y mas, o menos tambien
suelen ser autorizados
los titulos de señores.

PRINC. ¿Cómo no haveis reparado
en que no solo ha callado
a las gracias y primores,
Don Juan, de aquella muger,
pero ni aun se llega aqui?

NUÑO. El, señor, venir assi
cuidado debe de ser.

PRINC. A, D. Juan, D. Juan. D. JUAN. Señor.

TRIST. Parece que ha despertado
de algun sueño. PRINC. He sospechado
que son tristezas de amor,
toda la noche callando:
Don Juan, ¿qué es esto? ¿qué tienes?
¿de qué tan suspenso vienes?
¿qué vienes imaginando?
bien puedes hablar conmigo,
mal pagas, Don Juan, mi amor,
porque mas que tu señor,
soy tu verdadero amigo:
si esto conoces de mí,
habla en virtud de quien soy,
que la palabra te doy
de hacer lo mismo por tí
en remediar tu tristeza,
que si nacieras mi hermano.

D. JUAN. Beso mil veces la mano,
gran señor, a vuestra Alteza,
que aunque es verdad que estoy triste,
no es cosa para que os dé
cuidado el mio. PRINC. ¿Por qué?
pues el amistad consiste
en partir el bien, o el mal:
y si la verdad te digo,
mas me precio de tu amigo,
que de ser de Portugal
Principe. D. JUAN. Antes fue
cumplimiento cortesano
besaros, señor, la mano,
pero ahora os beso el pie:
las mercedes que conmigo
generosamente usais,
no igualan a que digais,
que os preciais de ser mi amigo,
que no hay diferencia alguna
de humildad a majestad,
quando puede la amistad
hacer de dos almas una:
dias ha que este cuidado
a silencio me obligó,
el respeto se engañó,
que amor no ha sido culpado:
perdonadme, y retirad
a Nuño y Tristan de aqui,
mas quejaránse de mí:
para mañana dejad
quando os vista, el escucharme.
PRINC. No dormiré, vive Dios,

sin

sin saberlo: ola, los dos
allá podreis esperarme,
que voy à ver una dama
con Don Juan. Nuño. Vamos, Tristan,
que el silencio de Don Juan
serán zelos de quien ama.
TRIST. ¿Pues sabes quién es? Nuño. No, y sí,
y no quiero aventurarme.
TRIST. Vamos. *Vanse.*
D. JUAN. Ya puede escucharme,
señor, vuestra Alteza. PRINC. Di.
D. JUAN. Serenissimo Don Juan,
sucessor de la Corona
de Portugal, que tan digno
de la Imperial tiene y goza
el heroyco Don Manuel
vuestro padre, a cuyas hojas
de verde laurel incline
su blanca frente la Aurora,
pues por su Rey y señor
el Indio Oriental le nombra:
vino, estando vos en Ceuta,
un Don Sancho de Mendoza,
caballero Castellano,
desde Toledo a Lisboa,
hombre estimado en Castilla
por sus hazañas heroicas,
de edad larga, nobles canas,
y venerable persona:
este quejoso del premio
del Rèy, o por otras cosas,
de que no tengo noticia:

pe-

pero por exemplos consta,
que los grandes Capitanes
tienen fortuna dudosa,
y pocas veces los Reyes
sus servicios galardonan.
Alexandro a Ephestïon
un leon por premio arroja,
y el triumphador Belisario
murió pidiendo limosna.
Recibióle vuestro padre
por la fama de sus obras
con gusto, pero no quiso,
entre tanto que se informa,
servirse dél en su casa,
y el Castellano se aloja,
como sintiendo el desprecio,
en una quinta, que ahora
fuera de Lisboa vive.
Esta es la parte, que toca
a Don Sancho: presumid,
que es prologo de mi historia,
y ahora escuchad la mia.
Tiene dos hijas hermosas
Don Sancho, con que la he dicho
en una palabra toda.
Llaman Leonor a la una,
y Doña Sol a la otra,
con quien me parece a mí,
que fuera el del cielo sombra.
Este Sol estaba un dia,
quando el otro se trasmonta,
bañandose los cabellos

del mar en las crespas ondas
fuera de la quinta, a donde
algunos alamos bordan
un dosel verde a una fuente,
que de aquel campo señora,
tambien le pone a los pies
no menos florida alfombra,
en cuyas franjas de lirios
el agua ensartaba aljofar.
Mirabase en el cristal,
y trocandose las formas,
el agua le daba perlas,
porqué ella le diesse rosas.
Llevado de mi fortuna,
llegué a ocasion tan dichosa,
siguiendo un azor, y hallé
la garza de mayor pompa,
que han respetado los ayres,
ni quantas aves le azotan;
aunque entre aquella, que mira
del sol la dorada antorcha,
miréla al descuido, y ella
alzó el rostro cuidadosa,
y dixela en Portugues:
¿Qué faceis, menina, sola?
Respondióme por donayre:
Si eu vos teño de dar conta,
soedades de miña terra
me facen morrer a solas.
Desta ocasion y principio,
que amor presto se ocasiona,
que siempre son accidentes

de

de su materia la forma,
quedé perdido, y sentí
como della me despoja,
que en hombros de mi deseo
mudó casa mi memoria:
allá fue el entendimiento:
de libertad se despoja
la voluntad: Los sentidos,
que tarde amando se cobran,
quejas, le dixe en su lengua,
de vuestra hermosura forman,
pues hablando en Portugues,
en Castellano enamoran.
Até mi caballo a un olmo,
y viendo, que de una joya
tenia un bucaro atado
cinta color de congojas,
agua le pedí, y risueña
le desató, y presurosa,
como el unicornio suele,
porque no huviesse ponzoña,
metió el marfil de la mano
con el bucaro en la undosa
fuente, que en circulos crespos
apartaba bulliciosa,
como afrentada, el cristal,
yo dixe: En agua tan poca,
como esse bucaro cabe,
que apenas es quarto de onza,
mal se aplacará mi fuego:
sed, como hermosa, piadosa:
dadme a beber en cristal,

aunque con indigna boca
a vuestra mano me atreva;
Ella entonces agua toma
de la fuente con la mano,
y los jazmines sonroja
del rostro. Yo entonces necio
voy al agua con sed loca,
y como las hay de fuego,
fui del agua mariposa;
y al llegar junto a la mano,
mar, donde el alma se engolfa,
a buscar perlas, de quien
era su mano la concha,
con ayre mezclado en risa
el agua al rostro me arroja:
Bebed, diciendo, y guardad
para otra vez la que sobra.
Comparacion ordinaria
es la fragua, donde forjan
el hierro, mas para mí
es notablemente propria.
Ardió el fuego con el agua,
y ella menos vergonzosa
me arroja un lienzo, diciendo,
despues que todo me moja:
Si estais lavado, enjugaos.
Respondí: Lienzo no importa,
si puedo enjugarme al sol;
y al aguardar que responda
llegó con voz alterada
una despejada moza,
diciendo, que la llamaba

su

su padre: mi Sol se enoja,
y se despide cortes:
yo asiendo a la labradora;
que ya Don Sancho no trata
de familia mas honrosa,
la pregunto, y me responde
tan bachillera, tan pronta,
que de quanto saber quise
liberalmente me informa.
Cansaros con referir
diligencias amorosas,
como las permite un campo,
era numerar las ondas
al mar, a los olmos ramas,
que su ameno sitio entoldan.
No le fuera a mi flaqueza
empresa dificultosa,
pues casandome con Sol,
ganára nobleza y honra,
que es Mendoza por su padre,
y por su madre Cardona.
Pero quiere mi desdicha,
que antes que entrasse en Lisboa
Don Sancho, el Rey por honrarme,
que bien sé que le provoca,
el amor que me teneis,
a la Condesa Theodora
de Portugal me promete;
yo la accepto por esposa,
y doy la palabra al Rey:
vos, por hacerme mas honra
por mí le besais la mano:

ella

ella, en tratando las bodas,
me favorece y empeña
en regalos y *lisonjas:*
este azar la *pretension*
de mi bella Sol *estorva,*
pues no puede *ser possible,*
que al Rey la *palabra rompa.*
En este estado me *tiene*
fortuna tan rigurosa,
que ha de matarme este Sol,
sino es que loco me torna:
que amado, que aborrecido,
si se ablanda, si se enoja,
si me huye, si me espera,
si me olvida, si me nombra,
sufriendo, amando, esperando
ira, amor, muerte, victoria,
a sus rayos, a su nieve
blanda cera, firme roca
tengo de ser deste Sol,
en bien, en mal, pena, o gloria
su ecliptica por el cielo,
y por la tierra su sombra.

PRINC. Pesame por Dios, Don Juan,
de verte en tal confusion.

D. JUAN. Estas mis tristezas son,
y estas mi muerte serán.

PRINC. Un remédio solo siento,
si alguno lo puede ser.

D. JUAN. ¿Qué remedio puede haver?

PRINC. Dilatar el casamiento,
y entretener los criados

del Sol, que te abrasa el pecho,
que pocas veces se han hecho
casamientos dilatados.

D. JUAN. De haverle dado me pesa
la palabra al Rey. PRINC. No importa:
tú en tanto, Don Juan, reporta
el servir a la Condesa,
mostrandola poco amor;
que podré poco, o será
Sol tu muger. D. JUAN. No querrá
dar licencia el Rey, señor.

PRINC. Ya el Alba empieza a reir
de ver a los dos hablar;
pero venme a desnudar,
que mejor fuera a vestir,
que tiempo queda despues.

D. JUAN. ¡O bello Sol Castelleno,
tente, no abrases en vano
un corazon Portugues! *Vanse.*

Salen Don Sancho y Mendo, labrador.

D. SAN. En tí pensé yo, Mendo, que tenia
un Hercules famoso, que guardára
mi casa con lealtad y valentia.

MEND. Quando yo huera Miercoles, no hallára
cosa alahe, que de importancia fuera,
que es la señora Sol mas que el sol crara:
Leonor es una verde primavera
de virtudes y gracias. D. SANC. Yo lo creo,
sus gracias oygo, y sus virtudes veo,
que son mis hijas, Mendo... pero estamos
en

en tierra agena. Men. No hay que te desveles.
D.San. Destos olmos, que ves, destos laureles
hombres pienso que son los verdes ramos.
Mend. Pues si Sol y Leonor son dos ángeles,
perdona, que son necios tus enojos.
D.San. Yo he visto un cazador con estos ojos
passear este campo muchas veces.
Mend. Estaba por decir, que son vejeces:
¿es tuya aquesta tierra?
¿has vedado este coto?
¿los conejos y hurracas deste soto,
los cuervos y torcaces
son tuyos por ventura?
D.San. ¿Prevenir es cordura
lo que puede temerse? Men. Muy bien haces,
que siempre dió cuidado la hermosura.
D.San. Tú, que por tu llaneza
y poco entendimiento
das ocasion a no guardarse, mira
si es causa desta caza la belleza
de Sol y de Leonor, y siempre atento
las guarda, y del peligro las retira.
Mend. A mí me mandas, que doncellas guarde,
pobre, villano, rudo:
¿quién en el mundo pudo,
por mas que huesse honrado, sabio y fuerte?
la muger mas cobarde,
en llegando a querer, y mas doncella,
su honor y el de sus padres atropella,
ni repara en la fama, ni en la muerte.
Mandame tú guardar serpientes fieras,
crocodilos, dragones,

ossos,

ossos, tigres, lagartos y leones,
grifos, escoloprendos y pantheras,
culebras, lagartijas,
y no guardar doncellas.
Verdad es, que tus hijas
son cuerdas, como bellas,
pero hay hombres demonios tan sotiles,
dando y enamorando,
y mas si topan las defensas viles,
que son, señor, criadas codiciosas,
que no hay honra segura.
D.SANC. Estoy pensando
que sabes algo tú. MEN. Si lo sopiera,
como esto digo aqui, te lo dixera,
que el no querer guardar a gente moza,
quando la nueva sangre les retoza,
es miedo de que algun amante loco
me pegue un sopeton. D.SA. Traher contigo
un arcabuz, como que estás cazando.
MEND. Harélo ansi, mas todo importa poco:
ellas vienen. D.SA. Silencio, Mendo amigo,
no sepan lo que estabamos hablando:
haz lo que digo, porque te defiendas.
MEND. Gentil habar o viña me encomiendas.

Sale Sol y Leonor.

SOL. ¿Quando querrá cansarse la fortuna,
padre y señor, de tantas sinrazones?
LEON. El no vivir con esperanza alguna
en todas las humanas pretensiones,
hace menor el daño.

D. SAN. A Portugal me truxo un necio engaño
de hallar amparo y a mi mal consuelo.
LEON. No sabe la desdicha mudar cielo.
D. SAN. El Rey teme ofender al Castellano
en darme su favor, si está ofendido.
SOL. Sin el divino no hay favor humano.
D. SAN. Servirse no ha querido
en paz de mi consejo y experiencia,
ni en guerra de mi espada:
antes de su presencia
parece que me aparta, quando honrada
debia ser la mia:
mal haya el hombre, que del hombre fia:
dejé la corte, y vine cuerdamente
a este campo a vivir, que mal pudiera
en Lisboa con honra sustentarme:
sirveme, como veis, rustica gente,
y aun no sé si podré desta manera,
hijas, en tierra agena conservarme:
quanto puede el honor aconsejarme,
es que mudemos todos de vestido,
por ver si desconoce la fortuna
a los que tanto tiempo ha perseguido.
LEON. Ya la presumo menos importuna,
si por otros nos tiene.
D. SAN. Hai hijas, quando viene
tan ayrada, sospecho,
que no ha de haver engaño de provecho:
mejor huviera sido
salir de España; pero ya que el cielo,
para mayor rigor nos ha trahido
a tanto descosuelo,

mos-

mostremos obediencia,
que rompe los trabajos la paciencia:
como el cautivo de la patria ausente,
que en triste soledad desdichas llora,
havemos de vivir, mientras que el cielo
nos quita la esperanza y el consuelo
de volver a la patria deseada:
un baculo será de hoy mas mi espada,
y un gaban mi vestido,
la caza mi exercicio; y assi os pido,
pues al exemplo os muestro,
que imiteis la desdicha con el vuestro. *Vase.*

SOL. No ha sido sin ocasion,
Leonor, este advertimiento.

LEON. Los zelos del pensamiento
previenen la execucion:
que como aquel caballero
ha dado en venir aqui,
o te culpa a tí, o a mí.

SOL. Algun desacierto espero
deste venir tan aprisa,
desde que me vió en el prado.

LEON. Ya con esso tu cuidado
de que le tienes me avisa.

SOL. Bien conozco, que Don Juan
merece amor por quien es,
y mirandole despues
tan gentil-hombre y galan,
tan cortés, tan entendido,
como en la fuente le ví:
¿pero qué ha de ser de mí,
si está mi padre advertido?

pues aguardar a que él pueda
casarnos, ¿cómo ha de ser?

Leon. Desdichada es la muger,
que tan bien nacida queda
en manos de la fortuna.

Sol. Muchas suele amor casar.

Leon. Y aun es milagro acertar
de muchas veces alguna.

Sol. Y esto de dejar las galas
¿cómo se ha de obedecer?
que en la muger suelen ser
lo que en las aves las alas:
la hermosura mas lucida
sin las galas se acobarda,
que no puede andar gallarda
una muger mal vestida:
mas pienso que está engañado,
porque el disfraz de la aldea
dará ocasion a que sea
mas advertido y mirado.

Leon. Tienes, Sol, mucha razon:
mas despierta y enamora,
porque dama y labradora
es extremada invencion.

Sol. Su proprio nombre le llamas,
que apenas nos ha de ver,
quando nos vuelva a poner
como primero de damas:
¿no has visto, que aunque es justicia,
y de las penas se vale,
si una prematica sale,
sale tambien la malicia?

pues

pues lo mismo en las mugeres,
porque es darles ocasion
a que con nueva invencion
tengan menos pareceres.

Sale Juana, labradora.

JUANA. Yo lo diré dessa suerte,
puesto que pena les dé.
SOL. ¿Qué es esso, Juana? JUANA. Ala he,
que no sé como lo acierte:
vienen a ver a señor
el Principe, Don Manuel,
y otro fidalgo con él,
que anda aqui con un azor
haciendo enredos por veros
volar al viento suave,
que como el amor es ave,
tiene pajaros terceros.
En un caballo venia
el Principe tan hermoso,
que de alentado y brioso
su propria espuma bebia;
y el cazador, si te acuerdas,
en un nevado jazmin,
barriendo el suelo la clin
con una escoba de cerdas:
pero apenas preguntando
se apean en el zaguan,
y entrando a las quadras, van
vuestros retratos mirando;
quando con desassossiego

me llamó y dixo señor:
Diles a Sol y a Leonor,
Juana, que se escondan luego,
y di, que en el campo están,
si te preguntáren algo.

SOL. El Principe y el fidalgo,
Juana, a pesar nos verán
de los zelos de señor:
ven, Leonor. LEON. ¿Cómo ha de ser,
si nos mandan esconder?

SOL. Preguntaselo al amor,
que él te dirá si es possible,
porque en nuestra condicion,
en haviendo privacion,
no hay desatino impossible. *Vanse.*

JUANA. ¡O cómo me da contento
de mis amas el cuidado,
que cierto paje me ha dado
un pellizco al pensamiento!
Despues que el dicho Don Juan
anda en estas arboledas,
ni las armas están quedas,
ni los arroyos lo van.
Este guardarnos señor
desta gente palaciega
tal vez obliga, y aun ciega
para algun notable error.
Como fruta suelen ser
las mugeres encerradas,
que de puro estar guardadas,
nos venimos a perder.
Bueno es guardarnos, mirando

por

por el honor, mas yo sé,
que no es malo, que nos dé
el ayre de quando en quando.

Sale Mendo.

MEND. Huelgome de hallarte aqui.
JUANA. Y yo me huelgo de verte.
MEND. ¿Quánto va, Juana, que trahes
solevantado el calletre?
JUANA. Malicias nunca te faltan.
MEND. Esta cortesana gente
es propria para el humor
de señor, porque él pretende,
que a Sol no la mire el sol,
y que Leonor estuviesse
guardada con diez leones,
y ellos ala he no vienen por él.
JUANA. ¿Pues por quién? MEND. Por ellas:
y si prosigue el Principe
esto de venir a caza,
yo te digo, que ellos vuelen,
que son halcones reales,
las dos mozas facilmente,
y que no te falte a tí
cernicalo, que te pesque
entre tanto escuderete.
JUANA. ¿A mí? MEND. Luego tú no eres
hija de Adan y de Esgueva,
como las otras, ni tienes
ya tu poquito de amor.
JUANA. ¿Yo? MEND. Juana, no lo niegues,

que

que se te vé en los quillotros
de los ojos craramente.

JUANA. ¿De qué lo sabes? MEND. Permite,
que a verlos, Juana, me acerque:

Llegase.

cada uno tiene un hombre.

JUANA. ¿No vés, que son transparentes,
y a tí mismo te retratan?

MEND. ¿A mí? JUANA. Pues a quién.

MEND. No pienses
engañarme, que yo sé,
que a algun cortesano quieres,
que en teniendo amor las amas,
no hay cosa que mas se pegue;
es fuerza que las criadas
hacer lo que ven intenten.
En un convento en mi tierra
cantaban, como otras veces,
los Maytines en el coro,
y estaban, que ansi los leen,
unos tras otros diez Frayles:
durmióse el primero, y este
dió con el cuerpo al segundo;
y como estaban enfrente,
de frayle en frayle cayeron
todos diez, como acontece
quando juegan a los bolos:
ya sospecho que me entiendes:
quiere Sol, y da en Leonor,
cae Leonor de repente,
de una en otra dan en tí,
¿no quieres que te derruequen?

JUA-

mas dime, pues de allá vienes,
¿cómo ha tomado nuesso amo
la venida desta gente?

MEND. ¿Qué me preguntas, si sabes
lo que siente, y lo que teme?
Tener hijas, o sean feas,
o hermosas, es triste suerte;
feas, no las quiere nadie,
hermosas, todos las quieren,
guardarlas es impossible,
que son hombres y mugeres,
ellas queso, ellos ratones,
unas callan, y otros muerden.

JUANA. Tambien los suelen coger.

MEND. Yo veo que muchas veces
queda el queso ratonado,
y ellos huyen, y se meten
en sus agujeros libres.

JUANA. ¿Qué hace señor? MEND. Entretiene
al Principe. JUANA. ¿Y Don Juan?

MEND. Anda mirando si puede
hallar a Sol. JUANA. Tendrá frio.

MEND. Temo al viejo, que es valiente,
honrado y sabio. JUANA. Essos son
los que engañan las mugeres
con mayor facilidad.

MEND. Ya sé yo que quando quieren,
no hay valentia que valga,
ni discrecion que aproveche.

Sale Don Juan y Sol.

D. JUAN. Ventura hallaros ha sido,

que aunque vuestra luz buscaba,
como en una selva andaba
en vuestra casa perdido:
no de otra suerte escondido
tiene por mayor decoro
naturaleza el thesoro
puesto en tan desierta parte,
porque no la venza el arte
por la codicia del oro.
Assi suele el peregrino
en noche obscura esperar
la luz que le ha de enseñar,
mejor que el norte el camino:
y assi sale el sol divino
esparciendo sus cabellos,
aunque a mí, sin merecellos,
por mas claros arreboles
me amanecieron tres soles,
vos y vuestros ojos bellos.
Como despierta el pastor,
quando le llama el Aurora
con la dulce voz sonora
del musico ruyseñor,
que al canto y al resplandor
mira, aunque alegre, turbado
cielo azul y verde prado,
en esta ocasion he sido,
pues me haveis favorecido,
quanto me haveis deslumbrado.

SOL. Mi padre tales desvelos,
señor Don Juan, ocasiona
(solo el ver una persona,

aun-

aunque inutiles rezelos)
que escondidas por sus zelos
yo y Leonor mi hermana estamos:
pero lo que no pensamos,
los zelos nos solicitan,
porque aquello que nos quitan,
es lo que mas deseamos.
Siempre resulta engañado
el cuidado de guardar,
porque nos fuerza a pensar
en la causa del cuidado;
y como a lo imaginado
poco los deseos tardan,
mas me animan, que acobardan,
porque como en vos pensé,
viendoos passar, os llamé
para ver de quien me guardan.

D. JUAN. ¿No me visteis en la fuente
a vuestra hermosura atento?

SOL. Es ahora pensamiento,
y entonces era accidente.

D. JUAN. ¿Qué os parezco finalmente,
ya que para verme os den
luz vuestros soles tambien?

SOL. Un hombre, que me han mandado,
que no os vea, que ha bastado
para parecerme bien.

D. JUAN. Besoos mil veces las manos.

SOL. No lo digo, porque os quiero,
que hay mucho que ver primero.

D. JUAN. Nació mi esperanza en vano,
sol de hibierno y de verano

os considera mi ciego
amor, quando a veros llego,
y todo para matarme,
de verano en abrasarme,
de hibierno en ponerse luego.

MEND. ¿Qué atenta estás sin cansarte,
Juana, de ver y escuchar?

JUANA. Querria aprender a hablar.

MEND. Esso debe de faltarte.

JUANA. ¿Piensas que es esto escucharte,
y el ver, que quando me miras,
como borrico sospiras?

MEND. Juana, en estas soledades,
habla amor con las verdades,
como allá con las mentiras.

JUANA. Eres tú muy entendido
para verdades de amor.

MEND. Un escodero es mejor
todo de lana embotido.

JUANA. Mira qué hermoso y polido
está Don Júan. MEND. Es Don Juan
para Sol proprio y galan;
pero es razon que te allanes,
que todos somos Don Juanes
por linea recta de Adan.

D. JUAN. ¿Qué os hace dificultad,
que para quererme importe?

SOL. El no saber si en la Corte
teneis otra voluntad.

D. JUAN. De la fuente os acordad,
donde con agua de olvido
ansi bañais mi sentido,

que

que se me huviera olvidado,
si ha sido lo que ha passado,
o passado lo que ha sido.
Ningun hombre tan exento
vivió, como yo viví,
que aun para quererme a mí
no he tenido pensamiento;
ahora mi entendimiento
no sabe por donde huya,
que a su ser le restituya,
pues piensa sin libertad,
que si tiene voluntad,
no debe de ser la tuya.
De verme están mis sentidos,
y no sin causa, admirados,
porque se ven ocupados,
donde se han de ver perdidos:
el alma que reducidos
los tenia hasta que os ví,
a ser lo que de antes fui,
tales teneis a los dos,
que despues que vive en vos,
no sabe si vive en mí.

SOL. Como es el alma invisible,
hase de creer por fe
el dar lo que no se ve.

D. JUAN. Aunque es el verla impossible,
en los ojos es visible,
quando en su amorosa calma
toda el alma se desalma.

SOL. Qué calma tan mentirosa,
porque miran una cosa,

y tienes otra en el alma.

D. JUAN. Lo discreto os ha engañado,
porque quien os mira a vos,
quisiera entonces, que Dios
mil almas le huviera dado.

SOL. A quantas havreis amado,
havreis dicho essa terneza.

D. JUAN. Hasta ver vuestra belleza,
ni amé, ni amaré despues.

SOL. Anda, que sois Portugués,
y amais por naturaleza.

D. JUAN. Huelgome que assi me honreis,
que quien Portugués no fuera,
ni os amára, ni entendiera
lo mucho que mereceis;
mas porque no os alabeis,
que Castellana seais
me pesa. SOL. ¿En qué lo fundais?

D. JUAN. En que no sabeis querer,
ni pagar, ni agradecer;
porque mas fingis, que amais.

Sale Leonor.

LEON. Sol, señor viene a buscarte,
no sé qué remedio tenga,
que quiere el Principe verte.

Sale el Principe y Don Sancho.

D. SAN. Aqui están Sol y Leonor,
mis hijas. PRINC. Tendreis con ellas

con-

consuelo en vuestras desdichas,
y descanso en vuestras penas.

D.San. Y vos, señor, dos esclavas.

Sol. Denos los pies vuestra Alteza.

Princ. Quien tiene tanto de cielo,
¿por qué se humilla a la tierra?
¡qué gallardas dos hermanas!
mucho, que vivan, me pesa,
Don Sancho, esta soledad;
mejor su ilustre belleza
era para honrar la Corte.

Sol. Al destierro de la nuestra,
señor, pensó nuestro padre,
que el vuestro remedio fuera,
pero como la fortuna
nos viene siguiendo adversa,
en Portugal es la misma.

Princ. Temerá el Rey que se ofenda
el de Castilla, mas yo
haré de suerte, que tenga
Don Sancho lo que merece:
¿Sois vos Sol? pero qué necia
pregunta, que solamente
un ciego pudiera hacella,
que dudar si el sol es Sol,
o fuera ignorancia extrema,
o querer, como las aves,
aguardar a que amanezca.

Sol. Yo soy Sol. Princ. Nadie en el mundo
mejor decirlo pudiera.

Leon. Y yo, gran señor, Leonor.

Princ. Bien podeis, siendo tan bellas,

ser

ser la una de la otra,
sin verse la diferencia,
espejos, quando os toqueis.

SOL. Honrais dos esclavas vuestras.

MEND. Juana, llega tú tambien,
conozca su Reverencia
a Juana, y tambien a Mendo.

JUANA. Señor, este es una bestia,
que no sabe, que os llamais
Majestad. MEND. Ya se me acuerda,
deme los piés vuessa Eme.

JUANA. Necio, ¿no ves que essa letra
quiere decir Majestad,
que es cifra con que se abrevia,
si lo has visto en algun libro?

MEND. Señor, esta es bachillera,
que yo soy un mentecato:
verá el diablo quien sopiera,
que la Eme es Magestad,
por abreviar su grandeza.

PRINC. Don Juan. D. JUAN. Señor.

PRINC. Bellas damas.

D. JUAN. Señor, vuestra Alteza advierta,
que es tarde para volverse.

PRINC. Don Sancho.

D. SAN. Señor. PRINC. Quisiera
valer mucho con mi padre,
que aunque os parezca estrañeza,
por ser hijo, lo que digo,
sabed que no hay hoy quien pueda
mas con el Rey, que Don Juan:
conocedle, que si llega

a hablarle por vos, no havrá
cosa que impossible sea
para el amor que le tiene.

D.SAN. Señor, quando se me ofrezca
alguna cosa, vos sois
a quien es justo que deba
pedir favor, y con esto
dad a mis hijas licencia.

PRINC. Dios os las guarde, y creed
que haviendo quien las merezca,
de que ya llevo cuidado,
no será poca nobleza
casallas en Portugal. *Vanse los dos.*

D.SAN. No está de suerte mi hacienda,
que pueda tratarlo ahora.

PRINC. No hay en el mundo riqueza
como hermosura y virtud. *Vanse.*

MEND. Juana. JUANA. ¿Qué quieres?

MEND. Que adviertas
el recato de señor,
y el poco de las donzellas:
trocaban ojos Don Juan
y Sol, qué cosa tan ciega
en este diablo de amor.

JUANA. Buena noche nos espera
si señor nos ha entendido.

MEND. Toda la culpa está en ellas.

JUANA. Son castañas en el fuego,
que si las ponen enteras,
luego saltan a los ojos.

MEND. Pues para que se estén quedas,
ya tú sabes el remedio.

JUANA. Hizo la naturaleza
para conservar el mundo
este amor. MEND. Y fue discreta
la naturaleza, Juana,
en hacer essa conserva
de las hembras y los machos.
JUANA. Fue justa correspondencia.
MEND. Pues quiereme a mí.
JUANA. Si haré. MEND. Dame un favor.
JUANA. Toma. MEND. Espera,
pero no me lleva nada,
antes pienso que me deja.

JORNADA SEGUNDA.

Salen el Rey de Portugal y la Condesa Theodora.

REY. Quando a Don Juan te propuse,
Condesa, para tu esposo,
y de tu bien cuidadoso,
preciso termino puse
para que tuviera efecto,
te ví con tanta alegria
quanto un hombre merecia
tan galan, noble y discreto,
y a quien yo por su valor
despues del Principe estimo,
THEOD. No sin causa me lastimo
de mi fortuna, señor.
Luego que fuisteis servido
de tratar el casamiento,
tuve aquel justo contento,

que

que aqui me haveis referido,
por las partes de Don Juan,
su entendimiento y valor,
y él me mostró tanto amor,
que procediendo galan
con papeles, con passeos
todas las noches y el dia
mostraba lo que sentia
las ansias de sus deseos:
pero todo este furor
tan de improviso ha parado,
que aun lo cortés no ha quedado,
ya que ha faltado el amor,
como nube que transforma
en noche el sereno dia,
y el sol que resplandecia
convierte en escura forma.
Si me escribe, son razones
tan llenas de cumplimientos,
que deben sus pensamientos
convenir entre renglones.
Si me mira es a traicion,
lo desatento es mentira,
que desprecia lo que mira,
quien mira sin atencion.
Si le hablo en que se intente
la boda, que se dilata,
con mil rodeos me trata
de materia diferente.
No de otra suerte el que debe,
quando al que debe encontró,
o finge que no le vió,

o aprisa los passos mueve.
Como sucede a Don Juan
en iguales ocasiones,
bien diferentes acciones
de marido y de galan.
Assi vivo disgustada,
y en su desprecio he creido,
o que él está arrepentido,
o que yo soy desdichada.
Conmigo está disculpado,
pues que pudiendo eximirse,
no deja el arrepentirse
para despues de casado.

REY. No pudiendo yo haver hecho
a Don Juan mayor favor,
que emplearle en tu valor,
no he quedado satisfecho
del desprecio; porque yo
vengo a ser mas despreciado,
por la parte que le he dado
lo mismo que despreció.
Di verdad, ¿quién te ha servido,
o te sirve? que rezelo,
que son zelos tanto hielo,
y en tanto amor tanto olvido.

THEOD. Puedo a vuestra Magestad
jurar por su misma vida,
que ni fui, ni soy servida,
ni he tenido voluntad
fuera de Don Juan a hombre
nacido. REY. Muevesme a ira.
El viene, alli te retira. *Retirase.*

Sa-

Sale Don Juan y Lain, criado.

D. JUAN. Aborrezco hasta su nombre,
LAIN. No lo merece, señor,
ni su amor, ni su hermosura.
D. JUAN. Si me estorva mi ventura,
¿qué hermosura, ni qué amor?
REY. Don Juan. LAIN. El Rey.
REY. Aqui estaba
tratando con la Condesa
de lo que a los dos nos pesa
ver que por vos no se acaba
de concluir con efecto
el casamiento tratado:
que haviendolo yo mandado,
no ha sido intento discreto:
no os pregunto en su presencia
la causa, porque no hay ley,
que a la voluntad de un Rey
escuse la inobediencia.
¿Por qué procedeis tan mal,
siendo el que mas interessa,
pues no hay como la Condesa
casamiento en Portugal?
La palabra os obligó,
casaros teneis mañana,
porque sois vos el que gana,
y soy quien lo mando yo. *Vase.*
D. JUAN. ¡Hai tal desdicha, hai rigor
tan grande! O Sol, ¿qué he de hacer?
de qué sirvió merecer

mi

mi esperanza tu favor,
si apenas el resplandor
de tu hermosura amanece,
quando a mi vida anochece.

Sale la Condesa.

Theod. ¡Qué suspenso se quedó!
¿qué quiero? ¿qué intento yo
de un hombre que me aborrece?
¿es possible que he llegado,
cielo, a merecer tan poco?
Pero mi amor es tan loco,
que pienso que me ha engañado:
pero quando despreciado
de quien no me ha merecido,
quede mi amor mas corrido,
y con mas pena y pesar,
vendrá despues a quedar
de darse por entendido.
No puede haver mas estraño
linage de loco amor,
que presumir que es mejor,
que el desengaño, el engaño:
si el desengaño es mi daño,
mejor es entretenerse
con el engaño, hasta verse
donde el bien puede gozarse;
que solo el desengañarse
es bueno para perderse.
Si acaso, señor Don Juan,
puede a disgusto obligaros

el

el ver que para casaros
tan breve termino os dan:
a tiempo estais, que podrán
deshacerse sin rigor
los conciertos, que el valor,
quando se pierden las dichas,
no sufre que las desdichas
se atrevan al proprio honor;
si es dejarme de escribirme,
y muchas veces de ver
anticipar lo muger
a lo que está por venir,
bien os podeis encubrir,
aunque ya estais entendido,
no os quiero, aunque os he querido,
que quien se casa forzado,
antes de haverse casado
previene lo arrepentido.
Los Reyes, que a Dios imitan,
en que de nada hacen algo,
aunque sois noble Fidalgo,
lo que merezco me quitan:
por quereros solicitan,
que a ser mi dueño llegueis,
pero vos que conoceis
la diferencia en los dos,
desde la Excelencia al vos
no amais lo que no podeis. *Vase.*

D. JUAN. ¡Qué confusion tan cruel!
¡qué labyrintho! ¡qué aprieto!
¡O qué bien dixo un discreto:
Pequeño mal es aquel,

que

que el seso puede con él!
pues si ahora no le pierdo,
ni dél ni de mí me acuerdo:
mas quanto padezco es poco,
que nunca de un amor loco
resulta efecto mas cuerdo.
La Condesa con razon
infama mi proceder:
no sé cómo pueda ser
el darla satisfaccion:
hoy vendrá a ser privacion
lo que en el Rey fue privanza;
ya murió la confianza,
o Sol, de que fueras mia,
que es inutil la porfia,
donde falta la esperanza.
Casarme es fuerza, y querer
a la Condesa, que aqui
me trató tan mal por tí,
tanto debo al Rey temer;
porque no le obedecer
será ocasion de mi muerte,
pues si tengo de perderte,
haz cuenta, Sol, que te vas
al Ocaso, en que jamas
vuelvan mis ojos a verte. *Vase.*

Sale Don Sancho con gavan y baculo, y Juana.

D.San. De las tristezas de Sol
estoy con notable pena.

Juana. No te espantes que ande triste;

vi-

viviendo una pobre aldea,
la que enseñada a las cortes
era sol de la belleza.

D. SAN. No, Juana, algun pensamiento
la causa tanta tristeza.

JUANA. Estraña es tu condicion:
los arboles y las peñas
deben de servirla aqui.

D. SAN. No presumo yo que sea
de su virtud y valor,
menos que tristeza honesta:
¿Mendo?

Sale Mendo.

MEND. Señor. D. SAN. ¿Está a punto
el rocin de campo? MEND. Queda
boca abajo como siempre,
y esperandote a la puerta
dos criados y seis galgos.

D. SAN. Haced, en tanto que vuelva,
algun regozijo a Sol:
cantad a la Portuguesa
de lo que haveis aprendido,
de suerte que se entretenga:
haced con los instrumentos
ruído, porque suspenda
la nueva melancolia,
que estos dias la atormenta. *Vase.*

JUANA. Hacerla quiere ruído
como a gusano de seda,
que las penas y las nubes

con tempestades atruenan:
Mend. Hai, Juana, que estos rezelos
de señor no me contentan:
mucho se atreve Don Juan.
Juana. No te espantes que se atreva,
dandole Sol la ocasion.
Mend. Para ser Sol tan discreta,
mucho se fia de un hombre
tan Mendoza, que si fuera
Don Juan el Principe, creo....
Juana. No lo digas, ni lo creas.

Salen Sol y Leonor de labradoras bizarras.

Sol. ¿Fuése ya señor? Juana. Ya es ido,
y sintiendo tu tristeza,
nos manda, que te alegremos.
Sol. ¿Cómo? Juana. Haciendote una fiesta,
que te divierta. Ea, Mendo,
llama a essa gente. Sol. Si viera,
como los ojos del alma,
que un loco amor atormenta,
no tratára de alegrarme:
ahora, Leonor, me cuenta
lo que Nuño te decia.
Leon. Lisonjas de quien desea
engañar a una muger.
Sol. Tendrá por facil la empresa,
porque tienen en lo facil
mala fama las doncellas,
pues en oyendo marido,
padre y honor atropellan.

Leon.

LEON. Del Principe está zeloso,
pero no con mucha pena.
SOL. Desiguales Señorias
no compiten con Altezas.
LEON. ¿Decirme el Principe amores,
no es amor? SOL. Quando lo fuera,
nunca las desigualdades
ajustan correspondencias.
LEON. Todo debe de ser gala,
que es propria naturaleza
de los hombres. SOL. Quanto miran,
tanto quieren y desean:
luego que quise a Don Juan,
hice, Leonor, diligencia
para saber si en Lisboa
le quedaba alguna prenda
de los amores passados:
yo tengo zelos, él niega,
yo me enojo, el jura y miente,
yo me entristezco, él se alegra,
no sé qué me han dicho, ¡hai cielos!
LEON. Que sirvió cierta Condesa
en palacio te havrán dicho,
pero ni della se acuerda:
ni fue mas.... SOL. No digas mas,
si se casaba con ella.
LEON. Ya los labradores vienen,
que los instrumentos suenan.
SOL. Despues tengo que decirte:
mi pena y tristeza aumentan.

Salen foliones, canta Mendo, responde Juana, y luego los musicos.

MEND. Barqueriña fermosa, passayme
da vanda da lendo rio Tejo:
nome de Jesu.
JUANA. Si traceis diñero, eu vos passarei.
MEND. ¿E si non le teño?
JUANA. Non vos passarei:
nome de Jesu.
MEND. Naon. JUANA. Naon.
MEND. Y entaon ¿qué fareis?
JUANA. En la playa vos ficareis.

Repiten todos, y baylan los dos.

MEND. Passayme, miñalma, que por vos morro.
JUANA. Non se move o barco sen prata, o oro.
MEND. Ollay meos ollos, que naon le teño.
JUANA. Ollay, que non queiro.
MEND. Y entaon ¿qué fareis?
JUANA. En la playa vos ficareis.
MEND. Dejayme chegar a vossa salva.
JUANA. Quein entra, e non paga, en passando zumba.
MEND. Non seais tan crua, que eu vos pagaré.
JUANA. En la playa vos ficareis. *Repiten.*

Salen el Principe, Don Juan y Nuño.

PRINC. Esconde en essa alameda,
Nuño, los caballos. NUÑO. Creo,
que temes, que mi deseo

com-

competir al tuyo pueda.
Princ. ¿Pues tú miras a Leonor?
Nuño. Ojos tengo y alma tengo.
Princ. Por vida del Rey, que vengo
sin cuidado y sin amor:
mâs altas empresas sigo,
que otros cuidados me dan,
que no vengo a ser galan,
sino solo a ser amigo:
todo esto puede el amor
que tengo a Don Juan. Nuño. Diré
al mio, que en essa fé
sin zelos sirva a Leonor. *Vase.*
Princ. Entrarémos preguntando
por Don Sancho. D. Juan. Bien será,
aunque ya mi amor está
ni temiendo, ni esperando.
Princ. No cesse por mí, señoras,
la fiesta. Sol. Ahora, señor,
lo ha sido con tal favor.
Princ. ¡Qué gallardas labradoras!
Sol. Soledades de la corte
obligan a entretener
tristezas, si puede ser,
que divertirlas importe.
Princ. Quien tan bien acompañada
está de sí misma, creo
que solo tendrá deseo
de estár consigo ocupada.
Hermosa Leonor, ¿qué es esto?
¿qué traje es este? Leon. Engañar
la fortuna, que en lugar

tan

tan humilde nos ha puesto.

Princ. Aunque es el traje de aldea,
no con el campo se iguala,
que no havrá en la corte gala,
que como la suya sea.
Parece, aunque mas se priven
de cortesanos primores,
que se han vestido de flores
de los campos donde viven.
¿Cómo no hablas, Don Juan?
pero es proprio de discretos
prevenir a los concetos,
mientras que callando estan:
que como es receta amor,
quando escribe en su cuidado,
hace la lengua traslado,
y los ojos borrador.

Sol. No nace la suspencion,
señor, desse caballero
de ver del traje primero
la mudanza y la razon:
nace aquel divertimiento,
que por fineza se loa,
de haver dejado en Lisboa
lo mas del entendimiento;
que en toda amorosa historia,
que se trata con verdad,
no habla la voluntad
ausente de la memoria:
digale allá V. Alteza
a la Condesa Theodora
esta, pues la ha visto ahora,

ena-

enamorada fineza,
y sabrá su Señoria
quan de veras la cumplió,
si la palabra le dió
de que aqui no la diria.
D. JUAN. No he dejado sin razon
de hablar, ni porque he dejado
en la ciudad el cuidado
de vuestra imaginacion:
fuera de que ser podia
el veros causa primera,
y hablando el Principe, fuera
notable descortesia;
que quando en silvos suaves
dulce en esta selva amena
suele cantar Philomena,
escuchan las demas aves.
Novedad, señora, ha sido
el hablarme en la Condesa,
y de que creais me pesa,
que la quiero, ni he querido;
si bien el Rey mi señor,
por ponerme en alto estado,
muchas veces lo ha tratado,
pero ninguna mi amor;
y quando por vos dejára
tal estado y tal muger,
fineza pudiera ser,
que a estimarla os obligára.
SOL. Quando yo licencia os dí
fiada en palabras vuestras,
y en las amorosas muestras,
pa-

para entrar de noche aqui
por essa puerta secreta,
tan necia, como muger,
porque en llegando a querer,
se pierde la mas discreta;
ignoraba la traycion
con que pensasteis vencerme,
de que es tan justo ofenderme,
como es dejaros razon:
sin vos viviré, y sin mí
entre aquestas asperezas,
porque mis proprias tristezas
tomen venganza de mí.
D. Juan. Señora, a tan grande engaño
mal podrá satisfacer
quien ya comienza a temer
mas la desdicha, que el daño:
no ponga vuestra aspereza
mala voz a fé tan pura,
que sola vuestra hermosura
puede igualar mi firmeza:
todos quantos han amado,
hasta que yo vuestro fuí,
hoy aprendieran de mí,
como no huvieran passado.
Aqui vive mi verdad;
vos sois el bien que desea,
vos haceis la corte aldea,
y corte la soledad:
mas firme, que antigua palma,
tanto estimo mi tormento,
que envidia mi pensamiento

la

la inmortalidad del alma:
no hay oro, que en el crisol
mas que mi fé limpio quéde,
que no sois vos Sol que puede
ni aun tener zelos del sol:
si ingrata a vuestra belleza
los teneis dessa Theodora,
¿qué culpa tienen, señora,
mi desdicha y mi firmeza?
¿Mirad qué seguridad
quereis tener de mi amor?
aunque ninguna mayor,
que mi propria voluntad.

SOL. ¡O quanto mal puede hacer,
por mas que el temor assombre,
el saber hablar un hombre,
y escuchar una muger!
De palabras de fingidos
hombres pienso, pues lo eres,
que se hizo en las mugeres
la cera de los oídos.
Y como con el calor
de amor se derrite luego,
entran a hurtar el sossiego,
y por ventura el honor.
¡O si para hacer constante
la muger, el cielo hiciera,
que esta defensa de cera
fuera puerta de diamante!
¿En fin tengo de creer
por verdades tus mentiras?

D. JUAN. Si lo que me dices miras,

¿qué dudas puedes tener?

SOL. ¿Engañasme? D. JUAN. ¡Qué rigor!

SOL. ¿Cierto? D. JUAN. No me des enojos.

SOL. Jura, Don Juan. D. JUAN. Por tus ojos.

SOL. Buen juramento. D. JUAN. El mayor.

SOL. ¿Por qué? D. JUAN. Son la luz que veo.

SOL. ¿Quién lo dice? D. JUAN. Tu beldad.

SOL. ¡Qué mentira! D. JUAN. ¡Qué verdad!

SOL. Loca estoy, pues que te creo.

Sale Juana.

JUANA. No faltará pesadumbre,
señor llegó y se volvió.

PRINC. ¿Por qué no entró? JUANA. ¿Qué sé yo?
por su zelosa costumbre:
allá va con una cara
de hombre que ha perdido al juego.

LEON. Que no le culpeis os ruego.

SOL. Es viejo, en nada repara.

PRINC. ¿Supo que yo estaba aquí?

JUANA. Si señor. PRINC. Zeloso efeto.

LEON. No os ha perdido el respeto,
que es su condicion ansi.

PRINC. Pues mirad qué me mandais:
vamos, Don Juan. D. JUAN. Los cielos
os guarden. *Vanse.*

SOL. De tener zelos,
y mas si vos me los dais.

LEON. El Principe se ha enojado:

SOL. Y justa razon ha sido.

LEON. ¡Descortés termino! SOL. ¡Estraño!

JUA-

JUANA. Saliendo el Principe, dixo:
Todo es honra este Mendoza,
todo es presuncion y brios.

Salen Mendo y Don Sancho.

MEND. ¿Yo, señor, qué culpa tengo?
D.SAN. Buen criado. MEND. Yo te sirvo
con lealtad. D. SAN. Mientes, villano,
porque si me huvieras dicho,
qué esta gente entraba aqui,
remedio huviera tenido.
MEND. ¿Gente es un Principe, que hoy
del Rey Don Manuel es hijo,
y mañana será Rey?
Si por manto de soplillo
me dieran un pontocon,
¿qué hicieras despues conmigo,
mas que llamar a los Cregos,
y con la cruz y dos cirios,
en un Latin por la posta
soterrarme a medio oficio,
dandome dos hyssopadas
sin chirios y parcemicos,
como a los ricos entierran?
D.SAN. ¿Ya no estabas advertido
de traher un arcabuz?
MEND. No entiendo lo del gatillo,
que lo demás....
D.SAN. ¿Qué? MEND. Tampoco.
LEON. ¿Qué es esto, señor? D. SAN. ¡Qué lindo
donayre! entraos allá dentro.

LEON. ¿Pues de qué estás ofendido?
¿qué culpa tiene mi hermana,
si el Principe.... D. SAN. Buen principio
de disculpa, y el Don Juan
entre renglones. LEON. Su oficio
de camarero mayor,
o mayor caballerizo
le trahen, no Sol, ni yo. *Vanse.*

D. SAN. Y a vosotros, enemigos
de mi honra y de mi vida,
¿qué os han dado, o prometido?

JUANA. Yo, señor, ¿qué culpa tengo,
si folijé? Mendo dixo;
que tú lo havias mandado.

MEND. Dar en Mendo.

D. SAN. Mal nacido,
hoy morirás a mis manos.

MEND. Tratame bien te soprico,
que con un *zá*, que toviera
tan soldemente añadido
al Mendo, huera *Mendoza*.

D. SAN. Ingratos, desconocidos,
vive Dios.... JUANA. Huyamos, Mendo.

MEND. Huye, no saque el cochillo.

D. SAN. ¿Esto es hijas? mas valiera
que nunca huvieran nacido:
mas yo sé lo que he de hacer
donde es tan cierto el peligro,
que contra el poder no hay fuerza,
ni contra el agravio olvido. *Vase.*

Sa-

Sale la Condesa Theodora y Nuño.

THEOD. Estrañas cosas me refieres. NUÑO. Mira,
bella Theodora, que aunque soy zeloso,
donde suele ser propria la mentira,
que lo mismo es zeloso, que envidioso,
todas son verdaderas.
THEOD. ¡O si antes me dixeras
de Don Juan el engaño!
pero aun está por suceder el daño,
pues esta noche el Rey casarme intenta,
que fuera para mí notable afrenta.
NUÑO. Hay una quinta, que la mar combate
con uno y otro embate,
cuyo pie bañan infinitas sumas
de nacares y espumas,
fingiendole un jardin de mil colores,
las algas hierba y los corales flores;
aunque a veces en circulos deshechos
salpica las pizarras de los techos:
tiene a la parte de la tierra enfrente,
como en conversacion, puestos en torno
seis olmos por adorno,
doseles de una silla y de una fuente:
aqui vive, Theodora, aquel valiente
Don Sancho de Mendoza,
que por sus hechos este nombre goza,
con dos hijas, milagros de hermosura,
con mas merecimientos, que ventura,
Sol y Leonor hermosa;
la Sol es de Don Juan prenda amorosa,
por

por ella te desprecia.

THEOD. No hará, Nuño, no hará, no soy tan necia.

NUÑO. La Leonor fuera mia,
porque la vi tambien el mismo dia:
mas como es arrogante,
aunque el Principe finge ser su amante,
porque en Castilla tratan de casalle,
me mata con miralle y con hablalle:
venganza de Don Juan es quanto digo,
porque para encubrir sus pretensiones
al viejo ilustre le llevó consigo:
tú si de mis razones
has hecho ya concepto,
agradece con animo discreto
el noble aviso de su falso engaño.

THEOD. Aunque es de amor castigo el desengaño,
le estimo y agradezco.

NUÑO. Si algun premio merezco,
solo el silencio os pido. *Vase.*

THEOD. Mi amor te deberá su justo olvido:
salid del alma huyendo,
mal empleado pensamiento mio,
que aun de pensar me ofendo
el ciego error de tanto desvario:
no mas, salid, no mas, mudad de intento,
o negaré que sois mi pensamiento:
no mas, vana porfia,
que tanta ingratitud os ha deshecho;
loca esperanza mia,
salid tambien de mi abrasado pecho,
porque si vuelvo a amar escarmentada,
marmol seré, que no muger burlada.

Sa-

Sale Don Juan.

D. JUAN. Del Principe, mi señor,
le traygo a V. Excelencia
un recado, si licencia
me permite su rigor,
que ya me turba el temor
de tan injusta aspereza.
THEOD. ¿Qué es lo que manda su Alteza?
D. JUAN. Siendo contrarias las dos,
¿cómo se juntan en vos
la crueldad y la belleza?
LEON. ¿Yo cruél? de vos me espanto,
que ni galan, ni marido,
lo que sois me haveis querido
declarar en tiempo tanto:
si yo os he querido, quanto
conoceis, ¿por qué llamais
cruél a quien despreciais?
Relox de sol pareceis,
que no mas de sombra haceis,
mas nunca las horas dais:
comparacion extremada
de quien apenas me nombra,
de un Sol Castellano sombra,
y como sombra estimada:
pero ya desengañada
de vuestros vanos antojos,
tanto siento mis enojos,
que si relox de agua huviera,
como de sol, yo le hiciera
de

de lagrimas de mis ojos.
Justamente desconfio,
quando veo, que os ha dado
tanto sol, que de abrasado
estais para mí tan frio:
pero en sus mudanzas fio,
que podia escurecerse,
y vengandome, esconderse
quando le pensais gozar,
que Sol que está junto al mar,
no está lejos de ponerse.
¿Pero qué es lo que os mandó
decir el Principe? D. JUAN. Quiero
satisfaceros primero.
THEOD. Pues esso no quiero yo,
que quien me desengañó,
sabe que sois desleal,
y que esse Sol celestial,
nueva de amor maravilla,
aunque ha nacido en Castilla,
os abrasa en Portugal.
D. JUAN. Siendo assi que no gustais
de oírme, bella Theodora,
dice el Principe, señora,
si es que credito me dais,
que al Rey seis dias pidais
que espere para casarme,
porque quiere acompañarme,
que bien los han menester
las galas que quiere hacer
para serviros y honrarme:
su Alteza pide esto, y yo

que

que las colores me deis.

THEOD. Al Principe le direis
que hicisteis lo que os mandó,
y que mi honor respondió,
que os daba infinitos años
con tan justos desengaños,
para que tengais lugar,
no de galas que sacar,
sino de pensar engaños.
Las colores de mi gusto,
no pienso que las querreis,
las de mi rostro podreis
trasladar de mi disgusto;
que la verguenza y el susto
ya de colores se esmalta,
será la gala mas alta,
que halleis en esta ocasion,
porque vistais la traicion
de la verguenza que os falta. *Vase.*

D. JUAN. Todo soy confusiones,
todo desdichas, todo pensamientos.
O amor, ¿en qué me pones?
¿qué nave combatida de los vientos
se ha visto en mas confusa desventura,
adivinando el norte en noche escura?
¿Qué preso fugitivo
mas temeroso a las espaldas siente
el juez executivo,
volviendo a instantes la turbada frente,
que yo este casamiento, que me assombra,
pues busco el Sol, y me persigue sombra?
En tan dudosas calmas

el ver el puerto solicito en vano:
O Sol, troquemos almas,
yo seré con la tuya Castellano,
tú con la mia hermosa Portuguesa,
porque no nos conozca la Condesa.

Sale Mendo de camino.

Mend. Si le hallaré por aqui,
que vengo todo tembrando,
porque estoy mas ducho á ver
los campos, que los palacios:
allá la inocencia vive
sin melindre y sin recato;
por acá las lenguas dulces,
y los corazones falsos.
¿Qué tienen que ver las flores
de que se visten los prados,
con estos dorados techos,
sobre colunas de marmol?
¿y ver nacer una fuente
los cristales retozando
con las arenillas de oro
entre los pies de un peñasco?
¿y ver al Alva risueña
cantar los dulces pajaros
con el roido y los preytos
de aquestos sobervios patios?
Mejor canta un silguerillo
sobre la copa de un arbol,
que el mejor procurador,
y mas llocido escribano.

¿Prey-

¿Preytos? o huego de Dios,
bien hayan los verdes llanos,
papel en que el cielo escribe,
trigos, frutos y ganados.
¿Pero no es aquel Don Juan,
que está suspenso mirando
la pelusa de los ayres,
que ensucia del sol los rayos?
A, caballero? á quién digo?
a señor? D. JUAN. ¡Hai cielo santo!
MEND. ¿No me conoce? yo soy
Mendo, el mozo de Don Sancho,
el que le abria estas noches
la puerta, quando mi àmo
estaba acostado. D. JUAN. O Mendo,
no te admires, que cuidados
y desdichas me suspendan:
conjuraronse en mi daño
los cielos, amor y un Rey,
mira qué fuertes contrarios.
¿Cómo está el Angel de Sol?
MEND. El Angel, señor, volando,
y el Sol llorando por vos,
que debeis de ser nublado:
todos tenemos salud,
gracias al Rey de lo Alto,
Leonor, señor, Juana y yo,
y con los demas criados
el quartago de señor,
y el rozin, en que va al campo,
flacos, como vos tambien,
porque estan enamorados:

este papel os envia;
no entendais que es el quartago,
porque aun no sabe escribir,
sino Sol, que os quiere tanto,
con mas lagrimas, que letras;
y dixome, que un abrazo
me dariades de porte,
que harto mejor huera un sayo;
mas dicen, que los señores
ya pagan solo abrazando,
que han dado en ser amorosos,
discretos y cortesanos.

D. Juan. Nunca yo fuera señor,
Mendo, de un ageno estado;
pero en essa bolsa llevas
pienso que son cien cruzados,
porque si para abrazarse
se cruzan, Mendo, los brazos,
cruzados lleveis los mios.

Mend. Dios os guarde tantos años
como un avariento rico
a un hijo galan y franco:
nunca a vuessa casa llegue
preyto, ni bueno, ni malo,
ni en vuessa vida os obrigue
aquello de *Sepan quantos*,
jamas con palabras dulces
os engañe amigo falso,
ni a quien hicieredes bien,
os salga traidor ingrato.

Lee D. Juan. Señor mio (¿señor vuestro?
Sol mia, decid esclavo)

ya mi vida, ya mis dichas
con perderos se acabaron
(¡valgame el cielo, tan presto
ha sabido que me caso!)
Mi padre viendo que el Rey
tan aspero se ha mostrado,
hoy nos manda prevenirnos,
mirad si me quejo en vano,
para volver a Castilla;
hoy está determinado
de besar la mano al Rey,
y que vamos caminando
a Sevilla, donde tiene
deudos, que le den amparo.
Por lo que debeis, os pido,
a estos ojos, que bañando
de lagrimas el papel
escriben mas que la mano,
que me veais, pues podeis
llegar al coche entretanto,
que está mi padre en Lisboa,
que no es mucho, pues me parto
a morir por vuestra causa,
que viva este breve espacio.
Vuestra Sol, esposo mio.
Cielos, ¿qué espero aguardando?
¿quién amó con tanta dicha,
para ser tan desdichado?
Amor, tus alas me presta. *Vase.*
MEND. ¿Qué es esto que le ha tomado?
¿A señor, señor no escucha?
yerra con notable daño

la ciudad en no hacer
hospital de enamorados;
pero si no los huviera,
¿cómo medrára el criado,
la alcayueta y el cochero,
huesped de cama de campo?
Caso extraño es ver que un hombre,
encubra a su secretario
su dama, y luego la fie
de un cochero, y de un lacayo.
Bien haya amor, por quien tengo
estos benditos cruzados,
que me han de hacer caballero,
naciendo un pobre villano,
que con oro y con favor
qualquiera de sayo pardo,
haviendo sido borrico,
bosteza para caballo. *Vase.*

Salen Fernando y Riselo, criados, Sol y Leonor con capotillos y sombreros de camino, y Juana.

SOL. No passemos adelante,
hasta que mi padre venga.
FERN. Podrá ser que le detenga
el Rey. LEON. ¡Qué firme y constante
ha estado en que ha de salir
de Portugal! SOL. Di al cochero,
Fernando, que aqui le espero,
que no es razon proseguir
el camino comenzado
sin

sin él. RISEL. A esperar convida
la verde alfombra texida
de las flores deste prado,
que de nuevo se han vestido
quantas tienen sus riberas,
aunque con dos primaveras,
qué mucho que esté florido.

SOL. Con mas amenos despojos
esmaltára sus colores,
si dieran alma a sus flores
las lagrimas de mis ojos.
Hai, Leonor, ¿qué confianza
podré tener de Don Juan,
quando ya esperando estan
las fuerzas de mi esperanza?
Escribíle que viniesse
a verme en esta partida,
para que mi corta vida
este consuelo tuviesse;
y con ser causa del daño,
que por su ocasion padezco,
aun respuesta no merezco,
a tanto amor tanto engaño:
justo castigo, Leonor,
de mi loco pensamiento.

LEON. Por no tener sufrimiento,
llamaron fuego al amor,
que no pudiendo su llama
hasta su esphera parar,
arde amor hasta llegar
a la vista de quien ama.

SOL. Pues si el fuego y el amor

pro-

producen un mismo efecto,
¿qué te admira mi inquietud?

Sale Mendo.

MEND. Parado el coche, y paciendo
los caballos desuncidos,
ellas son. JUANA. Pienso que es Mendo,
señora, el que viene allí.
SOL. ¿Y viene solo? JUANA. No veo
otra persona. SOL. ¡Hai de mí!
MEND. Discretamente haveis hecho
en deteneros aqui,
y aun huera mejor volveros,
que andaba señor despacio
para habrar al Rey. SOL. No puedo,
Mendo, dejar de seguir
las iras de sus preceptos:
muere por verme apartada
de Lisboa. MEND. El caballero,
a quien llevaba el papel,
como suele entre humo y fuego
la bala del arcabuz,
salió, señora, en leyendo
el papel, que fue la cuerda.
SOL. ¿Sin decirte nada? MEND. Pienso,
que la respuesta es venir.
JUANA. Tenlo, señora, por cierto,
que alli vienen muchos hombres.
FERN. De una carroza salieron,
y vienen tras de nosotros.

Sale Don Juan, y tres criados con arcabuzes y mascaras.

D. JUAN. Dejad las mugeres luego,
villanos. RISELO. Huye, Fernando.

Vanse los dos.

JUANA. Hai, Mendo. MEND. Hai, Juana.
JUANA. ¿Qué harémos?
SOL. Señores, si el oro acaso.
D. JUAN. Vos sois el oro, que vengo
a buscar; ola, a essos olmos
atad fuertemente, y presto
(porque seguirnos no puedan,
y esté el robo mas secreto)
a essos dos villanos. LAIN. Muestra
las manos. *Atanlos.*
JUANA. Paciencia, Mendo.
MEND. Paciencia. D. JUAN. Estas dos señoras
volando vayan, Marcelo,
en esse coche a Lisboa.
SOL. ¡Esto me faltaba, cielos!

Llevanlas, y quedan atados.

MEND. Buenos havemos quedado.
JUANA. Qúe nos ataron sospecho
para blancos de sus balas.
MEND. De azotes no: escaparemos,
como las hijas del Cid,

 aun-

aunque yo no lo parezco.
JUANA. Mis amas me dan dolor.
MEND. Muriendome estoy de miedo,
¿hay en esta tierra lobos?
JUANA. Suelen bajar dessos cerros,
y comerse los pastores.
MEND. A tener entendimiento,
mejor asieran de tí.
JUANA. Yo, Mendo, reliquias tengo.
MEND. Y yo, Juana, cien cruzados,
pues con ellos muy bien puedo
estar seguro.

Sale Don Sancho de camino.

D.SAN. Gran yerro
hice en mandarlas partir,
dióme el honor el consejo,
y es colerico el honor.
MEND. Alli un caminante veo. *Dale voces.*
Señor. JUANA. Señor.
MEND. Caballero
dadnos favor. D. SAN. Voces oygo,
sean quien fueren los dueños,
yo tengo de ver lo que es,
algunos ladrones fueron
los que a dos olmos ataron:
mas qué digo, ¿no son estos
mis criados? JUANA. ¿Es señor?
MEND. ¿No lo ves?
D.SAN. Gran mal sospecho:
¿cómo, o quién os puso aqui?

JUA-

JUANA. Señor, porque aqui vinieron
con mascaras y pistolas
ciertos hombres encubiertos,
que en un coche se llevaron
a Sol y a Leonor. D. SAN. ¡Qué puedo,
cielos, oír tanto agravio,
sin que me mate primero
mi desdicha! culpa tuve
en dejarlas. ¿Van muy lejos?
MEND. No señor. D. SAN. ¡Hai tal traycion!
¡tanto agravio a mí!
a un Mendoza. *Vase.*
JUANA. Mendo, vamosle siguiendo,
no vuelvan los salteadores.
MEND. Mejor lo ha entendido el viejo,
no hayas miedo que las maten.
JUANA. ¿Si es Don Juan?
MEND. Tenlo por cierto.
JUANA. ¡Gran maldad!
MEND. ¿Despues que huiste
la alcayueta, dices esso?
JUANA. ¿Y tú qué has sido?
MEND. Lo mismo.
JUANA. Yo, Mendo, perdida quedo,
que tú llevas cien cruzados.
MEND. En las espaldas los temo.

JORNADA TERCERA.

Salen el Rey y el Condestable de Portugal.

REY. ¿En fin quedan, Condestable,
firmados ya los conciertos?
COND. Serán para siempre ciertos,
durándo la paz estable
de Castilla y Portugal,
y en los conciertos dichosos
de los nuevamente esposos
la descendencia Real.
REY. Vivirá con firme ley
la paz y amistad que espero.
COND. De Don Phelipe Primero,
Archiduque de Austria, y Rey
de Castilla, y Doña Juana,
de Fernando y Isabel
hija, o claro Emanuel,
y ella Reyna Castellana,
y el de Aragon y Sicilia,
desde hoy podeis esperar
lo que el cielo ha de aumentar
vuestra gloriosa familia.
REY. ¿Es muy hermosa la Infanta
Doña Cathalina? COND. Creo
que aumenta el dichoso empleo
gracia y hermosura tanta.
REY. Dad al Principe essa nueva,
id a hablar con él. COND. El cielo
os guarde. *Vase.*

REY.

REY. Ya no hay rezelo
de que la envidia se atreva
a contrastar amistades;
que inviolables ha de hacer
dar al Principe muger
de tan altas calidades:
el dar al Oriente leyes
no puede ser gloria igual,
como honras a Portugal
de los Catholicos Reyes.

Sale Mendo.

MEND. Pensando que soy bufon,
aquestos de los cochillos
colorados y amarillos,
como en Castilla lo son,
me han dejado entrar, no hay hombre
que me pregunte quién soy,
si bien donde entrando voy
no hay sombra, que no me assombre.
¿Cosa que me quede acá?
pero no me quedaré,
que de mi desdicha sé,
que ninguno me querrá.
Un caballero está aqui,
por Don Juan pescudar quiero:
¿oye, señor caballero?
no hace caso de mí,
qué grave está del favor
de su Rey, y es justa ley,
pues habra al Rey, porque el Rey
fe-

segura a muesso Señor.
¿Oye señor? REY. ¡Qué notable
persona! no hay mas que ver,
esto debe de traer
de Castilla el Condestable..
¿Quándo veniste? MEND. Señor,
en este punto. REY. ¿Qué gracias
tienes? MEND. A decir desgracias,
huviera dicho mejor.
REY. ¿Tantas tienes? MEND. He llegado
a ser dichoso en tener
tantas, que no puede ser,
que sea mas desdichado.
REY. ¿Cantas? ¿tañes? MEND. Allá huera
con Juana suelo cantar.
REY. ¿Es tu muger? MEND. No hay tratar,
que por marido me quiera,
que tiene tal sopitez,
y señoril phantasia,
que me tiró ellotro dia
una mano de almirez.
REY. ¿Quién es Juana? MEND. Una criada
de Sol. REY. ¿Quién es esse Sol?
MEND. Es hija del Español
mejor, que ha ceñido espada,
que es Don Sancho de Mendoza,
y a fe, que aunque es buena el alma,
que no para no ser dama
monda nisperos la moza.
REY. ¿Es tu señor muy valiente?
MEND. Es hombre, que de un rebes
mató a dos, y hueran tres,
si

si ellotro estuviera enfrente.

REY. Esto tiene algun secreto:
¿a qué veniste a palacio?

MEND. Es cuento para despacio,
que estamos con grande aprieto,
y solo vengo a traher
cierto papel a Don Juan
de Castro, el bravo, el galan,
mas nadie lo ha de saber.

REY. A ver, muestra.

MEND. Es muy secreto.

REY. ¿Pues qué importa verle yo?

MEND. No, no, que me le metió
él proprio en el bolsopeto
para que nadie le viesse
quando por él pescudasse,
y a ninguno le mostrasse,
hasta que a Don Juan le diesse.

REY. Muestra, villano. MEND. Señor,
estese quedo; el cochillo
empuña. REY. Suelta hombrecillo.

MEND. ¿Qué quiere? no soy mayor:
el papel rasga, el dimuño
hoy me ha traido a palacio,
que en él, quien no tiene estrella,
no medra mas que cuidados. *Ábrele.*

REY. No es de muger el papel:
la firma dice: *Don Sancho.*

Lee. No suelen los caballeros,
que se precian de Fidalgos,
hacer à los que lo son,
en el honor tanto agravio,

si

si el señor Principe ha sido
complice, y está culpado,
no puedo yo con su Alteza
tratar de mi desagravio,
con vos sí, que sois mi igual,
que os honro para mataros,
y assi os reto y desafio
por traidor y amigo falso:
junto a Belen estaré
esperandoos en un barco
mañana de sol a sol,
para que juntos nos vamos
de la otra parte del mar,
adonde solo en el campo
sustentaré lo que digo.
El Castellano Don Sancho.

Salen Nuño y Tristan.

REY. Ola. NUÑO. Señor.
REY. Con secreto
encerrad a este villano,
hasta que os mande otra cosa. *Vase el Rey.*
TRIST. ¿Qué has hecho, rustico?
MEND. El diabro
me engañó, ¿no me conoce?
Mendo soy. NUÑO. Este es criado
de Don Sancho de Mendoza
el Fidalgo Castellano,
padre de Sol y Leonor.
TRIST. No es sin causa el encerrarlo,
ea, camina. MEND. ¿Soy toro?

que

que me encierran? Nuño. He pensado,
que ha sabido el Rey, que sirve
el Principe, o yo me engaño,
a Leonor; y como trata
casarle, estará enojado.
MEND. Oyen, señores. TRIST. ¿Qué quieres?
MEND. Si el encierro va despacio,
no se olviden de enviarme
quando coman algun prato,
será la primera vez,
que me den algo en palacio.

Vanse, y sale Don Sancho con capa de color, y Juana.

D. SAN. Vuelvete a Lisboa, Juana,
si le entregaste la ropa
al Arraez. JUANA. En la popa
la puse. D. SAN. Aun es de mañana,
que el sol en cercos de grana
rayos a la tierra envia
desde la cuna del dia.
JUANA. Triste estás, señor, ¿qué tienes?
D. SAN. Muchos males, pocos bienes.
JUANA. Tu pena aumenta la mia.
¿A dónde tan solo vas?
¿sabes de Sol y Leonor?
porque sin gente, señor,
en grande peligro estás;
que aunque es verdad, que podrás
fiar del nombre famoso
de Mendoza el belicoso

que tienes en toda España,
el que vive en tierra estraña
siempre ha de estar rezeloso.
No es buen modo de cobrar
las hijas, que te han robado,
con sola tu espada al lado
en un barco por la mar.

D.San. Cerca me voy a informar,
donde hallar nuevas espero.

Juana. Essa ropa, esse dinero,
que me has mandado traher,
¿de qué efecto puede ser
contra tan gran caballero?
Es Don Juan de Castro, a quien
mas quieren en Portugal
los Reyes por principal,
y por su valor tambien.
Miralo primero bien,
como discreto ofendido,
que de un Rey favorecido,
y de un Principe estimado,
a donde vas confiado,
volverás arrepentido.

D.San. Juana, no voy a cobrar
mis hijas, sino mi honor;
y porque sé que el amor
es quien te ha enseñado a hablar,
te perdono aconsejar
con tu ignorancia mis canas.

Juana. Plega a Dios que salgan vanas
mis sospechas: él te guarde.
Vase.

Sa-

Sale un barquero.

BARQ. Mirad, fidalgo, que es tarde,
y con estas tramontanas
podremos salir ahora,
haciendonos a la vela.
D. SAN. Al caso que me desvela,
pensé salir al Aurora.
Tarda, porque lejos mora
un caballero, un amigo,
y por esso no prosigo
la jornada a donde voy,
que con harta pena estoy,
si se ha de embarcar conmigo.
Passeaos por essa playa,
que a su tiempo os llamaré,
porque no me embarcaré,
sino es que conmigo vaya,
y servireis de atalaya,
por si algun criado envia.
BARQ. Por mí mas que passe el dia:
llamadme en siendo ocasion. *Vase.*
D. SAN. ¡Qué propria de la traycion
fue siempre la cobardia!
aunque no puedo creer,
que un hombre tan principal
pueda con termino igual,
ni salir, ni responder,
que es indigno proceder
de Lusitano valor.
Tres hombres, bravo rigor,

se apean de un coche allí;
si ellos vienen contra mí,
mucho debo a su temor.
Esforzad, pues razon llevo,
corazon, las bien nacidas
canas, que en sangre teñidas
parecerán de mancebo,
cumplireis con lo que debo
al valor, que el nombre goza:
ya la sangre se remoza
de ver que el honor cobrais,
que son tres, si os acordais
corazon, que sois Mendoza.

Salen el Rey, Nuño y Tristan.

REY. Aguardaos los dos allí.
D. SAN. Ya se dividen los tres,
y viene el uno: el Rey es:
¿si viene a buscarme a mí?
¿Gran señor, pues vos aquí?
REY. Aquel ayrado papel,
que a Don Juan, o a mí por él,
escribiste, Castellano
valiente, vino a mi mano,
aunque no la causa dél:
como al Principe culpaste
de ser en tu deshonor
complice, a cuyo valor
digno respeto guardaste,
a lo que ves, me obligaste,
porque hasta haverlo entendido,

ni él, ni Don Juan lo han sabido,
que al mensagero mandé,
que le encerrassen. D. SAN. No sé,
o Principe esclarecido,
qué pueda decir de vos
en accion tan valerosa,
sino que sois generosa
imagen del mismo Dios.
De no lo saber los dos
me pesa, sin ofenderos,
pero confiesso, que el veros
en tal confusion me pone,
que me turba y descompone
para poder responderos.
Si venis a castigarme,
por lo que a Don Juan quereis,
Rey sois, y vistome haveis;
ya es forzoso perdonarme:
¿pues cómo sin escucharme,
aunque jüez para mí?
REY. Sancho, haver venido aqui,
no es amor de quien te agravia,
prevencion sí, justa y sabia,
para imformarme de tí.
Favorecer al estraño,
fue ley, que Dios escribió;
si lo eres, y Rey soy yo,
tu rezelo ha sido engaño,
y basta por desengaño,
que es igual la Majestad:
habla con seguridad
de que yo te escucho aqui,

que

que no hay Don Juan para mí
sino justicia y piedad.

D. SAN. En tan justa confianza,
invictissimo señor,
proseguirá mi desdicha
mas la razon, que la voz,
que quando los agraviados
se quejan con tal dolor,
las lagrimas son la lengua,
que pide mas atencion.
Del Marqués de Santillana
segundo hermano nació
Don Luis mi padre en Castilla,
Mendoza por sucession:
por segundo no fue rico,
supuesto que conquistó
voluntades con virtudes,
que es la riqueza mayor.
Pusome a servir a Henrique,
su palacio me crió,
las guerras me dieron brios,
la sangre me dió valor.
Ya comenzaba mi nombre,
quando vino de Aragon
el Infante Don Fernando,
que con Isabel casó.
Los servicios que le hice,
aunque fueron contra vos,
siendo mi Rey, fueron justos,
no lo ha sido el galardon.
Vino el Archiduque de Austria
de Flandes a España, y yo

in-

incliname a su servicio,
dejando el traspuesto sol,
quando Philipo Primero
en Castilla amaneció.
En su antecamara un dia,
estando en conversacion
Castellanos y Flamencos,
la platica se movió
del gobierno de Fernando;
hablaron mal sin razon:
con tres dellos salí al campo
en la edad que veis que estoy,
que el animo no envejece;
y por deciros, señor,
en una palabra el caso,
maté el uno, herí a los dos.
Para dejar a Castilla,
hice de vos eleccion,
que como tratais casar
al Principe, del favor,
que pensé que en vos hallára,
mayor mal me resultó.
Truxe conmigo dos hijas,
Sol y Leonor: estas vió
Don Juan un dia en el campo,
de cuya loca aficion
nació enfado para mí,
que ya os he dicho quien soy.
Truxo al Principe consigo;
si quiere bien a Leonor
no lo sé; sé, que Don Juan
al mismo Sol se atrevió.

Qui-

Quise remediar el daño,
y puse en execucion
irme a Sevilla, y viniendo
a despedirme de vos,
quando al camino volví,
hallé, señor, ¡qué traycion!
a mis dos hijas robadas,
que ya es amor salteador,
dos criados en dos robles,
cuya triste informacion
me dixo mi desventura,
me contó mi deshonor.
Pareciendome el quejarme
bajeza de mi opinion,
y tambien porque a Don Juan
teneis tan notable amor,
teniendole por Fidalgo
de tanta reputacion,
que por el reto saldria,
que a darme disculpa no,
aquel papel escribí,
para dar satisfaccion
a mi honor con la venganza
de un delito tan atroz.
Ahora, invicto Manuel,
cuyo cetro besan hoy
los Indios mas Orientales,
juzgareis como quien sois;
que Rey que sabe el agravio,
no cumple su obligacion,
si deja, que pobre apele
para el tribunal de Dios.

REY.

REY. Basta, Don Sancho, no mas:
al mismo doy por testigo,
y por mi hijo lo digo,
si dél agraviado estás,
de que tan presto verás
un Tito Manlio, un Trajano,
un Aristides Greciano,
que de la frente el laurel,
mas que piadoso, cruel,
les quite con propria mano.
Pesame, de que viniendo
confiado a Portugal
en mi clemencia Real,
que es de lo que mas me ofendo,
te ofenda Don Juan, sabiendo,
que son indignos resabios
de hombres tan nobles y sabios
el valerse del favor
del poderoso señor
para cometer agravios.
D. SAN. Disculpas amor codicia.
REY. Conmigo no hay mas amor,
que coronar el valor
la espada de la justicia:
no reynará la malicia
donde yo reynáre. D. SAN. Vos
sois Rey. REY. Fia, que los dos
escarmienten en quien yerra.
D. SAN. Si vos sois Dios en la tierra,
¿quién no ha de fiar de Dios?

Vanse, y sale Don Juan y Sol.

SOL. ¿De qué sirve persuadirme
despues de tan grande error?
D. JUAN. ¿Qué culpa tiene un amor
tan verdadero y tan firme?
si vuestro padre os llevára
a donde jamás os viera,
¿qué vida mi muerte fuera?
¿qué muerte mi vida hallára?
Vuestra subita partida
no me permitió pensar
cómo pudiera librar
de tal peligro mi vida:
el remedio fue violento,
el consejo fue de amor,
pues conociendo el error,
dispuse el atrevimiento:
pero no tan grande ha sido,
pues a vuestro padre igual,
no hay fidalgo en Portugal
mas noble y mas bien nacido:
pues casandome, Sol mia,
con vos, queda remediado
quanto puede haver errado
Portuguesa phantasia.
SOL. Si fue siempre vuestro intento
casaros, ¿por qué razon
huvo tanta dilacion
en tratar el casamiento?
Mi padre estaba presente,

yo

yo enamorada, ¿a qué efeto
dilata un hombre discreto
ejecutar lo que siente?
pues de haverlo dilatado,
nació el quererse volver,
temeroso del poder,
y del honor incitado:
direis, que yo os escribí,
es verdad, mas fue por veros.

D. JUAN. Llegando a satisfaceros,
Sol, de mi amor y de mí,
pues ya es tiempo de verdades,
dilatar el casamiento
procedió del fundamento
de algunas dificultades.
Antes de veros, señora,
que fue de mi dicha azar,
el Rey me mandó casar
con la Condesa Theodora:
servila, y como marido
fue licito su favor,
pero vino vuestro amor,
y el suyo puse en olvido,
que hay amores tan violentos,
que acabados de llegar,
a coces quieren echar
del alma los pensamientos;
pues por no quebrar, señora,
la palabra que al Rey dí,
el casarme suspendi,
que será por fuerza ahora:
pero es menester pensar

cómo sea, sin disgusto
del Rey. SOL. No podeis, ni es justo
mi casamiento intentar,
que si la palabra dada,
cumplirla es precisa ley
a qualquiera, dada al Rey,
¿cómo puede ser quebrada?
Ya, Don Juan, el alma os veo:
vos pensareis engañarme
con palabras, y dejarme
ejecutado el deseo:
dan los hombres, por tener
por ley necia y singular,
que no se debe guardar
palabra dada a muger:
con esto, y con los amores,
que les enseña el deseo,
tienen el ser por tropheo
de una muger vencedores:
pues mal haveis conocido
el Castellano valor:
señor Portugues, mi honor
no será de amor vencido,
si mil años me teneis
encerrada a donde estoy.
D. JUAN. ¿Y si mil firmas os doy?
SOL. ¿Pleytos? Jesus, no las deis,
que el viento lleva el papel,
y de un juramento loco,
pesa la firma tan poco,
que se la lleva tras él.
La palabra es invisible,

co-

como el alma, y el honor
es cuerpo; usura de amor,
possible por impossible.
¡O que honrada y justa empresa
perderme, y veros despues
por tan dudoso interés
casado con la Condesa!
Vueseñoria, señor,
se case muy en buen hora,
que es muy linda la Theodora,
y le tiene grande amor.
Dicenme, que es tan discreta,
que la temo desdichada,
mas no hay desdicha empleada
en vos a que esté sujeta.
El Rey me sabrá volver
a mi padre. D. JUAN. ¡Qué razon
tan cruel! SOL. ¡Mas qué traycion
contra tan noble muger!
D. JUAN. Bien os dixe, Sol, un dia,
que todas las Castellanas
eran falsas y tyranas.
SOL. ¿Esto llamas tyrania?
D. JUAN. Y crueldades manifiestas
con quien por alma os adora.
SOL. ¿A quién? D. JUAN. A vos. SOL. A Theodora.
Los hombres sois como fiestas,
ir y venir por ventana,
prevenir, entapizar,
y acabadas de passar,
pagarlas de mala gana.
D. JUAN. ¿Pues qué remedio me dais,
ya,

ya, mi bien, que os truxe aqui?
Sol. Uno se me ofrece a mí.
D. Juan. Si es iros, no le digais.
Sol. No, sino que me lleveis
a Theodora, y atrevido
digais, que sois mi marido,
y por muger me teneis.
D. Juan. Esso no cabe en razon
cara a cara a tal señora.
Sol. Yo soy mejor que Theodora.
D. Juan. Castellana presuncion.
Sol. Portuguesa bizarría,
una dama Castellana
tratarla como villana.
D Juan. Propongo desde este dia
no cansaros. Sol. Bien será.
D. Juan. Ni aun quereros. Sol. Con dejarme
escusareis el cansarme.
D. Juan. Ollay, ollay. Sol. Taray lá. *Vase.*
D. Juan. No importa que os vais, que aqui
haveis de estar muy despacio,
por esso os truxe a palacio:
vivamos juntos assi,
vos olvidando, yo amando,
vos huyendo, yo siguiendo,
vos matando, yo sufriendo,
vos rindiendo, yo penando,
que un continuo persuadir
suele impossibles vencer:
seré diamante en querer,
si vos piedra en resistir;
que pues ninguno ha sabido,

que el que os ha robado soy,
de todos seguro estoy,
aunque no de vuestro olvido:
y si con tantos tormentos
no os venciere mi porfia,
será por desdicha mia,
que no por merecimientos. *Vase.*

Salen el Rey y el Condestable.

REY. Esto al Principe direis.
COND. Señor, miradlo primero;
consultando sin passion
vuestro claro entendimiento,
no deis lugar a la ira.
REY. Que mal nombre le haveis puesto,
Condestable, a la justicia,
que esse le llaman los reos:
no es ira la del Juez,
que disponen los Derechos
las penas de los delitos
con justo y divino acuerdo:
por esso los Tribunales
tienen, y está enfrente dellos
la imagen de aquel Juez
de los vivos y los muertos,
porque ninguno se olvide,
y sepa, estandole viendo,
que ha de juzgar lo que juzga.
COND. Sí, pero el Principe preso
sin mayor informacion,
afligirás todo el Reyno:

de-

demás de ser este robo
sospechas de amor ageno,
¿qué dirá el Rey Castellano,
que ya le llamó su yerno?
REY. Trabajos tiene el reynar.
COND. Su Rey los Griegos hicieron
en Athenas a Philarco
por votos de los mas viejos;
y como a los que le hacian
reverencia, hiciesse luego
la misma, los Magistrados
le avisaron y riñeron:
respondió, que la costumbre,
fue causa de aquel defecto,
que antes de ser Rey tenia;
y ellos entonces dixeron,
que tuviesse gran cuidado:
y respondió: Si yo, Griegos,
tengo de tener cuidado,
buscad Rey, no quiero serlo.
REY. ¡Qué necia philosophia!
Pero dime, ¿cómo puedo
no hacer, aunque sea mi hijo,
justicia igualmente, siendo
la mayor virtud de un Rey?
COND. Quando fuere, lo concedo,
mas no sin informacion:
aqui los testigos tengo
de todo el casso. REY. Pues entren.
COND. Entrad, Castellanos.

Sa-

Salen Mendo y Juana.

MEND. Creo, que nos han de ajosticiar.
JUANA. Yo ninguna culpa tengo.
MEND. ¿Pues no huiste la alcayueta?
JUANA. Soy muy moza para esso,
y esse es oficio de viejas,
que ya pecar no pudiendo,
hacen pecar a las mozas.
COND. Estos lo saben y vieron.
REY. ¿Quién eres tú? MEN. ¿Ya se olvida
su remenencia tan presto
del que le truxo la carta?
REY. ¿Y tú, muger? JUANA. Señor, bueno,
criada de Doña Sol,
y del Reyno de Toledo:
mi madre se llama Alfonsa,
y mi padre Juan Bermejo,
rancios de puro Christianos.
MEND. Yo, señor, me llamo Mendo,
de tierra de Masalanca,
natural de Rapariego:
mi madre, que Dios perdone,
se llamaba Aldonza Puerros,
Pero Berruecos mi padre;
aunque algunos me dixeron,
que en ausencia suya hue
el Sacristan de mi puebro,
aunque en esto de los padres
hay descuidos mas a menos:
todos de Adan somos hijos,

solo es cierto el Padre nuestro.
REY. ¿Qué sabes tú, labradora,
deste caso? JUANA. Que es muy cierto
ser él robador Don Juan,
porque la amaba en extremo,
y le conoci en la voz,
y porque este alcaducero
de noche la puerta abria.
MEND. Miente, señor, por San Crespo,
que él y un paje, que esta habraba,
entraban por el humero.
REY. ¿El Principe habló a Leonor?
JUANA. Esso hue de comprimiento:
solo Don Juan tiene culpa.
REY. Entraos los dos allá dentro.
MEND. ¿En fin qué me has acusado?
JUANA. ¿Pues qué cheriba el borrego,
que me echasse a mí la culpa?
MEND. Allá lo averiguaremos. *Vanse.*
REY. ¿Cómo havia de casarse,
andando en estos requiebros,
con la Condesa Don Juan?
¡qué ingratitud! qué desprecio!

Sale Don Juan y Nuño.

D. JUAN. ¿Los criados de Don Sancho
con el Rey? NUÑO. Hoy le truxeron,
y temo, amigo Don Juan,
que se ha sabido el secreto.
D. JUAN. ¡O envidia, bien te llamaron
hija de la corte! NUÑO. Pienso,

que

que como Don Sancho tuvo
de tí y del Principe zelos,
él se habrá quejado al Rey.
D. JUAN. Aqui está; ¿pero qué temo,
si me favorece tanto,
que quiere al Principe menos?
A daros, señor invicto,
parabien del casamiento
del Principe mi señor,
con justo contento vengo:
deme vuestra Majestad
la mano. REY. Vil caballero,
con la espada fuera justo,
para passaros el pecho:
quitadsela, Condestable.
D. JUAN. ¿Por qué, señor? REY. Porque debo
mas al valor, que al amor,
y a la justicia, que al vuestro:
¿esto era el no casaros
con Theodora? D. JUAN. Si por esso
vuestra Majestad me prende,
su queja tendrá remedio
con casarme. REY. Tarde llegan
essos necios cumplimientos,
haviendo el honor quitado,
con un robo tan violento,
a Don Sancho de Mendoza,
hidalgo de tanto esfuerzo,
que os ha esperado en el campo;
tal agravio le haveis hecho,
manchando su claro honor,
y su Sol escureciendo.

D. JUAN. Señor, casarme con Sol,
facilmente satisfecho
dejará su honor. REY. De suerte,
que os quereis casar muy necio
con Theodora y Doña Sol
juntas en un mismo tiempo.
Remediarlo es impossible,
que si ahora daros quiero
a Sol, ofendo a Theodora,
si a Theodora, a Sol ofendo:
de suerte, que por cumplir
con la justicia, que debo,
ha de ser fuerza olvidar
el grande amor que os confiesso.
Quedad preso en esta sala,
que della saldreis muy presto
sin cabeza, porque en ella
tomen los demás exemplo. *Vanse.*
D. JUAN. ¡Hai mas notable rigor!
amigo Nuño, ¿qué haremos?
NUÑO. De verte estoy afligido,
y de oír al Rey suspenso.
D. JUAN. En las iras de los Reyes
no hay mas de paciencia y ruegos:
en grande peligro estoy.
NUÑO. No es menos el que yo tengo.
Voy a buscar a Don Sancho. *Vase.*
D. JUAN. Dile al Principe, que preso,
y en desgracia de su padre
miserablemente quedo.
Hoy, cielos, mi vida acaba,
para que mi exemplo assombre,
quan-

quando Dios maldixo al hombre,
que del hombre se fiaba:
parece que me miraba;
pues fiado en el favor
del Rey, hice tanto error,
creyendo, no sin malicia,
que el brazo de su justicia
pudiera torcer mi amor.
Demás de que justo fuera,
si en la palabra repara,
que a Theodora me quitára,
y que a Sol me concediera,
para que no se volviera
a Castilla: pero en vano
fui del mismo Sol tyrano,
y un Prometheo Español,
que robó la llama al Sol
con atrevimiento humano.
No debe al Rey admirar
un error enamorado,
porque quantos han amado
nos han enseñado a errar;
pero quando quiera usar
desta rigurosa accion,
que me mate mi aficion,
que es fin mas dulce y dichoso,
que ser de Sol tan hermoso
tan atrevido Phaeton.

Sale Theodora.

THEOD. Notable rigor ha sido,

Don

Don Juan, el del Rey ayrado,
pues no se aplaca rogado,
ni se vence persuadido...
El Castellano ofendido
con sus hijas le divierte
de una execucion tan fuerte;
ni al Príncipe deja hablar,
porque dice, que ha de dar
exemplo al mundo tu muerte.
Tu Sol llora, y quando yo
su gracia y belleza vi,
te disculpé quanto a mí,
mas quanto a mis zelos no:
que rogase me pidió
al Rey por tí, y ya queria,
pero en aquesta porfia,
quanto mas hermosa estaba,
tanto menos obligaba
la envidia que la tenia.
Los zelos que tuve della
me han hecho tan rigurosa,
porque a ser menos hermosa
hiciera mucho por ella:
tanto mi amor atropella,
que me obliga a resistir
el perdonar y sufrir,
que en llegando a imaginar,
que en tus brazos ha de estar,
quiero dejarte morir.

D. JUAN. Ya, Theodora, estás vengada,
mas considera, Theodora,
que dejas de ser señora

si la venganza te agrada;
y pues Sol no está culpada,
procederas bajamente
en que su muerte se intente.

THEOD. ¿Yo intento su muerte? D. JUAN. Sí,
porque matandome a mí,
matas a Sol inocente.
Si alabas su perfeccion,
¿por qué no me has disculpado?
y si dices que ha llorado,
¿qué mayor obligacion?

THEOD. En los zelos no hay razon,
ni en iras de amor templanza;
ya perdida la esperanza,
tendré la de tu castigo:
naci muger, y conmigo
los zelos y la venganza.

D. JUAN. No importa: mi amor profundo
muerta quererla promete.

THEOD. Como no la goces, vete
a quererla al otro mundo.

D. JUAN. En que me aborreces fundo
el rigor que usas conmigo.

THEOD. Eres en este castigo
navio a quien doy barreno,
porque de thesoro lleno
no te goce el enemigo.

Salen el Rey, Condestable, Principe, D. Sancho, Leonor, Sol y todos.

PRINC. Assi vuestra Majestad

vea

vea en Portugal la Infanta
Doña Cathalina, hija
del Rey, Archiduque de Austria;
con los nietos que desea,
que pues la parte agraviada
pone en sus manos su honor,
perdone a Don Juan. Rey. No basta,
Principe, hay mucho que ver.

D. San. Señor, quedando obligada
vuestra persona Real
a concederme, que salga
en campo Don Juan conmigo,
será justo hacerle gracia
de la vida, porque yo
se la quite en la campaña.
Con mas honra morirá
a los filos de mi espada,
que en un publico theatro.

Princ. ¡Qué Castellana arrogancia!

Rey. Mendoza, essos desafios,
que antiguamente se usaban,
sagrada Roma prohibe,
y no los consiente España.
Quitan la jurisdiccion
a los Reyes los que tratan
de vengarse por sí mismos,
que al cetro y suprema vara
de la justicia del Rey,
que es virtud, y no es venganza,
toca el hacer la justicia.

D. San. Pues señor, sino se casa
con Sol, yo sé, que Don Juan

es persona tan fidalga,
que donde yo le llamáre,
sea en Italia, o en Francia,
o entre los Barbaros sea
de Europa, Africa o Asia,
irá a volver por su honor.

D. JUAN. Don Sancho, es cosa tan clara
que el Principe mi señor
se obligará a la fianza:
pero si verdad os digo,
respetando vuestras canas,
mas os quisiera por padre,
que por contrario en batalla:
conozco vuestro valor,
porque las edades largas
son buenas para las letras,
pero no para las armas.

D. SAN. Advertid, señor Don Juan,
que si mi edad os engaña,
ni en los agravios hay dias,
ni en los corazones canas.

D. JUAN. Haced que el Rey me dé a Sol,
que el alma que adora y ama
su sombra, la pide y quiere.

REY. Decid, ¿cómo puedo darla,
si la Condesa Theodora,
a quien le dió la palabra,
a estár viene de por medio
para pedirla? SOL. Si tanta
cortesia, o gran señora,
vuestra nobleza acompaña,
doleos de mí, que a essos pies

lle-

llega, Leonor. MEND. Llega, Juana,
y pidamosselo todos.

LEON. Señora, de Don Juan basta
la confusion por castigo.

JUANA. Señora, mas honra gana
quien perdonando se venga.

MEND. Señora, si el Reye mata
a Don Juan, mira que siempre
le traera acuestas fantasma
por donde quiera que huere,
perdonele si es christiana.

THEOD. Por las lagrimas de Sol,
que me ha enternecido el alma,
a tu Majestad le pido,
que los case, y mi venganza
será, ser yo su madrina.

MEND. O viva su Señoranza
mas años que un campanario.

REY. Queriendo Theodora, basta;
dense las manos. NUÑO. Señora,
Leonor está desposada
con Nuño, aunque de secreto,
sea general la gracia,
y sed madrina tambien.

MEND. Y Mendo, señor, con Juana.

JUANA. Yo, ¿quándo?

MEND. No hay que negar,
que me dixo una mañana
quando iba en la borrica,
Mendo, ponme bien las sayas.

PRINC. Solo resta para mí,
que la Infanta Castellana

ven-

venga a Lisboa. REY. Ya es ido
el Condestable a la raya
de Castilla. D. JUAN. Aqui, senado,
con mis fortunas acaba
LA MAYOR VIRTUD DE UN REY.
El Poeta no se cansa
de serviros, aunque ya
le jubilaban las canas:
tan agradecido está
a las mercedes passadas,
dadle aplauso, y a nosotros
el perdon de nuestras faltas.

VERSOS
A LA PRIMERA FIESTA
DEL PALACIO NUEVO.

PIdió prestado un dia
al verde Mayo el rigido Diciembre,
porque visto no havia
rayo de sol su antecessor Noviembre,
cuya corona de guedejas rubias
peinaban hielos y bañaban lluvias.
Mayo porque le diesse
otro por él, que quando el sol le baña
tan pardo amaneciesse,
que inundasse de Ceres la campaña,
bañando los pinzeles de oro y flores,
hizo las nubes arcos de colores.
Con esto en el Oriente
de sereno crepusculo vestida
sacó la hermosa frente
de perlas y crysolitos ceñida
la blanca y roja Aurora, en quien suaves
lloraron fuentes, y cantaron aves.
Y no siendo comunes
tales milagros para todas partes,
retirando de un Lunes
la nieve, que vistió de plata el Martes,
salió con tal templanza y alegria,
que dió Diciembre el tiempo, y Mayo el dia.
Un edificio hermoso,

que

que nació como Adan joven perfeto,
tan breve y suntuoso,
que fue sin distincion obra y conceto
en cuya idea a fuerza del cuidado
fue apenas dicho, quando fue formado:
Apareció este dia
con una plaza coronada en torno
de quanto ser podia
de fabrica Real precioso adorno,
en quien por impossible executado
la esphera vió su circulo quadrado.
Con una estrella hermosa,
que a Jupiter divino retrataba,
candida y luminosa
en ausencia del sol la luna estaba,
de suerte que de Venus parecia,
porque partido el sol, quedasse el dia.
Nuevo Pensil Hispano
una linea de flores esmaltaba
a la siniestra mano,
donde al principio del hibierno estaba
tan viva la florida primavera,
que la tierra pensó que ya lo era.
Como se adorna y pinta
en hilos de oro tela de colores,
que con estar distinta
una de otra labor, hojas y flores,
a donde mas la vista se desvela,
juntas parecen una misma tela:
Sus lugares tenian
Consejos, Reyno, Nuncio, Embajadores,
la esphera componian

gra-

graves Ministros, nobles Senadores:
que son las armas y las santas leyes
potencias de las almas de los Reyes.
Qual suelen à la Aurora
cantar las aves anunciando el dia,
la musica sonora
llamó los ojos donde el sol salia,
y en la arena Marcial de la Palestra
Jupiter Español los rayos muestra.
Menos bizarro mira
al joven Alexandro Macedonia,
quando por ver suspira
un Mundo de sus pies breve Colonia,
pues a pesar de Oceanos profundos,
para nuestro Alexandro nacen Mundos.
Matiza en pura rosa
candido esmalte el carmesi vestido,
cuya pompa olorosa,
imperio breve del Abril florido,
quiso imitar en el color y el passo,
Aurora apenas, quando breve Ocaso.
Lo blanco y encarnado
eran las hojas con igual decoro
de galan y soldado,
la Majestad Real atomos de oro,
la brevedad, el bien y la belleza,
que entrambos passan con igual presteza.
Iba a su lado el Conde,
que meritos y amor igualan tanto,
porque llegar a donde
a la misma fortuna causa espanto,
es virtud, es valor, que no hay estrella
de

de mas felicidad, que merecella.
Accion en que prudente
con tu respeto mismo te aconsejas,
corrieron finalmente
la majestad y la virtud parejas,
si bien la diferencia prevenia,
que assi corren tambien el sol y el dia.
Puesto que juntos salen,
y parece que el curso los conforma,
no fue porque se igualen,
que el tiempo es la materia, el sol la forma,
que el arco de colores que ilumina,
assi resulta de su luz divina.
Aquel distico breve
mejor que Roma cante España ahora,
toda la noche llueve,
vuelve los espectaculos la Aurora,
porque el invicto Cesar ha tenido
con Jupiter su Imperio dividido.
Como veloz cometa
mata la luz en su mayor discurso,
assi el Real Planeta,
que apenas dejó estampa de su curso,
fue Ocaso de sí mismo, que no huviera
lugar, fuera de sí, donde cupiera.
Ibase al Ocidente
el sol por los extremos de la plaza,
que en viendole presente,
el campo celestial desembaraza,
diciendo al despejar nuestro horizonte:
Donde Phelipe es sol, seré Phaetonte.
Mas luego que llegaron

los

los que con tantas galas le siguieron,
tan velozes passaron,
que de tantas colores una hizieron,
como se mira un prado, en cuyas flores
la variedad confunde las colores.
Vuela el ginete ardiente
el azicate en purpura bañado
al palio diligente,
y en haviendose todos ocultado,
volvió a formar nuestro divino Phebo
segundo dia por Oriente nuevo.
Despues de las entradas
de tan gallardos belicosos Martes,
lucidas y admiradas,
hicieron un jardin las quatro partes
del theatro Real, con tal belleza,
que al arte se rindió naturaleza. ¡
Pintar al Rey de España
guiando aquel hermoso labyrintho,
y con la airosa caña
en proporcion de los demas distinto,
era provincia para nuevo Apeles,
que la deidad retira los pinzeles.
Aqui, si yo tuviera
culta Musa Hiperbolica, pintára
caballos que pudiera
envidiarlos el sol, o si pensára
por ver si alguno en tanta copia ha sido
de verse retratar agradecido.
No faltará quien diga
sus colores y patria, y de sus dueños
la militar fatiga,

por-

porque quando en epitomes pequeños
las Musas grandes meritos resuelven,
las alabanzas en agravios vuelven.
Ya estaban frente a frente
las famosas quadrillas repartidas,
y al vuelo diligente
las aligeras cañas prevenidas;
y las adargas de ante al brazo puestas,
que vencidas quedaron para fiestas.
Ya fingen los primeros
en tropa siempre igual, que van huyendo,
ya los siguen ligeros,
las estampas que hicieron, deshaciendo,
alto en la mano el ramo fugitivo
de los brazos del Satyro lascivo.
Pára azicate y rienda
el ginete veloz, donde gallarda,
aunque la fuga emprenda,
otra quadrilla a la que viene aguarda,
esta la sigue, y revolviendo presta,
veloz se adarga de la parte opuesta.
Aquellos que vencian,
huyendo van agora, exemplo raro
a tantos que confian
en sol, que sale a sus intentos claro:
que es yerro no temer mudanza alguna
en la velocidad de la fortuna.
¿Quién vió quadros de flores
ir por los ayres vagos? ¿quién Abriles
tirandose colores?
¿quién Tempes, quién Hybleos, quién Pensiles?
¿y quién, no haviendo Orpheo, andar los prados

de plumajes de flores coronados?
Aqui el Leon de España,
cuyo sagrado pie besan aquellos,
que en barbara campaña
el Africa les dió sobervios cuellos,
hizo, que para ver su gallardia,
se fuesse al Indio poco a poco el dia.
Mirabale la luna,
que aunque es imagen del Dragon España,
no pudo causa alguna
ser impression en tanto cielo estraña,
porque en vez de eclipsarla, competian
los rayos que el Imperio dividian.
Y el nuevo Infante Apolo,
principe de la luz, que ya la espira
a nuestro Hispano polo
por las estrellas mismas, con que mira
la Majestad, a quien la essencia debe,
que tanto mundo puso a pie tan breve.
Los que mirar desean
con pretensiones de su Rey la cara,
huyendo del Rey vean
la quadrilla veloz, que se repara
para no recibir, y no es en vano,
lo que les quiere dar con propria mano.
Entonces invisible,
de los que le seguian iba huyendo,
y no siendo possible
tirar al sol los que le van siguiendo,
de suerte con la adarga se cubria,
que ella sola parece que corria.
Ciego estuviera y mudo

el-

el lynce que mas cielo y tierra abarca,
de ver que cubrir pudo
tan pequeño dosel tan gran Monarca,
que el sol tambien, quando mas alto sube,
cifra los rayos en sucinta nube.

Huyendo se retira
por los campos de Oran el Africano
leon, sino le mira
el que bajaba de la cumbre al llano:
pero si advierte que le vió primero,
passo a passo se va grave y severo.

Assi quando pensaba
el nuestro, que el contrario no le via,
el curso apressuraba;
pero quando despues se descubria
grave leon por la marcial campaña,
volvia la deidad a Rey de España.

Quedese amor aparte,
pues que sin ser lisonja de las Musas,
ni dar el Heroe al arte,
pueden correr por su valor difusas,
pues no hay gracia, no hay ayre, no hay destreza,
de que no le dotó naturaleza.

La antiguedad fingia
solas tres Gracias celebres entonces,
y assi las esculpia
abrazadas en marmoles y bronces:
pero si las del Rey de España viera,
a numero infinito procediera.

El coro de las nueve
falte a mi pluma, quando mas le implore,
si otra razon me mueve,

para que lisongero sobredore
una verdad, que fuera de opiniones
la vió tanto concurso de naciones.
Alentado, valiente,
atento a su Real naturaleza,
bizarro, indeficiente
igualó su poder con su destreza,
que quando la virtud maxima crece,
de toda envidia y deslealtad carece.
Antes que se partiesse,
honró la plaza por las partes quatro,
porque mejor le viesse
todo el nuevo y Real Amphitheatro,
favor, aunque excessivo, no sin arte,
que el sol mejor se ve, quando se parte.
Ya pues que se ocultaba
para salir al polo de Calisto,
y porque no quedaba
cosa que ver, despues de haverle visto,
entre las almas de su luz despojos
de todos se llevó tambien los ojos.
Perdonen los que fueron
dignos de tanto aplauso y alabanza,
pues con el sol salieron,
que a su divina luz ninguna alcanza,
alumbra, luce, brilla y corresponde,
que donde sale el sol, todo se esconde.

A LA VENIDA DE ITALIA A ESPAÑA DEL EXCELENTISSIMO SEÑOR DUQUE DE OSUNA.

HUmilla, o mar Tyrrheno, las vencidas
ondas, que reverberan en las nubes,
y espuma celestial se desvanecen;
paren el curso del tridente heridas,
con que a la obliqua superficie subes
ceñido de corales, que enrojecen
el ayre en que aparecen;
olvida el centro, en cuyo debil suelo
vives ciudad de arena,
y el campo azul serena,
qual prende arroyo por Diciembre el hielo,
que passa por tus aguas la fortuna,
diciendo a tierra y cielo,
que amanece en España el sol de Osuna,
qual suele en las tinieblas que destierra,
dar luz, cubrir el mar, vestir la tierra.
Ya sale de las aguas levantando
de aquel verde laurel que mira España,
flamigeros al Alva resplandores,
los ayres que le cercan ilustrando,
al mismo sol que sale a verle baña
en rayos de mas nitidos fulgores:
levantan ya las flores
almas, que desmayó la noche helada,

na-

nadan libres las aves
los zephyros suaves,
y risueña la plata desatada
corre sonora en cristalinas fuentes,
la margen esmaltada
mostrando en guijas de marfil los dientes,
fulgido assi, de blandas lymphas parte
sol Pedro, Apolo Duque, Español Marte.
No salga a nuestra luz la envidia Harpya,
injusto exemplo de la Diosa Juno,
y provoque lasciva su deseo
al viento Rey, en cuya carcel fria
intrepido bramó coro importuno,
Noto Meridional, Euro Ripheo.
Como en el campo Hybleo,
siembre Favonio solo en vez de flores
los salados cristales
de perlas y corales,
y en las sutiles nubes las colores
del arco, reflexion del claro Apolo,
formen sus resplandores
del agua el de Trajano al mundo solo:
y assi le harán con amoroso zelo
puente el mar, vela el ayre, y arco el cielo.
Tú, claro honor de España, que la espada
entre las flores de tus verdes años
con estrella Marcial sacaste en Flandes,
pues de enemiga purpura bañada
fue materia de espanto a los estraños,
como a tu patria de esperanzas grandes,
porque Neptuno mandes
lo que Marte Catholico en la guerra,
di-

dilata al mar tus glorias,
tus armas, tus victorias,
para que salga la Española tierra
anticipando el puerto, que tus plantas,
donde sus ondas cierra,
bese por triumphos y grandezas tantas,
que te aman sin la envidia de una suerte
fiel Flandes, docta Italia, España fuerte.
Tú solo, claro Principe de OSUNA,
de las armas de España en pie tuviste
la ofendida opinion, y a los gigantes
contrarios a su prospera fortuna
Jupiter Español castigo diste,
y en sus aguas gimieron arrogantes.
Tus rayos fulminantes
eclipsaban calumnias y mentiras
del poderoso aleve,
porque a la humilde plebe,
con el valor que la justicia miras,
asseguraste el Reyno, de quien eras
contra sus fieras iras
padre piadoso, a quien la sangre dieras,
que el vasallo poder sufrir no sabe,
juez justo, Virrey limpio, señor grave.
¿Qué mucho, que la Envidia, que te ha visto
el agua hasta los pechos en un dique
con plaza de soldado, se deshaga,
y siendo tú de la humildad bien quisto,
sus venenosas aspides publique,
y de morder tu pie se satisfaga?
Corriendo por la vaga
region del ayre, la Verdad camina

a España con tus hechos,
que a los reales pechos
sola su luz con alto genio inclina,
y dirá, que tú fuiste a quien mas debe
por tu heroyca y divina
virtud la patria, y por elogio breve
dará en diamante a tu inmortal memoria
gran fama, verde lauro, eterna gloria.
Dirá, que solo tú, solas tus naves
en nombre de Phelipe, no por liga,
la indomita cerviz doblaron tanto
del fiero horror del Asia, que las llaves
de Pedro no temió, blason que obliga
toda la popa del piloto santo.
Theatro fue Lepanto
de otra insigne victoria, que acompaña
Venecia, España y Roma;
pero quien postra y doma
mayor Rey que Selim al pie de España,
y el vivo Atlante de su opuesto polo,
con mas alta montaña,
tú solo fuiste, o gran Giron, tú solo,
que diste a Italia, sin temer sus daños,
paz dulce, libre mar, felices años.
No es en tu sangre esta alabanza nueva,
si España agradecida sus anales
revuelve a ver tus inclitos blasones,
con tan heroica y siempre ilustre prueba
de sus pechos valientes y leales,
que son los que le faltan tus Girones,
¿qué barbaras naciones
no temen tu valor, Flaminio Hispano?
del

del Caspio al Ponto Euxino,
y del Tartaro al Chino,
que desde que los rayos de tu mano
dieron reputacion tan alta a España,
en todo el Occeano,
quanto corona el sol, quanto el mar baña
te aplaude a su pesar de envidias viles,
gran Cesar, nuevo Cyro, invicto Achiles.
Yo siempre a tus grandezas obligado,
a cuyos beneficios almas debo,
inclito vencedor de mi fortuna,
si puede a tu valor ingenio osado,
pluma atrevida, inspiracion de Phebo,
eternidad comprometer alguna,
mientras miráre Osuna
tu casa en el espejo de Corbones,
haré que a eterna llegue,
aunque la luz me ciegue,
con que me alumbras, y temor me pones,
que amor me enseñará, pues fuerza tiene
en obras y en razones,
y entonces las deydades de Hypocrene
a tus hechos daran, que el mundo aclama,
voz viva, inmortal nombre, eterna fama.
Cancion, espera a tu señor contenta,
de que corrida y barbara te mira
la envidia y la mentira;
y a los pies del gran Duque te presenta,
diciendole postrada,
que reciba del alma acreditada
en esta breve suma
gran fé, lealtad igual, humilde pluma.

ELISO,

EGLOGA EN LA MUERTE DEL REVERENDISSIMO P. MAESTRO FRAY HORTENSIO FELIX PARAVICINO.

ELISO Y ARSENIO.

ELISO.

¡O Lagrimas! si ahora
no deshaceis en abundante vena
el corazon, que llora
con tan justo dolor, tan justa pena,
¿a dónde piensa hallar vuestro deseo
de humana causa tan divino empleo?
Pues sois su quinta essencia,
lagrimas, distilad el alma en llanto,
que hallando resistencia,
hareis, vueltas al pecho en dolor tanto,
con el veneno en vivoras deshecho,
la puerta de los ojos por el pecho.
Partióse, aunque de nuestra
tierra infeliz con victoriosa palma,
¡hai ojos! la luz vuestra:
partióse el corazon, partióse el alma.
¿Mas qué difiero el nombre en mal tan fuerte?
partióse HORTENSIO, ¡o lagrimas! o muerte!

Hor-

Hortensio, aquel florido
huerto del cielo, de tan varias plantas
rhetoricas vestido,
que las humanas y las letras santas
fueron en su labor rosas Pangeas,
cultura de sus margenes Hibleas.
El huerto, en cuya fuente
puso la mano la villana envidia:
mas su cristal luciente,
mientras mas le detiene y le fastidia,
mas fuerzas cobra, y por su escura nube
trepa los ayres, y a los cielos sube.
Aquel Archimandrita
de tantos Evangelicos pastores,
si muere, o resucita,
quien libre de esperanzas y temores,
y de la envidia, que la fama cria,
vive en la patria, donde siempre es dia:
Aquel nuevo Africano,
Chrisostomo Español con labios de oro,
que nunca ingenio humano
del intelectual celeste coro
tanta parte alcanzó, pues parecia
extasis de su misma gerarquia.
Suele a la tarde el cielo
vestirse de la tierra las colores;
y assi como su velo
traslada la que tienen hierba y flores,
si verse el coro Angelico pudiera,
Hortensio en él por reflexion se viera.
Aquella transparencia,
que tienen los espiritus alados,

no hablando en pura esencia,
sino quanto permiten imitados,
en el alma de HORTENSIO conocimos,
y el poco menos en su ingenio vimos.
Elevacion divina,
que en sus puros concetos estudiaba;
que no por peregrina,
que tuviesse lugar dificultaba
en su contemplacion, de quien procede
quanto al humano entendimiento excede.
Campos, de lo que digo
temblando estoy, que ya murmura el viento:
o tú, siempre enemigo
de la virtud, ya es muerto, escucha atento:
¿qué buscas en el polvo? qué porfias?
deja alabanzas a cenizas frias.
Parece que estas fuentes,
y aun este de su patria humilde rio,
acercan sus corrientes,
para que no les falte al llanto mio:
¡o lagrimas, llorad en competencia
mi breve vida con su eterna ausencia!
La muerte del amigo
carta de aviso es justo que se llame,
y la del enemigo
alegre nueva de venganza infame;
pero tambien como el amigo mueve
a imaginar que nuestra vida es breve.
Quando nació la muerte,
imperio general del mundo tuvo,
ninguna cosa fuerte
en la flaqueza de su mano estuvo,

que

que desde aquella barbara quixada,
le dió la envidia la primera espada.
Por quantos horizontes
el hacha eterna el mundo peregrina,
humilla excelsos montes,
altos palacios a la tierra inclina,
purpuras rasga, y como breves nemas
rompe feroz auriferas diademas.
Ni Salomones sabios,
ni fuertes Alexandros Macedones
perdonan sus agravios,
que iguales pisa cetros y azadones;
solamente la fama a puro vuelo
se le escondió detrás del mismo cielo.
En esta en fin los hombres
viven despues de muertos con la gloria
de sus ilustres nombres;
y assi será de HORTENSIO la memoria,
que no hay muerte cruel y intempestiva,
que pueda hacer que la virtud no viva.
Vivirá por su fama
aquel pastor, que honró la patria nuestra,
porque la viva llama,
que por la eternidad celages muestra,
no ser cometa, sino sol se infiere,
que se traspone, pero no se muere.
Dos Reyes consultaron
su premio a un mismo tiempo en cielo y suelo:
mas como se tardaron
las consultas del suelo, el Rey del cielo
de una mitra le honró gloriosamente,
que coronó de luz su docta frente.

Aqui,

Aqui, donde solia
escuchar su divino entendimiento
a la tristeza mia,
campos, alivio no, lugar intento,
que penas, que es justicia padecellas,
la causa agravia quien descansa en ellas.

ARSENIO.

Campos de la segunda primavera,
secos despojos, cuyo humor interno
apenas en la hierba persevera,
A quien del sol el breve curso eterno
deja en los brazos de la noche fria,
prolixa esposa del lluvioso hibierno,
Sin vuestra soledad hallar solia
a la contemplacion mas estudiosa
lugar la natural philosophia:
Halléle en vos, mi Erato, lastimosa,
para que pueda lugubre la pluma,
bañandola en cristal, templarla en rosa.
En culta escribiré, si breve suma,
a mi proprio dolor un Epigrama,
que a la virtud no es justo que presuma,
De aquel, que desatado en pura llama
passó desta mortal a eterna vida,
en brazos de su gloria y de su fama.
Si bien con alma noble agradecida
su Orestes fui, su Ephestion y Acates,
que no es amor el que la muerte olvida.
Despeñase una fuente en azafates
de flores recibida, que hermosean
con surcos de cristal blandos embates.
Donde tambien los zephyros pelean,

por

por quién ha de llevarla hasta la alfombra
de un valle, en cuyos alamos la emplean.
Ahora sol y en el verano sombra
aquel laurel perene le permite,
que todo ingenio su esperanza nombra.
Philomena sus lastimas repite,
a cuya imitacion algun conceto
podrá ser que su voz me solicite.
¿Pero quién es aquel, que a un mismo efeto
hurtarme el puesto y el intento quiso,
y por ventura el alma del sujeto?
Eliso me parece: ¿Amigo Eliso,
tú peregrino destos campos, quando
menos dorado los visita Amphriso?
¿Qué le estabas al alma consultando,
que suspensa la pluma, el pensamiento
parece que le estabas preguntando?

ELISO.

Arsenio amigo, a mi dolor atento,
de mi muerto pastor alguna parte
de sus virtudes escribir intento.
Mas como vence el sentimiento al arte,
huyendo los concetos de la idea,
versos me niega, y lagrimas reparte.

ARSENIO.

Eliso amigo, ¿quién habrá que crea,
que te falten las Musas escribiendo,
por mas que grave la materia sea?

ELISO.

¿No has visto senda de cristal riendo
bajar de una pizarra en otra al llano,
y que a la noche, que la vió durmiendo,

La risa le prendió hielo tyrano,
helada perla a perla su harmonia?
pues dessa suerte son ingenio y mano.
¿Qué importa discurrir la phantasia,
si la hiela el dolor y la divierte,
y menos halla quanto mas porfia?
Quisiera yo pintar de alguna suerte
la menos alta parte de su vida,
y no me deja el llanto de su muerte.
Aquella torre de Thomas vestida
de los escudos de Domingo santo;
en ciencia ilustre, en fama esclarecida:
Christoval en el nombre, y Christo en quanto
puede imitar Sacerdotal oficio,
causando admiracion, moviendo a llanto:
En funebre oracion, piadoso indicio
de su virtud, con grave accion el dia
ultimo de sus honras sacrificio,
Dispuso con rhetorica energia
de suerte su alabanza, que amor solo
disculpa ahora la ignorancia mia.

ARSENIO.

Invoca, Eliso amigo, el sacro Apolo,
no aquel de los obscuros pensamientos,
que tantos hijos tiene en nuestro polo,
Sino aquel padre de la luz, que atentos
tiene los sabios a sus frasis claras,
que él te dará su lyra y sus acentos:
Que para describir cosas tan raras,
tendrás propicias las Deydades sumas
al sacro honor de tus funestas aras.
Ni es mucho que de Tragico presumas,

si te da Melpomene su instrumento,
amor conceptos, y la fama plumas.
Lo primero dirás su nacimiento,
que a toda noble accion, lustre y decoro
fue siempre el mas urbano fundamento.

ELISO.

Es la virtud en ella esmalte en oro,
si bien en su virtud los hombres nacen,
porque es nobleza de mayor thesoro.
No hay mas favor, que el que los cielos hacen,
quando se causa sin distancia alguna,
que la nobleza y la virtud se abrazen.

ARSENIO.

Dirás, que por nacer con mas fortuna,
partiendo las estrellas y los cielos,
la sangre dió Milan, Madrid la cuna:
Y dirás, que del sol los paralelos
cinco años, lustro apenas, devanaron
los hilos de oro de la Aurora zelos,
Quando padres y deudos se admiraron
de ver, que un niño en el Latin leía
lo que muchos Orthographos erraron:
Dirás como contaba y escribia
con los despojos del pueril manteo
la arena al mar, los atomos al dia:
Y aquel tan santo, como tierno empleo
en la sagrada Religion, que tiene
la redencion de Christo por tropheo,
Donde a tantos cautivos, que detiene
el Africano Moro, el fiero Thrace,
a dar la mano con el Angel viene.

ELISO.

Siempre el ingenio con el hombre nace.

ARSENIO.

De diez años la Logica sabía;
tanto el ingenio el arte satisface:
Maestro en la sagrada Theologia
de poco mas de veinte, suficiencia,
que la Academia en extasis tenia.
Pero apenas con esta preeminencia
candida honró su dulce patria, quando
azechaba la envidia su inocencia;
Porque ya del laurel, que coronando
miraba a HORTENSIO las ilustres sienes,
se doraba los dientes murmurando.
Tan dilatado campo, Eliso, tienes,
que ya te ofrece Apolo su corona.

ELISO.

Presumo, que mis lagrimas detienes.

ARSENIO.

Si amor ningun amado amar perdona,
¿por qué no sonará tu dulce lyra
en la dificil cumbre de Helicona?

ELISO.

Prosigue su partida, que me admira,
que pueda yo sus meritos cantando,
de la envidia feroz templar la ira.

ARSENIO.

Dirás, que el sacro Tormes lamentando
su infante alumno en vagarosas venas,
la verde margen excedió llorando:
Que no formaban islas sus arenas,
como cantabas tú, sino dos mares,

que.

que vieron la ciudad por las almenas.

ELISO.

Entonces el humilde Manzanares
 sobervio de riberas negaria
 lo claro al Tajo y lo florido a Henares.
Nacen las perlas donde muere el dia,
 y ya en la arena de sus dulces baños,
 sin envidiar al Sur, las forma y cria.
Dirás, que fue Orador veintiseis años
 de la alta Majestad de dos PHELIPES,
 accepto a proprios y admirable a estraños;
Y porque de su aplauso participes,
 no es mucho que le iguales con los grandes,
 ya que por su humildad no le anticipes:
Su peregrinacion de Italia y Flandes,
 la estimacion de Napoles y Roma,
 porque ajustado a sus honores andes.
Para su condicion el pincel toma,
 y entre ramos de olivas y laureles
 pinta una pura y candida paloma.
¿Pero donde podrás hallar pinceles
 para pintar su pecho generoso,
 por mas que seas del Parnasso Apeles?
Tan magnanimo fue, dulce y piadoso,
 y en perdonar sus proprios enemigos
 humilde y verdadero Religioso.

ARSENIO.

Los ingenios, los Principes amigos,
 que le assistieron, como en vida, en muerte,
 serán desta verdad nobles testigos.
Dirás, pues que lo fuiste, de qué suerte
 con ellos oficioso intercedias,

porque a su exemplo el bien hacer despierte.
Nunca a la puerta de su celda el dia
llamó con manos de jazmin y rosa,
sin socorrer al que a pedir venia:
Ni con helado pie la temerosa
noche cubrió la tierra sin fatiga
de ocupacion al proximo piadosa.

ELISO.

Es de hacer bien naturaleza amiga,
y aunque muchos tan noble la tuvieron,
¡o quanto el ver ingratos desobliga!

ÁRSENIO.

Los oficios dirás que ennoblecieron
sus letras tantas veces duplicados,
que autoridad, y no ambicion le dieron:
Y porque de los hombres estimados
por su valor, virtud y entendimiento,
y del profano vulgo separados,
Hace la envidia su mayor sustento,
disculparás su asseo y su limpieza,
lustroso adorno y grave lucimiento.

ELISO.

Es la limpieza accion de la nobleza;
ni a la virtud contradiccion implica,
ni es arte lo que fue naturaleza.

ARSENIO.

En la montaña, que la frente aplica
feroz gigante en la Thebayda al cielo,
de Anacoretas solitarios rica,
De Julio al sol, y de Diciembre al hielo,
vivia Ephren, un ermitaño santo,
que contemplando en el celeste velo,

Quan-

Quando la noche tiende el negro manto,
una coluna vió de fuego ardiente,
que el topacio del sol no alumbra tanto:
Y estandola mirando atentamente,
la prodigiosa luz le solicita
a que saber la causa orando intente:
Y como lo mas raro facilita,
que se rasgue la nube, y con el trueno
fulgurante relampago vomita:
Salió una voz de aquel profundo seno,
diciendo, que la luz significaba
el gran Basilio de virtudes lleno.
Partióse Ephren donde Basilio estaba,
y vió, que el Clero al despejar el coro
su Obispo ilustremente acompañaba.
Miró la autoridad, miró el decoro,
la purpura, los guantes y el cayado,
cruz de diamantes y sortijas de oro:
Y estando aquella noche desvelado,
murmuraba el rigor de su pobreza,
y la riqueza del pastor sagrado:
Pero con mas activa ligereza,
que a la presa neblí, rompiendo el viento,
las extendidas alas endereza,
Del cabello enetrado al descontento
Monje con los cristales de la mano
le llevó de Basilio al aposento
Un ministro del coro soberano,
diciendole: Esta grana, este oro y plata,
Ephren, murmuras a Basilio en vano,
Que mas te huelgas tú con una gata,
que tienes en tu celda, que él con quanto
the-

thesoro viste y purpura dilata:
¿Qué estorva al Religioso el limpio manto,
ni al Obispo la randa del roquete,
siendo el adorno del oficio santo?
Mas porque ya de las hermanas siete
se muestra el resplandor, y aquella grana,
que viste el sol, serenidad promete,
En este sitio esperaré mañana,
para decirte cosas de su muerte,
y de la fragil condicion humana,
Que mueva a llanto, y a temor despierte,
viendo que es humo, viento y polvo quanto
del fin, que nos acerca, nos divierte.
Verás cómo en la mano a Christo santo
hizo un sermon tan tierno y amoroso,
que hasta la envidia se bañaba en llanto:
Que aunque es pension del que nació famoso,
quando no muere con el muerto, es fiera
de nacimiento bajo y afrentoso,
pues del que ya murió venganza espera.

LAS BIZARRIAS DE BELISA.

COMEDIA
FAMOSA
DE LOPE DE VEGA CARPIO.

Hablan en ella las personas siguientes:

BELISA *dama.*
FINEA *su criada.*
CELIA *dama.*
LUCINDA *dama.*
FABIA *criada.*
D. JUAN DE CARDONA.
TELLO *su criado.*
OCTAVIO *galan.*
JULIO.
CONDE HENRIQUE.
FERNANDO *criado del Conde.*

JORNADA PRIMERA.

Sale Belisa con vestido entero de luto galan, flores negras en el cabello, guantes de seda negra, y valona, y Finea.

FINEA. ¿Assi rasgas el papel?
BELISA. Cansame el Conde, Finea.
FINEA. ¡Què ingratitud! BELISA. Que lo sea
me manda amor. FINEA. Fuego en él,
que pienso que no es tan vario

en

en sus mudanzas el viento.
BELISA. Navega mi pensamiento
por otro rumbo contrario:
castigó mi voluntad
el cielo. FINEA. No sé si diga,
que justamente castiga,
señora, tu libertad.
Tanto despreciar amantes,
tanto desechar maridos,
tanto hacer de los oídos
arracadas de diamantes,
claro está, que havian de dar
en ocasion al amor,
para vengar tu rigor.
BELISA. Bien se ha sabido vengar.
FINEA. ¡O que bien los has vengado
con querer ahora bien
a quien, ni aun sabes a quien,
ni él tan poco tu cuidado!
Tus desdenes con razon
ahora diciendo están,
¿qué se hizo el Rey Don Juan?
los Infantes de Aragon
qué se hicieron? BELISA. No presumas,
que desta mudanza estoy
arrepentida, aunque doy
agua al mar, al viento plumas;
porque tengo la memoria
deste necio amor tan llena,
que juzgo poca la pena
para tan inmensa gloria.
¿Llaman? FIN. Sí. BEL. Pues quiero hablarte.

BELIS.

con mas espacio despues:
mira quién es. FINEA. Celia es,
que ha venido a visitarte.

Sale Celia.

CELIA. Prospere tu vida el cielo.
BELISA. No sé, Celia, si querrá
tener esse gusto ya.
CELIA. Ya la novedad rezelo:
dixeronme que te havian
visto con luto en la calle
mayor, aunque gala y talle
la causa contradecian:
y hallo que todo es verdad;
pero tanta bizarria
no es tristeza. BELISA. Celia mia,
murió. CELIA. ¿Quién? BELISA. Mi libertad.
CELIA. Es impossible que en tí
haya faltado el desden.
BELISA. ¿No es faltarme, querer bien?
CELIA. ¿Tú quieres bien?
BELISA. Yo. CELIA. Tú? BELISA. Sí,
ya cessarán mis rigores.
CELIA. Veré primero sembrado
de estrellas del cielo el prado,
y el cielo de hierba y flores,
y trocando el natural
efecto, veré tambien
a la envidia decir bien,
y a la virtud hablar mal:
veré la ciencia premiada,

y a la ignorancia abatida,
que es la verdad bien oída,
y que la lisonja enfada,
y el impossible mayor
dar honra al què está sin ella,
que crea, Belisa bella,
que puedes tener amor.

BELISA. Una tarde (quando el sol
dicen que en el mar se esconde,
y se le ponen delante
las cabezas de los montes,
quando por aquella raya,
que con varios tornasoles
divide el cielo y la tierra,
y los días y las noches,
nubes de purpura y oro
van usurpando colores
a las plumas de los ayres,
y a las ramas de los bosques)
iba sola con Finea,
amiga Celia, en mi coche,
tan sol de mi libertad,
quanto luego fui Phaethonte,
que nunca verás tan altas
las sobervias presunciones,
que no las fulminen rayos
como a las sobervias torres.
Era en la parte del prado,
que igualmente corresponde
a essa Fuente Castellana,
por la claridad del nombre,
que tambien hay fuentes cultas,

que aunque obscuras, al fin corren
como versos y abanillos,
quiera el cielo que se logren.
Iba Finea cantando
en gracia de mis blasones
finezas del Conde Henrique
(que ya conoces al Conde,
y a sus papeles escritos,
para que, quando me toque,
como papel de alfileres,
tenga papeles de amores)
ya mis locas bizarrias,
desprecios y disfavores,
como si huviera nacido
de las entrañas de un roble:
quando veo un caballero
con el semblante conforme
al sucesso que esperaba,
volvió la cara, y paróse
a escuchar quien le seguia:
pero con pocas razones
desnudando las espadas
los ferreruelos descogen.
El que digo, el pie delante
con el contrario afirmóse,
gala y valor, que en mi vida
vi hombre tan gentilhombre:
no era el otro menos diestro,
no te parezca desorden,
que siendo muger te cuente
lo que es bien que ellas ignoren;
que aunque aguja y almohadilla

son nuestras mallas y estoques,
mugeres celebra el mundo,
que han gobernado esquadrones:
Semiramis y Cleopatra
Poetas e Historiadores
celebran, y fue Thomyris
famosa por todo el orbe.
¿No has visto quando dos juegan,
que sin conocerse escoge
uno de los dos, quien mira,
sin que el provecho le importe,
y quiere que el otro pierda,
sin saber que esto se obre
por conformidad de estrellas,
que infunden inclinaciones?
pues dessa suerte mi alma
subitamente se pone
al lado del que juzgaba
por mas galan y mas noble.
Alzó el contrario de tajo,
a quien mi ahijado embebióle
una punta, con que dió
en tierra; mas levantóse
presto, porque despues supe
que trahia un peto doble
de Milan, labrado a prueba
del plomo, que muros rompe.
Acudieron a este punto,
tirandole varios golpes,
tres hombres a mi galan,
cosa indigna de Españoles.
Pero dicen entre amigos,

que

que el enemigo perdone,
que solo es vil el que huye,
y valiente el que socorre.
Con razon, o sin razon
salto de mi coche entonces,
quito la espada al cochero,
que arrimado a los frisones
miraba a pie la pendencia,
todo tabaco y vigotes,
como si estuviera el necio
de la plaza en los balcones,
y el Conde de Cantillana
acuchillando leones:
y partiendo al caballero,
me pongo de Rodamonte
a su lado, ¡cosa estraña!
en fin hombres de la Corte,
pues se volvieron humildes,
los que llegaron feroces.
Agradecido el galan
de dos tan nuevas acciones,
comenzó a hablarme, y no pudo,
porque de lejos dan voces,
que la justicia venía,
que no hay Santelmo en el tope
despues de la tempestad,
que como una vara assome.
Dixele, en mi coche entrad,
que si los caballos corren,
porque estos no son de aquellos
que repiten para cofres,
presto estaremos en salvo.

En-

Entró el galan, y sentóse
en la proa, y yo en la popa
como campos fronte a fronte.
Viendo que nadie venia
templó el cochero el galope,
y en la Fuente Castellana
para descansar, paróse.
Yo siempre que voy al prado
llevo un bucaro, tomóle
el cochero, y diónos agua,
díle yo una alcorza, y dióme
las gracias en un requiebro,
que la mano agradecióle.
Con esto le persuadí
a que dejando favores,
me contasse la ocasion
de la pendencia, que sobre
cosas de amor sospechaba,
que hay prophetas corazones,
pues antes que la dixesse,
zelos me daban temores,
que el que ha de matarla, sabe
la garza entre mil alcones.
En fin dixo desta suerte:
Ahora a escucharme ponte,
para que como él a mí,
de mi desdicha te informe.
Yo soy Don Juan de Cardona,
hijo del señor Don Jorge
de Cardona, Aragonés,
y Doña Juana de Aponte:
nací segundo en mi casa,

y assi mi padre envióme
a Flandes, donde he servido
desde los años catorce
hasta la edad en que estoy:
volvieron informaciones
de mis servicios, y cartas
de aquel angel, que coronen
los cielos, Infanta de Austria,
de divinos resplandores,
tia del Rey, que Dios guarde.
Pretendí luego en la Corte
a guisa de otros soldados:
pero entre otras pretensiones
de un Habito, vi una tarde
con otro de chamelote
un seraphin de marfil
con toda el alma de bronce:
quedé sin ella, seguíla,
servíla, y agradecióme
la voluntad, retirando
todo lo que no es amores:
gasté, empobrecí: mi padre
enojado descuidóse
de mi socorro, y Lucinda,
que este es desta dama el nombre,
desdeñosa a puros zelos
me mata viendome pobre:
que no hay finezas que obliguen,
ni lagrimas que enamoren.
Quando esto dixo, quisiera
sacar los ojos traidores,
que por otra havian llorado,

mi-

mirad qué envidia tan torpe:
prosiguió, que la pendencia
fue por ser competidores
él y el galan, porque teme
que si la obligue, la goze.
Finalmente para el caso
en tantas lamentaciones,
que, sin saber por qué causa,
quise arrojarle del coche,
él llorando, y yo sin alma
llegamos casi a las once
a mi posada, roguéle
que me viesse, y respondióme,
que sería esclavo mio,
con mil tiernas sumissiones,
y despedido e ingrato
a ver su dama partióse.
Quedé tan necia, que apenas
sé por qué, cómo, ni dónde
amo, envidio, y con los zelos
temo que loca me torne,
porque pienso que es castigo
de aquellos tyranos dioses
Venus y Amor, de quien hize
burla, y los llamé embaydores.
Troqué las galas en luto,
la libertad en prisiones,
la bizarria en descuidos,
y en humildad los rigores.
Ni voy al prado, ni al rio,
no hay cosa que no me enoje,
a la musica soy aspid,

ve-

veneno a fuentes y flores,
soy, no soy, vivo, no vivo,
y entre tantas confusiones,
ni sé dónde he puesto el alma,
ni ella misma me conoce.

CELIA. Es sucesso tan estraño,
que a no ser tuyo, no fuera
possible que le creyera:
pagas justamente el daño
que has hecho a tantos, ingrata:
locura debe de ser
querer, quien otra muger
deja, aborrece y maltrata:
pero de tu entendimiento
la mayor locura ha sido,
Belisa, no haver querido
divertir el pensamiento.
¿Ya no vas, como solias,
al prado, ni al soto? BELISA. No,
que mas me entretengo yo,
Celia, en las tristezas mias,
que en el lugar mas remoto
con mayor descanso estamos:

CELIA. Assi vivas, que salgamos
estas mañanas al soto.

BELISA. Si va a decir la verdad
(que encubrirla no es razon,
ni a mi justa obligacion,
ni a tu segura amistad:)
con la ocasion deste mes,
de tantas damas passeo,
salgo al campo, a ver si veo

quien me ha de matar despues:
mas ni en sotos, ni en retiros
le he visto, ni él vuelve a verme.

CELIA. Como en otros brazos duerme,
no despierta a tus suspiros:
pero salgamos mañana,
que en mi buena dicha espero
hallar esse cavallero,
que tengo por cosa llana,
que si le vuelves a ver,
y mas despacio mirar,
no solo no le has de amar,
pero le has de aborrecer,
que muchas cosas agradan
miradas subitamente,
mas passa aquel accidente,
y vistas despacio enfadan.

BELISA. Hai, Celia, yo quiero darte
credito, y seguir tu voto,
disfrazada voy al soto.

CELIA. Y yo quiero acompañarte.

BELISA. No ha de salir el Aurora
quando estés aqui. CELIA. Si haré.

BELISA. Dar a tus consejos fe
mis esperanzas mejora,
porque de la luna el velo
mirado con atencion
descubre manchas, que son
indignas de tanto cielo. *Vanse.*

Salen Don Juan de Cardona, y Tello criado.

D. JUAN. Tello, el amor no gusta de consejos,
y

y mas del inferior. TELLO. Qué mayor
prueba
de que el amor es loco
sin los consejos de la vida espejos.
D. JUAN. Y para el ciego amor es cosa nueva
tener la vida, y aun el alma en poco.
TELLO. Quien tiene vista, al que le falta guia,
que si entrambos son ciegos, van perdidos:
quando tu amor, Lucinda, agradecia
estaban disculpados tus sentidos:
pero ahora que quiere bien a Octavio
es infamia de amor sufrir su agravio,
sino buscar remedio. D. JUAN. ¿Qué remedio?
TELLO. Poner otros amores de por medio,
que assi se curan quantos han querido,
porque otro amor es el mas breve olvido.
D. JUAN. ¿Con qué dinero, necio?
TELLO. No todos los amores tienen precio,
meritos tienes, ama,
¿ha de faltar una mostrenca dama,
que te quiera por gusto? D. JUAN. Majadero,
¿amores en la Corte sin dinero,
y mas ahora que tan caro es todo?
TELLO. Pues yo no sé otro modo,
ni hay Medico en el mundo, que tomando
el pulso a un amador aborrecido,
no le recete otra muger. D. JUAN. Si quando
voy a buscar de tanto amor olvido,
se me pone delante la hermosura

de Lucinda, ¿podré yo por ventura
decir amores a otra cara? TELLO. Bueno,
una purga es veneno,
y por tener salud la toma un hombre.

D. JUAN. Tello, ya no hay muger que no me as-
sombre.

TELLO. Alexandro lloraba, porque havia
un mundo solo, que con uno solo
dixo que no podia
con tanta tierra y mar de polo a polo
satisfacer su pecho;
tú lo contrario has hecho,
que sola una muger en Madrid quieres,
haviendo treinta mundos de mugeres,
morenas, pelirubias, gordas, flacas,
unas mudas de lengua, otras urracas,
discretas, mentecatas, bachilleras,
ayrosas en las burlas y en las veras;
hay enanas, hay largas como trampa,
unas con pie de Apostol consoladas
del ponlevi, que imprime poca estampa,
y otras, que en vez pudieran de arracadas
traher las zapatillas;
hay lazaras mugeres de amarillas,
que salen del sepulcro de las camas,
y otras, que de clavel parecen ramas;
hay romas, hay Pioquintas,
unas que se contentan con dos cintas,
y otras como tarascas de dineros,
que engullen mayorazgos por sombreros;
unas piadosas, y otras socarronas,
tales severas, tales juguetonas;

unas

unas mudables por andar mas frescas,
y otras firmes de amor, como Tudescas:
pero en siendo mugeres, sean morenas,
sean blancas, o no, todas son buenas.

D. JUAN. Qué pintura tan necia. (cia

TELLO. ¿Pues yo, señor, qué he dicho de Lucre-
la casta, y en camisa,
de Porcia y Artemisa,
una avestruz de hierros encendidos,
y otra sepultura de maridos?

D. JUAN. ¡Hai puerta! hai dulces rejas!
a Lucinda llevad mis tristes quejas.

TELLO. Pues ya que llegas, llama.

D. JUAN. Aun llegar a llamar teme quien ama.

En la reja Fabia criada.

FABIA. ¿Quién llama? ¿quién está ahi?

D. JUAN. Dile, Fabia, a tu señora,
que estoy aqui. FABIA. No es ahora
tiempo de llamar ansi.

D. JUAN. ¿Por qué razon? FABIA. Porque está
desnudandose. D. JUAN. ¿Tan presto?

FABIA. No fuera termino honesto
abriros la puerta ya:
id con Dios, Don Juan, que havemos
de madrugar, para ir
al soto. D. JUAN. ¡Qué vengo a oír
tal crueldad! TELL. No hagas extremos,
mira que en la calle estás.

D. JUAN. Fabia, Fabia, espera. FABIA. Espero,
¿qué quereis? D. JUAN. Di que la quiero

una

una palabra no mas.

FABIA. Bueno, en comenzando a hablar;
tanto vendrás a empeñarte,
que venga el sol a rogarte,
que la dejes acostar.

D. JUAN. Abre, Fabia. FABIA. ¡Qué locura!

Sale a la reja Lucinda.

LUCIN. ¿Con quién hablas? FABIA. Con D. Juan
de Cardona. LUCIN. ¿Y qué dirán
de tanta descompostura
en la peor vecindad,
que tiene calle en Madrid?

D. JUAN. Lucinda, hermosa advertid,
que es linage de crueldad
indigno de un caballero
como yo, tratarme ánsi.

LUCIN. Lo que Fabia os dixo aqui
daros por disculpa quiero,
porque haviendo de salir
del Alva al primer albor,
no será razon, señor,
que no me dejeis dormir:
el afeite natural
en el buen sueño reposa,
que no se levanta hermosa,
muger que ha dormido mal:
id con Dios, y presumid,
que os amo y tengo respeto.

D. JUAN. Que yo me fuera, os prometo
señora, pero advertid,

que

que ver a Fabia turbada
tan necios zelos me ha dado,
que pienso que lo ha causado
el estar vos ocupada,
abrid, que con solo entrar
luego me vuelvo a salir.

LUCIN. Esta no es hora de abrir,
ni de dar que murmurar,
que hay vecina tan liviana,
que para escuchar despierta,
apenas oye la puerta,
quando ocupa la ventana:
hacedme esta cortesia
de que os vais. D. JUAN. Es impossible
sin entrar. LUCIN. Ya estais terrible!

D. JUAN. Amor, Lucinda, porfia,
que le lleve a vuestra sala
solo a dejar estos zelos.

LUCIN. Ponerme en tantos desvelos,
ni es cortesia, ni es gala:
id con Dios, que puede ser,
que os resulte algun pesar.

D. JUAN. Pues vive Dios que he de entrar,
y que lo tengo de ver.

LUCIN. ¿Golpes a mi puerta? D. JUAN. Y cozes
hasta ponerla en el suelo.

Salen Octavio y Julio con broqueles y espadas.

OCTAV. A tanta descortesia,
y a tan loco atrevimiento,
saldrá el honor desta casa

a castigar vuestros zelos,
la puerta está abierta, entrad.
D. JUAN. No era sin causa el tenerlos:
¿vuessas mercedes me digan
si son hermanos u deudos
desta dama, u son galanes?
OCTAV. Pues que no quiere entrar dentro,
donde supiera quién somos,
a fuera se lo diremos.
D. JUAN. Salgan, y sabrán tambien
con los zelos, o sin ellos,
que soy: Don Juan de Cardona.
TELLO. Y yo Tello su escudero.
LUCIN. ¿Hai, Fabia, qué haré? FABIA. Acostarte,
y dense. LUCIN. Sin alma quedo.
D. JUAN. Aqui, Tello. TELL. Vengan otros,
que estos ya huelen a muertos. *Vanse.*

Salen el Conde Henrique y Fernando criado.

CONDE. Bravo Mayo. FERN. No permite
distancia sin flor al suelo.
CONDE. Con las estrellas del cielo
en el numero compite.
FERN. Crecido va Manzanares.
CONDE. Imita al que ruin nació,
que quando crecer se vió,
despreció los patrios lares,
que al humilde nacimiento
sucede como a este rio,
que descubre en el estio
su arenoso fundamento:

o bienhaya aquel discreto,
que, quando se mejoró
de fortuna, se quedó
con aquel mismo sujeto:
no disminuye el valor,
antes muestra en parte alguna
quien desprecia la fortuna,
que la merece mayor.
Muchos conozco yo aqui
tan discretos en su estado,
que todo lo que han mudado,
es lo que hay fuera de sí.
Pero esto aparte dejando,
y viniendo al desatino,
con que aquel desden divino
me quiere matar Fernando:
¿cómo no ha venido a ser
de aquestos campos Aurora,
que ya dice el sol, que es hora
de salir, y amanecer?

FERN. Estaráse componiendo
de galas y bizarrias,
con que estos festivos dias
sale de Aurora riendo,
y en este verde theatro
hace la madre de amor.

CONDE. Yo, que adoro su rigor,
y su desden idolatro
conjuraré su donayre,
para que venga. FERN. Ya espero,
que te obedezca ligero
su espiritu por el ayre.

CONDE. Ponte el sombrero, Belisa,
pluma blanca y randas negras,
aunque no ha menester plumas
quien en tales pies las lleva.
Ponte al espejo, y retrata
en su cristal tu belleza,
para que tengas envidia
de que nadie te parezca.
Que tú sola de tí misma
puedes trasladar las señas,
formando tú y el cristal
otra mentira tan bella.
Mira que te aguarda el soto,
y que en su verde alameda
aun no han cantado las aves,
por esperar que amanezcas.
Peynate el pelo a lo llano,
y no le rizes en trenzas,
que si te ven la jaulilla,
harás que las aves teman.
Mira que rosas y lirios
para salir a la selva,
no rompen la verde carcel,
hasta que les des licencia.
Sarta de cuentas de vidrio
vanda de tu cuello sea,
porque quando te la quites
quede convertida en perlas.
Con las flordelises de oro
ponte la verde pollera,
pues que son pueblos en Francia
mi esperanza y tus defensas.

Pa-

Para que la cuesta bajes
a tus chinelas acuerda,
que hay muchos ojos que suben,
quando se bajan las cuestas.
Ponte en la cabeza rosas,
y en los zapatos rosetas,
de manera que en los pies,
y en la cabeza se vean.
Aunque yo tengo mas zelos
del pie, que de la cabeza,
que aunque toda vas florida,
no a lo menos toda honesta:
Ven a matar de mañana,
aunque el amor forme quejas,
que esté durmiendo el Aurora,
y tú, Belisa, despierta.
Si alguno te dice amores,
destos que de hablar se precian,
dí que no vas a mirar,
sino solo a que te vean.
Assi, discreta Belisa,
segura del soto vuelvas,
que no te engañen los ojos
esto que llaman guedejas.
Ponte el manto Sevillano,
no saques mas de una estrella,
que no has menester mas armas,
ni el amor gastar sus flechas.
Mas ayrosa vas tapada,
y al fin con menos sospecha,
que matando quanto miras,
te conozcan, y te prendan.

Bien puedes salir, que ya
los ruiseñores comienzan
a ser campanas del Alva,
para que la tuya venga.
FERN. Quedo, no conjures mas.
CONDE. ¿Por qué? FERN. Porque ya se acerca.
CONDE. O conjuros amorosos,
divina teneis la fuerza.

Sale Belisa con la mayor gala de color que pueda, manto y sombrero de plumas, y Finea de la misma suerte.

BELISA. ¿A dónde Celia quedó?
FINEA. Con unas amigas queda
sentada orilla del rio.
BELISA. Como no tiene mis penas,
cansóse de verme andar
buscando la causa dellas.
Mucho es, que aquestas mañanas
Don Juan al soto no venga.
FINEA. Tendrále preso Lucinda.
BELISA. ¿Cómo? si Don Juan se queja
de sus desdenes y engaños.
FINEA. ¡Qué bien sus zelos consuelas!
BELISA. ¡Hai, Finea! el Conde. FINEA. Amor
hoy quiere que coger puedas
en el soto de Madrid
los azaares de Valencia.
CONDE. Ya es tarde, Belisa ingrata,
para encubriros de mí,
que dentro del alma os ví,

en

en cuyo espejo os retrata:
ya que los campos de plata
la dorada Aurora pisa,
no envidien su dulce risa
las aves, fuentes y flores,
quando con mas resplandores
sale à los nuestros Belisa.
Y aunque con sola una estrella
podeis dar luz, no es razon,
que esconda el manto a traicion,
la que ha venido con ella:
descubrid, Belisa bella,
la que venis ocultando,
matenme entrambas, que quando
es tan cierta la victoria,
bien es que partan la gloria
de haverme muerto mirando.
La mayor honestidad,
que fue de la villa espejo,
le debe al campo el despejo
de su verde soledad:
descubrid, mirad, matad,
que es cruel razon de estado
mostrar con el desenfado
de que amor se maravilla,
bizarrias en la villa,
y desdenes en el prado.

BELISA. No por veros me encubrí,
quando me alegré de veros.

CONDE. Gracias al amor, y al campo
en que mas humano os veo:
¿quereis escucharme? BELISA. Sí,

que

que tan cortés caballero
no dirá cosa en mi agravio.
CONDE. Oid.

Salen Don Juan y Tello.

D. JUAN. No descubro, Tello,
en todo el soto a Lucinda,
y en su casa nos dixeron,
que havia salido al campo.
TELLO. Que nos engañaron temo,
que esto de enviar al soto
siempre ha sido mal aguero.
D. JUAN. No estará, Tello, Lucinda
con Octavio por lo menos.
TELLO. Bravo rebes le pegaste.
D. JUAN. Como le sentí en el pecho
defensa, tiré por alto.
TELLO. Si no llega gente creo,
que en Enero vuelvo a Julio,
tiréle un tajo, y abriendo
el broquél, subió tan alto
por essos ayres el medio,
que apartadas las estrellas
pienso que no estuvo un dedo
de descalabrar la luna.
D. JUAN. Vengué con sangre mis zelos,
mas mira, por Dios, si ves
a Lucinda. TELLO. Preguntemos
por ella. D. JUAN. ¿A quién?
TELLO. A este soto
exercito de conejos.

Di-

Diga, señor Manzanares,
saca-manchas de secretos,
a quien debe su limpieza
la informacion de los cuerpos:
el que lava en el verano
lo que se pecó el hinbierno,
cuya espuma es de jabon,
cuyas orillas de lienzo,
¿ha visto vuessa merced
una muger de buen gesto,
muy enemiga de amores,
muy amiga de dineros,
que desde pobres acá
la perdió Don Juan por serlo,
y con ella una criada,
centella de aqueste fuego,
que le hurta los borradores,
como los Poetas versos?
Habla el rio: Essa muger,
que haveis perdido, escudero,
está en casa con Octavio
almorzando unos torreznos,
con sus duelos y quebrantos:
tal me vinieran los duelos.
¿De qué lo sabeis, buen rio?
De que estoy en su aposento
en un cantaro, que al rostro
le doy el primer bosquejo.
¿Oyes lo que dice el rio?
D. JUAN. Oygo que vienes muy necio.
FINEA. Señora, señora, escucha.
BELISA. ¿Qué quieres? FINEA. D. Juan y Tello
es-

estan junto a aquellos olmos.

BELISA. Señor Conde, yo me atrevo,
en fe de vuestro valor,
que me aguardeis un momento
junto a aquel coche, entretanto
que con aquel caballero
hablo dos palabras solas.

CONDE. Si siendo zeloso puedo
ser cortés, iré forzando
mi paciencia, a obedeceros;
pero sufrir que un galan,
Belisa, os diga requiebros,
mas viene a ser bajo estilo,
que amoroso sufrimiento.

BELISA. No es galan, aunque lo es,
y assi no hay de que ofenderos,
pues el nombre de marido
siempre mereció respeto:
de Aragon viene a casarse
conmigo, que os vais os ruego,
que no es de cobarde amante
en publico, ni en secreto,
para no perder la dama,
dejar el campo a su dueño.

CONDE. ¿Qué estais casada? BELISA. No sé,
esto han tratado mis deudos.

CONDE. ¡Por cierto que él es galan!

BELISA. ¿No os parece que me empleo
justamente en él? CONDE. Despues
os responderán mis zelos. *Vase.*

BELISA. ¿Señor Don Juan, los soldados
y caballeros, tan presto

olvidan obligaciones?

D. JUAN. Señora mia, no pienso
que os ha ofendido mi olvido,
falta sí de atrevimiento:
dos mil veces he querido,
obligado a lo que os debo,
ir a besaros la mano,
y a resolverme no acierto.
¡Qué buena ventura mia,
pues la he tenido de veros,
que esta mañana me truxo
donde tan hermosa os veo!
¡qué bizarra! qué gallarda!
¡qué talle! qué lindo asseo!
¿qué jardin se debe a Mayo?
¿Quándo Abril se fue lloviendo
tantas rosas, tantas flores?
¡Qué ayrosamente el sombrero
(coronel de vuestros ojos,
timbre de vuestros cabellos)
os hace Marte del soto
belicosamente Venus,
para matar, y dar vida
a los mismos que haveis muerto!

BELISA. ¿Lisonjas despues de olvidos?
¿despues de agravios, requiebros?
guardadlos para Lucinda:
¿Despues de ingrato, discreto?
no, señor Don Juan, ¿vos sois
Cardona? ¿vos caballero
de Aragon? ¿No hay mas disculpa,
que decir quiero, y no tengo

de perdido por Lucinda?
¿Cómo os va con ella? ¿hay zelos?
¿hay desdenes? ¿hay galanes?
ya se deben de haver hecho
las amistades, hablad:
¿de qué os suspendeis? D. JUAN. No puedo
deciros de mis desdichas
mas de que loco amanezco
en su calle, donde el sol
me deja, quando por cercos
de oro en el mar de Occidente
argenta el rubio cabello,
hasta que peyna el del Alva
con los rayos de su eterno
curso, ilustrando los ayres,
dorando el verde elemento,
qual suele por verde selva
zeloso novillo huyendo
de su contrario, en los troncos
romper la furia sobervio,
temblar las ramas, sonando
por varias partes los ecos,
cubrir de polvo las nubes
arañando el seco suelo:
assi yo la calle assombro,
para mí selva de fuego,
rompiendo a las duras rejas
con mis suspiros los hierros.
BELISA. ¡Qué linda comparacion!
¡qué bien aplicado exemplo!
¡qué bien pintado novillo!
¡qué amanecer! ¡qué concepto!
¿Sois

¿Sois Poeta? D. JUAN. ¿Quién, señora,
no ha hecho malos, o buenos
versos amando, que Amor
fue el inventor de los versos?
BELISA. En lo tierno se os conoce:
¿quereis hacerme un Soneto
a una muger, que castiga
la fortuna, amor y el tiempo?
la fortuna por sobervia,
por venganza el amor ciego,
y el tiempo con derribar
sus bizarros pensamientos;
tan necia, que quiere a un hombre,
despues de tantos desprecios,
que está abrasado por otra.
D. JUAN. De componerle os prometo,
pero advertid, que no soy
culto, que mi corto ingenio
en darse a entender estudia.
TELLO. Nympha del sombrero al sesgo
¿quiere veinte y dos palabras?
FINEA. Quite veinte, y diga presto.
TELLO. No sois vos de mala casta:
yo soy un mozo moreno,
natural de Calahorra,
ya he dicho las dos, si tengo
de hablar mas, prorogue el pacto.
FINEA. Por no estorvar nuestros dueños,
llegue cerca, y diga. TELLO. Digo.

Salen Lucinda con sombrero de plumas, y Fabia.

LUCIN. Ya te he dicho lo que siento.

FABIA. ¿Pues cómo, si quieres bien
a Don Juan, le estás haciendo
tiros con Octavio, a un hombre
que te adora? LUCIN. Porque espero
a puros zelos rendirle,
de manera que troquemos
la esperanza en possession,
y el amor en casamiento.
FABIA. ¿Por mal le quieres llevar?
LUCIN. Reducido a tal extremo
él se casará conmigo.
FABIA. ¿Por bien no es mejor consejo?
LUCIN. ¡Hai, Fabia, aqui está Don Juan!
FABIA. Y no está ocioso a lo menos.
LUCIN. ¡Gentil muger! ¡bravo talle!
hasta el socarron de Tello
tiene su poco de dama.
D. JUAN. Si haveis tenido deseo
de conocer a Lucinda,
ahora vereis si tengo
buen gusto. BELISA. ¿Es esta?
D. JUAN. ¿No veis
en la mudanza que han hecho
mis ojos, que quiere el alma
salir a verla por ellos?
BELISA. Vos estais bien empleado,
con tanto, con ella os dejo.
D. JUAN. Antes no, que quiero yo
probar tambien a dar zelos.
BELISA. ¿Desso tengo de servir?
D. JUAN. Ya que por mi amparo os tengo,
suplicoos, pues no os importa,

que

que entre los dos la matemos.

BELISA. Ahora bien, va de matar:
¿qué es esto que intento? ¡hai cielos!
¿estoy loca? ¿soy quién fui?
¿quién en tanto mal me ha puesto?

LUCIN. Suplico a vuessa merced,
mi reyna, la del sombrero
blanco, que por otra tal
me preste esse caballero,
(que si le ha menester mucho,
y ha sido galan al vuelo
para hablalle dos palabras)
que le volveré tan luego,
que apenas sienta su falta.

BELISA. Nympha del sombrero negro,
y los guantes de achiote,
no entra bien con el pie izquierdo,
si viene a tomar la espada,
porque es terminillo nuevo
pedir el galan prestado:
pero que sepa le advierto,
que soy como amigo ruin,
que ni convido, ni presto:
¿voy bien? D. JUAN. Extremadamente:
decidle mas. BELISA. El despejo
con que me pide el galan,
que es alma de aqueste pecho:
¿quereis mas? D. JUAN. Matadla, muera.

LUCIN. ¡Hai, Fabia, que estoy muriendo!

BELISA. ¿Pero sobre qué le pide?
quizá nos concertarémos
a manera de mohatra,

con

con prendas, riveto, y tiempo,
porque no hay diamantes Chinos,
oro en Tibar, ni en el Cerro
de Potosí plata, ni ambar
en la Florida, por... LUCIN. Quedo,
no passe de por. BELISA. ¿Por qué?
LUCIN. Porque si es amor mohatrero,
no tengo mas prendas yo,
que palabras, juramentos,
papeles, firmas, engaños.
BELISA. No hacemos nada con esso,
vuessa merced se ha engañado,
que este galan me le llevo
como mi marido acaso.
LUCIN. ¿Marido? BELISA. Lo que le cuento:
LUCIN. ¡Jesus! BELISA. Si ha de desmayarse
del susto deste sucesso,
acerquese mas al rio,
dama, porque cayga dentro.
Dadme la mano, mis ojos.
D. JUAN. Y el alma es poco. LUCIN. No quiero
verlos ir, vamonos, Fabia:
¿esto llaman amor? fuego. *Vase.*
D. JUAN. ¡O qué bien me haveis vengado!
BELISA. ¡Hai cielos! de mí me vengo.
D. JUAN. Muriendo voy por Lucinda.
BELISA. Y yo abrasada de zelos. *Vanse los dos.*
TELLO. Dame tú tambien la mano.
FINEA. ¿Tienesla lavada? TELLO. Pienso
que ayer hizo tres semanas:
¿Tu nombre? FINEA. Finea. TELL. Bueno,
Fineza te he de llamar.

FI-

Finea. ¿Y el tuyo? Tello. Tello.
Finea. Si es Tello
de Menesses, comerás
muchas tortillas de huevos.
Tello. Mejor estas manecitas,
como yo fritas en ellos.
Finea. ¡Hai qué Tello! Tello. ¡Hai qué Finea!
¡hai qué niña de los cielos!
Finea. ¡Hai qué socarron! Tello. ¿De quién?
Finea. ¿De quién dices? del infierno.
Tello. Dame un favor. Finea. Tuya soy.
Tello. ¡Qué barbita! Finea. ¡Qué moreno!

JORNADA SEGUNDA.

Sale Belisa con diferente vestido del que llevó al campo.

Belisa. Temerario pensamiento,
que teniendo el mundo en poco,
junto a la luna a ser loco
sobre las alas del viento
colocastes vuestro assiento:
¿qué desdicha, qué cuidado
hoy os ha puesto en estado,
que haveis tan hermosas plumas
entre las blancas espumas
del mar de amor sepultado?
Sale vestida la nave
de jarcias y de vanderas
con las velas tan ligeras,
que el viento piensa que es ave:

mas

mas el de popa suave
vuelve con facil mudanza
en uracan la bonanza,
porque no pueda ninguna
del rigor de la fortuna
assegurar la esperanza.
Florece un arbol temprano,
quando el ruiseñor suspira,
la primavera le mira
llena de flores la mano;
mas llega el hielo tyrano,
y con intensos rigores
los pimpollos y colores
cubre de tristeza y luto,
porque hasta tener el fruto,
no estan seguras las flores.
Por mas que en el nido esconda
el ave sus pajarillos,
como los fuertes castillos
con su cava, muro y ronda,
dispara el pastor la honda,
y con violencia importuna,
sin dejar pluma ninguna,
le arroja piedra villana,
que no hay resistencia humana
al golpe de la fortuna.
Nave en el mar parecia
mi libertad en amor,
arbol vestido de flor
mi locura y bizarria,
nido que el ave texia
era mi seguro olvido,

mas vino amor atrevido,
y con el galan Cardona
puso al pie de su corona
la nave, el arbol y el nido.
Vencedor destos despojos
me mata sin ser culpado,
que no sabe mi cuidado,
aunque le dicen mis ojos
con amorosos enojos:
soy mariposa en llegarme
a la llama, y retirarme,
y tanto amor me desvela,
que doy tornos a la vela,
y no acabo de quemarme.

Sale Finea.

FINEA. Sin quitarme el manto vengo,
por darte presto el recado.
BELISA. De prisa, será desdicha,
que nunca viene despacio.
FINEA. Hallé la casa (que fue
en Madrid nuevo milagro,
que no sabe del segundo,
quien vive el primero quarto)
díle el papel, abrazóme,
dióme este doblon de a quatro.
BELISA. ¿Oro tiene? FINEA ¿Por qué no?
BELISA. Que no se le dió me espanto
a la señora Lucinda:
Muestra. FINEA. Toma. BEL. Yo le guardo,
por ser la primera prenda

que tengo suya. FINEA. Es cuidado,
que te perdonára yo;
y prenda que él no te ha dado,
no merece estimacion.
BELISA. Por él, Finea, te mando
un habito de picote.
FINEA. No, sino el tuyo de raso.
BELISA. Soy contenta: dime ahora,
¿qué respondió? FINEA. En tono bajo
leyó, y dixo: ¡Linda letra!
BELISA. ¿No dixo nada a la mano?
FINEA. No a fe. BELISA. No era de Lucinda.
FINEA. Llamó a Tello, y el picaño
a tres olas respondió,
que estaba hablando en el patio,
pidió la capa y la espada,
y dixome: Luego parto
a ver, qué manda aquel Angel.
BELISA. ¿Angel dixo? esse es engaño.
FINEA. Es verdad que lo añadí
por aquello de la mano,
que la lisonja es la fruta,
que mas se sirve en palacio,
y en tí un Angel mas, o menos
no es lisonja, haviendo tantos.
BELISA. ¿En cuerpo estaba en efecto?
FINEA. Un gavanzillo leonado
tenia untado con oro.
BELISA. ¿Con gavan? es cierto caso,
que tendria vigotera.
FINEA. No la nombres, que me espanto
de ver los hombres con ella,

y hay muchos tan confiados,
que a la ventana se ponen,
que es como assomarse un macho:
mientras tiene vigotera
un hombre ha de estar cerrado
en un sotano. BELISA. Si es de ambar
con cairel de oro, no es malo,
y quitada importa poco.

FINEA. Siempre pienso, que assomando
la boca por entre el cuero
me coca algun mono zambo.

BELISA. ¿Huvo montera? FINEA. El cabello
sirve a los mozos este año
de montera, y papahigo.

BELISA. Bien parecen asseados:
ahora bien, va de aposento:
¿hay gran pobreza? FINEA. ¿Un soldado
qué ha de tener? las paredes
vestian quatro retratos,
uno del Rey, que Dios guarde,
y otro de Lucinda al lado.

BELISA. ¿Y no tuvo zelos? FINEA. ¿Cómo?

BELISA. No ves, necia, que hace caso
la imaginacion, y zelos
son hombres imaginados:
¿y de quién eran los otros?

FINEA. El uno de Don Gonzalo
de Cordova su pariente,
que en los paises y estados
de Flandes, me dixo Tello,
que anduvo con él. BELISA. Aguardo
el vestido de la noche.

FINEA. ¿La cama dices? de raso
de la China un pavellon,
lo limpio no sé pintarlo,
que un tafetan lo cubria:
lo demas, baules, trastos
de casa, ajuar de mozos,
libros, guitarra, ante, casco,
y un broquel en un rincon.
BELISA. Sin duda viene, habla passo.
FINEA. ¿En qué lo ves? BELISA. En el alma,
que me lo ha dicho temblando.

Salen Don Juan y Tello.

D. JUAN. ¿Puedo yo penetrar su entendimiento?
¿no ves que fuera necia diligencia?
TELLO. Sí, pero en su presencia
estar como novicio de Convento,
que no ve tierra mas de la que pisa?
D. JUAN. Tello, yo bien presumo que Belisa
me tiene voluntad, pero en efeto
en esto solo quiero ser discreto,
no siendo confiado,
demas que no es amor haverme honrado
con hacerme merced, y si lo fuera,
no llegára Belisa a ser tercera
de los amores de Lucinda. TELLO. Mira
que se suele cubrir una mentira
con capa de verdad, y el que se llama
galan, no ha de aguardar a que la dama
le requiebre primero.
Iba un Frayle devoto caballero,

y

y quando tanta espuela le metia
a la mula, decia:
arre por caridad, hermana mula.

D. JUAN. Belisa nos escucha, dissimula.

BELISA. ¿Señor Don Juan, sin verme tantos dias?
¿qué es esto? ingratamente lo haveis hecho,
trocamos vos y yo las bizarrias.

D. JUAN. Estoy de vuestra gracia satisfecho,
pero por no cansaros
me havrá de suceder desobligaros.

BELISA. Señor Don Juan, a cierta dama un dia
presentó un papagayo un caballero,
diciendole, que todo lo sabía,
sino era hablar; lo mismo considero:
vos sois galan, discreto y entendido,
apacible, valiente y bien nacido,
modesto, ayroso, atento y de buen trato,
y solo os falta hablar, por ser ingrato,
y tú, Tello, tambien. FINEA. Qual es el dueño,
tal el criado. TELL. A fe de Calahorreño
que estoy sin culpa yo, que solo he sido
lechon de aqueste prodigo perdido,
eco de aquesta voz: parte el Cardona,
verás que soy la maza. D. JUAN. ¿Y yo?

TELLO. La mona.

D. JUAN. Bueno por vos me pone. BELISA. Bien merece
vuessa merced, que Tello assi le trate.

D. JUAN. ¿Vuessa merced? TELL. Yo soy un disparate.

BELISA. No hay tan bravo leon, que no se rinda

a los divinos ojos de Lucinda,
¡qué tierno havrá llorado el buen Cardona,
y qué havrá dicho alli de mi persona! –
¿pintóme muy feissima? que cierto,
se haria un ermitaño en un desierto,
y tentacion a mí por lo del rio,
y los zelos del soto. D. JUAN. Es desvario:
contaros todo lo que passa quiero:
diré verdad a fe de caballero
Aragonés, y Cordova y Cardona,
y si mintiere, y esto no me abona,
no vuelva yo a los ojos de mi padre.

BELISA. Decid tambien de mi señora madre.

D. JUAN. Despues, Belisa hermosa, que le distes
con tal gracia a Lucinda tales zelos
en aquel soto, donde sol salistes,
mas claro que el que adoran Delpho y Delos,
escribióme un papel con ansias tristes
hasta en la letra, ¡o vengadores cielos!
que en lagrimas embueltas, y borrones
apenas se entendian las razones:
Fui a verla, como alli me lo rogaba,
y halléla con la mano en la mexilla,
que el cuerpo en el estrado reclinaba,
saludéla, llegué, tomé una silla:
Lucinda (que la puerta me negaba,
¡o castigo de amor, o maravilla!)
me dió su estrado, que en llegando a estado
tan bajo, amor, poco hay de estado a estrado.
Tomandome las manos, y bañando

las de los dos con lagrimas, decia,
que me adoraba tiernamente, quando
por obligarle amor, desden fingia.
Apenas, o Belisa, ví llorando
la que ser piedra para mí solia,
quando quedé como en la luz infusa
Atlante del espejo de Medusa.
Declaróme secretos pensamientos
de una razon de estado bachillera,
materias de obligar a casamientos,
que yo escuché como si piedra fuera.
Salí despues de tantos sentimientos
tan desenamorado, que pudiera
vender olvido a la mayor constancia,
¡gran cosa levantarse con ganancia!
Qual suele labrador en noche obscura
dormir en la campaña a cielo abierto,
y ver la luz del Alva hermosa y pura,
o todo el sol de subito despierto;
assi salí de confusion tan dura
subitamente, y desde el golfo al puerto,
que despicado, en viendome querido,
su llanto risa fue, su amor olvido.
Ni la ví mas, ni la veré en mi vida,
como, duermo, passeo, y tiempo tengo
para mi pretension, que de perdída
con verme libre, a restaurarla vengo,
no lagrimas, no mas traycion fingida,
a nuevo amor el corazon prevengo,
aunque quien resucita, nadie crea,
que en volverse a morir discreto sea.
BELISA. ¡Notable historia! D. JUAN. Yo os digo
la

la verdad. BEL. ¿Cierto? D. JUAN. Tan cier-
que en mí fue sueño despierto, (to,
lo que en Lucinda castigo:
no mas Lucinda, ya es hecho,
a vuestros ojos lo juro,
algun divino conjuro
me la ha sacado del pecho.
BELISA. Tello, ¿es esto assi? TELLO. No sé,
que pueda no ser assi,
porque esto passa ante mí,
señora, de que doy fe:
ya cessó la devocion
de aquel su passado arrobo,
porque come como un lobo,
y duerme como un liron:
quitósele la zelera,
y el amor. BELISA. Gracias a Dios.
TELLO. Pero enamoradle vos
a lo divino tercera:
dad sujeto a este galan
de vuestra mano. BELISA. Si hiciera,
si alguna dama supiera
como la quiere Don Juan.
TELLO. Una assi como vos. BELISA. ¿Yo,
Tello? TELLO. Assi toda florida,
despejada, bien prendida.
BELISA. ¿Necia y lindissima no?
TELLO. Mas quiero engaños, rigores,
iras y zelosas tretas
de las divinas discretas,
que de las necias favores.
D. JUAN. Deja, Tello, a su eleccion
la

la dama que quiere darme.

Belisa. Quiero para assegurarme,
que esteis en aprobacion,
que hay amante, que enojado
sirve otro sujeto un mes,
y vuelve a echarse a sus pies
mas tierno y enamorado,
y aun busca satisfaccion
a su misma pesadumbre,
porque la mala costumbre
puede mas que la razon.

D. Juan. Si yo volviere a querer
a Lucinda, plega a Dios....

Belisa. No jureis. D. Juan. Pues dadme vos
por vuestro gusto muger,
que pueda amar y estimar,
y vereis lo que me obliga.

Belisa. Yo conozco cierta amiga,
que de vos me suele hablar:
pero no, que me parece,
que os volvereis luego allá.

Tello. Apostaré que te dá,
segun la dama encarece,
alguna doña terrible.

Belisa. Pues esso si la burlais,
que a Zaragoza volvais,
lo tengo por impossible.

D. Juan. Estando vos de por medio,
aunque sin mi gusto fuera,
con mil almas la quisiera.

Belisa. Yo intento vuestro remedio,
y quiero que la veais,

mas primero que se rinda,
quantas prendas de Lucinda
teneis, guardais y adorais,
mayormente su retrato,
me haveis de dar. D. JUAN. Yo haré,
que las traiga Tello, en fe
de que ya le soy ingrato.
BELISA. ¿Y será cierto? D. JUAN. ¿Pues no?
BELISA. ¿Cumplireislo todo ansi?
D. JUAN. Digo mil veces que sí:
¿Mas quién es la dama? BELISA. Yo.
Vase.
TELLO. ¿Y tú no me quieres dar
una Nympha a quien querer?
FINEA. ¿Qué tiene que me volver
de Fabia, despues de estar
un año en aprobacion?
TELLO. Toda alhaja fregonil
rendiré a tu pie gentil.
FINEA. ¿Hay retrato? TELLO. Un San Anton
para tener le pedí
en mi aposento. FINEA. ¿Y qué no
verás mas a Fabia? TELLO. ¿Yo?
¿Mas quién es la Nympha? FINEA. Mi.
Vase.
TELLO. ¿Qué sientes desto? D. JUAN. Estoy loco.
TELLO. Ama, quiere aqui, porfia.
D. JUAN. A tal gracia y bizarria
darle mil almas es poco:
¡con qué gusto dixo, Yo!
TELLO. Y la picarilla, Mi:
¿Vas enamorado? D. JUAN. Sí.
TE-

TELLO. ¿No ha de haver Lucinda? D. JUAN. No.

Vanse, y salen el Conde, Fernando y musicos.

CONDE. Ninguna cosa, Fernando,
me entretiene, estoy perdido.
FERN. ¿Cómo has de hallar el olvido,
si estás siempre imaginando?
CONDE. Como la imaginacion
es madre de los concetos,
olvidan mal los discretos,
que zelos conceptos son:
de aqui nace, que Poetas
son los mas enamorados,
imaginando engañados
a sus damas tan perfetas.
FERN. ¿En tantas difiniciones
de amor nunca van hallando
la verdad? CON. No hay mas, Fernando.
que ser imaginaciones:
¿Belisa, en fin se ha casado?
FERN. El Cardona Aragonés
es gentilhombre. CONDE. Sí es,
con que mas zelos me ha dado.
FERN. El entra en su casa ya
con libertad de marido.
CONDE. Bastante defensa ha sido,
segura Belisa está,
que a no ser marido, es cierto,
que no sufriera galan,
y menos al tal Don Juan.
Cantad algo, que estoy muerto.

Sientese en una silla, y canten los musicos.

Musica. Antes que amanezca
sale Belisa,
quando llegue al soto
será de dia.
CONDE. Quando esse estrivo escribí,
qué bizarra la miré.
Cantad la copla, y haré
una Endecha para mí.
Musica. Mañanicas de Mayo
salen las damas,
con achaques de azero
las vidas matan,
no ha salido el Alva,
y sale Belisa.
Quando, &c.

Salen Lucinda y Fabia.

FABIA. Formaron tu pensamiento
los zelos, que no el agravio.
LUCIN. Por estar herido Octavio
nuevos engaños intento.
FABIA. Aqui está el Conde. LUCIN. Y qué triste
está escuchando cantar.
¿Puede una muger entrar?
FERN. Nadie la entrada resiste
a tal gracia y hermosura.
¿Señor, duermes? COND. ¿Qué me quieres?
FERN. Que te buscan dos mugeres.

CON-

CONDE. ¿Es Belisa por ventura?
LUCIN. No soy sino la mayor
enemiga dessa dama:
Lucinda soy. CONDE. Por la fama
conozco vuestro valor.
LUCIN. En fe del vuestro he venido
a suplicaros. CONDE. Primero
tomad una silla. LUCIN. Hoy quiero
satisfacer al oído
de la verdad, que en ausencia
tanto ha escuchado de vos.
CONDE. Satisfaremos los dos
la fama con la presencia. *Sientanse.*
LUCIN. Esta natural passion,
generoso Conde Henrique,
que contraria de la ira
en nuestros pechos reside,
siempre la he juzgado igual,
y si decirse permite;
ira y amor son lo mismo:
porque como es impossible,
que haya amor sin zelos, y ellos
venganza de agravios piden,
es fuerza que entre la ira
a donde el amor la admite,
como se ve por exemplos
de esposos y amantes firmes,
que mataron lo que amaban
por zelos, de que se sigue,
que la ira y el amor
no son diferentes fines,
aunque en principios contrarios:

to-

todo este prologo sirve
de que el amor y la ira
me trahen a que os suplique,
que a mi remedio el valor
de vuestra sangre os incline
por la ofensa, que tambien
de mis agravios recibe.
Vino Don Juan de Cardona,
yo sé que una vez le vistes,
de Zaragoza a la Corte,
caballero de la insigne
casa, que en sus armas pone
plumas de pavon por timbre.
Un dia, que nuestro Rey
corrió lanzas, nuevo Achiles,
descuidada, y no de galas,
a ver y ser vista vine:
mirando pues con el brio
que la espuela en sangre tiñe
del bridon, que con las alas
del viento las plantas mide:
quando a la sortija atento
el que a dos mundos assiste
con solo un cetro, la lanza
passa de la cuja al ristre,
y ayrosamente la lleva,
veo, que el Don Juan, que os dixe,
atento a las de mis ojos
era de sus niñas lynce,
La fiesta hizo fin, y amor
principio, que por oirle
halló lugar y esperanza

de

de quererme y de seguirme,
desde aquel dia hasta ahora
en pretenderme prosigue
Don Juan; mas yo deseando
a mejor fin reducirle,
díle zelos y desdenes,
falso arbitrio, con que hice,
que mudando pensamiento
otra dama solicite.
Esta, a quien tan bien lo sabe,
no es razon que yo la pinte,
si bien en sus bizarrias
quanto celebran, consiste.
Dejaronla mucha hacienda
sus padres, luce y repite
con bostezos de señora
a escuderos y tellizes.
Esta pues, que de Don Juan
fue la encantadora Circe,
como aquella que entretuvo
sin entendimiento a Ulysses,
no solo ha podido hacer,
que me aborrezca y olvide,
sino que en el verde soto,
que de puro cristal ciñe
Manzanares, este mes
de verdes alamos viste,
le llamó marido, ¡hai cielos!
¿cómo pude resistirme?
Desde aquel dia me matan
zelos y congojas tristes.
Llaméle, y dixele amores,

pe-

pero apenas quiso oirme,
que ensobervece a los hombres
ver las mugeres humildes.
A los dos, Henrique ilustre,
una misma ofensa aflige,
y assi es justo, que a los dos
la misma venganza obligue.
Yo haré de mi parte quanto
fuere a una muger possible,
que las mas tiernas amando,
con zelos se vuelven tigres:
vos de la vuestra, y los dos
para los dos, que si rinden
zelos, les daremos zelos:
al arma, mueran, suspiren,
no se han de casar, que a vos
os toca, o quedemos libres,
o vengados, que aunque es fuerte,
no es el amor invencible.

CONDE. Ya de vuestra relacion
alguna parte sabía,
porque la enemiga mia
me dió a saber la ocasion:
la sobervia y presuncion
de Belisa se ha rendido
al titulo de marido,
y con ser ansi mi amor,
se agravia de su rigor,
pues no me permite olvido.
Por vos y por mí hacer quiero,
en lo que possible fuere,
lo que no contradixere

a la ley de caballero:
que nos venguemos espero,
vos con zelos de tan necio
galan, y yo que me precio
de que estimen mis cuidados,
que es venganza de olvidados
hacer del rigor desprecio.
Fuera de que puede ser
(perdone vuestro valor)
que de fingir este amor
viniessemos a querer:
porque suele suceder,
que cosas de amor tratando
dos libres, y no pensando,
que pueden ser verdaderas,
venir a acabar en veras,
lo que se empieza burlando.
Yo me rindo al talle y brio
del galan Aragonés,
pero no tanto despues,
que Belisa ofende el mio:
entremos a desafio
dos a dos, a donde espere
victoria el que mas pudiere
en el campo de los dos,
y ayude amor, pues es Dios,
al que mas razon tuviere.

LUCIN. Cierta será la victoria,
Henrique, si me ayudais.

CONDE. Mirad como la trazais,
que resulte en vuestra gloria.

LUCIN. En toda amorosa historia

no es bien que el fin se presuma,
muger soy, y será en suma;
con que disculpada quedo,
mio de amor el enredo,
y vuestra será la pluma.
CONDE. Amor la imprima. FABIA. ¿Qué has hecho?
LUCIN. Vengarme de quien me agravia.
FABIA. Loca estás. LUCIN. Y es cierto, Fabia,
con tanto amor en el pecho. *Vanse las dos.*
CONDE. Gran parte del mal desecho
con la venganza trazada.
FERN. ¿Qué haveis tratado? CONDE. No es nada.
FERN. Esta dama es de Don Juan.
CONDE. Toma, Fernando, el gaban,
y dame capa y espada. *Vanse.*

Salen Belisa y Tello.

BELISA. ¿Joyas a mí? TELLO. Por qué no,
si eres la Reyna de Troya.
BELISA. ¿Quando está pobre Don Juan,
finezas tan amorosas?
¿a mí phenix de diamantes?
TELLO. Con el verso y con la prosa,
que le enviaste, está loco.
BELISA. Pena me ha dado la joya:
¿qué se empeñó? ¿Cómo es esto?
TELLO. No ha sido empeño, señora,
sino el paternal dinero,
que vino de Zaragoza,
que assi como vió el Soneto
dixo con voz amatoria

róm-

rompiendo medio bufete
de una puñada Cardona:
¿Hay tan alta bizarria?
¡que una señora componga
tales versos! malos años
para quantos a Helicona
van por agua y alcacer.
Y luego del baul toma
la bolsa Zaragozi,
y dixo: Tendrás ahora
el mejor dueño del mundo;
pero respondió la bolsa
en tiple de los escudos:
Mejor soy para la olla.
Fuimos a la insigne puerta
(que Guadalaxara nombran,
sepulcro de oro y de seda
de tantos cofres langosta)
y para el phenix Belisa
phenix de diamantes compra,
porque el dia de San Marcos,
que del trapo llaman zorras,
salgas a matar guedejas,
y dar envidia a balonas:
pero dime si es possible
reducir a la memoria
el Soneto que escribiste.

BELISA. Como yo de amores loca
no me osaba declarar,
dixe ansi. TELLO. Las Musas oygan.

BEL. Canta con dulce voz en verde rama
Philomena dulcissima al Aurora,
y en viendo el ruiseñor, que le enamora,
con reciproco amor el nido enrama.
Su tierno amante por la selva llama
candida tortolilla arrulladora,
que si el galan el ser amado ignora,
no tiene accion contra su amor la dama.
No de otra suerte al dueño de mis penas
llamé con dulce voz en las floridas
selvas de amor, que oyendo el canto apenas
Se vino a mí las alas extendidas,
porque tambien hay voces Philomenas,
que rinden almas y enamoran vidas.

TELLO. Por Dios, que es Soneto digno
de que en sus obras le ponga
la Marquesa de Pescara,
que Italia celebra y honra.
O, pues tambien lo merecen,
en las Canciones sonoras
de la Isabela Andreina
representanta famosa:
pues hoy estiman sus versos
París, Napoles y Roma:
¡qué sonoridad, qué luces!
¿y aquello de arrulladora?
¡Mal año para los cultos!
¡qué claridad estudiosa!
¡qué cultura! dará envidias,
aunque laurel le corona,
al Principe de Esquilache,

y

y al Retor de Villahermosa.
BELISA. ¿Eres Poeta por dicha?
TELLO. Y por desdicha notoria.
BELISA. Porque esse lenguage, Tello,
a presumir me ocasiona
que haces versos. TELLO. ¡O qué lindo!
oye una Silva a una mona,
a quien requebró un galan
en peso la noche toda.

Quedóse en un balcon, donde solia
desde las doce de la noche al dia
hablar cierto galan a una casada,
por cerrar la ventana su criada,
el animal que mas imita al hombre,
aunque él sabe tambien tomar su nombre:
la mona con el frio, en la cabeza
pusose un paño, que tendido estaba,
con que la dicha moza se tocaba.
Vino el galan, y atento a su belleza
tirabale al balcon de quando en quando
chinas, con que la mona despertando
salió ligera, y en lo alto puesta
le daba algunos cocos por respuesta.
Pensó que hablaba assi por su marido,
y la reja trepó, del hierro asido:
mas queriendo besarla, de tal modo
le asió de las narizes que temiendo,
que pudiera sacarselas del todo,
se estuvo lamentando y padeciendo,
hasta que el Alva hermosa,
vestida de jazmin con pies de rosa,

de

de ver los dos amaneció riendo,
ella del monicidio temerosa
al pobre amante en vez de los amores
de arriba abajo le sembró de flores.

Sale Finea.

FINEA. Doña Lucinda de Armenta,
y Doña Fabia su moza
te quieren hablar. BELISA. Di que entren.
TELLO. ¿Esso dices? BELISA. ¿Pues qué importa?
TELLO. Voyme por estotra puerta. *Vase.*
FINEA. ¿Qué aguardan? entren, señoras.

Salen Lucinda y Fabia.

LUCIN. Si vuessa merced se acuerda
de que en la florida alfombra
de Manzanares un dia
compitiendo con la Aurora
amaneció perla en nacar,
o rosa, que baña aljofar,
siendo el pimpollo el sombrero,
o vuessa merced la rosa:
yo soy aquella muger,
que engañada de mi sombra,
le pedí el galan prestado
sobre prendas de lisonjas:
como le asió de la mano,
y subiendo en su carroza.
BELISA. No es carroza, sino coche,
o vuessa merced me honra,

co-

como llamar Licenciado
por la presbytera toga
al que es de prima tonsura.

FABIA. Pienso que se finge boba.

BELISA. Soy candida. FABIA. Assi parece;

BELISA. Finalmente ¿en qué se apoya
esta zelosa visita?

LUCIN. En que su merced recoja
de noche al señor marido,
porque no es justo que corra
con ella sotos y prados
en carroza, coche o posta,
y que en llegando la noche
mi puerta y ventanas rompa,
ya con el pomo las unas,
ya con las piedras las otras:
entró una dellas por fuerza,
y esta cadena me arroja:
diciendo, que le escuchasse;
escuchélo temerosa,
lloró en fin. BELISA. ¿Y con vigotes?
¡valgate Dios por Cardona!

LUCIN. Dióle despues en mi estrado
tal desmayo, tal congoja,
que fue menester volverle
con agua de azaar y alcorzas.

BELISA. ¡Qué ventura tener agua!
sino la teneis, señora,
él se queda a buenas noches:
¡valgate Dios por Cardona!

LUCIN. Dixome de vos mil males,
que dia y noche le rondan

la puerta criadas vuestras,
que os vió aquella tarde sola,
y que le andais persiguiendo.

BELISA. Soy una perseguidora,
¿qué yo le persigo dice?
¡valgate Dios por Cardona!
ahora bien, por el aviso
la sirvo con esta joya,
que hoy me ha enviado con Tello,
su famoso guardarropa:
porque el dia de San Marcos
en la cadena la ponga,
y vea vuessa merced
si ha menester otra cosa
desta casa, que aqui queda
para su servicio toda.

LUCIN. Porque sé las bizarrias
dessa mano poderosa,
tomo la joya, y os beso
la mano ilustre. FINEA. Perdona,
que no ví cosa mas necia,
que la que has hecho.

BELISA. ¿Qué importa?

FABIA. Y vos, señora Finea,
decid a Tello, que escoja
otra dama, que despues
que a Lucinda mi señora
sirve el Conde Don Henrique,
tambien de mí se apassiona
Fernando su secretario,
y yo le quiero. FINEA. Mejora
vuessa merced de galan.

LU-

LUCIN. El y Don Juan se dispongan
a no alborotar mi casa;
que si otra vez la alborotan,
castigará su locura
el Conde, porque me adora:
y a vuestra puerta en la calle
aguarda con su carroza,
para que vamos al prado. *Vanse las dos.*

FINEA. ¡Estraña historia! BELISA. Es historia
que me ha de costar la vida,
a la ventana te assoma,
mira si es el Conde Henrique.

FINEA. Mejor es que tú lo oygas,
que desde el estrivo llama.

BELISA. ¡Qué libertad! estoy loca.

Dentro el Conde.

CONDE. Al prado, cochero, al prado,
da la vuelta. LUCIN. Es la victoria
Magallanes de los coches.

FINEA. ¡Qué propria voz de zelosa!

BELISA. A tanta desdicha mia,
¡hai de mí! ¿qué puedo hacer?
¡o mal haya la muger,
que del mejor hombre fia!
Que Don Juan de amor de un dia
se volviesse a lo que amaba
primero, en razon estaba;
¡pero no querer yo bien,
y declararselo a quien
por otra muger lloraba!

Halla un pajaro rompida
la jaula, y volando al viento,
quando goza en su elemento
de la libertad perdida,
se acuerda de la comida,
y vuelve a ver si está abierta,
con ser su carcel tan cierta:
assî los amantes son,
que con saber que es prision,
vuelven a la mîsma puerta.
Volvióse la voluntad,
Aragonés caballero,
sin querer gozar del fuero
de su misma libertad:
fié de su falsedad
mi enamorada aficion:
¡o qué necia condicion
de una voluntad sencilla,
fiar almas de Castilla
a los fueros de Aragón!
No me pesa por que fui
necia, en que Don Juan me rinda,
pesame de que Lucinda
se haya vengado de mí:
lo que no tuve, perdí,
menos a enojo me incita,
que una muger mas se irrita,
y mas con tanto ademan,
que de quitarle el galan,
la burla de quien le quita.
Lucinda, desdenes tales
han hecho que os quiera bien,
que

que hay muchos hombres, que a quien
los trata mal son leales:
¡o amor! cómo son iguales
en esto buenos y malos;
no vienen con los regalos,
y en los zelos se resuelven,
que hay hombres perros que vuelven
a donde les dan de palos.
Qué mal se supo entender
mi ignorante bizarría,
quando dixe, que quería
a un hombre de otra muger,
la disculpa havrá de ser
no de Porcias y Lucrecias,
que a no haver amor, si precias
que de tí se libren pocos,
ni se halláran hombres locos,
ni huviera mugeres necias.

Salen Don Juan y Tello.

D. JUAN. Mas de treinta mil ducados
de dote sin esta casa
tiene Belisa. TELLO. ¿Y las joyas,
ricos vestidos y alhajas
son barro? Dichoso eres,
y advierte, que si te casas,
me des tambien a Finea.
D. JUAN. Yo te la doy. TELLO. ¿Aqui estaban?
D. JUAN. Señora mia y mi bien,
ya el alma se me quejaba
de vivir en vuestra ausencia,

si ausente vivo con alma.
BELISA. ¡Confusa estoy! lo mejor
es volverle las espaldas.
D. JUAN. ¿Fuése? TELL. ¿No lo ves? D. JUAN. Finea,
escucha. TELLO. Tampoco habla.
D. JUAN. Tras ella iré. TELLO. ¿Para qué?
Vanse las dos.
La puerta cierra a la sala.
D. JUAN. ¿Pues qué novedad es esta,
sin que sepamos la causa?
TELLO. Havelle dado la joya.
D. JUAN. Tello, en essas puertas llama.
TELLO. No he visto amante mas pobre,
siempre parece que andas
de puerta en puerta. D. JUAN. ¿Es Finea
la que en la ventana aguarda?
TELLO. La misma. D. JUAN. Finea, ¿qué es esto?
¿Este termino esperaban
de la señora Belisa
mi deséo y mi esperanza?
FINEA. Dice mi señora. D. JUAN. ¿Qué?
FINEA. Que se vayan noramala.
D. JUAN. Acabóse. TELLO. Aqui entra bien:
para vos traigo una carta.
D. JUAN. ¿Qué havemos de hacer? TELL. Nó sé.
D. JUAN. Ven, que yo lo sé. TELL. ¿Estas llaman
Bizarrias de Belisa,
cerrar puertas y ventanas
en agarrando la joya?
D. JUAN. Sigueme, que voy sin alma.
TELLO. El phenix se ha vuelto cisne,
que quando se muere, canta.

JOR-

JORNADA TERCERA.

Salen el Conde y Fernando en habito de noche.

FERN. No hay desden que no se rinda
con servir y porfiar.
CONDE. Cansado estoy de ayudar
desaliños de Lucinda.
FERN. Si Belisa ha conocido
con el ingenio mayor
del mundo, que ha sido amor
el de Lucinda fingido,
no es prudencia darle zelos
con ella, mejor sería
conquistar su valentia
con proseguir tus desvelos:
Lucinda toma venganza
de Don Juan con sus mentiras,
si la ayudas, ¿qué te admiras
de vivir sin esperanza?
CONDE. Tienes razon, ya no quiero
zelos, servirla es mejor
con amor y mas amor,
con dinero y mas dinero:
dar zelos suele importar,
esto despues de quererme,
para despertar quien duerme,
pero no para obligar.
No hay armas para vencer
una muger desdeñosa,
como otra muger, ni hay cosa

que tenga tanto poder
como aquella informacion
de una amiga con su amiga:
esta las rinde, y obliga,
como de un genero son,
saben para herir, tentar
la flaqueza de la espada.
¿No has visto a Eva pintada,
y que la viene á engañar
con el rostro de muger,
que la culebra tomó?
pues este exemplar les dió
para engañar y vencer
a mugeres con mugeres.

FERN. Celia con Belisa vive,
estos dias apercibe,
si obligar a Celia quieres,
aquel gran conquistador
de voluntades, que llaman
oro, y verás si te aman.

CONDE. Ya sabe Celia mi amor,
y me ha prometido hacer
quanto pudiere por mí.

FERN. Dos hombres vienen aqui.

CONDE. Galanes deben de ser
de Lucinda, que le rondan
la puerta, tarde han llegado,
pues dos veces he llamado,
y no hay orden que respondan.

Sa-

Salen Belisa y Finea con sombreros de plumas, y ferreruelos con oro, y dos pistolas.

FINEA. Pienso que has perdido el seso,
y no debo de engañarme.
BELISA. Todo lo que no es matarme
no lo tengas por excesso:
y ansí con tanta violencia
amor mi cuerpo desalma,
que no hay potencia en el alma,
que viva su misma essencia.
FINEA. ¿Tú a la puerta de Lucinda
con estos necios disfraces?
considera lo que haces,
por mas que el amor te rinda,
que si nos hallan ansí,
nos havemos de perder.
BELISA. En viendo que soy muger,
¿qué podrán pensar de mí?
porque si ahora me dan
mil muertes o mil enojos,
tengo de ver con los ojos
lo que me niega Don Juan:
y es justo que ver intenten
lo que temen y desean,
porque como ellos lo vean,
no dirá el alma que mienten.
FINEA. Quantas has hecho hasta aqui,
bien pueden ser bizarrias,
estas no, porque porfias
contra tu honor. BELISA. ¡Hai de mí!

FER-

FERN. Pareceme que has tomado,
señor, el medio mejor.

CONDE. Celia, dinero y amor
remediarán mi cuidado.

FERN. Da lugar a estos galanes,
que no llegan a la puerta
por nosotros. CONDE. Verla abierta
merecen los ademanes,
con que miran de Lucinda
las rejas. FERN. Vidas perdonan,
valientes son, que pregonan
lo que se precia de linda. *Vanse los dos.*

FINEA. Si con ella está Don Juan,
y te escribió aquel papel
de que se casa con él,
o por ventura lo estan,
¿havemos de estar aqui
hasta que nos halle el Alva?

BELISA. Esse papel fue la salva
del veneno que bebí,
que no hay veneno mas fuerte,
que las letras de un papel,
pues tantas veces en él
bebe la vida la muerte:
diceme que se desposa
mañana, y que no hay lugar
para poderla acabar
una gala, por costosa
de sobervia guarnicion,
que yo le preste un vestido,
bachilleria que ha sido
mi locura y perdicion:

¿hay

¿hay tal modo de pudrir?
¿que con mis galas se quiera
casar? FINEA. Gente viene, espera.
BELISA. ¿Qué? sino solo morir.

Salen Don Juan y Tello.

TELLO. Yerras, por Dios, en intentar hablalla.
D. JUAN. ¿Pues, Tello, qué he de hacer? quando imagino
que ha hecho algun zeloso desatino,
aunque Belisa calla,
por donde la he perdido, y me ha tratado
con rigor tan cruel, que me ha cerrado
las puertas y ventanas de tal suerte,
que piensa retirada, y hecha fuerte,
que puede entrar mi amor a ver su olvido,
en atomo del ayre convertido.
TELLO. Como la sirve el Conde, ser podria
que se enojasse, y nunca el que es prudente,
hizo pesar al hombre poderoso,
por no dar en sus manos algun dia,
que el desigual lo que es possible intente,
tengo por aphorismo provechoso.
D. JUAN. ¡O qué necio Caton! ¡o qué grossero
Seneca! yo no quiero
quitar su gusto al Conde,
sino hablar a Lucinda. TELL. Si responde
como muger zelosa y agraviada,
vendrá a parar en fuése, y no huvo nada.
BELISA. ¿Finea, no conoces
estos galanes? FINEA. Quedo, no des voces.

BELISA. No me engañaba yo, ¡pierdo el sentido!
FINEA. Parece que no llama de marido,
que si marido fuera,
la puerta con la aldava deshiciera.
BELISA. No havrá tomado possession ahora,
llamará de galan. FINEA. Mira, señora,
que no es bien que te vea.
BELISA. Yo callaré, mas no podré, Finea.

Salen Octavio y Julio con otros dos hombres.

OCTAV. Julio, hasta ahora me duró la herida,
curéla en fin, mas no curé el agravio.
JULIO. Esperando ocasion se venga el sabio.
OCTAV. Este es D. Juan, llamando está a la puerta
de Lucinda, pues no ha de verla abierta,
yo no vengo a reñir, a matar vengo.
TELLO. El Conde es este, gran sospecha tengo,
que te viene a matar con sus criados.
D. JUAN. Tello, no hay mas, morir como soldados.
TELLO. Quatro son, dos me caben, no hayas miedo,
que me divida de tu lado un dedo.
D. JUAN. Pues, Tello, aqui veré si eres valiente.
BELISA. A matar a Don Juan viene esta gente,
a su lado me pongo. FINEA. Y yo te sigo.
BELISA. Finea, defender al enemigo
fue siempre gran fineza y bizarria.
OCTAV. A, caballeros, essa puerta es mia.
D. JUAN. Pues passe, si pudiere. JULIO. Octavio, tente,
¿quatro, y los dos con escopetas? OCT. Creo,
que burlan mis desdichas mi deseo.

JU-

JULIO. Vuelvete, y no acometas.
OCTAV. ¿En Madrid escopetas?
¡caso, por Dios, terrible!
JULIO. A quien quiere matar todo es possible.

Vanse.

TELLO. Todos se han ido con temor del plomo.
D. JUAN. La vida debo a aquestos caballeros.
TELLO. Huyeron los villanos escuderos:
de que el Conde no fue, sospechas tomo.
D. JUAN. Señores, si es possible conoceros,
sepa a quien debo defender mi vida
de tantos enemigos perseguida.

Vanse las dos.

TELLO. Volvieron las espaldas sin hablarte,
ni quitar los embozos. D. JUAN. ¿Por qué parte
llegaron estos hombres? ¿si han bajado
del cielo en mi favor? TELLO. Mas del tejado,
porque si Angeles fueran,
sin escopetas pienso que vinieran,
que no las hay allá. D. JUAN. Necia porfia,
truenos y rayos son artilleria.
TELLO. Verdad por Dios, y que mostrarse quiso
el Angel, que guardaba el Paraíso
con espada de fuego.
D. JUAN. ¡Qué necio estuve y ciego!
tal me tiene Belisa.
TELLO. Fueron con tanta prisa,
que con razon te han dado
ocasion al milagro imaginado,
que si en forma de espiritus bajáran,

las alas de penachos coronáran,
pero no los sombreros.
D. JUAN. Angeles son tan nobles caballeros:
esta puerta me avisa
del peligro que tengo,
mejor es ir a ver las de Belisa,
assi la noche passo y entretengo.
TELLO. Bien fuera, si te abriera.
D. JUAN. Ella me las abriera, si me oyera.
TELLO. Una tapia muy baja el jardin tiene,
que no es para subir dificultosa.
D. JUAN. ¿Podré yo entrar por ella? TELLO. Ser podria.
D. JUAN. Pues vamos antes que lo estorve el dia,
que se traslada de zaphyr en rosa.
TELLO. Mejor fuera salir de tanto empeño
con trasladarle de la cena al sueño. *Vanse.*

Salen Belisa, Celia y Finea.

BELISA. ¿Guardaste las escopetas?
CELIA. Ya, Belisa, estan guardadas.
BELISA. Sin alma vengo. CELIA. No es mucho,
pues tambien fuiste sin alma,
y me has tenido sin ella:
porque de locura tanta
¿qué pudiera prometerme,
que no fuera tu desgracia?
¿Estaba Don Juan por dicha
a la puerta dessa dama?
aunque dentro es lo mas cierto,
pues que mañana se casan.

BE-

BELISA. Apenas, Celia, a la puerta
de la dicha dama estaba
(que dicha le viene bien,
pues que ninguna le falta)
quando a su casa venía
cercado de gente y armas
cierto agraviado enemigo:
si yo no llego, le matan:
temieron las escopetas,
y volviendo las espaldas
desistieron de la empresa.

CELIA. Heroica y dichosa hazaña,
que fue mirandolo bien
una locura bizarra.

BELISA. Reñisteme con lisonja
de lo que fui temeraria.

CELIA. Acuestate, que se rie
de tus cosas la mañana,
cuyos zelages azules
embisten rayos de plata.

BELISA. No es tan tarde como piensa
tu sueño. CELIA. Estoy desvelada.

BELISA. Harto mas lo vengo yo
de tanta zelosa rabia:
responder quiero a Lucinda
la que mañana se casa,
la discreta, la dichosa,
la linda, la bien tocada,
que me ha pedido un vestido
mientras sus galas se acaban,
para que de sus victorias
sean despojos mis galas,

que

que tal linage de burla
solo pienso que se usára
conmigo, de quien amor
con razon toma venganza,

CELIA. ¿Pues no hay mañana lugar?

BELISA. ¿No has visto que quando tratan
dos hacer un desafio,
el agraviado no aguarda,
que salga primero el otro?
Dejame tomar la espada,
y matar esta muger.

CELIA. Finea, avisa que tañan.

BELISA. ¿Conmigo Doña Lucrecia,
por necia, que no por casta?

FINEA. ¿Escribir quieres ahora?

BELISA. Pon, Finea, en essa quadra
una bugia y papel,
tinta y pluma. FINEA. Pienso que anda
por essos ayres tu seso.

BELISA. Corre esta cortina, acaba.

Corriendo una cortina se descubre un aposento bien entapizado, un bufetillo de plata, y otro con escritorios, una bugia, y el Conde a un lado.

¡Jesus! ¿qué hay aqui?

FINEA. ¡Hai, señora! un hombre.

CONDE. Quedo no hagas,
Belisa, extremos, yo soy.

BELISA. ¿Vueseñoria en mi casa
a tales horas? ¡hai, Celia!

¡buen

¡buen cuidado, gentil guarda!
¿Tú pones en mi aposento
al Conde, y junto a mi cama?
¿dónde se vió tal traicion?

CELIA. Si yo salgo a ver quien llama,
y en abriendo se entra dentro;
y poderoso amenaza
mi vida, ¿qué puedo hacer?

BELISA. Decirmelo quando entrára,
y volvierame a salir
donde esta noche passára
en casa de alguna amiga.

CONDE. No esteis, señora, turbada,
que si amor me puso aqui,
en viendo vuestra desgracia,
él me mostrará tambien
la puerta por donde salga:
de noche entré sin pensar
que tanto el sol se tardára
de amanecer a mis ojos:
detuvieronme mis ansias
hablando con Celia en vos,
y como las horas passan
tan apriessa por el gusto,
sin que las sienta quien ama,
quando ya me quise ir,
llamastes vos, y esperaba
a salir sin que me viessen.

BELISA. A tan corteses palabras
rindo todos mis enojos.

Sa-

Salen Don Juan y Tello.

D. JUAN. Entra quedito, que hablan
en la quadra de Belisa.
TELLO. Por Dios que no era muy baja
la tapia del dicho huerto.
D. JUAN. Dificil era la tapia,
si amor no me diera el pſe,
o me subiera en sus alas.
TELLO. Como no me ayuda a mí
por Dios que traigo quebrada
la ausencia de la barriga.
D. JUAN. Hombre habla, ¡cosa estraña!
TELLO. ¿Hombre aqui, y a tales horas?
D. JUAN. Tello, ¿quién lo imaginára?
TELLO. A, señor, quántas de aquestas,
que se nos hacen gazapas
con los ojitos de miz,
tienen el zape en el alma:
las mas ricas del honor
quiebran tal vez, y se passan
como mal papel, que deja
en cada letra una mancha.
D. JUAN. Loco estoy: escucha atento,
pues este cancel nos tapa.
TELLO. Nadie se fie en cancel,
si habláre mal en la sala.
BELISA. Yo creo a Vueseñoria,
mas pues Lucinda le agrada,
¿para qué me busca a mí?
CONDE. Para escucharos, ingrata.

BE-

Belisa. Despues de tantos passeos,
prado y Fuente Castellana,
viene à darme este disgusto,
mas debe de ser la causa,
que le ha dejado por otro
su condicion, o se engaña.

Tello. Por la tribuna de Dios,
que es el Conde, y que se abrasa
Belisa de zelos. D. Juan. ¡Cielos!
no me dejaba sin causa
Belisa: el Conde la goza,
hoy hizo fin mi esperanza.

Tello. Vamonos de aqui, señor,
que si esto adelante passa,
te han de sentir, y vendreis
los dos a sacar la espada.

D. Juan. ¿Hay mas que matarle? Tello. ¿Cómo?
matar, esso que no es nada,
y despues a caballito
huyendo por las Italias,
o por dicha, tú en theatro
lucifero, yo en la maca,
que llaman *finibus terræ*,
cantando con media caja
al sol del remifasol
con dos passos de garganta.

Conde. Belisa, yo no he querido
a Lucinda, porque fue
su enredo contra mi fe,
sus zelos contra mi olvido:
y porque veais que he sido
tan galan como señor,

desde aqui dejo el amor,
sin admitirle jamas,
que no es bien, que pueda mas
mi gusto, que mi valor.
Y aunque sea a mi despecho
si vos pretendeis casaros,
como decis, estorvaros,
siendo quien soy, no es bien hecho,
hoy haré salir del pecho
mi esperanza, sin que espere
mas que el bien que vuestro fuere,
porque no quiere, ni es justo
el que quiere mas su gusto,
que el honor de lo que quiere.
Hoy viene al suelo la torre
de mi necio y loco amor,
que contra vuestro rigor
el ser quien soy me socorre,
que tambien amor se corre
de ser mal agradecido,
viendo, señora, que he sido
sobre necio y porfiado,
para galan desdichado,
y grande para marido.
Palabra os doy de ayudaros
con el que lo fuere vuestro,
con que presumo, que os muestro
tanto amor como en dejaros:
con esto pienso obligaros,
sin volveros a cansar,
que un hombre, que con amar
nunca pudo merecer,

quan-

quanto cansa con querer,
obliga con olvidar. *Vase.*

BELISA. Alumbra a su Señoria,
Finea. CELIA. ¡Valor notable!

CONDE. ¿Quién está aqui? alumbra. BEL. ¿Cómo?
¿gente en mi casa? D. JUAN. No saque
la espada Vueseñoria.

Empuña la espada, y tercia la capa.

CONDE. ¿Cómo no, viendo esperarme
detras de un cancel dos hombres?
Belisa, ¿traiciones tales
con un hombre como yo?

BELISA. ¡Hai desdicha semejante!
Celia, ¿qué es esto? CELIA. Que al Conde
puse yo donde le hallaste,
es verdad, no los demas.

D. JUAN. Señor Conde, no os espante
esta locura de amor.

CONDE. Amor no puede espantarme,
que juzga mal de la culpa
quien en ella tiene parte:
admirome de Belisa,
que con tantos ademanes
y melindres, en su casa
tenga hombres a horas tales
escondidos en canceles:
y assi para no empeñarme
en mas de lo que es razon,
porque no es justo que os mate
por delito de marido,

y guardaos de que os halle
por casar, que vive Dios,
que todo el mundo no baste
a defenderos la vida.

D. JUAN. ¿Pues, señor, sin escucharme?

CONDE. Es presto para paciencias,
y para disculpas tarde.

Vase, y Celia con él.

D. JUAN. ¿Es esta, ingrata Belisa,
la causa para matarme?
justamente enmudecias,
quando yo llegaba a hablarte:
justamente me cerrabas
las puertas, pero sin llaves:
supo entrar amor a ver
los agravios que me haces.
Paredes abren los zelos,
quando ve que no los abren:
que como los llaman lynces,
no hay cosa que no traspassen:
jurisdiccion son de amor
todos los verdes lugares,
al jardin debo el que tuve:
tanto un desengaño vale.
A las quatro de la noche,
si es bien que noche se llame,
quando ya llama el Aurora
a las puertas Orientales,
un señor, en quien concurren
tan notables calidades,
en tu aposento a estas horas:
¿de tu casa el Conde sale?

Si

Si en tu calle no hay vecino,
que ahora esté por levantarse,
y echas en la calle un hombre,
¿cómo quieres tú que calle?
En la calle no hay secreto,
que en llegando a despejarse
tanto el honor, no presumas
que guarden secreto a nadie.
Si amabas a Don Henrique,
di, ¿para qué me engañaste?
que nunca fue valentia
ser las mugeres mudables:
dejárasme con Lucinda,
mal por mal, nunca tan tarde
hombres en su casa hallé,
de quien pudiesse quejarme.
Desde tu casa me voy
a Aragon, para olvidarte,
Dios me libre de Castilla,
para conocerla baste,
que el exemplo de tu amor
me castigue y desengañe.
Si volviere a verla, cielos,
traidora espada me mate,
o el mas amigo me venda,
y el mas obligado pague
con malas mis buenas obras,
y a mi enemigo se passe.
Perdone el Habito el Rey,
que ya con tantos pesares
me han dado Santiago zelos,
y es mejor morir en Flandes.

BELISA. ¿Acaba vuessa merced
su platica lamentable?
¿tiene essa larga oracion
epilogo que la ensarte?
¿Ha de haver no has visto, y esto
con que acaban los Romances
para la vulgar chacota,
que llaman versos finales?
¿quánto apacible severo?
¿quánto tierno inexorable?
¿quánto rendido tyrano?
¿y quánto humilde arrogante?
Prosiga vuessa merced.

D. JUAN. ¿Burlas en veras tan grandes?
¿quando agravios niñerias?
¿y quando rabias donaires?

BELISA. Gentilhombre Aragonés,
el de la ley del encaje,
Juan por la gracia de Dios,
Cardona por lo picante:
si havemos de hablar de veras,
si se han de tratar verdades,
si descubrirse los pechos,
si las almas declararse:
¿Diga, Rey, si vino aqui
su Nympha, que Dios le guarde,
aquella a quien solo faltan
las alas para ser Angel?
aquella, que escribe en culto
por aquel Griego lenguage,
que no le supo Castilla,
ni se le enseñó su madre:

aque-

aquella en fin, cuyos ojos
llaman a tantos galanes,
que es el buho de la Corte,
quiera Dios que se los saquen:
y me dixo, que le rompe
las puertas con ansias tales,
y con ruegos tan humildes,
que de lastima le abre:
que se desmaya en su estrado,
no es mucho que se desmaye,
pues llora con vigotera,
y hace pucheros infantes.
¿Cómo quiere el buen Cardona,
y con la boda que añade
en este papel su *Nympha*,
que sufra yo que se case,
porque mañana *ha* de *ser*,
y me pide la ignorante
vestidos para la boda,
mientras los suyos se acaben?
Vayase vuessa merced,
que ya es de dia, a acostarse,
porque para desposado
sin ojeras se levante,
y para hacerse la barba,
que es capitulo inviolable
para ser mas mozo el novio,
y la señora enrizarse.
Y sepa que he sido exemplo
entre mugeres leales,
porque la que sale firme,
es roca al mar, palma al ayre.

No truxe al Conde a mi casa,
que ausente yo, pudo entrarse
en ella, si culpa tuvo
Celia, entre los dos la saben.
La prueba de estar ausente
es haver ido a buscarle,
y deberme ya dos vidas,
que porque no le matassen,
la mia puse a peligro
con quatro espadas delante,
con las armas que temieron
los que quisieron matarle.
¿Es esto, como presume,
echar en la calle amantes?
¿es esto mudar de fe?
¿es esto ser inconstante?
¿es esto tener yo culpa
de ausentarse u de casarse?
¿por mí se vuelve a Aragon,
y desde Aragon a Flandes?
La joya le dí a Lucinda
de aquel phenix de diamantes;
que para mí mueren phenix,
y para Lucinda nacen:
¿No responde? D. JUAN. ¡Apenas puedo!
TELLO. ¿Y tú, no tienes que darme
alguna disculpa? FINEA. Tello,
pellejo de zorra trahes
con la barbada mesura,
con el cansado desayre,
que haviendo sido de Fabia
pretensor fregonizante,

¿me

¿me pide que dé disculpa?

TELLO. ¿De Fabia yo? FINEA. ¿Pues negarme
quieres la verdad? TELL. ¿Yo? FINEA. Sí.

TELLO. Plega a Dios que me desgarre
un osso las pantorrillas,
o que mi dinero en parte
le ponga, que esté dudoso,
pues hay cofres que le guarden;
o que sacando un vestido
me pida despues el sastre
mas seda y mas guarnicion,
o que por Diciembre passe
en un rozin sin espuelas
por la calle de Xetafe,
y que de lerdo y mohino
en cada meson me pare,
o que tenga un pleyto en quien
paciencia y dineros gaste,
que es maldicion, en que todas
quantas tiene el mundo caben.

D. JUAN. O, Belisa, ¿qué havrá que no se intente
con zelos? yo estoy ya desengañado,
si tú lo estás, su necia envidia aumente
amor, que tantas penas te ha costado:
la vida que te debo justamente,
mientras viviere, me tendrá obligado,
tú mira cómo quieres, y en qué parte
pueda satisfaciendote vengarte.
Que como ahora sale el claro dia
por la boca del sol, y va rompiendo
la escura sombra de la noche fria
abriendo flores, y cristal luciendo,

a tus ojos saldrá la verdad mia
la noche de Lucinda descubriendo,
y entonces los regalos, los amores,
unos serán cristales, y otros flores.
¿Puedo hacer mas, que pueda tu deseo
hacer de mí? BELISA. Yo quedo satisfecha,
y que es enredo de Lucinda creo,
mas todo sin vengarme qué aprovecha,
que en el estado que mis cosas veo,
y para deshacer toda sospecha,
tú has de ser dueño en fe de mi esperanza
de la satisfaccion y la venganza.
Yo te diré el engaño que he pensado
para salir de todo con victoria.
D. JUAN. A obedecerte estoy determinado,
en zelos, en amor, en pena, en gloria.
BELISA. Pues vete, y vuelve, y ten de mí cuidado.
D. JUAN. ¿Cómo podrá faltar de mi memoria?
BELISA. A Dios, Don Juan. D. JUAN. Muriendo
me desvio.
TELLO. A Dios, zampoña. FINEA. A Dios, tabaco mio. *Vanse.*

Salen el Conde, Lucinda y Fabia.

LUCIN. ¡Notable resolucion!
CONDE. Si me sucediera bien;
mas fue mayor su desden,
que su atrevida aficion.
LUCIN. El oro en toda ocasion
es el primer movimiento.
CONDE. Celia, en su mismo aposento

me

me dió bastante lugar,
pero no supe igualar
mi dicha a mi atrevimiento.
Pero quién pudiera creer,
que fuera de casa estaba
Belisa, quando llegaba
la noche a dejar de ser:
no tuvo que defender
de mis locos desatinos,
que nací (quando mis sinos
fueron encontrados vandos)
donde enloquecen Orlandos,
donde no fuerzan Tarquinos.
Qual suele un desafiado,
que a su contrario esperó,
que hasta que venir le vió
blasonaba confiado,
y en viendole, de turbado
mudarse descolorido;
pues assi mi amor ha sido,
hasta que a Belisa ví,
que en viendola me rendí,
antes de haverme rendido.
Salí muy necio en efeto,
y es, porque entré confiado,
aunque un hombre despreciado
¿cómo puede ser discreto?
hallé, escuchando en secreto
al salir, vuestro Don Juan,
disculpa los dos me dan,
si deste nombre se llama,
tener en casa la dama

a media noche el galan.
Enojéme con razon,
mas llegando a conocer,
que se pudiera ofender
su credito y opinion,
no puse en execucion
con entrambos mi pesar,
que ni a él le dejé hablar,
ni a ella despues mentir,
porque no queda que oír,
en no haviendo que esperar.
LUCIN. Yo me canso injustamente,
él la adora, ¿qué porfio?
CONDE. ¡Hai del pensamiento mio,
que mayor agravio siente!

Sale Fabia.

FABIA. Si no parece que miente
sombra de imagen incierta,
tu Don Juan está a la puerta.
LUCIN. ¿Qué Don Juan? FABIA. El de Cardona.
LUCIN. ¿El mismo? FABIA. El mismo en persona.
LUCIN. Esté mil veces abierta.

Salen Don Juan y Tello.

D. JUAN. Huelgome de hallar aqui,
señor, a Vueseñoria,
no para disculpa mia,
si es que anoche le ofendí,
sino porque de Belisa

trai-

traigo a los dos un recado.
LUCIN. Buen mensagero hai buscado.
CONDE. ¿Qué me manda? LUCIN. ¿Qué me avisa?
D. JUAN. Dixome, que en un papel
(que Lucinda le escribió,
que por esso me llamó
para darme parte del)
la escribe, que hoy se desposa,
que a tanta ventura tengo,
que yo proprio a daros vengo
las gracias, Lucinda hermosa,
y que en razon del vestido,
que le honreis tiene a favor
sus galas, con el mejor,
y que nunca le ha servido.
Y os envia a suplicar,
que de su mano tocada
salgais a ser envidiada,
y a no tener que envidiar:
y que si tambien quereis
(tanto desea obligaros)
en su casa desposaros,
de ser madrina la honreis.
LUCIN. Para deciros verdad,
picarla fue mi deseo,
pero ya despues que veo
la vuestra, y su voluntad,
hallo, que lo que ha de ser
por de burlas que se intente,
viene a ser por accidente.
CONDE. Y yo acabo de entender,
que Belisa no tenia

a Don Juan amor perfecto,
porque todo ha sido efecto
de su misma bizarria:
que su estraña condicion
la obligaba a darle zelos
a Lucinda. D. JUAN. De los cielos
era justa obligacion
favorecer mi verdad.
LUCIN. Por obligaros ha sido
fingir mi amor tanto olvido,
y desden tanta lealtad:
o quanto en amor alcanza
la porfia y la razon,
pues convierte en possession
la mas perdída esperanza.
Iré en casa de Belisa,
pues de hacerme tal favor
con tan buen embajador
por mas credito me avisa:
y suplico al señor Conde,
que se halle a honrarme tambien.
CONDE. Con daros el parabien
mi obligacion corresponde:
juntos nos podemos ir.
LUCIN. Dadme la mano, Don Juan.
TELLO. Novio y padrino se van:
¿tienes algo que decir?
FABIA. Que envidio los desposados,
Tello, por quererte bien.
TELLO. Dame la mano tambien.
Dios nos haga bien casados. *Vanse.*

Sa-

Sale Belisa muy bizarra, y Celia.

CELIA. No te espante que pregunte
¿para qué es tan nueva gala,
y vestirse a tales horas?
BELISA. Celia, mis locuras andan
por acabar de una vez
con esta necia esperanza:
nací con inclinacion
a todo amor tan contraria,
que no pensé que en mi vida
a querer la sujetára
discrecion y gentileza:
pero no hay sobervia humana,
sin contradiccion divina.
Fundé mi loca arrogancia
en que no huviesse muger,
que no rindiesse las armas
a mi libre entendimiento,
y estoy tan desengañada,
que no solo amor castiga
con tantas zelosas ansias
mi libertad, pero ha hecho,
que se burle la ignorancia
de mi altiva presuncion,
de suerte que no me agravia
tanto en quitarme a Don Juan,
como en que piense muy vana,
que rinde mi entendimiento,
y si ahora no me falta,
de los dos agravios pienso

ha-

hacer a un tiempo venganza.
CELIA. No sé si aciertas. BELISA. Yo sí.
CELIA. Ya te dixe la mañana
que fuimos las dos al soto;
que el amor te castigaba
tanto desden y desprecio.
BELISA. Coche a nuestra puerta pára,
si la desposada viene,
ninguna ventura iguala
a sacar burla de burla;
y venganza de venganza.

Sale Finea.

FINEA. Una galera de tierra,
con clavos de oro por jarcias,
cortinas por altas velas
de tela riza de nacar,
y por remos, que le mueven,
quatro cisnes de Alemania,
con la señora Lucinda
en tu portal desembarca.
BELISA. ¿Viene muy hermosa? FINEA. Viene
contenta. BELISA. Bien dices, basta,
no hay muger alegre fea,
ni triste hermosa. FINEA. Ya amaynan.

Salen Lucinda, Fabia, el Conde, D. Juan, Tello y criados acompañando.

BELISA. Vuesa merced, mi señora,
honre aquesta humilde casa

mil

mil veces en hora buena.
Lucin. Vuesa merced otras tantas
favorezca mi humildad.
Belisa. Tan bien vestida y tocada
ya no querrá que la sirva
con cuidado, ni con galas.
Lucin. No ha sido por no tener
del favor desconfianza,
mas por escusaros pena.
Conde. Todo cumplimiento cansa:
resta, señora Belisa,
pues aqui nos acompañan
tantos criados, que sean
testigos de que se casan
Lucinda y D. Juan. Bel. ¿Quién? ¿cómo?
Conde. Lucinda y Don Juan. Belisa. ¡Estraña
novedad! ¿quién os lo dixo?
Lucin. ¿Cómo quién? ahora acaba
de decirnoslo Don Juan.
Belisa. Don Juan, o el sentido os falta,
o no me entendistes bien,
que yo a decir enviaba,
que viniesse a ser madrina,
quien viene a ser desposada.
Lucin. ¿Madrina? ¿de quién? Belisa. De mí,
y que al Conde suplicaba
me honrasse y favoreciesse
como me dió la palabra:
¿Dixeos esto? D. Juan. Assi es verdad,
mas mi turbacion fue tanta,
que erré el recado, mas tengo
disculpa, si me le passan,

por la necedad primera.
LUCIN. Ha sido necia venganza,
pero yo la tomaré
de los dos, solo me espanta,
que esto sufra el Conde. CONDE. Yo
tengo, Lucinda, empeñada
la palabra, deteneos,
y pues que tambien me agravian,
consolaos conmigo, y dadle
por mí, pues ya los aguarda,
el parabien con los brazos.
LUCIN. Mas vale volver burlada,
que corrida, yo los doy.
BELISA. Yo a vos tambien con el alma:
quedemos las dos amigas,
y el señor Don Juan, que calla,
me dará la mano a mí,
pues que con tan buena gracia
erró el recado. D. JUAN. Yo hice
lo que mi dueño me manda.
TELLO. Y yo me agarro a Finea,
perdone, señora Fabia,
que he menester esta alcorza:
con esta mano te llama
mi amor, ¿qué aguardas? FIN. ¡Hai, Tello!
¿essa es mano, o es patata?
BELISA. Senado ilustre, el Poeta,
que ya las Musas dejaba,
con deseo de serviros
volvió esta vez a llamarlas,
para que no le olvideis,
y aqui la Comedia acaba.

EGLO-

EGLOGA

A CLAUDIO.

CLAUDIO, si quieres divertir un poco
de tanta ocupacion el pensamiento,
oye sin instrumento
las ideas de un loco,
que a la cobarde luz de tanto abismo
intenta desatarse de sí mismo.
En tanto pues, que te concede espacio
la generosa casa de Altamira,
al margen te retira
del centro de palacio,
y tú en reir, y yo en llorar, ¡qué extremos!
Democrito y Heraclito seremos.
Bien, que parece reflexion suave
traher en tanta edad a la memoria
la juvenil historia,
como mirar la nave
que tocó las estrellas con las olas
segura en las arenas Españolas.
Joven me viste, y visteme soldado,
quando vió los armiños de Sidonia
la selva Caledonia
por Jupiter ayrado,
y las riberas de la gran Bretaña
los arboles portatiles de España.
Allí de Phylis desterrado intento,
de sola tu verdad acompañado,
mudar a mi cuidado

 de

de cielo y de elemento,
y el cisne amor efecto de su espuma
cortó las aguas sin mojar la pluma.
Mas luego a Marte en mi defensa nombro,
y passo entre la gente Castellana
la playa Lusitana,
el arcabuz al hombro,
volando en tacos del cañon violento
los papeles de Phylis por el viento.
Bramaba el mar, y el eco repetia
duplicando las cajas y trompetas:
por bordes y jaretas
la gente discurria,
como al formar sus puestos se conmueve
melifero esquadron en corcho breve.
Pendientes de los altos masteleos
flamulas de colores competian
con las ondas, que hacian
lascivos escarzeos,
sufriendo escalas y brumetes rudos
en montes de cristal pinos desnudos.
Entonces Aristoteles dormia,
materias, formas, causas y accidentes,
physicas diferentes
Minerva proponia:
aunque si amor es guerra, y fui soldado,
mudé la ciencia, pero no el estado.
¿Quién te dixera, que al exento labio,
que apenas de un cabello se ofendia,
amaneciera dia
de tan pesado agravio,
que cubierto de nieve agradecida

no

no sepamos si fue cometa o vida?
Assi corre, assi vuela el curso humano,
qual suele navegante suspenderse,
que passó sin moverse
el golfo al Oceano:
que, entre jarcias y velas voladoras
miró las olas, pero no las horas.
Solo conoce de su incierta via
los vientos, que es lo mismo que los hombres,
ni sabe mas que nombres
de tanta hydrographia,
porque solo le queda en el oído,
no el agua que passó, sino el sonido.
¿Y quién pudiera imaginar que hallára
volviendo de la guerra dulce esposa?
dulce por amorosa,
y por trabajos cara,
que amor a tanto sol, a tanto frio,
o fuera de Jacob, o fuera mio.
Mi peregrinacion aspera y dura
Apolo vió passando siete veces
del Aries á los Peces,
hasta que un Alva fue mi noche escura:
¿quién presumiera que mi luz podia
hallar su fin donde comienza el dia?
Yo ví mi pobre mesa en testimonio
cercada y rica de fragmentos mios,
dulces y amargos rios
del mar del matrimonio,
y ví pagando su fatal tributo
de tan alegre bien tan triste luto.
¿Quién me dixera entonces, quién pensára,
que

que al fin de tanto mar, tanta tormenta,
la victima incruenta
pusiera sobre el ara?
y que sino con manos, con deseos
subiera al monte del divino Theos.
Pues, CLAUDIO, assi se muda quanto vive,
no sé si soy aquel, mas he llegado
a no tener cuidado
que mas conmigo prive,
que prevenirme a mi fatal destino,
que nunca le temió quien le previno.
Voy por la senda del morir mas clara,
y de toda esperanza me retiro,
que solo atiendo y miro
a donde todo pára,
pues nunca he visto que despues viviesse
quien no murió primero que muriesse.
Todo lo juzgo sombras, todo viento,
todo opinion y fuerza poderosa,
la novedad gustosa
no quiere entendimiento,
que en lo que viene a ser arbitrio el gusto,
no hay cosa mas injusta que lo justo.
De sus tenaces rubricas el olmo
trepa la hiedra con estrecho abrazo,
y de uno en otro lazo
corona el alto colmo:
assi crece el favor, assi levanta
pyramide Real humilde planta.
Puede el poder quanto possible fuere
sobre los dos primeros elementos,
y puede, si quisiere,
ha-

hacer entendimientos,
porque su voto digno de respeto
obliga a presumir igual conceto.
Mas el oro ha de serlo a todas vistas,
relampagos de luz no son de essencias,
què tambien en las ciencias
puede haver alchimistas,
y el oro de opinion y de cautela,
ni al martillo estará, ni a la copela.
Severo entre nevados desengaños,
mejor merece fe con la experiencia
en la propuesta ciencia
el curso de los años,
que no es espada de la pluma el genio,
que la gobierna el brazo, y no el ingenio.
El Consul que a la guerra no quería
llevar visoña gente, vió que un mozo
un peyne en vez del bozo
sangriento se metia:
y ahora ingenios mozos, cosa rara,
se meten versos por la misma cara.
En tiernos años se celebra el nombre,
gracia y belleza de una hermosa dama;
pierde la edad la fama,
y el ingenio del hombre
es de tan diferente compostura,
que tiene con las canas hermosura.
Mas yo, que aun desta ley mi nombre excluyo,
ni estimo aplausos, ni lamento agravios,
adoro en hombres sabios,
y de ignorantes huyo,
de donde saco en cierto sylogismo,

que huyo de mí mismo por lo mismo.
Ya no me quejo de mi dura suerte,
ni pido mas lugar a mi ignorancia,
que la breve distancia
de mi vida a mi muerte:
que el premio, aunque es forzoso desealle,
mas vale merecelle, que alcanzalle.
Sino me embarazára el libre cuello
de la necessidad el fiero yugo
por lo que al cielo plugo,
yo viera en mi cabello
algun honor, que a la virtud se debe,
que diera verde lustre a tanta nieve.
Del vulgo vil solicité la risa
siempre ocupado en fabulas de amores,
assi grandes pintores
manchan la tabla aprisa:
que quien el buen juicio deja a parte,
paga el estudio como entiende el arte.
Huviera sido yo de algun provecho,
si tuviera Mecenas mi fortuna,
mas fue tan importuna,
que gobernó mi pluma a mi despecho,
tanto que sale, ¡qué inmortal porfia!
a cinco pliegos de mi vida el dia.
Por no faltar a quien mi cuello oprime,
nunca pude ocuparme en cosas serias,
que en humildes materias
no hay estylo sublime,
porque es hacer Ephimeras Poemas
sellar para romper fragiles nemas.
Pensé yo que mi lengua me debia

(assi

(assi lo presumió parte de España,
o el proprio amor me engaña)
pureza y harmonia,
y si no lo permite quien lo imita,
o deje de imitar, o lo permita.
Parece elevacion desvanecida
esta manera de escribir tan nueva,
que arrogante reprueba
la humildad de mi vida,
y es solamente accion desesperada
de quien se corta con su misma espada.
Rompe entre cajas, armas y soldados
el silencio traidor mina furiosa
en nube polvorosa
de cuerpos arrojados,
con rigor tan horrisono y violento,
que van hablando por el mismo viento.
Assi despues de tantas dilaciones
con modestia pacifica sufridas,
forzadas y impelidas
de tantas sinrazones
salen entre sobervias humildades
de la mina del alma las verdades.
Feroz el cierzo amenazando escollos
desnuda almendros de favor desiertos,
y por su mal abiertos
de timidos pimpollos
viste las alas, y nevando flores
vuela veloz con plumas de colores.
No de otra suerte en mi humildad la ira
del proceloso viento de la injuria
con arrogante furia

a su defensa mira,
y esparce por su esphera los concetos,
flores del alma, y de la pluma efetos.
Las pajas de su nido sacudiendo
cuelgan del ayre tiernas philomenas,
y estampa las arenas
el perdigon corriendo;
antes que el viento acuchillar presuma,
la cascara del huevo entre la pluma.
Deben Castor y Polux al de Leda
ser estrellas del Geminis ahora,
y ingenios a su Aurora
la pompa de su rueda,
que assi discurren las ethereas salas
con los versos del cisne entre las alas.
Mejor fuera que flores carmesies,
o candidas y azules me adornáran
la frente, que envidiáran
diamantes y rubíes,
en la Jurisprudencia, o sacra ciencia,
que no verde laurel en contingencia.
Dixo el pastor de Mantua, que las Musas
eran su amor, como tambien mi estrella,
no porque tenga en ella
sus deidades infusas,
mas por hallar en influencias tales
para mi error disculpas celestiales.
Silva en la selva apenas de la pluma
cubierto el ruiseñor sus dulces penas,
y el pez atomo apenas
en circulos de espuma
nada veloz, porque impossible fuera,

que

que de la inclinacion se defendiéra.
Con voz y aliento debil en la boca
mueve la arteria el corderillo expulso
por natural impulso,
y a su madre provoca,
de donde viene a ser, desde que empieza,
casi necessidad naturaleza.
Sirviendo al generoso Duque Albano,
escribí del *Arcadia* los pastores,
bucolicos amores
ocultos siempre en vano,
cuya zampoña de mis patrios lares
los sauces animó de Manzanares.
Al son de la maritima Zaloma
del Pyrata *Dragon* de Ingalaterra
canté la injusta guerra
tambien en proprio idioma,
sacando a oirme de Neptuno el coro
por orbes de cristal madejas de oro.
Luego con el Psalterio Castellano
a la vida inmortal la voz inclino
de aquel phenix divino
Labrador Cortesano,
cuya fuente mas pura que Helicona
tantos ingenios de laurel corona.
Al Tercero Phelipe, que aun no havia
llegado al cetro del mayor Segundo,
y al uno y otro mundo
los hombros prevenia,
por voto humilde consagré segura
de *Angelica y Medoro la Hermosura*.
Lloré las *Rimas* del Amor humano,

canté las *Rimas* del Amor divino,
compuse el *Peregrino*,
y en nectar soberano
bañado disfrazé con Anagrama
los *Soliloquios* de mi ardiente llama.
Assi pude volver con otras cuerdas
las pajas de *Belen* en lineas de oro,
y del arco sonoro
bañé las juntas cerdas
en lagrimas de myrrha, y sus *Pastores*
entre la nieve coroné de flores.
Ya me llamaba intrepida la trompa,
y en el marfil los silvos a la guerra
de la sagrada tierra,
y con funesta pompa
Jerusalen cautiva al llanto, al canto
del tierno marmol del Sepulcro santo.
En mas templada edad a los *divinos*
Triumphos (alto sujeto a mejor lyra,
en quien Apolo inspira
conceptos peregrinos)
dispuse el instrumento, cuya historia
diesse honra a España, y a Phelipe gloria.
Despues con mas atento gusto y pluma
al mismo Sol la *Philomena* ofrezco,
y intrepido parezco
al que de blanca espuma
hizo sepulcro a su atrevida cera,
mas era el sol de Pimentel esphera.
Quando pidió para aumentar la Hispana
Corona, entre las ansias de Lucina,
favor a la divina

la

la Majestad humana,
al phenix le ofrecí de la *Almudena*,
y al lirio azul la candida azucena.
Al Monte Rey, que mira el sol primero,
quando viste la Aurora de oro y grana,
dediqué la *Mañana*
del Precursor luzero,
donde compite a los mayores mares
en galeras de tierra Manzanares.
Canté la *Rosa blanca* a la mas bella,
y que menos vivió su pompa hermosa;
assi dura la rosa;
pero de rosa a estrella
passó al jardin, a donde goza ahora
primavera inmortal y eterna Aurora.
Al tres veces heroyco Lusitano,
gran Duque de Verganza, aunque con tosco
pinzel, que no de Bosco
de Rubens o el Basano,
pinté aquel *Monte*, que en valor compite
con quantos bañan Phebo y Amphitrite.
Lejos de osar, ni aun imitar los lejos
de la pintura y fabula Ovidiana,
que deja la mañana
mirar del sol reflexos,
sino las trenzas de su luz difusas,
la *Andromeda* otra vez vieron las Musas.
De versos, que la Musica amorosa
esparce a voces, quando el dueño esconde,
de las *Novelas* donde
se alternan verso y prosa,
de *Epistolas* y de obras traducidas,

ni aun los nombres permito que me pidas;
Vive sin luz, por ser en tierna infancia,
el robo de la hermosa *Proserpina*,
que a la pluma Latina
trasladé la elegancia:
mas dedicada al Cardenal Colona,
por Sirena quedó de su corona.
De muchos *Psalmos* del Real Propheta,
de las *Justas Poeticas* premiadas,
de tablas comenzadas
qual pintura imperfeta;
no quiero revolver tan justo olvido,
que dirá mi humildad, que la he perdido.
En varias *Rimas* lagrimas inmensas
mostraron con dolor de tanto olvido
inmenso el ofendido,
y inmensas las ofensas:
canté mis yerros, y lloré cantando,
que es volver a Sion cantar llorando.
Mirando el fin de la arrogancia hermosa,
vestí con versos a su pompa iguales
de concetos Morales
doce veces la Rosa,
pues solo viven en sus verdes camas
lo que hay desde las manos a las ramas.
Y quando la sagrada Compañia
fundaba sus estudios, las *Lecciones*
de tan altos varones
canté con osadia,
y al gran Pastor las consagré de Acuña,
que el cayado mayor de Luso empuña.
La hermosa *Circé* y el feroz gigante

som-

sombra del mar, y de la tierra assombro,
que puso al cielo el hombro
emulacion de Atlante,
portento a Galathea, a Amor milagro,
a la alta Oliva de Guzman consagro.
Suspendo luego la profana lyra,
y a la purpura sacra, a la memoria,
que ha dado tanta gloria
al nombre de Altamira,
dedico el *Triumpho de la Fé*, y al templo
de la inmortalidad tan raro exemplo.
Al Santissimo Urbano dedicada
Tragica Musa coronó la frente
de *Estuarda* inocente,
que la cobarde espada
de la fiera Label bañó constante
de sangriento rubí cuello diamante.
Y como mi llaneza me retira
de toda envidia, en mi *Laurel de Apolo*
canté de polo a polo
quantos ingenios mira,
que anhelan por España a la corona
de la dificil cumbre de Helicona.
Postuma de mis Musas *Dorotea*,
y por dicha de mí la mas querida,
ultima de mi vida
publica luz desea,
desea el sol de rayos de oro lleno
entre la niebla de *Guzman el Bueno*.
Pero si ahora el numero infinito
de las *Fabulas Comicas* intento,
dirás que es fingimiento

tan-

tanto papel escrito,
tantas imitaciones, tantas flores
vestidas de Rhetoricos colores.
Mil y quinientas fabulas admira,
que la mayor el numero parece,
verdad que desmerece
por parecer mentira,
pues mas de ciento en horas veintiquatro
passaron de las Musas al Theatro.
No apruebo este furor por admirarte,
más ya vimos Luquetos y Ticianos
pintar con las dos manos
sin ofender el arte,
que diestros puede haver, quando presumas,
como de dos espadas, de dos plumas.
Un campo a quien cultura y arte faltan,
barbaras flores sin labor matizan,
que el viento aromatizan,
y el verde suelo esmaltan;
porque naturaleza a quien las debe,
aqui salpica purpura, alli nieve.
Mas quando del arado el diente corvo
muerde la tierra, en que el humor reside,
las flores que divide,
no son al trigo estorvo,
y assi con sus preceptos y rigores
cultiva el arte naturales flores.
Con esto, y no saber que tiempo huviera,
en que la voz a la impression llegára,
la culpa agena es clara,
que en mí se considera,
con que al principio las impressas miras

ga-

ganar dineros, y vender mentiras.
Pues viendo yo que de mi monte pobre
la leña ardia con provecho ageno,
tomé en plata el veneno,
que me daban en cobre,
y salieron vistiendolas de nuevo
con menos manchas a la luz de Phebo.
Dediqué las primeras finalmente
al Duque excelentissimo de Sesa,
cuya feliz empresa,
que las demas intente
pudo obligar la pluma y los pinzeles,
porque sin Alexandros no hay Apeles.
Mas ha llegado, CLAUDIO, la codicia
a imprimir con mi nombre las agenas,
de mil errores llenas,
¡o ignorancia, o malicia!
y aunque esto siento mas, menos condeno
algunas mias con el nombre ageno.
Cortés perdona, o CLAUDIO, el referirte
de mis escritos barbaros la copia;
pero puedo sin propia
alabanza decirte,
que no es minima parte, aunque es excesso,
de lo que está por imprimir lo impresso.
Debenme a mí de su principio el arte,
si bien en los preceptos diferencio
rigores de Terencio,
y no negando parte
a los grandes ingenios, tres o quatro,
que vieron las infancias del Theatro.
Pintar las iras del armado Achiles,

guardar a los palacios el decoro,
iluminados de oro,
y de lisonjas viles,
la furia del amante sin consejo,
la hermosa dama, el sentencioso viejo.
Y donde son por asperas montañas
sayal y angeo, telas y cambrayes,
y fragiles tarayes
paredes de cabañas,
que mejor que de porphydo linteles
defienden rayos jambas de laureles:
Describir el villano al fuego atento,
quando con puntas de cristal las tejas
detienen las ovejas,
o quando mira exento
como de trigo y de maduras uvas
se colman trojes, y rebosan cubas.
¿A quién se debe, Claudio? ¿y a quién tantas
de zelos y de amor difiniciones?
¿a quién exclamaciones?
¿a quién figuras, quantas
Rhetorica inventó? que en esta parte
es hoy imitacion lo que hizo el arte.
Ya está de suerte trivial la senda,
que a todos el assunto facilita,
porque la copia escrita
es fuerza que se venda,
pero esto sin negar a los modernos
aquel honor que los construye eternos.
Bien es verdad, que temo el lucimiento
de tantas metaphysicas violencias
fundado en aparencias,

en-

engaño que hace el viento,
herida la campana, en el oído,
que parece concepto, y es sonido.
Sin esta confusion como renuevos,
en quien su imagen verde planta imprime,
compiten lo sublime
con argumentos nuevos;
pero tengo por vana hypocresia
hurtar de noche, y murmurar de dia.
Quando un concepto a todas luces suena,
lo que ven por sí mismos reconozco,
pero tambien conozco,
quando es la vista agena,
que no ha de dar la de un enano assombro,
si le lleva un gigante sobre el hombro.
Quien empeña al señor en la alabanza
con referir la estimacion del voto,
mas es sutil que Escoto,
porque mejor alcanza
la vulgar opinion, quien conquistada
lleva la generosa anticipada.
Quien tiene muchos sabios de su parte,
que por ingenio igual le conocieron,
aquel favorecieron
naturaleza y arte:
esse respeto sigo, imito, envidio,
Virgilio Borja, Garcilasso Ovidio.
No es ciencia la que vive de opiniones,
y consta por agenas amistades,
ni han de arrastrar verdades
violencias y passiones,
que puesto que le admiten y le aclaman,

aquel es sabio, que los sabios aman.
El mundo ha sido siempre de una suerte,
ni mejora de seso ni de estado:
quien mira lo passado,
lo por venir advierte:
fuera esperanzas, si he tenido alguna,
que ya no he menester a la fortuna.

HUERTO DESHECHO.

METRO LYRICO.

AL ILUSTRISSIMO SEÑOR DON LUIS DE HARO.

Haro, de la alta esphera
gloria, y honor del monte de Helicona,
donde mejor pudiera
mover el sol su esplendida corona,
y con mayor eclyptico decoro,
que en sus eternos paralelos de oro:
Oye con rostro afable,
no de Marte el furor, ni las fortunas
del mar inexorable,
que entre lares domesticos algunas
suelen causar al sentimiento efetos,
que el genio obligan a formar concetos.
Antiguamente fueron
dignos los huertos, si las flores amas,
del honor que les dieron
los Griegos y Latinos Epigramas,
vivas estatuas, cuya ilustre pompa
no hay fuerza de los siglos que la rompa.
Quejabase la tierra
en su principio, que el celeste manto
tanta hermosura encierra,
y Jupiter que amó las selvas tanto,
porque no pudo darle luces bellas,

las

las flores igualó con las estrellas.
En el laurel constante
vivió Nympha gentil, zelosa ardia
Clycie de Phebo amante,
a Narcisso mató su philautia,
joven era el jacinto, y las hermosas
plantas de Venus purpuraron rosas:
El fruto del discreto
moral, sangre de Pyramo colora,
con tierno y dulce afeto
la madre del Amor a Adonis llora:
tú, pues tuvieron almas, oye en tanto
que lloran flores, lo que dellas canto.
En la primera parte
de la tiniebla, en que la noche fria
su escuro imperio parte,
los temerosos parpados abria
con luz intercadente y breve el cielo,
manchado a nubes el purpureo velo.
Solo en silencio mudo
a sí misma la noche se escuchaba;
y en el informe y rudo
principio estar segunda vez juzgaba
quantas naturalezas tienen forma
del claro sol, que su materia informa.
Temblaba de la tierra
la cara, que afeytaron tantas flores,
amenazando guerra
las cajas de los polos tronadores,
y las colunas, que los arcos fian,
cañones de cristal estremecian.
Quando de los terrenos

hu-

humidos monstros, que al planeta quarto
engendra por los senos
nubiferos, ya rotos, brama el parto,
silvando por el viento y polvo ciego
en selvas de agua vivoras de fuego.
Tantas balas de nieve
escupe la invisible artilleria,
y tantos mares llueve,
que parece, que en ira y en porfia
con nueva injuria a los gigantes fragua
en Ethnas de temor sepulcros de agua.
Alivio de mis males,
misero huertecillo, que dormia
libre de penas tales,
sus flores acechando el Alva al dia,
para abrir de pimpollos tanta suma,
y yo su luz para tomar la pluma.
A un tiempo nos quejamos,
él con la voz de que le roba el viento
las flores y los ramos,
y yo de ver que en su furor violento
no respetasse Jupiter ayrado
la verde oliva y el laurel sagrado.
Fulminaba tronantes
rayos al mundo el celestial theatro,
que bordaron diamantes,
y uno en furor los elementos quatro,
pensaron que el motor que los gobierna,
desengarzaba la cadena eterna.
No bien la blanca Aurora
los jazmines del pie puso en la plata
del cothurno que dora,

al

al tiempo que con luz el sol los ata,
quando salí, por ver qué fruto alcanza
la fe, con que sembré tanta esperanza.
No sienté mas fatigas
misero labrador, cuyo sembrado
coronaban espigas,
quando miró las lineas del arado
su primero sudor, y del novillo
limpias las heras, y burlado el trillo,
Que yo mi inutil huerto
robado como Hesperides de Alcides,
y en el campo desierto
otra Numancia de arboles y vides,
un Sagunto de flores y retamas,
las piedras hojas, y los muros ramas.
Sobre mojados limos,
Troyas de manutisas y claveles,
pampanos y razimos,
de un cenador (ya titulo) doseles,
porque le puso el tiempo en alto estado,
la arena de sus pies hicieron prado.
Qual suele de mañana,
antes de consultar el claro espejo
sin falsa nieve y grana,
salir la dama en palido bosquejo,
que desmintió lo que mentido havia,
a la noche clavel, y lirio al dia;
Y ya huesped estraño,
su amante apenas sabe consolarse,
y llamandose a engaño,
mas solicita el irse, que el quedarse,
assi mi huerto en el lluvioso abismo

ama-

amaneció mentira de sí mismo.
Un arbol, cuyo fruto
desatados corales imitaba,
volvió la pompa en luto,
vengandose un jazmin que le envidiaba:
assi le deja esqueleto, y le priva
del alma natural vegetativa.
Condicion arrogante,
que no sufras jazmin, que las mayores
plantas esten delante,
porque tu verde red salpiquen flores,
sabiendo que crecer ni vivir puedes,
a no tenerte en brazos las paredes.
La vividora hiedra
¿qué hiciera el labyrintho de sus lazos,
si amante con ser piedra
piadoso el muro no le diera abrazos?
¿o cómo no trepando al verde colmo,
fuera la vid tan alta como el olmo?
Quanto el cielo sustenta
precisa ha menester defensa alguna:
todo el favor lo aumenta,
hasta el inmenso mar crece en la luna,
que nunca ví medrar, o es monstro raro,
planta sin sol, ni ingenio sin amparo.
Qual quedan en la guerra
manoplas, golas, petos y zeladas
sembrados por la tierra,
y entre el sangriento humor rotas espadas,
assi del viento barbaros rigores
rompieron ramas y sembraron flores.

Suspenso yo le dixe,
¿qué es esto huertecillo? ¿qué fortuna
tan aspera te aflige?
¿quándo la envidia en humildad ninguna
fue tan cruel? ¿si el verte tan florido
el exorcismo desta nube ha sido?
¿Qué mucho que desprive
la envidia al siete veces Consul Mario,
y que al suelo derribe
la gloria militar de Belisario?
mas tú, mas yo; venganzas tan crueles;
¿por qué triumphos, jardin? ¿por qué laureles?
Si fueras el Hybleo
de España Aranjüez, no me admirára,
que su feroz deseo
en tu Real grandeza executára,
mas átomo Pensil, verte me admiro
el verde blanco de su helado tiro.
Consuelate conmigo,
que despues de dos años pretendiente,
los servicios no digo,
que fuera memorial impertinente:
basta que sepas tú que me pareces,
pues que te pierdes mas, quanto mas creces.
Aspero torbellino
armado de rigores y venganzas,
subitamente vino
a deshojar mis verdes esperanzas,
haciendo el suelo alfombra de colores
tantas hojas escritas, como flores.
No fuera el gran Monarca,

por-

porque viviera yo, menor planeta,
pues quanta tierra abarca,
y ciñe el mar, se le rindió sujeta,
que iguales mira al aguila y al grillo
aquel topacio del celeste anillo.
Corre sin desclavarse
del folio de zaphyr alma del mundo,
mudase sin mudarse
de la naturaleza autor segundo,
Rey de la luz con paz de su harmonia,
hacha inmortal donde se encierra el dia.
Si bien hay tierra a donde
ni aun con obliquos rayos su grandeza
a su Nadir responde,
tal es de mi fortuna la aspereza,
que no me alcanza el sol, ni me ha servido
haver junto a su ecliptica nacido;
Ni mi fortuna muda
ver en tres lustros de mi edad primera
con la espada desnuda
al bravo Portugués en la Tercera,
ni despues en las naves Españolas
del mar Inglés los puertos y las olas.
Estoy seguro y cierto
de que ha de haver quien a los dos murmure;
mas no te espantes, Huerto,
de que esta narracion tanto me dure,
que como fui soldado de una guerra,
cuentolo muchas veces en mi tierra.
Ni menos el estudio,
exercicio tambien de su alabanza,

pero fatal preludio
del sucesso infeliz de mi esperanza,
pues que dimos los dos en tantas sumas
tú al suelo flores, y yo al viento plumas.
No es possible que falte
quien tu humildad castigue, de que llore
el blanco y rojo esmalte,
que tu edad juvenil rompa y desdore
intempestiva furia de agua y viento,
pues vives el mas infimo elemento.
Fuerte Philosophia,
retirada vejez, pero contenta,
que la fortuna mia
con el breve camino el passo alienta:
si algunas esperanzas he perdido,
solo del tiempo estoy arrepentido.
Si yo no canto, basta
que otros canten por mí lo que yo lloro:
voraz el tiempo gasta
torres de vanidad, montañas de oro,
unico sol no padeció ruina,
candida virgen la virtud divina.
Esta, Principe claro,
sublime en vos, y altissimo ornamento
de vuestro ingenio raro
os hace amable a todo entendimiento,
que si el alto nacer solo ennoblece,
dichoso el que obra el premio que merece.
Huerto desta ribera,
para siempre se fue, ¡qué infausto dia!
la dulce primavera,
que

que con su hermoso pie te florecia,
por esso te faltó sereno el cielo,
y a su Occidente sol siguióse el hielo.
Aqui me daba vida,
y a tí te daba flores, y a la muerte
con su veloz partida
en esteriles campos nos convierte:
que a vivir estos valles, no lo ignores,
a mí me diera siglos, y a tí flores.

A D. AGUSTIN COLLADO DEL HIERRO,

EN SU LIBRO DE LAS GRANDEZAS DE GRANADA.

Collado el mas ilustre del Parnasso,
en cuyo verde inaccessible extremo
por altitud científica supremo
fundó su fuente Apolo,
que no la indigna planta del Pegaso,
laurel al docto Herrera, al dulce Lasso,
que tu Collado reconocen solo
Pindo de nuestro polo,
donde jamas con arrogancia vana
llegó la multitud vulgar profana,
por ser su cumbre Olympica eminente
a la region de Juno vagorosa:
ciña tu heroica frente
siempre digna de honor, siempre estudiosa,
Daphne inmortal, y sea
tu copia la abundancia de Amalthea,
porque formando hermosas y difusas,
Delphica ambrosia en tu Xenil las Musas,
nectar las Gracias en tu Dauro Hybleo,
del arte y natural rico hymeneo,
nazcan con nuevas luces y colores
en tí conceptos, y en sus campos flores
aquella fertilissima Granada,
que hasta el dichoso tiempo de Fernando

y

y de Isabel Catholica tenia
la frente de turbantes matizada,
los ramos por las sierras dilatando,
que al Imperio del Africa rendia,
las claras aguas del bautismo bebe,
y en tanta gloria de su madre España
aguila celestial en ellas baña
la corona de nacar y de nieve,
tan nuevo aplauso à tus estudios debe,
y de ver su retrato en esta suma
al claro espejo de tu docta pluma
tan nueva phenix vive,
que sus sierras y monte le recibe
por el mejor COLLADO,
y el claro Dauro el nombre de dorado
por su Chancilleria
saca la executoria,
cuya inmortal memoria
el Castellano Tajo defendia,
emulacion a sus arenas de oro,
y ya Genil y su nevado coro
no solo engendran jaspes donde yacen,
pero esmeraldas en sus aguas nacen:
que como el Albaicin en carmesies
granos, no envidia de Zeylan rubies,
assi Genil al Indo la guirnalda,
que corona su margen de esmeralda,
para que no le falten
las que el cothurno de su nieve esmalten.
Vive felice pues, COLLADO ilustre,
que agradecida esta ciudad famosa,

sus

sus ingenios, nobleza y hermosura
de tanto eterno lustre
de la siempre estudiosa,
de tus versos cultura,
vida inmortal, que dura
en alma de caracteres diamante:
tal juzgo de tu pluma el limpio, terso,
hermoso y culto verso
al espejo de Phebo rutilante,
de tu COLLADO y fuente de Helicona
alcazar de su extremo harán corona
a todo ingenio candido elegante,
que escriba en verso docto y numeroso,
en tanto que su rayo luminoso
del Ocaso al Oriente
tantos desdenes cuente
como esmeraldas en su amado lauro,
y calze de cristal su planta el Dauro
a la Granada, que hoy eterna hiciste,
pues a la Regia purpura, que viste,
tu pluma a darle viene
tantos diamantes, como granos tiene,
que solo fuera hallada
en tan fertil COLLADO tal Granada.

ELOGIO EN LA MUERTE DE JUAN BLAS DE CASTRO.

A la region, a donde vas, luciente,
patria inmortal, exenta de mudanza,
que no tiene poder el tiempo en ella,
alma bendita (que piadosamente
este nombre te doy en confianza
de tu virtud, como testigo della)
pues vas a ser estrella,
y del caduco ser mortal desistes,
vuelve los rayos a mis ojos tristes,
y cantaré tus meritos que adoro:
que bien sé yo que no me oyrás, si lloro;
que aunque era justo por tu ausencia el llanto,
con mas amor me escucharás, si canto.
Ya de la elemental dulce harmonia,
negada a los mortales, a quien solo
la humana instrumental fue concedida,
havrás visto la eterna melodia,
fuga inmortal sobre uno y otro polo,
de aquella inteligencia esclarecida,
machina que vestida
de puntos de cristal en lineas de oro,
al contacto dulcissimo sonoro,

con tanta suavidad los cielos mueve,
que el mismo sol las consonancias bebe;
en cuyo libro eterno y soberano
echó el compas la omnipotente mano.
¿Con qué especulacion tan diferente
de numeros agudos y de graves,
con qué nueva theorica de tonos,
los generos mezclando, dulcemente,
y de hermosos chromaticos suaves,
blandura de celestes semitonos,
harás tonos a Thronos,
Virtudes, Potestades y Cherubes,
si al magisterio de sus coros subes?
que un alma tantos limites excede
de un justo, que enseñar Angeles puede;
que aquello poco menos de distancia
añade el accidente a la substancia.
En extasis absorto, no del suelo,
donde qualquiera dissonancia es fea,
harás en instrumentos acordados
las clausulas sin falsa, que en el cielo
no puede haver alguna que lo sea,
ni en tanta paz dos tiples encontrados:
bajos son escusados
en la mayor y mas inmensa altura,
que no permite humana compostura:
porque en el libro del Cordero santo
tres lineas con un sol es todo el canto,
que cantan en dulcissimos bemoles
a solo un sol inumerables soles.
Con tanto contrapunto de virtudes
al canto llano de la vida humana

nia-

ninguno como tú fama presuma.
Passamos nuestras verdes juventudes,
siendo (en vanos amores divertida)
materia de tu musica mi pluma:
mas tú de tanta suma,
siempre famoso, cómo yo culpado,
veinte años a tí mismo retirado,
sin ver mas luz que la que infusa dentro
comunicaba Dios del alma al centro,
dejaste los amigos que tenias,
y muerto al mundo para Dios vivias.
¿Mas cómo lloro o canto yo tu muerte,
si ha veinte años y mas que muerto estabas,
que quien lo deja todo, entonces muere?
De mucho pirte procedió no verte,
que a donde tú con Dios te retirabas,
solo se admite quien el dueño quiere:
mas como ya no espere
verte en la tierra, afligeme el deseo:
¿por qué, pues fuiste imitacion de Orpheo,
que llevaba tras sí piedras y plantas,
no me llevaste entre las tuyas santas?
Mas no admiten los cielos, que penetras
peregrina impression de humanas letras.
Quando en la fe de una amistad conformes,
y con un dueño a su servicio atentos,
cuya Alva a nuestra vida amanecia,
las islas celebrabamos del Tormes,
y dilatabas tú mis pensamientos
con dulce voz, que él ayre suspendia:
¿quán lejos deste dia
estabamos los dos entretenidos,

yo dando a tus acentos mis oídos,
y tú dandome a mí numeros graves?
qual suele con envidia de las aves
dar licion Philomena a las corrientes
de arroyuelos discipulos y fuentes,
sin ver que un mismo fin juntar procura
el Alva clara con la noche escura.
Ya son aquellos ojos, que tu canto
estrellas hizo al mundo tantos dias,
luces, donde vivió mi pensamiento,
y cuyos rayos me abrasaron tanto,
apenas polvo de cenizas frias,
que ocupa sombra, lo que deja el viento:
aquel entendimiento,
idolo necio de mis verdes años,
mudo repite a voces desengaños:
solo al nombre que oyeron tantas veces
aves en ramas, y en arenas peces,
en fe del tuyo le promete vida
la fama, que jamas de tí se olvida.
¡Qué dura, Phylis, es la sombra fria
de la muerte cruel! ¡qué diferente
de la que yo escribia, y tú cantabas!
mas como suele el sol al medio dia
tumulo prevenir al Occidente,
quando de mas laurel te coronabas,
parece que colgabas
en los sauces del Tormes el sonoro
instrumento, que ya sin lazo de oro
assiste al bronce de la fama eterno:
¿quién le proseguirá tan dulce y tierno?
que aunque muchos famosos tiene el arte,
lo

lo natural es de mas alta parte,
porque no puede haver mayor letrado,
que aquel que tiene por el cielo el grado.
Sagrado al templo de las Musas quede,
y solo se conceda que le toquen
en lauro de algun Principe Poeta:
ninguna vana presuncion le herede,
y venerable al componer le invoquen
por imagen dulcissima y perfeta;
o para que sujeta
jamas se vèa al tiempo y al olvido,
antes confiessen que los ha vencido,
le impriman en el cielo luces bellas,
como a la lyra Thracia diez estrellas,
que mas merece ser del cielo empleo
la lyra de JUAN BLAS, que la de Orpheo.
Y si de gloria accidental te puede
servir la ciencia que viviendo honraste,
porque della la tierra participe,
bien es que el mismo sol la solfa herede,
que en dulces tonos rhythmicos dejaste,
pues quiere el Augustissimo Philipe,
que ninguna anticipe
su accion a tus papeles, por quien tienen
tan alta estimacion, que se previenen
contra la envidia a siglos inmortales.
Y si cuydados de Alexandro iguales
tal vez el cetro al arco remitian,
mayor Imperio suspender podrian,
pues quando un mundo el Macedonio mande,
en dos pone los pies Philipe el Grande.
O tú dos veces musico divino,

que

que aqui famoso Aragonés lo fuiste,
y allá por tus virtudes inmortales,
pues en el templo ya del Uno y Trino
del coro de los Angeles tuviste
lugar entre las sillas celestiales,
si en amistad iguales
vimos correr el sol quarenta veces,
del ayre Phrygio a los Australes peces:
no te olvides de mí, que cada dia
en pan te pagaré la cortesia,
pan que se vé con esta diferencia,
yo enigma, aunque es el mismo, y tú en essencia.
Cancion, quando saber alguno intente
quien te enseñó a cantar con tal concierto,
dile que el arte de cantar llorando
aprendí por la mano brevemente,
besandola a JUAN BLAS despues de muerto,
que mas enseña un muerto, aunque callando,
que muchos vivos, quando
se considera que vivir solia,
y que toda su physica harmonia
al mas pequeño golpe se resuelve,
de tierra sale, y a la tierra vuelve.

PORFIANDO VENCE AMOR.

COMEDIA FAMOSA
DE LOPE DE VEGA CARPIO.

Hablan en ella las personas siguientes:

El Rey de Hungria.
Alexandro.
Carlos.
Armindo.
Fabio.
Octavio.
Felino, *labrador.*
Albano.
Lucinda.
Leonarda.
Celia.
Ines.

JORNADA PRIMERA.

Sale Alexandro, Leonarda y Armindo.

Alexa. Pensaba yo, que el amor
en meritos consistia.
Leon. Pensó bien Vueseñoria,
si tuviera vista amor.
Alexa. Decis bien, pues le haveis puesto
en quien no le mereció.

Leon.

LEON. Basta que le tenga yo,
para saber que es honesto.

ALEXA. Querer a Carlos os culpa,
aunque viva amor sin ley.

LEON. Basta que le quiera el Rey,
para que tenga disculpa.

ALEXA. El Rey le quiere, engañado
de lisonjas y de estrellas.

LEON. Con lo mismo pueden ellas
haver mi amor obligado.

ALEXA. ¿Qué ciencia vuestro conceto
de sus partes pudo hacer?

LEON. Todas las que puede haver
en un amable sujeto.

ALEXA. ¿Tiene Carlos parte alguna
mas que fortuna y privanza?

LEON. Quien por meritos la alcanza,
poco debe a su fortuna.

ALEXA. ¿De tantos que os estimaban
haceis injusta eleccion?

LEON. Quando no fuera razon,
mis pretensiones bastaban.

ALEXA. ¿De suerte que está fundado
este amor en interes?

LEON. Comenzó, pero despues
sus partes le han aumentado.

ALEXA. ¿Si vos me quereis, tambien
podré yo favoreceros?

LEON. Como puedo yo quereros,
queriendo, y diciendo a quien.

ALEXA. Si la mudanza es mejor,
¿cómo puede ser culpable?

LEON. ¿Y qué muger, si es mudable,
merece en el mundo honor?
y porque tengo temor
de que hablar con vos me vea,
me voy, que no es bien que crea,
que le doy zelos con vos.
Dios os guarde. ALEX. Guardeos Dios.
LEON. Para que de Carlos sea. *Vase.*
ARMIN. Ahora estarás contento,
que Leonora te ha escuchado.
ALEXA. Nunca mas desesperado
se ha visto mi pensamiento.
Propuse a Carlos, pensando
que negára su aficion,
su estado, honor y opinion,
y su respeto mirando;
y dixome, sin vestir
su jazmin solo un clavel,
que tenia puesta en él
la esperanza de vivir,
y que le havia obligado
lo que a Carlos merecia,
y lo que el Rey le queria,
para volver a su estado;
y que de tanta privanza
no debia cosa alguna
al favor de su fortuna
quien por su virtud la alcanza:
que fuera de ser verdad,
que sus pretensiones fueron
las que la causa le dieron
de admitir su voluntad,

el ser amable sujeto
aumentó despues su amor:
necio sufrí su rigor,
mi agravio callé discreto:
mas viven los altos cielos,
loca Leonarda, atrevida,
que me ha de costar la vida,
o que he de vengar mis zelos.
Dos envidias tengo en mí
de su amor y su privanza,
entrambas piden venganza.
ARMIN. Detente, que viene aqui
escuchando pretendientes,
que tiempo havrá de buscar
el modo, el tiempo, el lugar,
en que la venganza intentes.

Salen Carlos, Lucinda, Fabio y Ines criados y acompañamiento.

CARLOS. ¿Tan gran señora en mi audiencia?
FABIO. Grandes negocios la obligan.
LUCIN. Vueseñoria me dé
la mano. CARLOS. No lo permita
la pretension del favor:
antes vos honrad la mia
con darme a besar la vuestra.
LUCIN. Quien pretende y solicita
vuestra gracia, mas desea
verdades, que cortesias;
y advertid, Carlos, que temo
vuestra mano, desde el dia
de aquel rio, del olvido

pa-

para vos, pues se os olvida.

Hablan aparte Carlos y Lucinda.

ALEXA. Armindo; ¿qué te parece
del modo con que se humillan
tales señoras a Carlos?

ARMIN. ¿Qué quieres, si Carlos priva?
La republica del mundo
la de los cielos imita.
¿A los Santos no rogamos,
para que ellos a Dios pidan
lo que havemos menester?
¿pues de qué, señor, te admiras,
que imite la tierra al cielo,
y que ruegue a los que privan?

ALEXA. Sí, pero estoy envidioso,
y en el cielo no hay envidia.

ARMIN. Dejarla, o satisfacerla.

ALEXA. ¿Ves esta torre, que aspira
a medir la frente al sol?
pues hoy con fatal ruína
ha de venir à la tierra.

ARMIN. ¿Con qué? ALEX. Con una mentira. *Vanse.*

CARLOS. ¿Pues para mí memoriales?

LUCIN. A quien tiene tan perdida
la memoria son forzosos.

CARLOS. Quien sirve, señora mia,
no es libre, y aqui en palacio,
aunque es verdad que cautivan
grillos y cadenas de oro,
tan dulcemente nos quitan
el tiempo y la libertad,

que antes se acaba la vida,
que gozemos sin descanso
un dia, de tantos dias.

LUCIN. ¿Un hora puede faltar
para hacer una visita?
Ahora bien, Carlos, leed
el memorial. CARLOS. Holgaria,
que fuesse cosa en que yo
con su Majestad os sirva.

Lee. Lucinda, amante de Carlos,
al Rey Amor le suplica,
que el que le debe y le niega,
le mande pagar.

Lucinda.

¡Qué gracioso memorial!
¿Este negocio tenia
Vueseñoria en palacio?

LUCIN. Una muger noble y rica,
con un hermano en la guerra,
que su obligacion olvida,
¿qué tiene que pretender,
sino casarse ella misma
con quien tan bien lo merece?
¿Qué responde Amor? CARLOS. Replica,
que para daros respuesta
pide el termino de un dia,
y que Fabio os llevará,
que es persona fidedigna,
decretado el memorial.

LUCIN. Yo me voy agradecida
a la esperanza, que ya
quanto pretendo confirma.

FA-

FABIO. ¿Y ella trahe algun despacho?
INES. No soy de las que anticipan
la voluntad a los hombres:
miro, despues que me miran,
hablo, despues que me hablan;
quiero, despues de querida,
que no soy como mi ama,
que de la primera vista
de Carlos anda en los ayres. *Vanse.*
FABIO. Notable bellaqueria
tienes escrita en los ojos.
CARLOS. ¿Fabio? FABIO. ¿Señor? CARL. En mi vida
vi mas gracioso donayre.
El memorial contenia,
que le pagasse el amor,
que desse rio en la orilla
le debo desde una tarde,
que con otras damas iba,
y las truxe a la ciudad.
FABIO. Es altamente nacida
esta señora. CARLOS. Qué importa,
si por essa razon misma
no merece que la engañe,
porque impossible seria
querer, queriendo a Leonarda.
FABIO. Leonarda, señor, es digna
de tu amor; pero los hombres
no son doncellas, que libran
su honor a sus casamientos,
y como pollas se crian
para solamente un gallo.
Del hombre la bizarria

es

es ser galan para todas:
a la linda, porque es linda,
a la sabia, porque es sabia,
a la limpia, porque es limpia.
Todas merecen amor,
que una sola es boberia,
como no passen, se entiende,
desde treinta y siete arriba.

Sale el Rey.

REY. ¿Carlos? CAR. ¿Rey invictissimo? REY. No tengo
otro mayor descanso en mis cuidados,
quando contigo a conferirlos vengo,
que verlos, si no en todo remediados,
en parte de su pena remitidos,
y a mejor esperanza levantados.
CARLOS. Siempre están mis deseos prevenidos
a tu servicio, como dueño solo
del alma, que gobierna mis sentidos:
unico Rey, como en el cielo Apolo
das luz a todo el orbe de mi vida,
su movimiento es tu dorado polo.
REY. La guerra a los confines reducida
de Hungria por el Conde mi cuñado,
primero executada, que temida,
siendo ambicion de dilatar su estado,
pide tan grave y breve resistencia,
que quede arrepentido y castigado.
¿Quién te parece a tí, que con prudencia
gobernará el baston desta jornada?
CARLOS. Señor, aunque es tan alta preeminencia,
fiad-

fiadle a mi juicio y a mi espada,
que amor me enseñará lo que hacer debo;
pues quien sirve con él, no yerra en nada.

REY. No es tu valor a mi experiencia nuevo:
mas no querrá mi amor sufrir tu ausencia,
y aunque importára tanto, no me atrevo.

CARLOS. Tanto favor, señor, me da licencia
a pedirte humillado, que permitas,
que vaya a hacer al Conde resistencia.

REY. En vano la jornada solicitas:
que no sientas mi ausencia me entristece.

CARLOS. Reconozco mercedes infinitas:
pero el deseo de servir merece
perdon, si amor es culpa. REY. Dime,
Carlos,
¿quién de los caballeros te parece
mejor para el baston? CARLOS. Puede en-
vidiarlos
el aguila dorada en su defensa,
y los mayores Reyes estimarlos:
mas quanto a mí, sin que reciba ofensa,
el de mayor valor, que tiene Ungria...

REY. Miralo bien. CAR. Que es Alexandro piensa
el de mas experiencia y gallardia:
es gran soldado el Duque generoso.

REY. La buena dicha Capitanes cria.

CARLOS. Alexandro merece ser dichoso,
por sangre, por virtud y por la espada.

REY. Quando no fuera el nombre victorioso,
no quiero yo contradecirte en nada.
¿Pero no era mejor el Conde Octavio?

CARLOS. Será mejor, si a tí, señor, te agrada:
Oc-

Octavio es valeroso, cuerdo y sabio.
REY. Sea Alexandro, Carlos, si tú quieres.
CARLOS. Recibirá, señor, tu gusto agravio,
pues a mi humilde voto le prefieres.
REY. Parte, y al Conde le dirás mi intento.
CARLOS. Es justa cosa, que del Conde esperes
lograr en esta empresa el pensamiento.

Vase Carlos, y sale Alexandro por la otra parte.

ALEXA. Notablemente se esfuerza,
señor, la guerra del Conde.
REY. A su intencion corresponde
la deslealtad y la fuerza.
Al Conde Octavio le doy
el cargo desta jornada.
ALEXA. De su prudencia y su espada,
señor, satisfecho estoy.
REY. Carlos el baston pedia,
mas no se le concedí,
por no apartarle de mí.
ALEXA. ¿Carlos? REY. ¿Pues bien? ¿no podia
Carlos llevar el baston
desta empresa? ALEXA. ¡Quién pudiera
hablar! REY. ¿Pues no mereciera
Carlos en esta ocasion
lo que el mas noble de Hungria?
ALEXA. Mil cosas, señor, están
escondidas, que saldrán
descubiertas algun dia.
El vivir de engaños llenos
los Reyes, causa tambien,

que

que todo lo que no ven,
lo ven con ojos agenos.
De aqui nace, no poder
remediar lo por venir,
porque ven por el oír,
oyendo lo que han de ver.
A Carlos haveis criado,
y teneisle tanto amor,
que es impossible, señor,
que vivais desengañado.
Pero porque cumpla yo
con la lealtad, que he nacido,
que no le envieis os pido
a esta guerra. REY. ¿Por qué no?
¿haos dicho la envidia acaso,
que no hay en Carlos valor?

ALEXA. Yo cumplo en esto, señor,
mi obligacion; y assi passo
a negocios diferentes.

REY. No se ha de quedar ansi.

ALEXA. Es bajeza, y mas en mí,
hablar mal de los ausentes.

REY. Aun no son las suspensiones
entre iguales cortesia,
porque es matar con sangria
ir suspendiendo razones.
Decid pues lo que pensais
de Carlos, pero advirtiendo,
que se ha de probar sintiendo,
que en el honor le tocais.

ALEXA. ¿Qué hay que deciros, señor?
Carlos con el Conde os vende,

y con el baston pretende,
no la ambicion deste honor,
sino entregalle la tierra,
y el Conde le ha prometido
su hija. REY. Mucho el oído
de un hombre como vos yerra
en dar credito a la envidia:
y no me hableis mas en esto,
que pienso, que el alto puesto
os desvanece y fastidia,
en que veis a Carlos. ALEXA. Yo
no os lo pensaba decir,
temiendo el veros sentir
su agravio, que el vuestro no.
REY. ¿Pues cómo quereis que crea
de Carlos tal deslealtad?
ALEXA. Como puede ser verdad.
REY. No es possible que lo sea.
ALEXA. ¿No están las historias llenas
de traydores alevosos?
REY. Tambien lo está de envidiosos
de las privanzas agenas.
ALEXA. A quien le engaña mil veces
disculpa en su daño amor.
REY. Y creer luego es error
en los Reyes y los jueces.
ALEXA. Si una carta se cayó
en una visita a Carlos
del pecho, por sacar dél
de cierta dama un retrato,
que quanto digo confirma,
¿será verdad? REY. En llegando

a la prueba de los ojos,
¿cómo puede haver engaño?
Alexa. ¿Es esta su firma? Rey. Sí,
(*Muestrale una carta.*)
esta es su firma, Alexandro,
la letra no, porque es cifra.
Alexa. Yo amaba a Carlos, y tanto
como vos, pero de zelos
desta dama, y con cuidado
de mi vida, saber quise
de la cifra el desengaño,
y hallé, señor, quien me dió
este traslado: tan raros
ingenios hay en los hombres.
(*Muestrale otro papel.*)
Rey. El viene, las cartas guardo,
que vos y yo las veremos
con secreto y con espacio.

Salen Carlos, el Conde Octavio y Fabio.

Carlos. Aqui está el Conde Octavio. Rey. Ya presumo,
que Carlos os ha dicho lo que os quiero.
Octav. Yo, quanto puedo responder, resumo,
en que serviros con el alma espero.
Rey. El Conde Vincislao, fundando en humo
de su ambicion y de su intento fiero
las esperanzas desta injusta guerra,
quejas dá al cielo, y rayos a la tierra.
Juntad la gente, que en tan larga copia

levaron la passada primavera
mis Capitanes, que la empresa propia
os llama alegre, y victorioso espera.

OCTAV. Aunque parece a mi humildad impropia
esta arrogancia, haré, que la vandera
de vuestras armas la celeste parte
haga temblar a donde reyna Marte.
De Turcos dicen que se vale el Conde
vuestro cuñado en el confin de Hungria,
pero yo los haré volver a donde
la Scythia helada el mismo fuego enfria.

REY. Octavio, la promessa corresponde
a vuestra generosa valentia.
Venid los dos conmigo. ALEXAN. Cosa rara,
aun no ha mirado a Carlos a la cara.

Vase el Rey con Alexandro y Octavio.

FABIO. Si el Rey te diera el bastón
de aquesta empresa, no huviera
cosa que mas te subiera
a la estrellada region:
pero el tenerte aficion,
de tanto honor te desvia.

CARLOS. Pedíle con osadía,
y él con amor le negó,
que parece que entendió
lo que a Leonarda queria,
cuya ausencia me matára,

con

con tanto extremo la adoro;
pero el honor es decoro,
que en ningun amor repara.

Fabio. Hoy, que nunca yo passára
por la calle de Lucinda,
con dulce risa me brinda:
llego a ver lo que me manda,
que una mano tierna y blanda
no hay corazon que no rinda.
Dixome: Aquel tu señor
mal despacha memoriales,
y encendiendo dos corales
salió con hachas amor.
Pierdo entonces el temor,
y digo: Yo le traheré
a veros: ¿cómo diré,
que perlas mostró la risa?
pero guardólas aprisa,
y sin ellas me quedé.
Finalmente, aunque Leonarda
te rinda, es justo, señor,
ser mas cortés de tu amor
con quien tu favor aguarda.
A tu persona gallarda
se inclinan quantas te ven
discreto y galan tambien,
pero el ser favorecido
del Rey la mas parte ha sido
para que te quieran bien.
Las gracias de Ephestion
Alexandro las hacia:
la Aurora, en que viene el dia,

bos-

bostezos de Phebo son.
De un Principe la aficion,
es prematica inviolable,
que como él de un hombre hable,
y le acredite su gusto,
a todos, señor, es justo,
que les parezca admirable
CARLOS. ¿De manera, que el favor
me ha dado merecimiento?
FABIO. Es de tus partes aumento,
el tenerte el Rey amor.
¿Qué ingenio no hará mayor
su aficion? qué gentileza,
qué virtud, gracia y destreza?
CARLOS. Sí, pero en toda ocasion
ha de dar mas opinion
la verdad, que la grandeza;
si bien le debo al favor
quanto presumen de mí.
FABIO. Esto considero en tí,
sin ofender tu valor.

Sale Alexandro.

ALEXA. Carlos, el Rey mi señor
me dió ahora este papel;
no sé lo que viene en él,
que él le escribió y le cerró,
y darosle me mandó.
CARLOS. Turbado me haveis con él:
¿su Majestad de su mano?
ALEXA. El mismo: ¿de qué os altera?

CAR-

CARLOS. Nunca del daño que espera
teme el corazon en vano.
Víle aqui menos humano,
y no entiendo la ocasion.

FABIO. Si los Reyes hombres son,
lee, señor, no te assombres,
que no siempre están los hombres
de una misma condicion.

Lee. CAR. „ Carlos, ved en que lugar,
„ de los que cerca teneis
„ de la corte, estar quereis,
„ que tengo cierto pesar,
„ que me importa averiguar,
„ de cosas poco fïeles:
„ dad àl Duque los papeles,
„ y salid dentro de un hora."
No pido Alexandro ahorà,
que el secreto me reveles,
que seria disparate,
ni me causa alteracion
esta notificacion,
ni que el Rey tan mal me trate:
la envidia, que me combate,
ha executado la ira:
solo el credito me admira,
que ha dado su Majestad
contrà mi limpia verdad
en favor de la mentira.
Decidle, que mi inocencia
saldrá a cumplir el destierro,
aunque por ageno yerro,
con humildad y paciencia,

que

que la segura conciencia
no puede temer castigo;
y a vos solamente os digo,
que me pesa quanto puede,
de que el Rey mi señor quede
en poder de mi enemigo.
Que quien me ha puesto con él,
porque envidia le obligó,
desta suerte, pienso yo,
que no le será fïel.
¡O envidia fiera, cruel!
¡o Rey, al sol semejante,
que quando con luz constante
mayor claridad enseña,
le cubre nube pequeña,
que se le ponga delante!
¿Qué símera tan estraña
a mi privanza le dió?
¿qué dia me amaneció?
¿qué noche me desengaña?
Tal el sol las nubes baña
en oro, quando amanece,
tal al medio dia crece,
y al declinar de la tarde,
llama la noche cobarde,
que en su lugar aparece.
Duerme el pajaro escondido
entre las hojas y ramas,
quando en desmayadas llamas
parte el sol medio dormido:
llega el alcotan al nido,
y arrojando al ayre incierto

el

el mal texido concierto,
las pajas de sangre baña.
Esta es, envidia, tu hazaña,
y yo el pajarillo muerto.
Ve, Fabio, y con esta llave...

ALEXA. No la deis, que hay mas rigor:
vuestra casa un Senador
visita, es negocio grave,
que el Rey solamente sabe:
voy, a tomar los papeles.
Dios sabe, que estos crueles
terminos... CARLOS. No lo digais,
que mi obediencia afrentais;
y pues los amigos fieles
se conocen, en mi ausencia
hablad al Rey bien de mí.

ALEXA. Harélo, Carlos, assi
con justa correspondencia: *Vase.*
dadme los brazos. CARLOS. Paciencia,
y obedecer al poder.

FABIO. ¿Qué es lo que piensas hacer?

CARLOS. Partirme, Fabio, a la aldea,
luego que a Leonarda vea,
a morir, y a no la ver.

Salen Leonarda y Celia.

LEON. Dicha he tenido en hallarte,
que hoy tengo necessidad
de hablar a su Majestad.

CARLOS. Pues bien podré yo ayudarte.
Hoy desterrado se parte

Carlos, Leonora, a una aldea:
desgraciada es bien que sea
la verdad, porque es hermosa,
que ser la envidia dichosa,
debe de ser porque es fea.
Que salga dentro de una hora
me manda el Rey de la corte.
Tú, de mis desdichas norte,
como de mi noche Aurora,
por quanto el alma te adora,
pues es forzoso partirme,
vive en mis fortunas firme,
que en tanto podrá durar
la vida, que has de animar,
quanto gustes de escribirme.

Leon. Hasme dejado de suerte
con la nueva, que me has dado,
que ya mi vida ha tocado
los umbrales de la muerte.
Vengo a hablar al Rey y a verte,
y hallo en todo tal mudanza,
que de tu desconfianza,
y del passado favor
del Rey, a solo mi amor
viene huyendo la esperanza.
O Carlos, ¿qué valimiento
de la envidia se escapó?
qué virtud no derribó?
qué verdad? qué entendimiento?
No por mis negocios siento
tu caída, aunque muger
sin favor, puede temer:

pe-

pero por verte ausentar,
que no puede haver pesar
como dejarte de ver.
¿Quién pensára, que pudiera
olvidarte el Rey ansi,
y que su amor contra tí
credito a la envidia diera?

CARLOS. Sol el Rey, palacio esphera,
suben terrestres vapores
a sus claros resplandores;
y aunque él padece desmayos,
tal vez que se engendran rayos,
dan en las torres mayores.
Pero mirandolo bien,
¿qué envidia *tanto alcanzó*,
que la verdad padeció
mas que el primero desden?

LEON. Parte, y los cielos te den,
Carlos, igual la paciencia,
que de mi correspondencia
seguro puedes estar,
que no havrá roca en el mar,
como yo seré en tu ausencia.

CARLOS. Assi lo creo de tí,
sino es que ya mi fortuna
no me deje parte alguna,
que me defienda de mí.
¿Piensas escribirme? LEON. Sí.
que sino, ¿quién viviria?

CARLOS. Pues a Dios, Leonarda mia.

CELIA. ¿No me hablas, Fabio? FABIO. Estoy
tan triste, que apenas soy,

Celia, el Fabio que solia.
Mira a Carlos cómo está
llorando. CELIA. Y tú à mi señora
¡qué tiernas lagrimas llora!
qué perlas al lienzo dá!

CARLOS. Acabó la envidia ya
conmigo. LEON. Y aun con los dos:
pero la verdad con vos
hará victoria el agravio.
A Dios, Carlos. CELIA. A Dios, Fabio.

CARLOS. Leonarda, a Dios. FABIO. Celia, a Dios.

Vanse todos, y salen Lucinda y Inés.

LUCIN. Pues nos ofrece la ocasion espacio,
la causa te diré de mi tormento.

INES. Erráste en ver a Carlos en palacio.

LUCIN. No me deja vivir mi pensamiento:
quando la luz del unico topacio
el celeste zaphyr cubre sangriento,
comienza mi dolor, hasta que vuelve,
y el manto de la noche se resuelve;
y quando por las aguas reverbera,
temo los rayos de la blanca Aurora.

INES. Comun sentencia ha sido y verdadera,
que el mal comunicado se mejora.

LUCIN. Estaba la florida primavera
dando colores a la verde Flora,
quando salí mas libre y mas lozana,
que por Abril la candida mañana.
Daba ocasion este pequeño rio,
espejo de los arboles, que baña,

que

que antes de ser cristal liquido y frio,
capa de plata fue de su montaña,
que con otras amigas de igual brio,
a quien el tiempo y lo bizarro engaña,
andabamos mirando en sus riberas
hacer el agua con el ayre espheras.
Todas por los enfaldos descubrían
ricos manteos, que de rizas telas
con las flores del prado competian,
lirios, jazmin, azahar, rosas y espuelas:
ya por blancas arenas imprimian
breve carcel del pie negras chinelas,
cuyas cintas, o ya lazos los nombres,
son liga de los ojos de los hombres:
quando Carlos, ¡hai Dios! como si fuera
de los Dioses alguno, que pintaba
la fabulosa edad, a la ribera
en su carroza como el sol bajaba.
Paró en nosotras la inquietud ligera
de los caballos, porque claro estaba,
que a mugeres, y solas, no podia
Carlos negar lo que a su edad debia.
Habló cortés en fin, y la carroza
para passar el rio nos ofrece,
con que las mas traviesas alboroza,
y ver la opuesta margen les parece:
assi la libertad el tiempo goza,
y lo que no se tiene se apetece.
Entré tambien, aunque callando estaba,
y presume, que fue porque miraba.
Pisan las ruedas la menuda arena,
y los caballos, que a la orilla aspiran,
al

al son del agua, que batida suena,
pedazos de cristal al ayre tiran.
Pero que fuesse traza, o fuesse pena,
ya con turbado anhelito respiran,
y tropezando la portatil casa,
ni a atrás se queda, ni adelante passa.
Parando pues, hicimos aposento
sobre el cristal del arenoso rio,
donde el donayre, el uno y otro cuento
dió licencia al favor, despejo al brio.
Parecióme, que Carlos mas atento,
qué a las demás, miraba tierno el mio,
porque es en la muger la confianza
jurisdiccion, que quanto mira alcanza.
Mientras otros caballos añadieron,
de sí misma cayó la noche helada,
y las estrellas contra mí salieron
de Carlos por su culpa enamorada,
sus manos a la vuelta se atrevieron:
no diré yo, que estando descuidada,
que aunque vieron mis ojos que me asian,
no quise yo que viessen lo que vian.
Dejéme asir la mano, poco digo,
dejéme asir el alma, y en un punto
a puros pensamientos me persigo,
y lo mismo que ignoro me pregunto.
Iba Carlos en sí, yo no conmigo,
que amor para abrasarme, todo junto
el fuego elemental tomó del cielo,
y para Carlos la region del hielo.
Llegamos juntos, que no fue possible,
que nos dejasse Carlos: yo perdida,
bus-

busqué a mi necio amor sueño impossible,
de vários pensamientos combatida:
con este dulce mal, fuego apacible,
y tierna inclinacion con alma y vida,
cómo la flor del sol le voy siguiendo,
y como ella las hojas, almas tiendo.
No hay fiesta, no hay carrera, plaza, o calle,
parte, lugar, o campo donde assista,
en que falte Lucinda, aunque obligalle
no puede tanto amor, tanta conquista.
Hoy fui, para vivir, resuelta a hablalle:
cortés le hallé al favor, dulce a la vista,
mas no quiere entender mi pensamiento,
ni yo desengañar mi sufrimiento.

Sale Rutilio.

RUTIL. Bien me puedes por el porte
desta carta dar tus manos.
LUCIN. ¿De mi hermano son? RUTIL. ¿Por quién
pidiera favores tantos?
pero la guerra estrangera
no iguala la de palacio.
LUCIN. ¿Por qué causa? RUTIL. Porque el Rey
dicen que destierra a Carlos,
sin saberse la ocasion.
LUCIN. Sí se sabe, porque tanto
favor y amor ¿quién pudiera
sino la envidia acabarlos?
Cosa impossible parece,
que a Carlos, laurel sagrado,
en tempestades de envidia

pu-

pudiessen tocar los rayos:
¿Qué architectura del mundo
tendrá los extremos altos
seguros de su violencia?
qué bronce? qué duro marmol?
qué mar tranquilo y dormido
no despiertan los contrarios
golpes de los vientos fieros,
que no respetan peñascos?
¿Pero por ventura es nueva
de las que el vulgo inclinado
á novedades inventa,
siendo hermaphrodita parto
de la envidia y la malicia,
que va siguiendo los passos
de la virtud como sombra?

RUTIL. ¿Cómo puede ser engaño,
si a su puerta ví, señora,
su carroza y sus criados,
que se parten a una aldea?

LUCIN. ¿Tan aprisa? RUTIL. ¿Pues qué espacio
dió jamás al que derriba
el poder, estando ayrado?

LUCIN. Bien dices, que la fortuna
sube a un hombre passo a passo,
y la envidia, como a vidro,
de un golpe le hace pedazos.
Voy a ver si a Carlos veo,
para que los dos partamos
este golpe de fortuna,
él sufriendo, y yo llorando. *Vanse.*

Sa-

Salen Felino labrador y Albano criado de Carlos.

FELINO. ¿Que Carlos, mi señor, viene al aldea,
y de assiento decis? para bien sea.
ALBAN. Esta mañana amaneció, Felino,
bien seguro de hacer este camino,
y en un instante, como suele el cielo
teñir el rostro del sereno velo
de pardas nubes, me llamó turbado,
y me dixo, que el Rey le havia mandado,
que se fuesse al lugar, que de la Corte
estuviesse mas cerca, y este elige:
¿qué casa quieres que te lleve? dixe,
y él me mandó, que quanto pueda acorte
la ostentacion, y que prevenga casa
como para quien ya la vida passa
sin mas cuidado, que passar la vida.
FELINO. El Alcalde tenia prevenida
una danza de mozas del aldea,
pero pues viene triste, que no sea
hasta que mude el tiempo la fortuna:
¿mas no pondrémos colgadura alguna
en estos aposentos? ALBAN. Solamente
poned sillas y camas. FELIN. ¿Y qué gente
trahe de sus criados? ALB. No ha querido
que venga nadie. FEL. ¿Qué sucesso ha sido
el que a tanta tristeza le ha obligado?
ALBAN. A Fabio solamente lo ha contado.
FELINO. Ya suena el coche, y aunque triste sea
Carlos, nuestro señor, honre su aldea,
que ya yo sé, que cosas de la Corte
nunca las guia mas seguro norte.

Sale Carlos de camino.

CARLOS. Vuelvanse todos luego, que no quiero
que aqui me sirvan mas que Albano y
Fabio.
FELINO. ¡Qué triste viene! CARL. Porque ya no es-
pero
tener contento en tan injusto agravio.
FELINO. Mirando tu tristeza, señor nuestro,
tu mano pido con temor. CAR. No muestro
la mas pequeña parte de mi pena:
¿Estais bueno, Felino? FELIN. El veros
triste
nos quita la salud que en vos consiste,
que ya os daban, señor, la norabuena
los campos esmaltandose de flores:
silencio tienen ya los ruiseñores,
y hasta los ayres callan por las ramas
destos blancos jazmines olorosos,
verdes myrthos y palidas retamas,
mudos los arroyuelos sonorosos
atras la plata liquida retiran,
tan tristes ya, que por cantar suspiran.
CARLOS. Pues no es razon que dessa suerte sea,
que no es para tristezas el aldea,
mas para solo divertir cuidados
en puras fuentes y en amenos prados.

Sale Fabio.

FABIO. Ya, señor, no será nuestra venida
pa-

para tan triste y solitaria vida,
ya parece que el cielo nos ayuda,
y la fortuna de semblante muda.

CARLOS. ¿Qué dices, Fabio, mi fortuna puede
mudar semblante? FABIO. Hay cosa que
mas ruede,
entré por nuestra ya Corte aldeana,
y veo un coche, y gente cortesana
apearse a una casa prevenida,
y del rustico dueño recibida
veo una dama, dando a un escudero
la blanca mano, pluma en el sombrero,
orazo en el manteo, y las virillas
pidiendoles licencia a las orillas
para salir brillando por los bajos;
los ojos que caminan por atajos,
del chapin al cabello se passean,
mas no es possible que la faz le vean,
que unas delgadas tocas la encubrian,
por donde mil relampagos salian.
Dos carros largos a este punto llegan,
y a los criados rica ropa entregan,
colgaduras, estrados, sillas, camas.
Llego a saber quien son las dichas dam[as]
si se quedan, o passan adelante,
y dixome un anciano escuderante,
que vienen a vivir a nuestra aldea.

CARLOS. Es impossible, Fabio, que esso sea.

FABIO. ¿Lo que he visto, señor, es impossible?
¿no es este sitio alegre y apacible
para gozar la verde primavera?
obligacion te corre, aunque no fuera

sino por ser deste lugar el dueño,
a hacerle una visita. CARL. Desse empeño
nos ha sacado, pues a vernos viene.
FABIO. Ella es por Dios, alguna causa tiene.

Sale Lucinda de camino, y Inés, y acompañamiento.

LUCIN. Seguro Vueseñoria
desta visita, y de verme
estaria en su lugar.
CARLOS. Apenas los ojos pueden
determinarse a creer
lo que impossible parece:
¿Es Lucinda? LUCIN. ¿Pues quién fuera
sino yo, Carlos, quien viene
a teneros compañia
en la soledad presente?
CARLOS. ¿Aqui venis a vivir?
LUCIN. ¿No es justo que quien os tiene
tanto amor, en las desdichas
y en los destierros lo muestre?
Persuadieron mis tristezas
a mis deudos y a mi gente,
que la soledad del campo
para vivir me conviene,
y sois vos mi soledad,
porque solamente os quiere
el alma por compañia.
FABIO. Responde. CARL. ¿O Fabio, qué quieres?
que estoy pensando en Leonarda.
FABIO. No hayas miedo que ella piense
en

en tí, porque es el olvido
la sombra de los ausentes.

LUCIN. Carlos, amigos fingidos
son para tiempos alegres,
quien acompaña en los tristes,
de verdadero se precie:
parte las penas amor,
quando la causa padece,
haciendo menos el mal,
si entre dos almas se sienten.
Luego que supe que el Rey
por envidiosos aleves
os desterraba a estos campos,
determiné de ponerme
en manos de la fortuna,
que persigue injustamente
vuestra virtud; Carlos noble,
despues de haver muchas veces
con lagrimas consultado
mi honor y estado, que suele
ser este justo temor
remora que a amor detiene.
No os enojeis si por dicha
mi atrevimiento os ofende:
al Cesar mi hermano sirve,
no hay ocasion de temerle,
tened un vasallo mas,
y un amigo que os consuele:
vivir quiero en esta aldea
en tanto que el Rey os vuelve
a su gracia, que yo gusto
de que con vos me destierre.

Es-

Esto es amor, que si acaso
ser pagado no merece,
por lo menos estimarle
de justicia se le debe.

CARLOS. Ha sido resolucion
tan notable, y de tal suerte
me haveis, señora, obligado,
que para satisfacerle
a vuestro amor parte alguna,
no tengo vida, aunque fuesse
tan inmortal como el alma.
Lo que siento solamente
es la descomodidad
que ahora mis cosas tienen
para poderos servir.

LUCIN. ¿Esso os da pena? tenedme
por muger determinada,
que no puede encarecerse
accion alguna de quantas
a los mortales suceden,
como que lleguen amando
a este punto las mugeres.
Quereros, Carlos, privando
con el Rey, llevar la gente
como piedra iman tras vos,
miraros el que pretende
como a deidad, y sacando
los futuros contingentes
por la brujula del rostro,
si son azares o Reyes,
no es amor, sino interes.
Ahora que humildemente

os

os ha puesto la fortuna
a donde ninguno os quiere,
grave exemplo de los hombres,
que los puestos desvanecen,
quiero yo, Carlos, seguiros,
y quando todos os dejen,
quebrar los ojos al tiempo,
rasgar hojas a sus leyes,
para que los hombres libres
sepan que hay mugeres fuertes;
venciendo con la constancia
la naturaleza debil,
los habitos del aldea
vestiré rusticamente
por luto de vuestras dichas,
que en desgracia del Rey mueren.

CARLOS. Apenas acierto a hablar.

FABIO. Inés, ya sé yo que vienes
por tu ama, y no por mí,
que bien se ve que no eres
tan loca, que acompañáras
a quien ya desfavorece
la fortuna, que en el mundo
no hay mas de viva quien vence.

INES. Confiesso que soy su sombra,
mas fuera desto me debes
dejar la Corte con gusto,
Fabio, de venir a verte,
que me ha pegado mi ama
su locura. CARLOS. Gente viene:
Ponte la toca en el rostro.

LUCIN. Hombre de palacio es este.

Sa-

Sale Armindo de camino.

ARMIN. ¿Está aqui Carlos? CARL. O Armindo,
¿dónde bueno? que no suelen
visitar los cortesanos
los que sus lugares pierden;
del pulso de la fortuna
son medicos excelentes,
mas no curan de caidas,
que no quieren, o no pueden.
¿Cómo está el Duque, tu dueño?
ARMIN. Ya le dieron tus papeles,
y contra su voluntad,
Carlos, en tu pleyto entiende.
CARLOS. ¿Qué pleyto? ARMIN. No sé por Dios,
él me mandó que te diesse
un recado de su parte,
y te diga quánto siente
estos enojos del Rey:
que te manda, porque abrevie,
que no salgas desta aldea
hasta que otra cosa ordene,
pena de la vida, Carlos.
CARLOS. Ella será ya tan breve,
que saldré por fuerza della:
di, que Carlos obedece
quanto manda la fortuna:
¿Qué hay de mi casa? ARMIN. No pienses
en que ya la tienes, Carlos.
CARLOS. ¿Pues fui yo traydor? ARMIN. No creen
en la Corte menos causa:

y aunque es la jornada breve,
vuelvo, porque soy mandado.

CARLOS. Pues dejame responderle.

ARMIN. No tengo licencia, Carlos. *Vase.*

FABIO. Fuése. CARLOS. ¡Estraños accidentes!
sin casa y sin honra estoy.

LUCIN. No estás, que honra y casa tienes:
honra en tu inócencia, y casa
en la mia, que ya puedes
mandar, como propria tuya.

CARLOS. Mis ojos te lo agradecen
enternecidos, Lucinda.

LUCIN. ¿Qué jaspe, qué bronce fuerte
no enternecen tus desdichas?
Oro y joyas, Carlos, vienen
en essos cofres, que bastan
por ahora a entretenerte.
Voy a enviartelos. CARLOS. Oye.

LUCIN. ¿Esso me dices? CARLOS. Detente.

LUCIN. Es detener nueve cielos
sobre los dorados exes;
una cometa volante,
que a soplos del sol se enciende:
un rayo, que rompe nubes
por las regiones celestes;
un mar, que sube a dar voces
donde las estrellas duermen,
y una muger con amor,
que ningun peligro teme,
porque quien ama no estima
ni la vida ni la muerte.

JORNADA SEGUNDA.

Sale Carlos solo.

CARLOS. Desiertas soledades,
riberas apacibles,
a quien la vida desterrado ofrezco,
pobladas de verdades,
supuesto que insufribles
a quien padece, como yo padezco,
¿por qué culpa merezco
del Rey, que me ha criado,
la ausencia y la desgracia,
que en vida de su gracia
me tiene en tanto olvido sepultado?
¡O qué tristes memorias
presentes penas, y passadas glorias!
Y tú, Leonarda hermosa,
que vives descuidada
del aumento, que has dado a mi tristeza,
¿por qué tan rigurosa
me dejas, olvidada
de que iguale mi amor a tu belleza?
¿Es esta la firmeza?
son estos los amores?
son estas las promessas
con lagrimas impressas
entre tantos regalos y favores
en mi rostro al partirme?
ni hay palabra en muger, ni ausencia firme.
Aqui puedo ofenderte

con

con Lucinda amorosa,
y no te ofendo yo, ni amor lo quiera.
Tú sí, que de tal suerte
procedes rigurosa,
que sola mi verdad no te ofendiera.
Ayres desta ribera,
que con lascivos gyros
parece que a las flores
quereis hurtar colores,
llevad en vuestras alas mis suspiros:
mas detened el vuelo,
que si fuego partís, volvereis hielo.
De purpura vestido
el claro sol se ausenta,
todo descansa quanto vive y siente:
las pajas de su nido
el pajaro calienta
hasta la risa del dorado Oriente:
despeñase esta fuente
de aquella nieve pura,
y duerme en este prado,
que solo mi cuidado
el privilegio de la noche escura
no goza, ni se olvida:
¡o perezosa muerte! o larga vida!

Sale Fabio.

FABIO. El haverme detenido
tendrás, señor, por agravio.
CARLOS. Bien vengas, amigo Fabio,
que basta que hayas venido,

para que mi mal reporte.
Deja disculpas, y dí,
¿qué hay en la corte de mí,
pues que vienes de la corte?

FABIO. Por Dios, señor, que si fuera
de la Scythia, o la Ethiopia,
que pienso, que menos copia
de malas nuevas truxera.
¡Valame Dios, qué mudanza
hace en el mundo el favor!
no sé quien tiene, señor,
en su favor esperanza!
De quantas cartas llevé,
no traygo respuesta alguna:
¿ansi en la adversa fortuna
se guarda amistad y fé?
El amigo mas amigo
apenas me conoció,
que algun dia le ví yo
preciarse de igual conmigo.

CARLOS. ¡Qué bien mi mal se remedia
sin esperanza ninguna!

FABIO. ¿Sabes cómo es la fortuna?
como un bayle de Comedia:
ella toca, y vaylan todos:
ya están aquestos aquí,
y ya los otros allí
mudandose de mil modos.
Donde aquel tiene la cara,
este las espaldas tiene,
uno para, y otro viene,
y hasta el fin ninguno para.

Na-

Nadie tiene lugar cierto
donde le piensa tener,
porque todo viene a ser
desconcertado concierto.
Aqui dos baylando están,
y quando suelen volver
el rostro, ya la muger
bayla con otro galan.
El que en este sitio estaba,
ya no está, que siempre vi
andar de aqui para allí,
hasta que el bayle se acaba.
¿Quién piensas que ahora es
el que mas con el Rey priva?
CARLOS. Será Alexandro. FABIO. Ansi viva,
que pienso, que en solo un mes
se ha mudado toda Hungria.
No hay cosa con cosa ya.
CARLOS. Esso, Fabio, claro está.
Dime de la prenda mia,
que es lo que me importa a mí,
que essotro ya se perdió.
FABIO. Fui a verla, señor, mas yo
no la ví. CARLOS. ¿Qué? FABIO. No la ví.
CARLOS. ¿Cómo no? FABIO. Porque con ella
Alexandro de visita
estaba, que solicita
su favor Leonarda bella.
Hablé con Celia, señor,
quejandome del agravio,
pero respondióme: Fabio,
todo esto puede el favor:

mi

mi señora ha menester
a Alexandro, no te espantes
de mudanzas semejantes.
Si culpas el ser muger,
viendo que a Carlos olvida,
porque la necessidad
es la mayor tempestad
que tiene el mar de la vida,
ya para exemplo te basta;
si diez años firme estuvo,
que porque nunca la tuvo
fue Penelope tan casta,
que no tiene punto fixo
en el amor quien la tiene,
esto que ves, le conviene:
que bien sabes tú, que dixo
un Poeta, de la inmensa
copia, en que al mundo fatigan,
que los trabajos obligan
a lo que el hombre no piensa.
Con todo aguardé, señor,
a que Alexandro se fuesse:
entré, y como ella me viesse,
mudó semblante y color.
Hinqué la rodilla, y dí,
besandole, tu papel:
abrió entonces el clavel,
y a lo Real dixo ansi:
Yo le veré. CARLOS. ¿Qué me dices?
FABIO. ¿Qué te tengo de decir?
CARLOS. ¡Qué dilatado morir!
¡o ausencias siempre infelices!

¿Yo

¿Yo le veré? FABIO. Y aun mintió,
que pienso que no le ha visto.

CARLOS. Si esta desdicha resisto,
¿qué bronce fué como yo?

FABIO. ¿Quieres mas, que unas perrillas,
que otras veces me alhagaban,
me mordian y ladraban,
como estaba de rodillas?
cuyas voces al bajar
sentidas de los lebreles,
apenas de sus crueles
dientes me pude librar.
Si son los favores sueños
verás en efectos tales,
pues siguen los animales
los semblantes de sus dueños.

CARLOS. No te acierto a responder.

FABIO. Yo finalmente zeloso
dejo el nocturno reposo,
y vuelvo a su puerta a ver,
si la noche conformaba
con el dia, y veo, señor,
de su familia el rumor,
porque de visita estaba
de noche, como de dia,
Alexandro con Leonarda:
coche a dos casas le aguarda,
y de la propria desvia:
invencion, que viene a ser,
o cubierta, o desatino,
porque piensen que al vecino
le visitan la muger.

CARLOS. ¿Duró mucho estar allí?
FABIO. Toda la noche duró,
que al Duque se le passó
mas brevemente que a mí.
CARLOS. ¡Que toda la noche hablassen!
FABIO. Fue tal la conversacion,
que abrió la Aurora el balcon,
y les dixo, que callassen.
CARLOS. ¿No mas? perdí en este punto
Rey, patria, vida y honor:
¡hai tal liviandad! FABIO. Señor,
una cosa te pregunto:
¿Si te dejan los amigos,
es mucho que una muger?
CARLOS. Fabio, hoy la tengo de ver:
sean mis ojos testigos
de tan claro desengaño.
FABIO. ¡Qué locura! CARLOS. No lo es,
que no quiero que despues
el alma se llame a engaño.
FABIO. No sé nada, tú verás
el peligro a que te pones.

Salen Lucinda y Inés.

LUCIN. Las passadas ocasiones
¿quién duda que priven mas?
CARLOS. Lucinda viene, no estoy
para hablar con ella: Fabio,
entretenla, que a mi agravio
todo el sentimiento doy;
y advierte, que he de partir

al anochecer. *Vase Carlos.*

Fabio. Yo creo,
que este tu loco deseo
nos va llevando a morir.
¿Señora mia? Lucin. ¿O mi Fabio¿
¡con qué pena te esperé!
¿Qué trahes de la corte? Fabio. Erré
el rumbo del astrolabio,
y heme pensado perder.
Apenas un hombre ví
que se acordasse de mí.
Lucin. ¿Ni muger? Fabio. ¿Pues qué muger?
Lucin. Donayre tienes. Fabio. ¿Donayre?
Lucin. Pues negar una verdad
a quien la sabe, es crueldad,
y a quien la ignora, desayre.
Si todos aquestos dias,
Carlos, suspirando passa,
y ni en el campo ni en casa
pueden diligencias mias
alegrarle, ¿qué ocasion
sino amoroso accidente
turba un animo valiente?
Fabio. Sí, porque de burlas son
la gracia del Rey, la corte,
los amigos, y la hacienda,
todo perdido, sin prenda
que para su vida importe,
sino eres tú, que piadosa
hasta en su necessidad
muestras generosidad,
porque en fin es cierta cosa,

que es ultimo bien del hombre
la muger que tiene amor,
pues no hay muerte, ni temor,
ni peligro que la assombre.
Con hazañas inmortales
dais a las plumas sujeto,
¡qué bien os llamó un discreto
los divinos animales!

LUCIN. Menos rhetorica, Fabio,
cartas llevaste, yo sé
para quien. FABIO. Que las llevé
es verdad, mas no en tu agravio:
todas eran para amigos,
si amigos se llaman ya.

LUCIN. Cosa que tan clara está,
no quiere muchos testigos,
ni es lealtad ni discrecion
lo que es publico encubrir.

FABIO. Como esso sabeis decir
para engañar a traycion.

LUCIN. ¿Quieres que te dé a entender,
que Carlos quiere otra dama?

FABIO. ¿Cómo? LUCIN. En que a mí me desama,
que esto no pudiera ser
sin estar enamorado,
y la memoria perdida,
pues con la hacienda y la vida
tengo a Carlos obligado.

FABIO. Desamarte es impossible,
ni querer otra muger.

LUCIN. Si quiere. FABIO. No puede ser.

LUCIN. Si puede. FABIO. Ya estás terrible.

¿Car-

Carlos ingrato contigo?

LUCIN. Mugeres con zelos, Fabio,
por averiguar su agravio,
buscan su mismo castigo:
no hay oro ni diligencia
que perdonen. Yo he sabido
quanto has hecho. FABIO. Si he tenido
mas que para dar licencia,
recados y cartas, plega....

LUCIN. Deja, Fabio, de plegar,
que una sombra te vió entrar
en cierta casa. FABIO. ¿Quién niega,
que en una y mil entraria?

LUCIN. Pero ya ¿qué me acobarda?
Carlos muere por Leonarda.
¿Quieres mas? FABIO. Menos querria.
¿Qué Leonarda? LUCIN. Una de oro.
¡Qué necedad preguntarme
quien es, viendo declararme!

FABIO. Yo pregunto lo que ignoro:
ha sí, la Marquesa, ¿pues
por fuerza havia de entrar
por Carlos? LUCIN. No hay que negar,

FABIO. Digo con perdon de Ines
que alli requebrar solia
a Celia, cierta doncella,
y entré, no por Dios a vella,
sino porque allá tenia
ciertas valonas que hacer.

INES. ¿Cómo respondes ansi,
Fabio, delante de mí?

FABIO. ¿No tengo de responder

la verdad, si está inocente
Carlos? INES. ¿Quándo estoy delante
es buen termino de amante
decirme tan libremente,
que sirves otra muger?
LUCIN. Dejale, Ines, que mi necio
amor merece el desprecio,
en que ya me vengo a ver.
¿A quién no huviera vencido
mi termino? ¿qué crueldad
mi amorosa voluntad
pagára con tanto olvido?
FABIO. Escucha. LUCIN. Dejame, Fabio.
FABIO. Oye, Ines. INES. Dejame, necio.
LUCIN. ¡Qué ingratitud! INES. ¡Qué desprecio!
LUCIN. ¡Qué mal termino! INES. ¡Qué agravio!
Vanse las dos.
FABIO. Esto es bueno para ir
a la corte Carlos hoy;
por donde quiera que voy
deben de hacerme seguir:
estorvaré la jornada
diciendole, que ha sabido
la causa de tanto olvido
Lucinda desengañada,
que no hay desengaño sabio;
¿mas quién será poderoso
a persuadir un zeloso,
quando quiere ver su agravio? *Vase.*

Salen Leonarda, Alexandro, Armindo y Celia.

ALEXA. Para no veros de dia

es

es causa la ocupacion.

LEON. Mis dias las noches son, en viendo a Vueseñoria.

ALEXA. Tengo mil cosas que hacer, creed que estoy disculpado.

LEON. Entre tantos mi cuidado ¿qué lugar puede tener?

ALEXA. El alma, Leonarda hermosa, donde los otros no llegan.

LEON. Si la entrada no le niegan, ¿quién es como yo dichosa? Sientese Vueseñoria: dame, Celia, una almohada.

ALEXA. ¡O pena bien empleada, que a tanta gloria se fia!

Sientense y hablen quedo.

CELIA. A fé que toman despacio la noche. ARMIN. Viene perdido el Duque, y hará atrevido dos mil faltas en palacio: y hablando en mí, Celia mia, ¿cómo lo estaré por vos?

CELIA. Hareis falta al Rey. ARMIN. Por Dios que si lo fuera de Hungria. que hasta los mismos diamantes de la corona quitára para daros. CELIA. ¡Cosa rara! Usanse ya los amantes, Armindo, mas mercaderes.

ARMIN. ¿Cómo? CELIA. Compran mas barato.

ARMIN. Tal se ha encarecido el trato del amor de las mugeres.

CE-

CELIA. Sí todo lo viene a ser,
no te espantes. ARMIN. No me espanto
de que se encarezca tanto,
siendo tanto menester.
ALEXA. ¿Los musicos han venido?
ARMIN. Sí señor. ALEXA. ¿Cantarán? LEON. Sí.
ALEXA. Cantad mientras lloro aqui
mal pagado y bien perdido.
Cantan. No estuvo bien en lo cierto
quien llamó muerte a la ausencia,
que no ha menester paciencia
un hombre despues de muerto.
ALEXA. Buena, aunque antigua. LEON. Extremada.
ALEXA. Bien entonces se escribia.
LEON. ¿Y ahora no? ALEXA. La Poesia
está ya tan levantada,
que no hay hombre que la alcanze:
ella viene a ser en fin
Romance como Latin,
y Latin como Romance.
Ruído dentro.
LEON. Ola, ¿qué ruído es esse?

Un escudero, Carlos y Fabio como de camino.

ESCUDE. Tenganse pues. CARLOS. ¿Por qué causa?
si está aqui el Duque, no es justo
que a nadie estorveis la entrada.
ALEXA. Armindo, ¿qué es esso? ARM. Un hombre,
que entró por fuerza en la sala.
LEON. ¿Por fuerza? ¿qué es lo que dices?
ALEXA. ¿Es de casa? ARMIN. No es de casa.
ALE-

ALEXA. ¿ Quién eres hombre? CARLOS. Alexandro,
Carlos soy ¿de qué te espantas?
ALEXA. Carlos, ¿tú estás en la corte?
CARLOS. Viendo que mis cosas andan
tan remissas y secretas,
y que quien hable me falta
al Rey por mí, y que tú eres
la puerta para su gracia,
sabiendo que cada dia
vienes a ver a Leonarda,
vine a su casa a buscarte,
y suplicarte que hagas
lo que yo hiciera por tí,
si la fortuna contraria
te pusiera en mi caida,
y estuviera en tu privanza.
Habla al Rey, assi te quiera
con tal firmeza esta dama,
que no te desprecie ausente,
que no te olvide, aunque caygas.
Dile que me dé los cargos,
que la envidia me levanta,
que no es justo que sin ellos
padezca mi honor infamia.
Dile que yo le he servido
con tal lealtad. ALEXA. Carlos basta
que ya sé yo a lo que vienes,
y los negocios que tratas.
Si el Rey, porque te ha criado,
solo que vivas te manda
en una aldea a tu gusto,
mientras no tienes su gracia,

mi-

mucho atrevimiento ha sido,
y fuera cosa escusada
venir a buscarme aqui,
que no es audiencia esta casa
para negociar en ella:
pero ya que te declaras,
habla a Leonarda, y advierte
que mires cómo la hablas,
porque ha de ser sin ofensa
de mi persona y su fama,
que ella me hablará por tí,
y yo por ella mañana
al Rey, que destos enojos
el solo sabe la causa.
Con esto me voy mas cuerdo
en irme, y con mas templanza,
que tú en entrar con tan poca
modestia, y con furia tanta.
Señora Leonarda, yo
diré al Rey lo que me manda
Vueseñoria, que es justo
servirla, aunque zelos hagan
atrevimientos, que piden
mas lastima, que venganza. *Vanse.*

LEON. Apenas estoy en mí,
de tal manera me espanta
esta locura que has hecho.

CARLOS. Con razon locura llamas
este phrenesi de amor:
pero si mejor reparas
en la ocasion que me has dado,
culpa tu injusta mudanza.

No

No quiero decir aqui,
que quando en la gracia estaba
del Rey, me tuviste amor,
que como en el mundo passan
estas cosas cada dia,
fueran mis quejas cansadas;
ni menos que en mi partida
con lagrimas, ¡y qué falsas!
juraste lo que has cumplido
con tal firmeza y constancia:
¡pero que llegues a ser
tan libre, siendo Leonarda
quien eres, que no respondas
descortesmente a mis cartas!
que no responder a quien
escribe, o es arrogancia,
o necedad, que el honor
tambien se funda en palabras.
Desesperacion ha sido
entrar, quando el Duque estaba
contigo, mas fue mil veces
consultada con el alma.
No negarás por lo menos
lo que he visto. LEONA. Carlos, calla,
que tales atrevimientos
son para mugeres bajas.
Mudase tu estrella, siendo
parte del cielo tan clara,
y tu influencia en su velo
fixa con clavos de plata.
Mudase un Rey, que aunque es hombre,
tiene como las campanas

metal de divinidad
con lo humano en partes varias.
Mudanse los mas amigos,
que siempre te acompañaban:
mudase con todo el vulgo
el aplauso de tu patria.
Muda inconstante la luna
tres veces al mes la cara,
en niña, en moza y en vieja,
creciendo y menguando el agua.
Mudanse los campos verdes
de flores en pura escarcha,
quando pestañas de hielo
guarnecen las esmeraldas
de los ojos de la Aurora:
y el mar que con arrogancia,
quando mas humilde duerme,
turbulento se levanta,
y otra vez el que del cielo
con las puntas de las gabias
barrenando pardas nubes
las estrellas desencaja,
no sufriendo galeones,
se deja pisar de barcas,
¿y quieres que una muger
por naturaleza flaca,
por escuchar peligrosa,
por hablar ocasionada,
esté firme, quando en tí
cielo y tierra se barajan?
Vuelve, Carlos, a la aldea,
sufre tu fortuna, y calla,

que

que derriba los sobervios,
y los humildes ensalza. *Vase.*

CARLOS. ¿Soy yo quién aquesto sufre?
¿soy yo por quién esto passa?
¿esto ví, y esto escuché?

FABIO. Oye, Celia, y no te vayas.

CELIA. ¿Qué me quieres, hablador?

FABIO. ¿Aun no he dicho una palabra,
y hablando te canso ya?

CELIA. Tú, Fabio, aun callando hablas. *Vase.*

FABIO. Señor, vamonos de aqui.

CARLOS. Vamos, que temo que haga
algun disparate. FABIO. Mira
que el tiempo te desengaña:
sal de esta casa, en que ya
hasta los perros nos ladran,
despidete para siempre
desta puerta, que de España
aquella cerrada imite,
por donde salió la Cava.

CARLOS. Dejame hablar con las rejas.

FABIO. ¿Pues qué quieres? CARL. Ablandallas.

FABIO. Mira que estás en la calle,
y que alguna gente passa.

Salen Lucinda y Ines con sombreros, capas y espadas.

INES. Admira tu atrevimiento.

LUCIN. No hay cosa mas atrevida,
que amor, ni estima la vida,
ni escucha al entendimiento,

ni permite a la razon
el feudo del señorio,
ni el imperio al alvedrio:
tales sus efectos son.

INES. Sí, pero de noche aqui,
y con armas, ¿qué has de hacer,
quando fuessen menester?

LUCIN. Reñir. INES. ¿Esso dices? LUCIN. Sí.
Dos cosas, que no exercitan
las mugeres, a los hombres
las sujetan, y los nombres,
que ellos adquieren, las quitan,
qué las letras y armas son:
que si estas nos enseñáran,
yo sé que no se alabaran
de la injusta sujecion.
Como tan determinadas,
y tan discretas nos vieron
los hombres, nos escondieron
las ciencias y las espadas:
nuestra ignorancia y temor
en este engaño tropieza,
pues nos dió naturaleza
mayor ingenio y valor.

INES. Dos hombres estan allí.

LUCIN. En las rejas de Leonarda
hay un hombre, y otro aguarda:
¿Si es Carlos? INES. Pienso que sí.

FABIO. ¿Señor? CAR. ¿Qué quieres? FAB. Advierte
que vienen por esta parte
quatro hombres, si es a buscarte,
sentencia ha sido de muerte,

que

que otros dos estan allí.

Armindo y tres criados con mascaras, broqueles y espadas.

Carlos. Estos con mascaras vienen.
Fabio. El luto en las caras tienen,
y debe de ser por mí:
¿seis hombres? Armin. Executad
lo que Alexandro os mandó.
Criad. Muera Carlos. Lucin. Esso no.
Ines. ¡Qué ciega temeridad!
Lucin. Reñid, Carlos, que aqui estan
dos hombres a vuestro lado.
Armin. Otros dos se le han juntado.
Lucin. Llama essa gente, Tristan,
y disparen las pistolas.
Armin. ¿Pistolas? no aguardo mas.
Carlos. Siguelos, Fabio, pues vas
dando en las espaldas solas.
Fabio. Di a Tristan que no dispare,
que no será menester.

Entranse Carlos y Fabio acuchillandolos, quedan alli Lucinda y Ines, y ponese Leonarda en la ventana.

Lucin. ¿Ahora, Ines, para qué?
Ines. De aquella reja te llaman.
Leona. Una palabra. Lucin. ¿Quién es?
Leona. Soy la Marquesa Leonarda.
Lucin. Pues si acaso me quereis

pre-

preguntar lo que esto ha sido,
por vos, mi señora, fue:
quatro mascaras hirieron
a Carlos.. . . .

Vuelven Carlos y Fabio.

Carlos. ¿Qué de tropel
huyeron? Fabio. Los tres, que el otro
pagó, señor, por los tres.
Carlos. ¿Distele? Fabio. No sino el Alva,
¿iba yo a tratar con él
algun casamiento acaso?
Vive Dios que le pegué
uñas arriba de puño
estocada tan cruel,
que no ha menester ensalmo.
Carlos. A dicha tengo, que esté
aquel hidalgo en la calle.
Fabio. Por Dios que riñó muy bien,
y que lo de las pistolas,
digo la primera vez,
que vuelva a sacar la espada.
Carlos. Parece que habla tambien
con él Leonarda en la reja.
Fabio. Por Dios que cantan a tres
los galanes desta casa.
Carlos. Escucha. Lucin. Nunca pensé,
que esto usarades con Carlos.
Fabio. Por tí vuelve. Leona. Si despues,
que Carlos, por lo que él sabe,
perdió la gracia del Rey, ...

mis

mis pretensiones me obligan
a lo que vos no sabeis:
¿para qué quereis que quiera
a quien ya no puede ser
de provecho ni de gusto?

LUCIN. A la fe que sois muger
de las de viva quien vence;
yo sé quien le quiere bien,
que dice, aunque os pese a vos,
mas zelos no los tendreis,
que viva quien lo merece.

CARLOS. Si se pudiera creer
Fabio, que estaba Lucinda
a donde este hidalgo ves,
y si una muger pudiera
tanta destreza tener
en las armas, y en el alma
con un hombre tanta ley,
me persuadiera su voz.

FABIO. Si se suelen parecer
los rostros, la voz no es mucho.

LUCIN. ¿En fin qué vos no quereis
a Carlos? LEONA. Fuera locura,
allá le puede querer
essa dama que decis.

LUCIN. Notable merced me haceis.

LEONA. Caballero a Dios. INES. ¿Qué aquesta
le amaba por interes?
¿no tuviera que tirarle?

LUCIN. Yo le agradezco el desden,
vamos de aqui. CARLOS. Caballero,
un instante os detened:

yo soy Carlos, a quien vos
tan obligado teneis:
deseo saber quien sois,
por poder agradecer
la merced que me haveis hecho.

FABIO. Vos tambien me haced merced
de lo mismo, porque quiero
ser vuestro amigo fïel,
aficionado de veros
jugar espada y broquel,
que dejando que los dos
dos Hectores pareceis,
aquello de las pistolas
es milagroso aranzel
para dar miedo, si hay muchos.

CARLOS. ¿No merezco que me hableis?

FABIO. ¿Ni a mí? LUC. Yo soy el Duque
de Orliens. CAR. El Duque de Orliens
está en Francia. FAB. ¿Y vos por dicha
quereis tambien ser Francés?

INES. El Marqués de Brandemburque
me llamo. FAB. No hay tal Marqués
en la Corte. CARLOS. Yo los sigo,
y tengo de conocer
por cierta sospecha. FABIO. Y yo,
porque me doy a entender,
que este Marqués Brandemburque
tiene bostezos de Ines. *Vanse.*

Salen por la otra puerta Lucinda y Ines.

LUCIN. Ya no hay que dude, o que crea,
que

que si buscando mi norte
fui con zelos a la corte,
infiernos llevo al aldea.
¡Qué bien dixo en tus engaños,
amor, aquel entendido,
que un hombre, que está perdido
no ha menester desengaños!
Pues si de un hombre el valor
aun no los quiere tener,
¿qué harán en una muger
tus desengaños, amor?
¡Hai tema, o locura mia,
porque quien tiene esperanza,
en tanto que el bien no alcanza,
muy justamente porfia!
Pero yo desesperada,
¿qué fin, o que fundamento
le doy a mi pensamiento?
De Carlos desengañada,
esperanzas me tenian
engañada en su desden,
pero no esperando el bien,
solo los locos porfian.

INES. Si, desta manera vas,
señora, por el camino,
tu harás algun desatino.

LUCIN. Ya no puede serlo mas.
¿Quál piensas que desto ha sido
mi sentimiento mayor?
ver, que Carlos tenga amor
donde ha sido aborrecido.
¿Es possible que hay muger,

que a Carlos aborreció?
¿Cómo lo que quiero yo
puede nadie aborrecer?
Esto lloro, y esto siento,
esto, cielos, me atormenta,
esta es la mayor afrenta
de mi honrado pensamiento.
No que conmigo cruel
no me quiera bien sintiera,
mas que él a Leonarda quiera,
y que no le quiera a él.
Muger, ¿dónde están tus ojos,
tu gusto, tu entendimiento,
que tanto merecimiento
tratas con tantos enojos?
¿Eres piedra? eres figura
de marmol? quién te engendró?
o que sin alma te dió
el cielo tanta hermosura?
cómo fuiste tan cruel?
que Carlos, Leonarda, es tal,
que a no parecer tan mal
te fuera a rogar por él.
Vuelve por tu entendimiento,
Leonarda, quierele bien,
para que tenga tambien
disculpa mi pensamiento.
¡O si aquesto conociesses!
no digan, que quiero yo
hombre, que no mereció,
que tú tambien le quisiesses.
Si es condicion de muger

que-

querer lo que vé querido,
¿cómo siendo aborrecido
no te pudo aborrecer?
INES. Tú vas perdiendo el juicio.
LUCIN. ¿Ahora lo ves? INES. No sea,
pues ya llegas al aldea,
que des de tu amor indicio.

Salen Carlos y Fabio.

CARLOS. Muy de mañana llegamos.
FABIO. Ya la Aurora soñolienta
con hurtada plata argenta
puntas de flores y ramos:
ya los dormidos pastores
salen del aldea al prado,
y las voces del ganado
espantan los ruyseñores.
CARLOS. ¿Son hombres, o son mugeres
aquellos bultos? FABIO. No sé.
CARLOS. Dicha en mi desdicha fue
de mis enemigos fieros,
Fabio, triumphando venir,
y a tiempo volver, que crea
Lucinda, que del aldea
no pude anoche salir,
pues dormirá descuidada;
si acaso no ha sido cierta
mi sospecha, que a su puerta
con la luz mas declarada
del Alva los bultos son
dos mugeres. FABIO. Llego a vér

lo que comienza a temer
no sin causa el corazon.
¿Qué gente? Luc. ¿Es Fabio? Fab. ¿Señora?
Carlos, Lucinda está aqui.
Carlos. ¿Lucinda? en mi vida ví
tan de mañana el Aurora.
¿A dónde desta manera?
Lucin. A recibiros salia.
Carlos. ¿Pues con tanta valentia?
Fabio. ¿Qué la miras? ella era:
por la tribuna de Dios,
que te ha cogido con queso.
Carlos. ¿Tanto excesso? Lucin. No es excesso,
Carlos; que viendo que vos
ibades a la ciudad
sin despediros de mí,
el peligro conocí,
que en tanta dificultad
no hay sueño que me reporte;
y assi salí con el dia
a ver si mi sol venia
del oriente de la corte.
Dicen, que el Aurora hermosa
quando el sol tarda y no viene,
en los brazos le detiene
enamorada y zelosa:
y dixe, viendo que adora
el cielo tanto arrebol;
poco tardará mi sol,
pues no le quiere la Aurora.
Que yo le agradezca es justo
el bien de verle salir,
que

que quien le deja venir,
ocupado tiene el gusto.
Quando el sol en el Leon
toca por el Julio ardiente,
campos, flores, prados, gente,
incendios de fuego son,
y ya tan poco le duele,
que haciendo burla le aguarda:
gran milagro, que en Leonarda
el sol y el Leon se hiele.

FABIO. ¿Por qué camino te dió
a entender, que el nombre sabe?

CARLOS. No tiene pleyto tan grave
mayor defensa que yo.
Por no daros pena fui
a la corte, donde hablé
a Alexandro, a quien hallé
donde alguna vez me ví.
No soy Dario, ni Pompeyo,
ni soy Xerxes, ni soy Mario,
mas no soy, sino soy Dario,
de nacimiento plebeyo:
quando por la puerta entré,
de la fortuna despojos,
bañé con agua los ojos.

FABIO. ¿Dissimulas? CARLOS. Doyte el pie.

FABIO. ¡O exemplo de intentos vanos!
qué havrá que no desengañes!
qué tú los ojos te bañes,
quando Alexandro las manos!
Lave pues sus falsos tratos,
que he pensado muchas veces,

que

que para malos jüeces
dejó la fuente Pilatos.
Yo no ví su testamento,
que soy del nuevo, señor,
pero sé, que un grande autor
lo dice en cierto comento.
LUCIN. A quien no quiere entender,
y se piensa disculpar,
tan claro se puede hablar,
que no se tema ofender:
ya no queda que perder,
ni que aventurar por tí,
Carlos, a la corte fuí,
y donde venden engaños,
vuelvo con mil desengaños
en todo, sino es en mí.
A la puerta de Leonarda,
que ya digo claro el nombre,
te ví con el gentil-hombre,
que las espaldas te guarda.
Dicenme, que es muy gallarda,
y yo lo sé de tus quejas,
quando ablandaban sus rejas;
pero no era menester,
pues que lo puedo saber
de que por ella me dejas.
Dirás, que el merecimiento,
Carlos, de Leonarda es mas,
pero negar no podrás,
que no tiene entendimiento;
y es evidente argumento
de necedad conocida,

ver

ver que por otro te olvida,
y a tu valor le prefiere,
que muger que no te quiere,
no puede ser entendida.
Tienes de la vida pena,
Carlos., y a la corte vas,
señal, que la quieres mas,
o vives con alma agena.
Pero aunque el Rey te condena,
vuelve a escuchar sus desdenes,
pues sin vida vas y vienes,
que estando sin ella ya,
ni el Rey, ni el mundo podrá
quitarte lo que no tienes.
Sin alma hermosas mugeres
no merecen cuerdo amor,
gusto tienes de escultor,
que un marmol bien hecho quieres:
mas porque no consideres
que te estorvo, yo me iré,
y a Alexandro le daré
las gracias de darte zelos,
vengando con tus desvelos
los agravios de mi fé.
Mejor supe yo guardarte
de quien te quiso ofender
con alma y vida, y muger
maté quien vino a matarte:
pues ninguna cosa es parte
para que me quieras bien,
vida los cielos te den,
que con esta cortesia

yo te dejo mi porfia,
y me voy con tu desden. *Vase.*
Carlos. Lucinda, Lucinda. Fabio. Fuése.
Carlos. Llama a Inés. Fab. Escucha. Ines. A Celia
que le escuche. Fabio. Oye a mi amo.
Ines. Oygale Leonarda, bestia. *Vase.*
Fabio. Sin bestia le puede oír.
Carlos. ¡Es possible que yo sea
hombre noble y bien nacido,
y que una muger me venza
en termino y cortesia!
¡que me quiera y la aborrezca,
y que yo barbaro amante
a quien me aborrece, quiera!
¡que sea tal mi ceguedad,
y que tan ingrato sea,
que a quien me da vida, mate,
y a quien me defiende, ofenda!
¿Tengo entendimiento? no,
porque si yo le tuviera,
despreciára a quien ingrata
por Alexandro me deja,
porque quando fuera el mismo,
que las historias celebran,
aun no tuviera disculpa.
Fabio. Señor, procurar la emienda,
y querer bien a Lucinda,
que como dixo un Poeta,
olvidar era querer,
y olvidarás, como quieras.
Carlos. Quiero mucho, y danme zelos.
Fabio. Malditos los zelos sean,

que

que a los enfermos de amor
las calenturas aumentan.
Sangran a un amante helado,
y hasta que con su lanceta
le pican zelos el alma,
no le pone amor la benda.
Mira que tantos desprecios
son de quien eres afrenta.
CARLOS. Antes por no ser quien fui,
essa muger me desprecia:
ya no soy, otro soy ya,
y como no soy quien era,
aborreceme Leonarda.
FABIO. Prueba a aborrecerla, prueba,
parte del fin tiene ya
el que una cosa comienza:
mas dime ¿cómo se quiere?
CARLOS. Pensando en la gentileza,
hermosura y discrecion
de una muger. FABIO. Luego es fuerza
que tambien por lo contrario
lo que piensas, aborrezcas:
No imagines en sus gracias,
imagina en su sobervia,
su interés y su mudanza.
CARLOS. Ahora bien, aunque me muera,
tengo de sacar del alma
esta dulce hermosa fiera,
este veneno endiosado,
esta confeccion compuesta
con hechizos de palabras,
de oro, esmeraldas y perlas.

Amores voy a decir
a Lucinda, Fabio. FABIO. Aciertas.
CARLOS. Mas no sé si he de saber.
FABIO. Si sabrás, si a verla llegas,
agradecido a su amor.
CARLOS. Aunque necedad parezca,
ponte alli enfrente, que quiero
como esto por ser por fuerza,
enseñarme a requebrarla.
FABIO. ¿Eres tú como un Poeta,
que en un velador ponia
escribiendo una Comedia
un verdugado y un moño
para escribir coplas tiernas?
¿pero qué has hallado en mí?
CARLOS. Señora, el alma. FABIO. Bien entras,
mas no passes adelante,
que dirán, si me requiebras,
que fue tuya la hermosura,
aunque yo la dama sea,
que dicen que se usa ahora.
CARLOS. Ahora bien, locura es esta,
ya lo veo, loco estoy,
mas vive Dios, que aunque venga
a sacarme el alma misma,
que ha de salir de mis venas
este hermoso basilisco.
Hoy toda mi gente sepa,
que es Lucinda su señora.
FABIO. Victor Lucinda. CARLOS. Me alegras.
FABIO. Cola Leonarda. CARLOS. Me gustas.
FABIO. Pues viva Lucinda, y muera

Leo-

Leonarda. Carlos. Viva Lucinda
responded montes y selvas,
y muera Leonarda, ¡hai Dios!
que voy muriendo por ella.

JORNADA TERCERA.

Sale Lucinda sola en habito de labradora.

Lucin. Selvas, que un tiempo fuistes
aumento a mis tristezas,
en cuya soledad viví muriendo,
de mis historias tristes
por estàs asperezas
tapices vuestros arboles haciendo:
tú fuenté, que corriendo
de aquellas nieves frias
te apresurabas tanto,
que a competir mi llanto
parece que en las peñas te rompias:
oíd quanta mudanza
un firme amor por no mudarse alcanza.
Carlos enternecido
de mis obligaciones,
que nunca el premio a làs verdades tarda,
ha puesto en justo olvido
las necias sinrazones,
zelos y ingratitudes de Leonarda:
ya me sigue, o me aguarda;
o selvas amorosas,
creced el verde manto,
o fuente, si a mi llanto

 ba-

bajastes destas peñas presurosas,
ahora con mas prisa
tropezareis en vuestra misma risa.
Aqui desde que rubio
al cuello destos montes
se cuelga el sol como cadena de oro,
y en dorado diluvio
baña los horizontes
de nuestro polo esplendido thesoro,
hasta que el dulce coro
de las aves sepulta
en silencio la noche,
y su enlutado coche
el color de las cosas dificulta,
me está diciendo amores,
y me corona de diversas flores.
Con esto ya no siente
del Rey y de la corte
el destierro cruel, la injusta ausencia:
ya no hay cosa que intente,
ni gracia que le importe,
ni en Carlos habla, ni en pedir sentencia:
de sola mi presencia
Carlos está contento,
vencióle mi firmeza,
que quien tiene nobleza,
y con ella valor y entendimiento,
¿cómo puede querido
dejar de amar y ser agradecido?

Sale Inés.

INES. Con alboroto gozoso

toda la aldea contenta
fiestas hace, honor intenta
al nacimiento dichoso
de Carlos su dueño y tuyo:
el monte, el arroyo, el ave,
todo parece que sabe,
que es el regozijo suyo.
Está el prado tan lozano
con su capa de colores,
que parece que las flores
vienen desde el pie a la mano.
Los mozos baylando a coros,
por donde quiera que vuelvas,
hacen retumbar las selvas
con los relinchos sonoros.
Tus puertas como las suyas
de flores han coronado,
porque al venidero estado
feliz aguero atribuyas.
¿Pero qué te estoy contando,
si él viene tambien con ellos
a los bosques los cabellos
de los arboles cortando?
¿Quién pensára que olvidára
Carlos sus penas por tí?

LUCIN. Viendo tal firmeza en mí
volvió fortuna la cara.

Salen Felino, Sirena, Alcindo labradores, y los musicos, Carlos y Fabio.

Musico. Las sierras eran altas,

y

y malas de subir,
los caños corren agua,
y dan en el torongil.

Felino. Pardiez amo y señor nuestro,
que nos debeis grande amor.

Carlos. Amigos, todo el mayor,
que puede mi alma, os muestro.

Siren. Conteis desde aqueste Abril
mil años. Alcin. ¿Mil? dos mil sean.

Felino. Justamente en vos se emplean.

Fabio. Y dan en el torongil.

Lucin. ¿Entre tantos parabienes,
no tendrá lugar el mio?

Carlos. Y entre los pies de esse brio
toda mi esperanza tienes:
llega Lucinda gentil,
porque con tiernos abrazos
me dan parabien tus brazos.

Fabio. Y dan en el torongil.

Carlos. Vivo ya tan olvidado,
con el amor que te tengo,
de la corte, que no vengo
mañana ni tarde al prado,
que no me admire de mí,
burlando el encantamiento,
en que tuve el pensamiento,
quando en la corte me ví:
y en llegando a imaginar,
señora, lo que te debo,
vuelvo a admirarme de nuevo,
y no con poco pesar
de la ingratitud passada.

Lu-

LUCIN. Ya, Carlos, te perdoné
el dia que ví mi fé
agradecida y pagada
de tu noble gentileza.

INES. ¿Y tú sobre tanto agravio,
no me dices nada, Fabio?

FELINO. Y dan én el torongil.

CARLOS. Labradores de mi aldea,
ya no soy quien ser solia,
celebrad la prenda mia,
que el alma agradar desea.
Bayles, juegos, versos, fiestas,
musicas, voces, ruído,
sean rio del olvido
entre estas verdes florestas
de la corte, a quien se rinda
la envidia, que si hace alli
corte el Rey, tambien aqui
está su reyna Lucinda.
Ea, sentaos en la hierba,
tengamos con igualdad
assiento, que la verdad
a su llaneza reserva.
Inventa, Fabio, algun juego.

Sientanse.

FABIO. Es cosa vieja inventar
juegos. SIREN. Cantar y baylar
no es viejo, inventale luego,
que no cansa lo que es gusto.

INES. En la boca puesto un palo
hay un juego, pero es malo,
que lo honesto solo es justo.

FA-

FABIO. Jugó un galan esse juego
algo de nariz cumplido:
tenia su dama asido
el palo con gran sossiego,
para que él se le quitasse,
y nunca se le quitó.
Como el juego se acabó,
y esto a un amigo contasse,
el amigo le reñia
no haver la ocasion gozado
por cobarde, o por turbado:
a quien triste respondia:
¿Qué quieres? soy infeliz,
no pude, aunque lo intentaba,
pues quantas veces llegaba,
me estorvaba la nariz.
CARLOS. Quejarse della fue justo.
FELINO. Es la envidia tan avara,
que aun hay quien tenga en su cara
enemigos de su gusto.
FELINO. Gente parece que suena.
SIREN. Estos del la corte son.
LUCIN. No vienen sin ocasion.
CARLOS. Por Dios, que me han dado pena.

Levantanse todos, sale un Secretario y guardas.

GUARD. Aqui, señor, está Carlos.
SECRE. Estar sentado en la tierra
es señal de su caída.
CARLOS. Estoy, Secretario, en ella
como quien ya la fortuna

sola esta parte me deja,
comó a los que entierran vivos.

SECRET. Pienso, Carlos, que a las piedras
diera sentimiento el veros,
conociendo la grandeza
en que os vistes algun tiempo.

CARLOS. Si passais por esta aldea
acaso, hacedme merced,
que regalaros merezca
solo un dia, y porque hablemos
de algunas cosas, que puedan
no servir de memoriales
al Rey en mi larga ausencia,
sino de consuelo *mio*:
y si la venida vuestra
se dirige a mi persona,
aqui estoy, que no me altera
novedad en mi fortuna,
ni desdicha en mi bajeza.

SECRET. El Rey me ha mandado, Carlos,
que con estas guardas venga
por vos, aqui traygo un coche,
la causa en sí la reserva,
que yo soy tan vuestro amigo,
que a saberla, os la digera,
si aventurára la vida
poneros en resistencia.
¿Qué decis? CARLOS. Que me espereis
a que dos palabras sean
como testamento mio
de mi amor, no de mi hacienda,
con aquella labradora,

 que

que bien sé yo que me lleva
la envidia a que en el theatro
de mi fortuna me vean
ella y la falsa amistad,
aunque estan entrambas ciegas.
¿Dais licencia? SECRET. Y para iros
quisiera daros licencia.
CARLOS. Oye, Lucinda. LUCIN. Presumo
que mis desdichas comienzan,
que ya me lo ha dicho el alma
anticipando las nuevas.
CARLOS. Yo voy donde me lleva mi fortuna,
Lucinda mia, sin saber su intento,
¿quién duda que no havrá desdicha alguna
mayor, que de perderte el sentimiento?
que bajarme del cerco de la luna,
donde me puso algun merecimiento,
no fue mas novedad, que su mudanza,
y de la envidia natural venganza.
Llevo en los ojos el perder tus ojos,
llevo el no te pagar lo que te debo,
aqui mostró la envidia sus enojos,
nuevo tyrano de tormento nuevo:
cuelgue en su infame templo mis despojos,
rindome a su poder, que no me atrevo
a resistir la pena de perderte,
mayor que mi caída y que mi muerte.
Mis pocos bienes, y esta pobre aldea,
que solo de mi hacienda me ha quedado,
de tanta obligacion memoria sea,
porque la tengas del amor passado.
Como mereces, tu persona emplea,
pues

pues no te merecí por desdichado,
que ya por lo demas, ¿qué mejor suerte,
que acabar mis desdichas con mi muerte?
LUCIN. Carlos, bien sabes tú que te he querido
con la verdad de mi constante pecho,
que amigo solo en tu fortuna he sido,
pienso que el tuyo queda satisfecho;
que puesto que tan poco te he servido,
lo que es el alma quanto pudo ha hecho,
parte seguro donde el cielo quiere,
que no serás el que primero muere.
Nací para ser tuya eternamente,
y con la misma fe morir deseo,
que no es possible que consuelo intente
quien hizo en tu valor tan alto empleo:
mi grande amor lo que me ofreces, siente;
habló por tí el dolor, que yo no creo
que fue el amor, que amor solo me diera
la causa de morir, quando él muriera.
Si viviere en mis ojos alegria,
ni mas consuelo que un eterno llanto,
este de mi dolor ultimo dia
la vida acabe, que aborrezco tanto.
Ahora sí, que la desdicha mia,
y tu envidia cruel mostraron quanto
pueden contra el amor, pues nos dividen.
SECRET. ¡Con qué tiernos suspiros se despiden!
CARLOS. ¿Fabio? FABIO. ¿Señor? CAR. Pon a punto
lo que fuere necessario.
FABIO. Estoy sin alma, señor.
CARLOS. A Dios mis pobres vasallos,
a Dios para siempre, a Dios:

verde selva, ameno campo,
aunque se va vuestro dueño,
no seais al nuevo ingratos,
pues la primavera os queda,
floreced fertiles, dando
flores que a sus pies debeis,
para que gozen sus manos.
Aves, decid que en mi ausencia
se acuerde, que en vuestros ramos
aprendisteis los amores,
y envidiasteis los abrazos.

Vanse Carlos, Fabio y los demas.

INES. Alza los ojos, señora,
y no te entristezcas tanto,
que prevenir las desdichas,
hace mayores los daños:
por ventura quiere oir
el Rey la culpa de Carlos,
y entendida su inocencia,
castigar a sus contrarios.

LUCIN. ¡Hai de mí! que bien creyera,
que la fortuna mudando
condicion, sino remedio,
diera alivio a mis cuidados,
si fuera por Carlos solo;
pero yo deshago quanto
solicita su inocencia:
siempre fue consejo sabio,
que se aparten los dichosos
de los que son desdichados.
¿Que será lo que el Rey quiere?
¿qué resolucion hallaron

los jüeces de la envidia,
en la sala de Alexandro?
Ahora bien, ya fue mi estrella
amar a Carlos, ¿qué aguardo?
¿qué importa perder lo menos,
donde se ha perdido tanto?
¿Para qué quiero la vida
sin Carlos? a morir vamos
donde muriere, y acabe
la fortuna con entrambos;
con él la envidia, conmigo
amor, que es amor bastardo
el que viendo los peligros,
detiene el cobarde passo.
Quando Carlos no me quiso,
sin duda estaba informado
de que era yo desdichada,
y que era consejo sabio,
que se aparten los dichosos
de los que son desdichados.
Todo esto le ha sucedido
por mí, pero yo me parto
a morir con él contenta,
que he vencido porfiando.
Sepa Carlos, sepa el mundo,
que muero por desengaño
de que hay constantes mugeres,
a quien piensa lo contrario.
Vamos a la corte, Inés,
de mis desdichas theatro,
porque fuera quedar viva
hacer a Carlos agravio:

será mi muerte un exemplo
sangriento en tan triste caso,
viendo morir los dichosos
por los que son desdichados. *Vanse.*

Salen el Conde Octavio, Alexandro y el Rey con acompañamiento.

REY. Las paces confirmadas con el Conde
mi hermano en fin os agradezco, Octavio.
OCTAV. En todo a vuestro gusto corresponde,
galan, soldado y consejero sabio.
ALEXA. ¿Qué es esto cielo? el Rey de mí se esconde?
¿qué mayor desengaño de mi agravio?
¿con Octavio secretos que me niega?
pensando voy, que el desengaño llega.
Fabríca sobre debil fundamento
quien de mentiras ambiciones fia,
assi las esperanzas lleva el viento,
assi de la venganza llega el dia:
no perdonaba el Rey un pensamiento,
atomo de su misma phantasia,
sin partirle conmigo, y ya me encubre
lo que apacible al Conde le descubre.
Sin esto venir hoy acompañado,
sin saber la ocasion, hasta la puerta
de la ciudad, justo temor me ha dado
de que fue mi malicia descubierta:
bien puede un testimonio dilatado
algun tiempo tener la prueba incierta,
pero despues el mismo rompe el velo,
quita las nubes, y descubre el cielo.

REY.

REY. No entienda el Duque, Octavio, cosa alguna
de lo que el Conde mi cuñado escribe.

OCTAV. No tuvo, gran señor, culpa ninguna
Carlos, que ausente y desterrado vive.

REY. Por saber lo que escribe me importuna,
tanto temor de la verdad recibe,
dissimulad, y habladme de la guerra.
¿En fin queda pacifica la tierra?

OCTAV. Puestos, como te dixe, frente a frente
los dos fuertes exercitos lucidos
de armas, valor y numero de gente,
del rio, aunque pequeño, divididos,
cuyo cristal entonces transparente,
en vez de verdes arboles vestidos
de ramas y hojas retrataba sumas
de arboles hombres, y de ramas plumas.
Ya passaban en tropas los caballos,
dividiendo las aguas con los pechos,
rompiendo arenas los herrados callos,
y haviendo en que nadar, delphines hechos,
quando reconocerse tus vasallos,
y de la injusta guerra satisfechos,
paró las armas, tanta fuerza tiene.

REY. Y pára tú tambien, que Carlos viene.

Sale el Secretario, Carlos, Fabio y detrás Lucinda y Inés.

CARLOS. ¿Pues aqui su Majestad?

FABIO. Echemos por otra parte.

SECRET. No, Carlos, que a recibirte
con toda la corte sale.

LUCIN. Inés, el Rey viene aqui.
INES. Para prenderle o matarle
mucha fiesta me parece.
CARLOS. ¿Fabio, qué haré? FABIO. Preguntarme
que harás, es muy lindo ahora,
que el mismo Rey viene a darte
los brazos. REY. ¿Carlos, qué temes?
FABIO. Aqui pudiera cantarle:
Temome buena cara,
que no me quieres.
REY. Llega Carlos a abrazarme,
que en honra de tu inocencia
yo proprio salgo a buscarte:
¿qué desconfias? qué aguardas?
CARLOS. Señor, quien se ve delante
del jüez, quando pensó,
que queria sentenciarle,
y con la imaginacion
por el cuello miserable,
anticipado el temor,
passaba el cuchillo infame,
no es mucho que esté supenso,
viendo, señor, que le hacen
las honras que vos me haceis
con diferente semblante,
quanto va de muerte a vida.
Bien pudiera yo ausentarme,
bien pudiera defenderme,
que fuera yerro notable;
pero mas quise morir,
que dar indicio tan grave
de la culpa que no tuve.

REY.

REY. Carlos, yo tengo que hablarte
con el Conde Octavio, vamos.
OCTAV. Bien podeis los brazos darme,
Carlos, como a quien se alegra,
de vuestro bien. CAR. Son bastantes
pruebas deste sentimiento
las passadas amistades.
ALEXA. Dadme los brazos a mí,
Carlos, que tambien me cabe
gran parte deste sucesso,
que no he sido poca parte,
para que su Majestad,
despues de tantos pesares,
os restituya a su gracia,
que a fuerza de importunarle,
vuestros antiguos servicios
merecen honras iguales.
FABIO. Tal te dé Dios la salud.
CARLOS. Yo tengo por fé constante,
que sois vos por quien me ha hecho
su Majestad honras tales.
OCTAV. ¡O como el pueblo se alegra
de ver que a tu lado passe
Carlos, señor! *Dentro.* Carlos vitor,
y muera la envidia infame.
REY. Es el triumpho de Joseph,
quando salió de la carcel.
Dentro. Carlos vitor. FABIO. Carlos vitor,
van diciendo por las calles.

Con acompañamiento le lleve el Rey a su lado, y quede alli Lucinda con Inés.

Lucin. Si suele un grande placer,
y una subita alegria
quitar la vida, la mia
¿qué otro fin puede tener?
De pensar que puede ser,
por no morir me retiro.
¡Hai cielos! si aqui no espiro,
el alma tèngo de azero,
pues quando muerto le espero,
Cesar triumphando le miro.
No de otra suerte, que a quien
desde tormenta a bonanza
passó la muerta esperanza,
puedo darme el parabien:
pero pensando tambien
en que mudando lugar,
Carlos se puede mudar,
por no venir a perder
la vida, es dicha tener
en tal plazer tal pesar.
Carlos a este triumpho atento,
ya sin memoria ninguna,
como muda de fortuna,
mudará de pensamiento:
su sobrina en casamiento
le dará el Rey, esto es cierto,
la misma dicha me ha muerto,
pues otros suelen dejar
la vida en medio del mar,
pero yo llegando al puerto.

Ines. ¿Quando del cielo recibes
señora, tanto favor,

tienes el mismo temor,
y con mas tormento vives?
Ingratamente procedes,
que no es razon presumir
en lo que está por venir,
que sin los meritos quedes,
que amando en baja fortuna
á Carlos, tal premio esperan.

LUCIN. La mar y la tierra alteran
las mudanzas de la luna,
y es mi desdicha inconstante
tan cobarde al bien presente,
que la he temido creciente,
mas que la temí menguante,
porque á poder presumir,
que otra muger le gozára,
sospecho que me pesára
de ver a Carlos vivir.
¿Este no es Fabio?

Sale Fabio.

FABIO. En extremo
me alegro de verte aqui.

LUCIN. ¿Qué sabes, Fabio, de mí,
que mil desventuras temo,
despues que en tanta grandeza
he visto a Carlos? FABIO. Señora,
Carlos te estima y te adora:
tu discrecion, tu belleza,
tu virtud, tu grande amor
es la grandeza en que está,

 que

que respecto desto es ya
sombra del Rey el favor,
y el aplauso de la corte:
y aunque de mí te escondias,
le dixe que le seguias,
como la iman sigue al norte,
y dixo: ¿Ves la grandeza
en que el Rey me ha puesto ya?
pues sin Lucinda será
aumento de mi tristeza:
buscala, y dile que aquí
procure andar encubierta,
pero de mi alma cierta,
que ha de vivir sola en mí:
y calló, porque mandó
el Rey, que saliesse a dar
audiencia, por contentar
al pueblo que la pidió,
que con mejores alientos
sirven y guardan su ley,
quando con prudencia el Rey
tiene los pueblos contentos.
Tú, pues que Carlos lo está,
alegrate de que el cielo
quiere premiar tu buen zelo.
LUCIN. ¿Qué Carlos se acuerda ya,
Fabio, del amor passado?
FABIO. ¿Haviase de olvidar
tan presto? LUCIN. Un alto lugar,
Fabio, un diferente estado,
no solo presumo yo,
que esta enfermedad padece,
pe-

pero pienso, que aborrece
a quien humilde le vió.
Huyen de ver la grandeza
los que la vieron sin don,
que le parece que son
testigos de su bajeza.

FABIO. Pues Cárlos siempre fue mas
que los que ántes fueron buenos,
no pueden venir a menos.

LUCIN. Ahora bien, tú le dirás,
que yo andaré en este traje
oculta... porque ninguna
fortuna de la fortuna,
en que le miro, me baje,
y tú buscarme podrás,
que no saldré desta puerta
de palacio. FABIO. Assi encubierta
mejor, señora, estarás
en rustica transformada.
Mira en qué te sirvo yo.

LUCIN. Que le digas... pero no,
no le digas, Fabio, nada,
que no le puedes decir
mas, que Carlos entender
de verme por él perder,
de verme sin él morir.

FABIO. Servitor, señora Inés.

INES. Ya hablas a lo sublime.

FABIO. ¿Pues hay cosa que yo estime
como tus... INES. ¿Qué tus? FABIO. Tus pies?
soy mortal apassionado
de pies por cierta receta,

y

y tanto, que a ser poeta
te los huviera glossado. *Vase.*

LUCIN. Sale la nave, y sale la esperanza
que para el golfo desde el puerto alienta,
con su peso en las ondas se sustenta,
y quantas deja atras, tantas alcanza:
El piloto que sabe la mudanza,
la vista por las nubes alimenta,
y con temor del golfo y la tormenta
le pesa de mirar tanta bonanza.
Assi mis bienes, si es razon llamallos
bienes en duda, amor, de merecellos
salen, y la esperanza a acompañallos.
Afligeme el temor de estar sin ellos,
porque toda la gloria de gozallos
disminuye la pena de perdellos.

Salen Leonarda, Celia y un escudero.

LEONA. ¿Qué vos le vistes salir
a Carlos a dar audiencia?
ESCUDE. Qualquiera tiene licencia
de hablar, y Carlos de oír.
INES. Esta es Leonarda, señora.
LUCIN. ¿Qué quiere Leonarda aqui?
INES. Ver a Carlos. LUCIN. ¡Hai de mi!
LEONA. Si yo pudiera pensar,
y tan adivina fuera,
Celia, que Carlos volviera
a ocupar este lugar,
no huviera usado con él
de termino tan ingrato.

CE-

CELIA. Amor, aunque falte el trato,
vivirá, señora, en él.
Apenas le mirarás
tierna, quando vuelva luego
mas obediente, que al fuego
la cera. LEONA. En lo cierto estás,
que el grande amor que me tuvo,
¿cómo se pudo acabar?

CELIA. Estuvo para espirar
de amor, impaciente estuvo.

LEONA. Apenas le havré mirado
con los ojos que yo miro,
quando con tierno suspiro
reciba el amor passado.
¿No has visto, Celia, matar
con breve soplo una vela,
cómo por el humo anhela
volver al mismo lugar?
pues assi, quando amor llama
la muerta correspondencia,
por el humo de la ausencia
se vuelve a encender la llama:
que quando un amante ciego
olvida, viendo el rigor,
sopla la ceniza amor,
y vuelve a encenderse el fuego.
Mirad vos, si hay por aqui
paje que pueda avisalle,
que lo que tardo en hablalle,
tarda en perderse por mí.

ESCUDE. Aqui estan dos labradoras,
deben de ser negociantes.

LEO-

LEONA. ¿Amigas, de dónde bueno?
LUCIN. Somos, señora, del Valle,
tierra del señor Don Carlos,
venimos della esta tarde,
sabiendo que su merced
del Rey y él hicieron paces,
para que mos dé favor
contra un mozo que mos trahe
sin joicio con un preito,
mas no podemos habralle,
porque en viendo los porteros
gente de este humilde traje,
no hay dimuños mas sobervios.
Bien haya Dios, que de valde
dejá entrar a quantos quieren
a pedirle y a rogarle.
Pensando estoy muchas veces,
quando pregunte a los tales:
¿Por qué no dejaste entrar
a la muger miserable,
al pobre, al soldado roto,
que trahe de Italia, o Flandes
los servicios por arrobas,
como por onzas la sangre?
¿Qué le podrá responder?
LEONA. ¿Qué pleito es esse tan grande,
que traheis con esse mozo,
que gustaré de escucharle,
porque teneis buena gracia?
LUCIN. Hasta ahora no se sabe,
que aun está mi preito en duda.
LEONA. Pues por mi vida contadme
la

la causa, porque os conviene
hablar persona tan grave.
LUCIN. Si ella primero me dice
quien es, y puedo fiarme
de su merced, irá de preyto,
aunque ya ciertos mensajes
llevan al alma los ojos,
nacidos de vuestro talle,
de que sois una señora,
que dicen, que le dejastes
luego que el Rey le dejó.
LEON. Esso, amiga, no te espante,
que es la costumbre del mundo
desamparar los que caen,
y seguir a los que suben.
LUCIN. Pues personas hay que saben
andarse con los caídos,
sin que el mundo se lo mande.
¿Pero en efecto, quién sois?
LEON. Soy quien hará, como hable
una palabra con Carlos,
que esse vuestro pleyto alcanze
sentencia en favor. LUCIN. ¡Malaño!
¿Sois su quillotra, que el valle
atronaba con suspiros
por la mañana y la tarde
como borrico en las eras,
diciendo mil necedades
de una Leonarda? LEON. Essa soy.
LUCIN. Yo le ví llamaros angel,
con otras borracherias:
allá tenemos un sastre,

que suele cantar de noche
Seguidillas y Romances,
y le daba muchas cosas,
que de Leonarda cantasse.

LEON. ¿Celia, no lo dixe yo?
pero no se desbarate
el pleyto. LUCIN. Es cuento muy largo,
y estoy temiendo que os canse.
Haced cuenta, que os queria
un mozo, y que por dejalle
vos por otro, que era entonces
mas valido, o vos mas facil,
se fue tambien él con otra,
que andaba por obligarle
a su amor de rama en rama,
de flor en flor, de olmo en sauce,
de una peña en otra peña,
como dicen los cantares:
pero como el dicho mozo
volvió a ser lo mismo que antes,
tambien haveis de hacer cuenta,
que venistes a rogarle.
La querida con quillotros,
que no sé cómo los llame,
porque dos que se conocen
presto vuelven a juntarse,
con este miedo, y sin vida
vino a ver... Mas perdonadme,
que pienso que queda mucho.

LEON. ¿Pues en qué se funda el pleyto?
porque es la historia notable.

LUCIN. Carlos lo ha de sentenciar:

ha-

habladle por mí, que él sale.

Sale Carlos tomando memoriales, y Alexandro y Fabio.

CARLOS. ¿Vueseñoria negocia
conmigo? ALEXAN. Lo que fue antes,
no es mucho que ahora sea,
porque como yo quedasse
en vuestra ausencia a suplir
los papeles y la llave,
ahora que haveis venido,
y es justo que el Rey me mande,
que os la vuelva, vuelvo yo
a ser vuestro negociante.
CARLOS. ¿Qué pide Vueseñoria
al Rey? FABIO. ¡Que este Ulysses hable!
ALEXA. Una plaza en su Consejo.
FABIO. ¿Plaza? bien dice, y cortalle
en ella con una sierra
la flauta de los gaznates.
CARLOS. Yo hablaré a su Majestad.
ALEXA. El cielo, Carlos, os guarde. *Vase.*
FABIO. De tí, aunque es dificultoso,
mas para Dios todo es facil.
LEON. ¿Señor? Carlos? CAR. ¿Quién es? LEON. Yo:
¿assi quien ama se olvida?
CARLOS. La diferencia de vida
en los ojos la causó.
Señora Leonarda, ¿a donde?
LEON. A daros el parabien.
CARLOS. ¿Tanto merced? tanto bien?

LUCIN. Inés, ¿assi le responde?
INES. Advierte, señora mia,
que es audiencia donde está.
LUCIN. Si desta suerte la da
a quien negarla debia,
¿qué dejará para quien
tiene tanta obligacion?
CARLOS. Estimo, como es razon,
vuestro alegre parabien.
LEON. ¡Que sin vida me ha tenido
la pena de vuestra ausencia!
CARLOS. Veros hoy en esta audiencia
claro desengaño ha sido.
LEON. Siempre a Alexandro rogaba,
que al Rey hablasse por vos.
CARLOS. Y se ha lucido, por Dios,
la pesadumbre que os daba.
LEON. Que nos debeis, Carlos, creo
este puesto a mí y a él.
CARLOS. La noche que os ví con él
conoci vuestro deseo.
LEON. ¡Qué cuidado me haveis dado
despues que de aqui partistes!
CARLOS. Las cartas que me escribistes
me han dicho vuestro cuidado.
LEON. No me han dado mas lugar
mis pretensiones aquí.
CARLOS. Mira, Fabio, por ahí
si hay quien quiera negociar.
FABIO. No señor. LEON. Una merced
me haced. CARLOS. ¿Servicio, señora?
LEON. Una pobre labradora

en-

encomendada tened,
que por ser de vuestra aldea
me ha puesto en obligacion.

CARLOS. Vengame a hablar, que es razon,
que yo os sirva, y que ella vea
que sois vos su protectora.

LEON. A, labradora, llegad,
y con su Excelencia hablad.

LUCIN. Dios se lo pague, señora.

CARLOS. ¿Qué es lo que quereis? LUCIN. Aqui
aparte se lo diré.

CARLOS. ¿Lucinda? LUCIN. ¿Carlos? CARLOS. No sé
cómo he de vivir sin tí.
Conozco, que fue piedad
del cielo, que mi inocencia
se viesse restituída:
mas dame notable pena
vivir sin tí, y acordarme
de la vida de la aldea.
¡Hai queridas soledades,
fuentes claras, verdes selvas!
¿qué se han hecho aquellas horas?

LUCIN. ¿Cómo quieres que te crea,
si te veo con Leonarda
tan tierno, que en mi presencia...

CARLOS. No prosigas, que me agravias:
mira, que mi amor se queja,
y si piensas que te olvido,
por verme en esta grandeza,
harás que la deje loco,
y que contigo me vuelva.
Dixome el Rey en secreto,

que

que mi destierro y ausencia
nació de una firma falsa,
que con mi nombre supuesta
hizo escribir Alexandro.
Bien pienso que se te acuerda,
a la puerta de Leonarda
la noche de la pendencia
murió Armindo de la herida
que le diste, y la conciencia
le obligó a dejar escrito,
que de cierta cifra, y della
fue por Alexandro autor.
Sin esto, como la guerra
cessó del Conde, en las paces
quedó mas cierta la prueba
por la relacion de Octavio.

LEON. ¿Tanto tiene que hablar, Celia,
esta villana con Carlos?

CELIA. Tiene tan graciosa lengua,
que como ya gran señor
gustará de hablar con ella.

LUCIN. ¿Quién dixera, que a Leonarda
desta manera tuviera,
quando yo fingí, que herido,
Carlos, llegaste a su puerta
para probar si te abria,
y se quitó de la reja
con tal crueldad? CARLOS. ¿Qué castigo
no ha tenido la soberbia?
Mas retirate, mi bien,
y aguardame, que el Rey llega
con Octavio y Alexandro.

Sa-

Sale el Rey, Octavio y Alexandro.

REY. Siendo la prueba tan cierta,
¿qué disculpa podeis darme?
ALEXA. Que lo que Armindo confiessa
es, que él escribió la carta:
pero engañóme con ella,
que yo, por seros leal,
la tuve por verdadera:
pero pues yo me engañé,
aqui tengo la cabeza,
y estoy a los pies de Carlos.
REY. Pues él os dé la sentencia.
CARLOS. Llegando a que estén, señor,
estas cosas descubiertas,
sea el perdon de Alexandro
el triumpho de mi inocencia.
El a mis pies, yo a los vuestros,
os pido por la primera
merced su vida. REY. No a mí,
a tí la vida agradezca.
ALEXA. A entrambos: mas admirado
de la virtud y prudencia
de Carlos, que de los hechos
de Alexandro, Pyrrho y Cesar.
REY. Carlos, yo tengo tratado
casarte, y quiero que sea
mi sobrina Rosimunda
quien tus virtudes merezca.
Hoy escribiré a mi hermano.
LEON. Una palabra quisiera

ha-

hablar a tu Majestad.

REY. Decid. LEON. Puesto que se emplea
Carlos en tan gran señora,
como quien es sangre vuestra,
amor, que estima su gusto,
altos Imperios desprecia:
este me tiene, y yo sé,
que puesto que os obedezca,
no será con voluntad.

REY. ¿Qué es esto, Carlos? CARLOS. Que fuera
verdad, señor, si Leonarda,
quando mi fortuna adversa
me puso en tan bajo estado,
como ahora me quisiera,
que en alto lugar me mira,
pues le debo esta fineza
a su interés, no a su amor.

LEON. ¿Quién imaginar pudiera,
mirando vuestra caída,
que diera, Carlos, tal vuelta
con vos la fortuna varia,
que desde aquella bajeza
volvierades donde estais?

CARLOS. Quien sabe, que la inocencia
sufre por cuenta del cielo
los testimonios y afrentas,
y nadie en el mundo ignora,
que la amistad verdadera,
no la prospera fortuna,
sigue la fortuna adversa.
Pero ya es tiempo, señor,
que vuestra Majestad sepa,

que

que una dama, en sangre ilustre,
y phenix en su firmeza,
quando todos me dejaron,
ella sola fue a mi aldea,
y acompañó mi destierro,
con su favor y su hacienda
viví, que sino... REY. Detente:
obligaciones son essas,
que no las pienso impedir,
antes bien, si aqui la viera...

CARLOS. Aqui está, señor. REY. ¿Quién es?

CARLOS. Esta labradora: llega,
llega, Lucinda. LUCIN. Señor,
en mis fortunas se prueba,
que por mas que los desdenes
fin dichoso le defiendan,
PORFIANDO VENCE AMOR.

REY. Dale la mano, Condesa,
a Carlos mi Condestable:
y si hay castigos que premian,
pues la quereis, Alexandro,
dadle a Leonarda la vuestra.

FABIO. ¿Y a Fabio no le darán
con Inés alguna renta?
Principe, dadme favor.

CARLOS. No le pidas en tu tierra,
sino es pidiendo al Senado
por el autor y el Poeta
perdon con toda humildad:
demos fin a la Comedia.

ERRATAS.

Pag.	*Linea.*	*Dice.*	*Lease.*
154.	32.	descosuelo	*desconsuelo.*
169.	13.	Vanse los dos	*Vanse las dos.*
259.	32.	inter cedias	*intercedia.*
285.	31.	humano	*humana.*

00101854

Digitized with financial assistance from the
Government of Maharashtra
on 09 July, 2016